



César Zumeta

EL CONTINENTE ENFERMO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

César Zumeta Político, historiador, diplomático y escritor, nacido en San Felipe, Yaracuy. Colaboró en *Cosmópolis* y *El Cojo Ilustrado*. Fue director de *El Universal* y cofundador de *La Revista Universal Ilustrada*. Como diplomático representó a Venezuela en la Sociedad de Naciones ante el bloqueo impuesto por varios países durante el gobierno de Cipriano Castro, como escritor fue un abanderado del positivismo y del movimiento modernista. Como intelectual apoyó al régimen de Juan Vicente Gómez. Individuo de número en la Academia Nacional de la Historia, entre sus obras destacan *Bolívar en San Pedro* (1883); *La ley del cabestro* (1902); *Las potencias y la intervención en Hispanoamérica* (1963) y *Hombres y problemas de América Latina* (1973). Murió en París en 1955.

« *La tempestad* de Lorenzo González.

Bronce, 1914. Galería de Arte Nacional, Caracas.



El continente enfermo

CÉSAR ZUMETA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

El continente enfermo

CÉSAR ZUMETA



Contenido

II PRÓLOGO

23 TEMAS AMERICANOS

25 El Continente enfermo (1899)

41 Una carta y un folleto (1900)

53 Varona y Lanuza (1900)

57 Carta (1900)

63 Árbitros arbitrarios (1903)

65 Panamá y América (1903)

71 La república cubana ha muerto (1906)

75 ¡Oh, Miss Liberty! (1907)

77 Cartas de Nueva York (1908)

131 POLÍTICA VENEZOLANA

133 Apuntes para la historia (1889)

137 Lindezas del fonógrafo (1890)

141 Rojas Paúl y la historia (1891)

155 Una palabra (1891)

157 Carta política (1891)

161 *Ad rem* (1891)

165 Nota editorial (1900)

167 La Ley del Cabestro (1902)

181 Arlequín fenicio (1903)

- 187 Hoy (1903)
193 Sindicato en quiebra (1903)
197 La revolución (1903)
201 Carta a Cipriano Castro (1905)
209 Al doctor Villanueva (1906)
213 Sobre Cipriano Castro (1906-1908)
249 Carta a Pedro César Dominici (1907)
- 255 **PÁGINAS DE SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA**
257 Del suicidio (1895)
261 Notas editoriales (1900)
271 El intelectual y la política (1900)
275 El Congreso Iberoamericano (1900)
279 Conferencia Panamericana (1900)
283 Un proyecto de colonización para Guayana (1900)
289 Pena de muerte (1900-1901)
293 Paz y trabajo (1901)
297 En México (1903)
299 Morituri (1904)
303 El tiranicidio (1904)
305 El costo de nuestra política (1919)
313 Misiones laicas en América (1920)
325 En la Sociedad de las Naciones (1930)

333 **LA HISTORIA Y LOS LIBROS**

335 Los nuevos rumbos (1886)

339 Un libelo oligarca (1894)

349 Notas literarias:

349 *Vida del Gran Mariscal de Ayacucho*, por el doctor Laureano Villanueva (1895)

355 *Sucre magistrado*, por S. Llamozas; *Noches del Panteón*, por Eduardo Blanco (1895?)

358 *Bolívar y Piar*. Episodios históricos (1816-1830), por Lino Duarte Level (1897)

365 *Médicos venezolanos*, por el doctor José Manuel de los Ríos (1898)

367 *El Doctor Francia*, por Tomás Carlyle (1908)

373 Del Patriotismo (1896)

379 El hombre y la historia (1896?)

389 “Pa lante” (1899)

393 Libertad y ensueño (1906)

397 La libertad como solución (1907)

401 Educación popular y revolución (1907)

405 Discurso pronunciado en la plaza Petión, de Caracas, el 10 de julio (1911)

411 Elogio del doctor Cristóbal Mendoza (1913)

417 Carta al doctor Laureano Vallenilla Lanz (1917)

421 La cooperación intelectual (1924)

433 Discurso de recepción en la Academia Nacional de la Historia (1932)

Prólogo

Vida, la suya, que se hizo legendaria por lo dilatada y por las muchas alternativas de glorificación y vencimiento. Nació, según testimonio de él mismo, en Caracas, el año 1860; murió en París, en 1955. Incansable viajero, no perdió el contacto con su tierra ni siquiera en la senectud, y ello a pesar de prolongadísimas ausencias. Cursó el bachillerato en el Colegio Santa María de Caracas, donde tuvo como profesores a Agustín Aveledo, Luis Sanojo, M. M. Urbaneja y Elías Rodríguez; fue alumno de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela por algún tiempo, y aunque su sólida formación y su amplia cultura le vinieran sobre todo de una no común capacidad dialéctica, de un don de análisis y una sensibilidad proclive a efectuar incursiones en el más genuino lirismo, tal vez, sin embargo, sus estudios universitarios en Alemania contribuyeron grandemente a aquilatarle las innatas aptitudes.

Poseyó conocimientos profundos en punto a literaturas española, alemana, francesa, italiana, inglesa y latina, gustadas directamente en sus propios idiomas. Inició y llevó adelante varias empresas periodísticas: la de “El Anunciador” (1883), en Caracas durante la dictadura de Guzmán Blanco; la de “El Pueblo” (1890), en la misma ciudad cuando gobernaba Andueza Palacio; la de “América” (1900), en París; la de “La Semana” (1906-1908), en Nueva York. Trabajó en la redacción de mu-

chos voceros del pensamiento de habla española: *La América* (Nueva York, 1884-1889), donde fueron sus compañeros Santiago Pérez, José Martí y Juan Antonio Pérez Bonalde; *Hispano-América* (Nueva York, 1895), *La Revista* (París, 1901) y *Némesis* (Nueva York, 1903), órganos de combate, los tres últimos, de José María Vargas Vila. Colaboró asiduamente en *Unión Ibero-Americana*, de Madrid (1900); *El Americano*, de Nueva York (1904); *El Mundo*, de La Habana (1908); *El Litoral Atlántico*, de San Salvador (1908); *La Prensa*, de Nueva York (1916), etcétera. Su actividad en Venezuela fue también constante; escribió en la mayoría de nuestros periódicos, defendió la causa de la libertad y el derecho, se tornó preclaro representante de la cultura y el espíritu latinoamericanos.

En libro fue siempre reacio a prodigarse. Los que publicó llegó a considerarlos frivolidad juvenil, merecedora de olvido o execración. Suyos, *Primeras Páginas* (Caracas, 1892), *Escrituras y Lecturas* (Nueva York, 1899), y los folletos *Bolívar en San Pedro* (Caracas, 1883), *Rojas Paúl y la Historia* (Caracas, 1891), *El Continente Enfermo* (Nueva York, 1899), *La Ley del Cabestro* (Nueva York, 1902), “Discurso pronunciado en la inauguración de la estatua de Alejandro Petión” (Caracas, 1911), *Elogio del Doctor Cristóbal Mendoza* (Caracas, 1913) y “Discurso de Recepción como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia” (Caracas, 1932). Con fecha 13 de agosto de 1899, *El Cojo Ilustrado* informó de su proyecto de publicar varias obras: “Secretos Míos”, “Narraciones”, “Notas venezolanas” y “El libro del loco”. Ninguna de ellas vio la luz, ni sus originales se han hallado aún entre los papeles de Taimeta. El periódico caraqueño *Sancho Panza* (número del 6 de abril de 1909) habla del encargo de escribir un libro acerca de “La Imprenta y el Periodismo en Venezuela”, encargo que Taimeta no cuidó de cumplir.

De su actuación es oportuno recordar que con Manuel Díaz Rodríguez asistió, en nombre del gobierno y el pueblo venezolanos, a la celebración

centenaria de la independencia argentina (1910), y que nombrado director de política del Ministerio de Relaciones Interiores ascendió luego a ministro (1913), para formar dentro del gabinete, con el mismo Díaz Rodríguez y con Pedro Emilio Coll, una especie de ateneo político, de triunvirato idealista, ante la complacencia irónica y la mirada astuta de Juan Vicente Gómez. De estos años es su iniciativa (1909) de un congreso orientado a poner en práctica la autonomía del municipio, como base del desarrollo y fortalecimiento de la nación en lo político y en lo económico, y las disposiciones sobre publicación de las leyes y decretos de la República.

No se justificaría olvidar que, sagaz y versado como pocos en cuestiones de política internacional, ejerció funciones de ministro plenipotenciario en varios países europeos, y en 1930 presidió el Consejo y la Asamblea de la Sociedad de las Naciones.

Elegido presidente del Congreso de Venezuela en 1932, con sus actos de esa fecha termina su carrera pública: frisaba en los setenta y dos años. La dictadura de Gómez se había mantenido en su constante labor de opresión y embrutecimiento. Para entonces, Zumeta experimentaba en sí mismo, hasta las últimas consecuencias, lo que él llamó “la bancarrota del carácter”. Luego vendrán los días de París, con su soledad y su silencio. Testigo hay de su tristeza y de su nostalgia por la antigua altivez. No podía echarse atrás, no podía sacudir la indiferencia hacia su nombre y hacia su obra, y mucho menos reanudar el tema obsesionante de la libertad y de la justicia, blasón de vida en la lejana mocedad. Después de la muerte de Gómez, se sobrevive todavía a lo largo de veinte años. No escribe más aquel gran señor de la palabra. Nadie le habría creído. Se habrían burlado de él. Ya no le era dable decir, como antes: “Mi Venezuela, mi patria, yo la llevo conmigo en mi pecho, en mi cerebro, en mi dolor y en mi protesta”.

Ancianísimo, vida y muerte lo tenían olvidado. Pero de vez en cuando le centelleaban los ojos y abría de nuevo en sus labios la cáustica frase

ingeniosa o aleteaban allá, en el fondo de sus recuerdos, por sobre picos abruptos bañados a toda hora en luz, los pájaros de presa de la edad heroica. Los viejos pájaros de presa que no volverían más al puño del halconero.

Debe aceptarse que sus escritos mejores, que casi toda su producción quedó esparcida en periódicos y revistas americanos y europeos. Trátase de un legado incalculable. Desde 1883 hasta 1908 Zumeta escribe a diario, torrencialmente. Santiago Key Ayala, expresa: “Ahora, cuando él guarda silencio, va mi voz a decir que si él tiene derecho al silencio subjetivo, porque bastante y bien habló, tiene asimismo derecho a que no se guarde silencio sobre su nombre y su obra, por la misma razón de lo bien que dijo palabras de valor permanente y trascendencia americana. Precisa recordarlas; y debemos reclamar que se hagan con ellas los volúmenes que el desdén del autor por su propio nombre, su renuencia a la teatralidad vanidosa y los contrastes de su vida peregrina y de peregrino, nos han negado hasta ahora”. Insuperablemente los pudo hacer Key Ayala, conocedor, como el que más, de rarezas y secretos bibliográficos y, además, su amigo íntimo, su amigo “impenitente”, según lo calificó el mismo Zumeta.

De esos periódicos y revistas con escritos suyos, conservó muchos el autor en su archivo personal. Sin esmero, probablemente al acaso. Hoy ese archivo está en manos del doctor Alberto Zérega Fombona. Suerte tuvo Zumeta —la tuvieron igualmente las letras nacionales—, al encontrar en París a ese gran compatriota, a quien quiso, y en quien halló afecto y admiración que tiempo y muerte no han ido sino levantando hacia la más difícil cumbre del fervor. Espíritu fino y cultivado; aristócrata de la sensibilidad y el pensamiento; compañero de la mayoría de cuantos han sobresalido en América por el esfuerzo intelectual en los últimos cincuenta años, Zérega Fombona fue el incomparable amigo de Zumeta en su destierro voluntario. No es de pensar que haya echado

menos la patria al lado de este venezolano que a cada instante la ofrece cabal, cierta, en palabras y acciones. Zérega Fombona vino, por derechos de amistad bien probada, a ser su depositario intelectual. Sigue intacta la herencia. Pero guardársela avaramente sería menoscabarla. Traemos a esta compilación muchas páginas facilitadas gentilmente y cuya obtención hubiera, de lo contrario, resultado hartamente penosa. Se ha completado con ellas un conjunto de recia contextura, desde el punto de vista político, histórico, sociológico, literario y humano; la primera obra donde César Zumeta está de cuerpo entero, en la plenitud de su fuerza y de su gallardía mental. Con esto no cesa la obligación perentoria de seguir compilando sus escritos: los numerosos que él guardó y los incontables que continúan dispersos.

* * *

Se anuncia en las letras venezolanas, desde el instante en que comienzan a caminar por cuenta propia, un temprano afán de construir, de perfilar los elementos tangibles e impalpables que habían de revelar el auténtico rostro de la patria, vista como realidad y como promesa. Los delirios de Bolívar evidencian el plan de un formidable hacedor que pareciera tornar dóciles las circunstancias y encauzar o preparar la historia a su voluntad y a su modo. Hasta en el poema, Andrés Bello se desentiende de las visiones desinteresadas y puras —sin duda, las más conaturales a su temperamento de filósofo—, y empieza, todavía inseguro el triunfo, en la lucha por la libertad política, a prefigurar una América que se debiera íntegramente a la paz y al trabajo. Los que después de Bello vienen consagran en una forma u otra su vida al empeño de afianzar el título de ciudadano sobre la conciencia de la dignidad y sobre la noción del deber. La obra de nuestros escritores y poetas es así, durante el siglo XIX, continua prédica, largo tema de reforma y de protesta, sólidamente fincado en las amargas experiencias de nuestro desarrollo

histórico, o flotante por entre brumas de halagadoras utopías en que se confiaban a vagos conceptos de patriotismo y de libertad, por obra de un candor sobradamente optimista, esperanzas de transformación cada día más absurdas. El romanticismo podía justificar a sus anchas sueños y deseos, por descabellados que fuesen, y pudo continuar haciéndolo en pleno movimiento positivista, gracias a la vaguedad de las lindes fijadas por este en Venezuela, propicias a raros intercambios, a mutuas influencias y fecundaciones.

Tal vocación para lo constructivo, tal propensión a identificarse con el destino de un pueblo urgido de respuestas y colocado en la incertidumbre de numerosas encrucijadas, tenían que llevar a nuestros escritores al periódico y a la tribuna, donde ideas y pasiones sólo sirvieron, por lo general, de comentario y de acicate a las rencillas del personalismo. No falta en algunos doctrina, ciertamente, ni un fin ideológico preciso; pero hubo quienes se perdieran por culpa de su egoísmo y de sus odios, o por haber puesto nobles propósitos al servicio de nebulosos ideales o de intereses menguados y efímeros. Cuesta imaginar a Juan Vicente González como columnista de un periódico del cual estuviesen proscritos la sátira, la procacidad y el insulto, miseria ennoblecida por él con los fogonazos de un estilo hecho para la arenga frente al trastorno de la monotonía bárbara. Por la profundidad, por la moderación de pensamiento, contrastan con ese endemoniado un Fermín Toro y un Cecilio Acosta, magistrales en la discusión orientadora y serena, pródigos de luz a la hora de resolver intrincadas cuestiones políticas y sociales, dignos de otra Venezuela, no sometida a las decisiones de campamento, a la arbitrariedad ni a la ignominia de mayores vitalicios.

González representa entre nosotros un periodismo que puede llamarse de puertas adentro; solamente le producían gozo o angustia los felices acontecimientos o la problemática de nuestra vida doméstica y parroquial. Fermín Toro, en cambio, señala derroteros con su palabra a

las impaciencias de la República —mientras modela su propia estatua interior—, sin apartar la mirada, para el rumbo indudable del ejemplo, en todos los órdenes, de otros pueblos, modernos y clásicos; en tanto que Acosta opina con simpatía creciente sobre los adelantos técnicos de Europa y América, estrecha relaciones con escritores de climas distantes y su voz se oye lejos, autorizada y aleccionadora.

De la estirpe de González, Toro y Acosta procede César Zumeta. Abunda en la mordacidad y la fuerza del uno, en la elegancia, la facultad persuasiva y la preocupación universalista de los otros. Con los tres coincide en el amor a lo nuestro, en la vigilancia insomne por el futuro patrio, en la excelsitud ciudadana de muchos momentos de su existir, y en la pobreza esclarecida con que cumple su jornada de combatiente, de artista y de pensador. Zumeta cierra el ciclo más importante, la etapa de mayor colorido y pujanza, de más abnegadas luchas del periodismo nacional. Sus porfías son el alerta a un continente, el noble lema imperecedero de una época que, en la América de origen latino, es casi enteramente suya.

Sin desconocer lo que fue ni lo que hizo Nicanor Bolet Peraza, a quien supera en numerosos aspectos, es el periodista nuestro que mayor audiencia obtiene y mayor influencia alcanza en el mundo de habla española. Por eso y por la importancia, hidalguía y coraje de sus contiendas idealistas, en que forcejean obstinados, aunque débiles, los empeños de los pueblos iberoamericanos y en determinados momentos el porvenir de la Europa mediterránea ante la amenaza del Norte, que había desatado sus poderes de dominación absoluta, a nadie cede el primer puesto en Venezuela, y contados son en América los que comparten con él ese privilegio de guía que justicieramente se le reconoció en la primera década del siglo.

No debíamos acercarnos a sus escritos sino para buscar ideas. Le interesaba antes que nada, decir algo. Le interesaba educar. “Usted en

América —llegó a manifestarle Rodó— tiene cura de almas”. Interesáble moralizar: descubrir y propagar estímulos para la vida en sociedad conforme a principios de justicia, libertad y progreso y castigar con la verdad y la irrisión tiranías y vilezas. En respaldo suyo obraba una terca y temeraria conducta sometida a prueba por halagos y por destierros. Que entrado en años y posiblemente acosado de incertidumbres y desasosiegos renunciara al alto magisterio agresivo, largo y orgulosamente ejercido, es calamidad individual y pública todavía lamentable. Él, tan lúcido, debió sufrir tragedias íntimas al ver que eran sus palabras las que mejor servían para fustigar su veleidad y su renuncia. En su quiebra moral consideró, tal vez, como el mayor de los tesoros su decorosa pobreza: es lo que exime a su nombre, en política, de la total execración. No fue él de aquellos “cuya patria está en la gaveta de ventas del mostrador”. Su caso, frecuente en nuestros países, tiene la magnitud de una catástrofe, quizás temida y hasta presentida por él. “Yo sé —leemos en uno de sus artículos— que la tiranía y el bizantinismo desgastan los resortes de la dignidad individual y de la cívica”. Y en carta a Pedro Emilio Coll, a propósito de Villabrava —la ciudad de Miguel Eduardo Pardo en “Todo un Pueblo”—, hay este dilema revelador y escalofriante: “A los líricos de esa tierra no les queda otro recurso sino emigrar o gobernar”.

Consideraba primera necesidad de América el formar ciudadanos. No veía salvación para nuestras sociedades fuera del trabajo, la cultura cívica, la paz. La escuela es el tema que más le preocupa. En la última solemne ocasión de su vida, confiesa “el credo bolivariano de moral y luces, redentor aún, redentor siempre”. Con criterio moderno, casi nunca habla de instrucción sino de educación, porque pensaba que nuestras patrias necesitan hombres en el pleno desarrollo de todas sus facultades. Atribuía las guerras civiles que han sido la desgracia de los países latinoamericanos durante siglo y medio de vida independiente, a la persistencia del feudalismo, cuya causa reconocía en la ignorancia. Como

“signo de esta nueva era —proclamaba—, frente a la costumbre cesárea del derecho de unos hombres a adquirir ciencia para ejercer dominio, el derecho de todos los hombres a instruirse para ejercer ciudadanía”. Tal vez puso demasiado optimismo en este acto de fe. Siempre, al menos en Venezuela, fue la clase espiritualmente selecta, la salida de universidades y consagrada a la ciencia y a las letras, la que sirvió de apoyo a los dictadores. ¿Cuántos ejemplos como el de Fermín Toro y el de Cecilio Acosta podemos nosotros alegar? Se dijera que Zumeta, por momentos, atribuía desmesurada importancia a la escuela tal como funcionaba en nuestro medio, a la instrucción que en nuestros planteles se alcanzaba, y que apenas llegó a tomar en cuenta otros imprescindibles factores. En todo caso, sus ideas a este respecto no fueron suficientemente expuestas ni aclaradas; pero indicó sin ambages la meta a que debía sin desmayo aspirarse: la superación moral colectiva, para imponernos al respeto de las naciones poderosas. Supo clamar este ideal, en contra de los que llamaba “apologistas de la fuerza y del mercantilismo”.

Jamás calló nuestros vicios y deficiencias; no obstante, confiaba firmemente en el porvenir de Iberoamérica. Acaso pecaran de inseguras sus ideas sobre el concepto de raza: es en los primeros lustros del siglo XX cuando este ha empezado a definirse prescindiendo de los intereses de orden práctico que ponían en juego los ideólogos del imperialismo. Lo innegable es que no se dejó sugestionar por quienes, desde Alemania en especial, teorizaban sin rigor científico alguno acerca de la superioridad de determinados grupos étnicos, en virtud de la cual poderosas fuerzas económicas pretendían dar base filosófica y jurídica al ansia y al hecho de la dominación de pueblos tenidos como inferiores por naturaleza y no por circunstancias geográficas, históricas y de otra índole. Zumeta admitía únicamente diferencias en el grado de civilización, determinadas por el medio, y ni un instante cejó en el propósito de que el mundo latino se enfrentara con todas sus fuerzas a la voluntad de conquista de

los países nórdicos. Su consigna, en lo que toca a las regiones de la zona tórrida, es orgullosa y enérgica: “Hijos del trópico, debemos amarlo tal como él es [...] y ser capaces de guardarlo contra estas civilizaciones del becerro de oro”.

Sus críticas van dirigidas a avivar el amor propio de los pueblos americanos, a alzarlos de la postración en que vegetan, a sublimarlos en el entusiasmo de la libertad y del progreso. No da cuartel al caudillismo, a la tiranía ni a la barbarie. Aconseja preservar nuestra independencia mediante la explotación de la riqueza pública y la solución de los problemas políticos internos. Amonesta contra la imprevisión y las guerras civiles, y hasta sugiere, en lo militar, medidas que encuentra necesarias. No desatiende pormenores. Muchos de sus pareceres carecen ya de actualidad; otros, los esenciales, están en pie. *El Continente Enfermo* es de las admoniciones más patéticas oídas de este lado del Atlántico, y su denuncia de los Estados Unidos por sus actos de conquista en el Caribe, la más viril de las acusaciones. Con este motivo declaró “rota de hecho la tradición democrática que había sido una de las grandes fuerzas morales, y acaso la mayor honra de la República del Norte”, a causa de haberse esta incorporado “al grupo de las potencias colonizadoras”.

Predomina en el pensamiento de César Zumeta un gran sentido de la realidad social americana, merced al cual prescinde de retóricas fáciles y se va derecho al tuétano de las cuestiones que solicitan su interés. Reacciona contra las memorias gloriosas cuando no constituyen un estímulo, y juzga que nos enamoramos de bellos ideales, pero somos reacios a practicarlos. Es el primer venezolano que se rebela contra la concepción romántica del héroe y, a propósito de Bolívar, vale por todo un ensayo la frase inolvidable: “Divinizado es insignificante: humano es sencillamente grandioso”.

No dejó libros que fueran fruto de sus más hondas meditaciones. De él no queda sino como un gran hervor de pasión y de ideas. Sus *Primeras Páginas* y sus *Escrituras y Lecturas*, de tendencia lírica las dos, repre-

sentan una parte, muy débil, de su obra. De esta vivirán más las páginas combativas, aquellas de amonestación y de sondeo de nuestras realidades, que lo acercan a Fermín Toro y a Cecilio Acosta, o esas en que la angustia y el desnudo —como en Juan Vicente González— vuelven añicos la serenidad y la pureza de la forma.

Un escritor puede ser grande por su labor en sí, y también por su poder de incitación. Zumeta lo es por ambos respectos. Su estilo conciso y vigoroso adaptación maravillosamente a las vicisitudes psicológicas, sin desdenar, cuando la ocasión lo exige, delicadezas en que florece intocable y exacta la gracia del poema. Pocos escritores en la América de aquellos días con tanta riqueza de tonos y tantos recursos expresivos. Su sensibilidad satisfizo curiosidades y anhelos en distintos climas, y así pudo él beneficiarse de un eclecticismo que, de la modalidad romántica de los primeros años, lo lleva a ser de los representantes del movimiento modernista, y en uno y otro caso escritor de fuerte originalidad, enemigo de concesiones a la moda exagerada y al espíritu de imitación, hasta el punto de salir indemne de la influencia nociva de las escuelas y asegurar para su prosa cierto aire de intemporalidad que ha hecho de él un clásico; un “prosista fácil, esmerado, brillante, límpido y suelto, de cincelado estilo”, al decir de Julio Cejador; y esto de tal suerte que Darío anteponía sus méritos de prosador a los de sociólogo, con ser estos los que le dieron al principio renombre.

En su *Historia de la literatura hispanoamericana*, opina Anderson Imbert que Zumeta “malgastó en el periodismo su complejo talento y, siendo más capaz que otros, dejó menos obra”. Sin embargo, no se olvide que él buscaba, primordialmente, agitar ideas, formar una conciencia, construir algo, a semejanza de los escritores venezolanos de las generaciones precedentes. Y ningún instrumento más apropiado ni más efectivo que el periódico. No lo tentaba la gloria literaria: pruébanlo su escepticismo, su propio testimonio —intocado de afectación— en

confidencias a varios amigos y, por sobre esto, la negligencia en conservar sus producciones. La finalidad práctica de sus afanes no conoció la frustración. El silencio de los últimos años de su vida es la inacción de quien hizo lo que tenía que hacer. Hubiera sido hombre de letras al modo de los que sacrifican a estas la propia y la ajena humanidad, y se habría dedicado, en la imposibilidad de reanudar el feliz magisterio de otras épocas, a la especulación pura, a la creación desinteresada, para las que se hallaba admirablemente dotado. Ahí su falta, o quizás el resultado de una entereza abolida por decepción de sí o de cuantos ideales habían sostenido su fe.

Hizo y movió a hacer. Refiriéndose a *El Continente Enfermo*, asienta Darío, que “ocasionó la publicación de un libro de alto mérito del señor Francisco Bulnes, mexicano”. En dos páginas muy celebradas de Rubén está su incitación: las relativas a León XIII y a Rufino Blanco Bombona. Su voz encontró eco en publicistas políticos americanos de los comienzos de la presente centuria, atentos también al peligro que se cernía sobre las repúblicas de origen español. Y era natural ese influjo porque Zumeta meditaba en el porvenir de estas patrias como sociólogo, historiador, político, economista, diplomático, poeta, educador y estratega. Todo un escritor y todo un hombre, intérprete apasionado de la verdad de América, de su dolor, de su dignidad y de sus inquietudes.

RAFAEL ÁNGEL INSAUSTI

Temas americanos

El continente Enfermo¹

La libertad de las antillas españolas es el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana.

JOSE MARTÍ

¿Peligra la independencia de las repúblicas de la América intertropical?

Ominosos presagios lo anuncian y no hay indicio de que los pueblos amenazados se apresten a conjurar la catástrofe.

Históricamente la era inaugurada para nuestra América con la victoria de Ayacucho ha sido cerrada con las jornadas de Manila y de Santiago.

En 1823-1824 nuestra independencia fue afirmada por el triunfo de las armas libertadoras, y garantida por las declaraciones que hicieron a Europa Canning, en nombre de Inglaterra, y Monroe, en el de los Estados Unidos.

Contenida la Santa Alianza, y ocupada luego Europa con el proceso postnapoleónico de la restauración, las rectificaciones de fronteras y los sucesivos acomodamientos de su equilibrio interno provocados por las cuestiones de Oriente, de la unidad italiana y de la hegemonía de Prusia, no corría riesgo de agresión extraña nuestra independencia, mientras los Estados Unidos repudiaran la pretensa legitimidad del derecho de conquista.

[1]_ Publicado en folleto, Nueva York, 1899. Sin pie de imprenta. El ejemplar conservado en el archivo de Zumeta tiene dos ligeras correcciones, adoptadas aquí (*N. del E.*)

En 1899, a raíz de Manila y de Santiago, los Estados Unidos declaran que poseían a Filipinas por derecho de conquista y, rota de hecho la tradición democrática que había sido una de las grandes fuerzas morales, y acaso la mayor honra de la República del Norte, se incorporó esta nación al grupo de las potencias colonizadoras.

El criterio democrático americano ha sido sustituido con el criterio monárquico europeo; y el resto de la América queda a la merced de las fuerzas complejas y múltiples que pone en juego el nuevo orden de cosas.

Las necesidades del progreso moderno les imponen a los grandes Estados industriales, como condición de mantenimiento de su poderío, el deber de activar la producción de las materias primas de que sus industrias se alimentan, y el de estimular, al propio tiempo, el comercio de sus productos.

Por cuanto es constante que esa doble capacidad productora y consumidora crece en cada pueblo en razón directa del grado de civilización alcanzado por ese pueblo, la tendencia moderna en la lucha por más amplios mercados, es la adquisición de territorios incultos, a fin de elevar, teóricamente al menos, el nivel de la civilización entre los pobladores de lo conquistado y explotar sus riquezas.

De ahí la repartición de las regiones bárbaras del África y del dominio de las viejas civilizaciones del Asia, a fin de colonizarlas o simplemente de aplicarles los sistemas políticos y fiscales que promueven el intercambio de productos. Precisamente en los momentos en que toca a su fin la tarea de delimitar las esferas de influencia en las tierras subyugadas, comparecen los Estados Unidos, como un gran factor más, declarándose heredero del imperio colonial de España, por razón de conquista, en Puerto Rico y Filipinas, y por anexión o protectorado, en Cuba.

Repartido ya el resto del mundo, los ojos ávidos se vuelven hacia la posesión de la América afligida, según Muhlhall, por terremotos y revo-

luciones; y la diplomacia europea solicitará necesariamente la anulación o modificación de la Doctrina Monroe, y el arreglo con los Estados Unidos de un *modus vivendi* adaptable a la política imperialista de la Casa Blanca.

Esas negociaciones con su arreo de partijas territoriales versarán sobre el dominio de la América tropical, de sus canales marítimos, sus grandes vías fluviales, y las selvas cuasi vírgenes de sus hoyas hidrográficas.

Inútil es alegar cuestiones de derecho, cuando se trata de cuestiones de hecho.

La ley de las naciones no es tomada en serio sino entre las potencias cuyas fuerzas se equilibran; y como el único derecho que no prescribe es el de la fuerza, los tratadistas universalmente reconocidos en definitiva son Armstrong, Bange, Krupp.

La doctrina aceptada en el día presente puede ser enunciada así: los pueblos que no saben o no pueden explotar las riquezas de su suelo, y poblar las soledades que el acaso geográfico, o el político, encerró dentro de sus fronteras, menoscaban en esa medida la labor universal, y es altamente moralizador que los más aptos y laboriosos ocupen lo que la incuria mantiene ocioso. Los bosques son del leñador; los campos de quien los cultiva; los ríos de quien los canaliza y navega. Es la brega inmemorial de los pueblos y las razas que representan las más avanzadas formas del progreso, contra los pueblos y las razas que representan los infinitos matices del estancamiento y la barbarie.

Y se pretende aplicarnos esa doctrina porque en Europa y en la América del Norte prevalece el criterio de que somos inhábiles para fomentar los territorios que poseemos, según lo requieren los fines de la civilización actual.

Tal arraigo y universalidad ha cobrado ese pensamiento, que en el libro más reciente que sobre la materia se ha publicado ya no se discute

la oportunidad y conveniencia de expoliarnos, sino se estudia el sistema de vasallaje político y administrativo a que ha de sometérseos.

Dice Kidd²: “Lo que se disputaban las naciones, era la posesión de la tierra habitable por la raza blanca. Se inicia ahora otra gran rivalidad, la de heredar los trópicos, no en el sentido de poseerlos, porque ya los pueblos más civilizados de la tierra han dejado atrás ese criterio, sino en el de dominar esas regiones, según determinado plan”.

Es, pues, tiempo de estudiar por cuáles medios hemos de conservar nuestra independencia.

* * *

*. . .Dov'è la forza antica, dove l'armi, e il valore, e la costanza?
Nessun pugna per te? non ti difende nessun de tuoi?*

LEOPARDI

Dos eran los deberes que nos imponía nuestra calidad de Estados independientes y soberanos durante el ciclo transcurrido: la explotación de la riqueza pública para los fines del desenvolvimiento nacional, y la solución pacífica o violenta, cuando los medios pacíficos hubieren fallido, de los problemas de la política interna.

En cuanto a política exterior, aparte de la celebración de tratados de comercio y amistad y la fijación de fronteras, el deber primordial era acordarse entre sí las repúblicas de América, en el sentido de obtener una definitiva interpretación y promulgación de la Doctrina Monroe, a fin de incorporarla a nuestro derecho público y hacerla perder su carácter exclusivamente norteamericano por virtud del cual constituía, en principio, una limitación de la soberanía de las demás repúblicas del continente.

[2]_ *The Control of the Tropics*. The MacMillan Co., New York

El siglo agoniza sin que hayamos llenado esos deberes.

El carácter de nuestra política interna y externa ha sido la imprevisión.

Desoídas fueron las voces que se alzaron aconsejando el agrupamiento de estos pueblos en una o varias confederaciones para la común defensa de su soberanía y resguardo de su integridad territorial.

Ni los gobiernos, ni los partidos ni la prensa se han propuesto con alta seriedad un plan viable, una propaganda eficaz. Cada vez que el pensamiento ha surgido en las esferas oficiales han faltado aquel calor de convicción, aquella energía de propósito que, propagándose por contagio, determinan los grandes movimientos populares.

En el ánimo público cobró cuerpo la idea de que el peligro de desaparecer por absorción existía sólo en cerebros de pesimistas. El mito de que nuestras cualidades guerreras, las quiebras de nuestras montañas, el clima tórrido y sus insectos y sus pestes bastarían a dar razón del invasor, aquietó el sobresalto en los espíritus y, al arrullo de nuestras tradiciones de gloria, nos dormimos en el enervamiento de un fatalismo oriental, corruptor e ignaro.

La hora crítica de nuestra existencia nacional nos sorprende desapercibidos a la defensa.

En más de uno de nuestros países, el bosque y la maleza han recobrado tierra que les fue arrebatada por el hacha y la roza durante la colonia: faltas de cultura intensiva han permanecido relativamente improductivas nuestras zonas agrícolas y criadoras; inexploradas están las selvas y el subsuelo opulento; entregadas a un cultivo único y dando de mano a otros pingües y prometedores (plantas textiles, caña, algodón, añil, tabaco, caucho, trigo) hemos logrado que hasta el orden público dependa, en veces, de las fluctuaciones en el mercado de un fruto; por el afán de contratos con especuladores extranjeros hemos estimulado las más voraces formas del peculado, y por el monopolio hemos ahogado,

en la cuna, las industrias; nos hemos hechos tributarios de banqueros y contratistas londinenses pagando cincuenta, ciento, y más, por lo que malamente vale uno; hemos atraído aventureros de ínfima ralea que se jactan de saber por cuáles medios se obtiene la aquiescencia de ciertos altos funcionarios; fluctuando entre la anarquía y la dictadura hemos hecho precarias las garantías individuales, y la propiedad, y la vida, y, en consecuencia, la gran corriente migratoria mediterránea, adaptable y asimilable a nuestra zona y nuestra raza, ha fluido al Norte y al Sur, y esquiva nuestras costas. Nos alimenta hasta de frutos menores el Norte, y nos viste el resto del mundo.

Con excepción de Venezuela, el papel moneda y la plata han minado nuestras fuerzas, y sin excepción alguna, las reclamaciones internacionales y los empréstitos han paseado por el continente el espectro de la bancarrota, y nos han impuesto dolorosas derogaciones de derecho.

Así, en la postergación de todas nuestras potencialidades, y en el estímulo a todas las desviaciones de nuestras energías; con un incremento vergonzante de comercio, de producción y de población, y un aumento asombroso de la deuda pública; enamorados de altos ideales y reacios a practicarlos; adoradores de la fuerza como árbitro supremo; descalabrado el crédito; desprestigiadas la judicatura, la magistratura y las virtudes democráticas, nos hemos sentado al festín de la vida como niños que rehuyen los alimentos fuertes por estarse a golosinas y a postres. Prestos a ofrendarnos en holocausto a toda causa, olvidados de cuanto concierne a nuestro propio interés de pueblo y de raza, vamos nuestro camino cantando y guerreando como los bohemios del siglo y de la historia, y haciendo posibles los juicios severos que formulan respecto a nosotros los pensadores y publicistas europeos y anglosajones.

Tal es el extenso pliego de cargos formulable contra la América intertropical, a las postrimerías de la primera centuria de su vida independiente.

Alegan estos datos los que sustentan la doctrina septentrional de que es físicamente imposible crear una civilización progresiva en los trópicos. Postulado extremo a cuyo deplorable pesimismo contestan otros, con optimismo también extremo, “que el eje de la civilización universal volverá a situarse en los trópicos,³ y que debemos tender a imitar a los septentrionales.

[3]_ Aun cuando no se acepte ninguna de las varias teorías que de Humboldt a Whitney han sido propuestas, acerca de cambios climatéricos ocurridos durante el período histórico, según las cuales la temperatura media del planeta es más elevada hoy que para la época de la aparición de los grandes imperios, subsiste el hecho de que el Egipto septentrional, centro del poder y la cultura de ese pueblo; el alto Punjab, de donde surgió la civilización indostánica; la Mesopotamia, Irán, no pertenecen por razón del clima a la zona tórrida. Las líneas isotérmicas que ligan los focos de todas las civilizaciones antiguas y modernas, señalan un *mínimum* de 40 y un *máximum* de 22° (centígrado) y forman una zona templada fuera de la cual el historiador del progreso humano, nada o casi nada tiene que buscar para su obra. Pero aun cuando Egipto, y la Caldea, y la India estuviesen fuera de esos isotermos, estarían dentro de la gran ley según la cual el hombre no prospera en el sentido de la actividad productora y del desarrollo armónico de la libertad y el orden, sino allí donde el medio físico le impone implacablemente, como condición de vida, el trabajo, la previsión y la economía. Olvidemos que la vecindad del Himalaya, con sus perpetuas nieves, enfría una de esas regiones; olvidemos la altura del Punjab; rechacemos la hipótesis basada en la precesión de los equinoccios; queda en pie el hecho de las inundaciones periódicas o cuasi periódicas del Tigris y el Éufrates, del Indus y el Ganges y del padre Nilo, inundaciones que obligaron a los moradores de esas comarcas a proveer en tiempo sus graneros, y a fundar civilizaciones que no desaparecieron sino al contacto de otras más fuertes y resistentes. Sitúese el eje del mundo prehelénico de Babilonia a Tebas, hágasele girar luego hasta darle la dirección de Atenas a Roma, y véase que no fue nunca paralelo al Ecuador ni estuvo comprendido dentro de los trópicos. Según un autor ruso, cuyo nombre he olvidado, pero cuyos trabajos merecieron la aprobación sin reserva de Elíseo Reclus, esa línea media es hoy el isoterma 10°, en el cual están situados Chicago, Nueva York, Londres, Odesa y Pekín.

En América la línea partía de las alturas de los Andes peruanos y pasando por las altiplanicies pobladas por los Muiscas, iba a Palenque y México.

La verdad parece más bien estar entre estas dos afirmaciones igualmente aventuradas. El conjunto de las ciencias históricas nos enseña que la civilización no ha sido ni podrá ser jamás una en el planeta, sino varía de clima en clima, aun bajo la acción de un mismo centro político; y que los países tropicales deben aspirar únicamente a la que les es peculiar. El esfuerzo hecho por los habitantes de una región no puede ser mayor de lo que el suelo y el clima de esa región requieran. Por tanto, la intensidad de la lucha por la vida crece, necesariamente, a medida que el hombre se aleja de la línea ecuatorial, en la misma razón en que va haciéndose más pobre el suelo y más inclemente el clima. A esa diferencia de intensidad en el esfuerzo corresponde una diferencia de aceleración en la resultante que es el progreso. Es, pues, en grado de aceleración, en lo que tienen por fuerza que diferir las civilizaciones del trópico de las del septentrión.

Cualesquiera que sean las razas pobladoras, en la zona tórrida no imperará sino una civilización lentamente progresiva: cualquiera que fuese el esfuerzo hecho por asimilarla a la de las zonas templadas, fracasaría a la postre, vencido por algo inmanente e inexorable que nos obliga a mantenernos dentro del cuadro de la vida que el medio nos demarca; y que únicamente nos exige a propender a vivir en el decoro de la paz y el trabajo, a hacernos fuertes dentro de nuestra propia casa, y a ligarnos todos contra el invasor extraño.

¿Estamos nosotros cumpliendo con ese deber? ¿Contribuimos a la labor común del progreso? Esto es de suma importancia, ya que la solidaridad humana exige el esfuerzo común de todos los pueblos y todas las razas, so pena de que los flojos y los rezagados desaparezcan, o caigan bajo la ruda tutela del más fuerte.

Recordemos que no es nuestro criterio a este respecto el que importa conocer, porque no es ese el que priva en el mundo, ni el que entraña peligros para nosotros. Veamos cuál es la opinión de los extranjeros.

El criterio oficial, demostrado está en la forma en que en ciertos casos nos imponen sus decisiones. El de los financistas, lo marcan las cotizaciones de nuestro crédito interior y exterior.

La prensa juzga “que somos incapaces de los altos requerimientos del progreso” y nos considera “semicivilizados”. Esta opinión la suscriben los enciclopedistas británicos, y la comenta el publicista M. Godkin diciendo que “la masa en la América española es muy ignorante, y las clases dirigentes muy reducidas y muy corrompidas”.

En Alemania se alude corrientemente a la necesidad de someternos. Odioso sería multiplicar las citas, y baste copiar la opinión que postula Kidd en su reciente monografía ya citada, respecto a nuestra inhabilidad para explotar, ni menos civilizar nuestro territorio: “Corporaciones y sindicatos extranjeros irresponsables manejan tras los depositarios del poder público las grandes empresas, y tienden al dominio político. Sólo dos palabras describen la situación: anarquía y bancarrota”. Cita luego, aprobándolas, estas frases que copia del *Harper's* de Nueva York: “Son repúblicas en el nombre, pero en el hecho son campamentos militares desorganizados. El gobierno no tiene continuidad ni prestigio. Una casa exportadora, una empresa ferrocarrilera, o un banco de tres al cuarto, extranjeros, se le imponen al ministro de Finanzas, al presidente, al gobierno todo y, a veces, le dictan la ley al país.

Cecil Rhodes recomienda la conquista inmediata de la América española que, opinan otros, es incapaz de ofrecer resistencia digna de ser tomada en cuenta.

Otro, y terminemos, nos recuerda las palabras de Lecky: “La prosperidad de las naciones se basa en la honestidad de la vida doméstica, en la integridad mercantil, en un alto patrón de dignidad moral y de espíritu público, hábitos sencillos, valor, honradez y aquella solidez y moderación de juicio que resulta tanto del carácter como de la inteligencia.

¿Quiere saberse si una nación progresa o decae? Obsérvese qué cualidades son más estimadas en la vida pública. ¿Los hombres llamados a los más altos puestos son personas de cuya conducta puedan hablar jueces competentes con genuino respeto? ¿Son sinceros en sus convicciones y de integridad indisputable? ¿Qué grado de estimación merece el buen proceder? Es observando esta corriente moral como puede hacerse el horóscopo de un pueblo”.

Termine ahí la lista negra. Lo que no hemos hecho, dijo con razón Martí, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas heredadas.

Bien sabemos que no están exentos de vicios en los ojos los pueblos que señalan la paja en el nuestro. Vicios tienen ellos, pero equilibrados por virtudes que redimen: debilidades los atormentan, pero exhiben energías mayores que los llevan hacia adelante en los caminos del progreso.

Sabemos que también nosotros, en medio de muy hondas desventuras, tenemos una fuerza que sabiamente disciplinada es incontrastable: nuestra redentora, nuestra salvaje soberbia de independencia. Pero sepamos, además, que esa fuerza entregada a sí propia es insuficiente para la defensa; y que si la enumeración de nuestros extravíos no prueba que seamos inhábiles para defendernos, sí demuestra que debemos recurrir *incontinenti* a utilizar todas las fuerzas vivas de la raza, ante la inminencia del riesgo, a fin de librarnos de la infamia de ser arrebiatados, a título de factorías, a estas colosales agrupaciones de miserias, o lacrimosas o maldicientes, y de opulencias cínicamente despóticas. Hijos del trópico, debemos amarlo tal como él es, por sobre toda otra región del globo, y ser capaces de guardarlo contra estas civilizaciones del becerro de oro, en donde unos centenares de señores oprimen a millones de siervos asalariados, y se vive como en un infierno, en la perpetua agitación de miserias codicias, urgidos por el miedo al hambre; civilizaciones de banca,

iglesia y cuartel, salvadas sólo por el puñado de sabios, de artistas y de soñadores que arroja sobre tanta desnudez la vestimenta de luz del ideal.

* * *

Si la batalla de Ayacucho no contiene a los franceses debemos prepararnos a una brillante guerra, muy prolongada, muy ardua, muy importante.

BOLÍVAR

Si queda demostrado que está cerrada la era histórica durante la cual pudo la América Latina descuidar el deber de defenderse, y señaladas, además, las agencias que nos debilitan; si nuestras repúblicas están pobres de caudal, de población y de orden y los que codician su imperio están pictóricos de sangre y de tesoro; si la conquista está a la orden del día y la ocasión de intentarla a costa nuestra es propicia, justo es pensar que ante semejante perspectiva los gobiernos y los pueblos de América deben apercibirse a la defensa.

De nada vale argüir, repitémoslo, que la doctrina en nombre de la cual se pretende domeñarnos es invocada con jesuítico intento, que antes debieran europeos y norteamericanos civilizar y mejorar la condición de sus masas ignorantes o fanáticas o esclavizadas; que las aplicaciones de esa doctrina en los trópicos han sido brutales y contraproducentes. Vano es. Los acorazados no discuten.

Obtener un rápido cambio fundamental en nuestras costumbres públicas es poco menos que imposible: tender a ello sin descanso es nuestro deber, porque aun en este siglo del industrialismo y de la fuerza, los pueblos débiles, si por la excelencia de sus calidades morales merecen ser estimados, por ellas se imponen al respeto de los poderosos.

Una Suiza pendenciera y desordenada desaparecería al punto del mapa político de Europa. Suiza subsiste porque, con el mismo celo con que

sus montañeses defenderían los desfiladeros de sus montañas, emulan a sus vecinos en las artes de la paz y en afán de progreso.

Argentina, que en el último cuarto de siglo ha duplicado su población, forjado ciudades, centuplicado sus rebaños y entregado al cultivo quince millones de acres, a pesar del suelo ingrato y del estrago periódico de la sequía y la langosta; Argentina, Chile y Uruguay no están expuestas al mismo peligro que nosotros.

México y Colombia, por sólo la organización superior de sus ejércitos, están mejor preparados a la resistencia que sus hermanas.

Los mejores esfuerzos de algunas repúblicas de Centroamérica se pierden en la deplorable debilidad a que las condena su aislamiento.

Pero la historia militar del último tercio del siglo y, muy en especial, las guerras greco-turca e hispano-americana, están llenas de enseñanzas útiles para los débiles: enseñanzas que pueden ser enumeradas así:

1° El clima y las ventajas del terreno y el valor del soldado no vienen a ser hoy aliados decisivos y factores apreciables en las batallas, sino a condición de que numéricamente y en punto a excelencia del material de guerra, sean comparables las fuerzas beligerantes.

2° El armamento moderno en manos inexpertas es casi inofensivo. Se requiere, junto con material de primera clase, gran pericia en el manejo; porque es del número de bajas infligidas al enemigo, por lo certero de la puntería, que depende el éxito de una carga y de una jornada.

3° La marina moderna es ineficaz contra fortalezas situadas a cierto ángulo de elevación, como lo prueban los morros de San Juan y de Santiago, casi indemnes después de repetidos y terríficos bombardeos. Y están de acuerdo los expertos en considerar que un cañón bien servido en la costa vale por un acorazado.

Si se toman en cuenta estas lecciones, pareciera el consejo de la prudencia proceder sin pérdida de tiempo en cada república a la formación de la mi-

licia nacional y a la adquisición de parque suficiente para armar la nación entera.

Establecer sociedades de tiro en cada parroquia.

Crear academias militares.

Proceder al estudio de la defensa del territorio y de las costas y los ríos.

Ver de convenir en un plan común de defensa entre los varios grupos geográficos del Centro y del Sur.

Hecho esto ya se pensaría dos veces antes de atacarnos. Ya podríamos prevalernos de las rivalidades que dividen a las potencias y demarcar rumbos a nuestra política.

Podríamos defendernos y contar como con maravillosos aliados con cada ceja de monte y cada risco y cada efluvio palúdico. Entonces, nuestra naturaleza sería baluarte, almenado por defensores heroicos, aptos y equipados para desafiar a los apologistas de la fuerza y del mercantilismo, y recordarles que la historia no mide el poder que esclaviza, sino por la grandeza de la resistencia que liberta.

El despojo ha de ser sangriento para que el despojado sea augusto.

Sin armas modernísimas y sin soldados disciplinados en su manejo, sólo nuestra sangre abonaría la tierra en beneficio de los expoliadores.

Por lo demás, conste que si apenas se menciona en estas páginas la idea de las confederaciones americanas, de que somos fervorosos adeptos, es porque aun cuando las juzgamos indispensables, tanto fracaso han sufrido desde los días en que Francia y Rusia las tenían en el Congreso de Verona, y la gran voz de Bolívar las pedía —que ya no cuentan en el mundo político, sino como un sueño tan vago como el de la alianza noble y bella de todos los pueblos que miran en la antigua Roma la madre común— alianza fuerte y generosa de todos los hijos de la loba contra todos los hijos del leopardo.

El deber inmediato es armarnos.

El sentimiento de la necesidad de la defensa nacional debe privar sobre todos los celos de política interna; y la convicción de que no es un pueblo el que pelagra, sino un continente y una raza, debe acallar los egoísmos que pudieran imaginarse que sólo Nicaragua, o Panamá, el Amazonas o el Orinoco son las presas codiciadas.

Entretanto, recordemos que la gloriosa e infeliz España, en su reciente historia, corrió al encuentro de las más rudas desgracias que sobre ella se abatieron por el sistema suicida de recurrir siempre tarde a los medios que, oportunamente aplicados, habrían sido salvadores.

Estos países van de prisa.

No vayamos nosotros lentamente.

Formidable es China. Sus cuatrocientos cincuenta millones de pobladores con sólo marchar hacia Occidente lo anonadarían. Rivalidades anglo-rusas parecían resguardar la integridad de su *hinterland*; y su poder de resistencia, que era una misteriosa incógnita, la mantenía en su cohesión de pulpo. Pero bastó que el Japón sacara a la vergüenza la debilidad de China, para que Europa, en sólo cuatro años, allanara el cúmulo de dificultades diplomáticas que se oponían a la repartición del litoral del Celeste Imperio, y se lo repartiera en unos pocos meses.

Estos países son voraces.

Seamos nosotros previsivos.

De los pueblos débiles de la tierra, los únicos que faltan por sojuzgar son las repúblicas hispanoamericanas.

Tras prolongada tregua se ha reabierto la era aquella, prevista por el Libertador, “de una contienda general de los imperios contra la libertad”.

Acállese ante el peligro común la discordia civil, y preparémonos, a los setenta y cinco años de Ayacucho, a lo que Bolívar estuvo preparado

el día siguiente de la victoria, “a una brillante guerra, muy prolongada, muy ardua, muy importante”.

Los fuertes conspiran contra nuestra independencia y el continente está enfermo de debilidad.

El hierro fortifica.

Armémonos.

Con esta sola previsión podemos alejar el peligro, y aun conjurarlo.

Es de nosotros mismos de quien depende nuestra suerte.

Nueva York, marzo de 1899.

Una carta y un folleto⁴

Nos ocupábamos en comentar, con profundo desencanto, la carta que va a continuación escrita por un distinguido literato venezolano, cuando llegó a nuestras manos, merced a la bondad de un eminente compatriota, cierto opúsculo del cual damos cuenta también en estas líneas, inspirados en la dolorosa convicción de que esos dos documentos se complementan en el sentido de que el primero confirma el segundo, y en la esperanza de que publicados así, uno al lado del otro, sean leídos en Venezuela con el alto interés que ambos merecen; inspiren serias reflexiones acerca de la realidad del peligro que se acerca, y muevan a cambiar la indiferencia ignara de la masa, la indiferencia irónica de los intelectuales y de los dirigentes, en actividad concertada y sistemática,

[4]_ Publicado en la revista América, fundada y dirigida por Zumeta en París. Suplemento correspondiente al 15 de octubre de 1900. La carta a que se hace referencia en este artículo es de Pedro Emilio Coll; lo prueba el estilo, inconfundible, y lo de: ‘Yo aquí cumplo a medias mi deber diciendo que es necesario colonizar y educar, que tenemos que trabajar’, etétera. El mismo año en que eso escribía, Coll había publicado unas consideraciones intitulas “Educación nacional”, y tenía en preparación o había dado a la luz los siguientes breves estudios: “Del trabajo”, “Del soldado”, “Notas sobre instrucción pública” y “Notas sobre colonización interior”. A este respecto, véase *La Colina de los Sueños*, por Pedro Emilio Coll. Compilación, prólogo y notas de Rafael Angel Insausti. Aldus, S. A., Artes Gráficas. Madrid, 1959 (N. del E.)

a fin de que no perezca en vergüenza y ridículo la nacionalidad venezolana.

La carta dice:

“En plena zona tórrida

A César Zumeta.

París.

Querido amigo:

Tiene usted razón de quejarse de la poca o ninguna ayuda que aquí se le presta a la propaganda emprendida en *América*. Hay en Venezuela muchísimos que simpatizan de todo corazón con la idea que usted sostiene y ellos deberían ponerse en las filas de los que se le encaran al *Tío Sam*; en cuanto a mí. . .

Yo no quiero ponerme públicamente en ridículo sosteniendo opiniones contrarias a las que usted, Vargas Vila y otros de la élite americana proclaman con tanto talento y brío; pero, en verdad, no sé entre los yanquis y nosotros quiénes son los “bárbaros”, ni qué cultura ni qué raza “latina” destruirían, si llegaran a invadirnos, los hombres del pueblo que ha producido a Emerson, Poe, Whitman, Longfellow, Whistler, Sargent, etcétera, etcétera.

La raza latina es hoy casi una hermosa abstracción; ni Francia, ni España, ni Italia misma son latinas, y en cuanto a la masa de nuestras nacionalidades la cantidad de sangre semiasiática o indígena y africana que entra a formarlas es tal vez mayor que la española, la cual es, a su vez, otro conjunto híbrido (romanos, godos, visigodos, ligurios, cántabros, árabes, etc.). En Londres he visto los más bellos perfiles áticos, y “El despertar de la belleza” celebrado en el “Guild-Hall” de la City, es una incomparable fiesta artística que recuerda los buenos días de Roma y del Renacimiento. No he sabido en Buenos Aires o Caracas, y ni siquiera en París, de algo semejante, y esto ha embrollado mis ideas hasta el punto

de no saber en dónde quedan los últimos vestigios de la civilización que usted y yo amamos tanto.

Puede defenderse el terruño más en nombre de un natural espíritu de independencia que teniendo en cuenta nociones étnicas. Es probable que llegado el caso sea yo un buen soldado, pero por ahora soy un mal luchador. ¿Qué quiere usted? *Ego sum qui sum*. Esto, desde luego, no quiere decir que le aconsejo abandonar la labor de *América*, pues es muy probable que yo esté equivocado y que haya mucho que hacer en este respecto.

Yo aquí cumplo a medias mi deber diciendo que es necesario colonizar y educar, que tenemos que trabajar para no tener que estar pidiéndole al extranjero cosas que nosotros podemos producir.

Nuestra amistad es estelar, para hablar nietzschianamente, y no tiene que temerle a estas divergencias locales.

Su amigo y admirador”.

* * *

El opúsculo⁵ lleva el número 15 de una serie que bajo el rubro de *La lucha por el germanismo*, edita en Munich la Liga Pan-germánica, y es su asunto: *Los alemanes en la América tropical*.

Su autor, el doctor Wintzer, bosqueja en un capítulo la historia de la colonización española en América, y el presente estado político y social de México, Centroamérica, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.

Socialmente encuentra sólo dos clases en esos países. La de los grandes propietarios, altos empleados y el gremio de las profesiones liberales que constituyen el grupo dirigente; y la de obreros, pequeños industriales

[5]_ *Die Deutschen im tropischen Amerika*. Von Dr. Wilhelm Wintzer. Munich, 1900

y comerciantes, peones y holgazanes que constituye la masa, habituada durante siglos a considerarse a sí misma gente de segunda clase. Entre estas dos agrupaciones no ve él sino un núcleo, insignificante por el número, que no vale la pena de ser tomado en cuenta como clase media.

En lo político la clase dirigente se divide en dos partidos. Uno, el que está gobernando; otro, el que quiere gobernar. Vasta instrucción, lealtad, entereza de carácter, laboriosidad, abnegación son virtudes raras allí en donde los puestos públicos son considerados como ocasión de enriquecerse. Censurar el peculado y la exacción es lamentable falta de tacto en esos países, en donde se tiene por colmo de imbecilidad el no hacer fortuna con los caudales públicos.

Goza de poca estima el trabajo entre los hombres; cuanto a las mujeres su ocupación ha de ser de niñas el amor; de casadas, la maternidad; de viejas, el devocionario.

Después de otras breves consideraciones el autor hace un ligero resumen de la historia y condición de cada una de las repúblicas enumeradas y de la situación de los alemanes residentes en ellas. Por último, llega el autor a estas conclusiones:

“Los habitantes de la América intertropical no han dado hasta ahora sino pruebas de su incapacidad para constituir un orden político estable, que permita el desarrollo gradual de las riquezas de su suelo.

La herencia que esos pueblos no han sabido usufructuar tienen que recogerla los americanos del Norte o los europeos. Pero de entre las naciones de Europa es Alemania la que más ha contribuido a poblar y a desarrollar la región del trópico americano por la emigración y el capital y, además, los norteamericanos son setenta millones esparcidos en un territorio de ocho millones de kilómetros cuadrados, mientras los alemanes somos sesenta millones amontonados en un terruño de sólo medio millón de kilómetros cuadrados. Necesitamos, de consiguiente,

catorce veces más terreno colonial que los yanquis.

La esfera de influencia de los Estados Unidos es incontestable hasta el canal de Nicaragua. México y la América Central caerán dentro del cercado de la Unión como frutas maduras. La región neutral comienza al sur de Nicaragua, y es respecto de ella que Alemania debe oponer a la Doctrina Monroe, en virtud de la cual los yanquis se reservan toda la América, el principio de la paridad de derechos. Sin duda, se presentará el caso cuando Alemania juzgue llegado el momento de proteger a los alemanas residentes en Venezuela, contra las incesantes revoluciones de que es teatro ese país, y proceda a ocupar un puerto venezolano, acto este que redundaría en bien de la paz y el progreso de aquel pueblo”.

El doctor Wintzer estudia las razones por las cuales Alemania debe fomentar la emigración sistemática de alemanes a nuestros trópicos y apercibirse a respaldar con sus fuerzas de mar y tierra esta política.

* * *

He ahí los dos documentos. Mientras en el resto del mundo es un secreto abierto la suerte que nos reservan nuestra incuria y nuestros abominables vicios públicos, andamos nosotros averiguando con picaresca sorna si tenemos derecho a considerarnos latinos, y nos declaramos malos luchadores, cumpliendo a medias nuestro deber, hasta que llegue el momento de probar a ser buenos soldados.

Mientras un publicista alemán prevé las consecuencias posibles de la inevitable repartición de los trópicos americanos, y busca la fórmula diplomática que permita la solución pacífica de venideros conflictos acerca de la posesión de nuestras costas y de nuestro *hinterland*, un publicista venezolano se extasía ante el “Despertar de la belleza”, y duda que sea urgente despertar nuestros pueblos a la condición del peligro que los cerca, cuando ya en el mundo entero es truísmo indiscutible que por cuanto no sabemos

sino faltar a nuestros deberes, es decir, cumplirlos a medias, es necesario proceder a acabar con la farsa de nuestra vida independiente.

Y téngase en cuenta que el autor de esa carta es hombre de vigoroso intelecto, de rara erudición, uno de los pocos escritores venezolanos que sin el socorrido arbitrio del elogio mutuo se ha hecho de sólida reputación en el continente, y goza de merecida estima en más de un centro literario europeo. Es, aun cuando él mismo se calumnia, un buen luchador activamente interesado en el doloroso problema de la regeneración moral y material de nuestra patria. Espíritu intocado de mezquindad, misionero del alma y del pensamiento moderno en un medio hostil a esos lirismos, es él quien, sugestionado acaso por el medio mismo, niega el peligro extranjero, y considera inútil la lucha en ese terreno.

* * *

Si este opúsculo expresara sólo la opinión personal y aislada de su autor, disminuiría considerablemente su alcance. Por desgracia para nosotros esas páginas son apenas una corroboración de las ideas reinantes en su patria bajo la orgullosa denominación de política mundial. Desde que intervino en el arreglo de la cuestión anglo-venezolana, fue en Alemania en donde aparecieron las más categóricas protestas oficiosas contra la novísima interpretación hegemónica que se le daba en Washington a la Doctrina Monroe.

Una hoja oficiosa de Berlín anunció, entonces, que el Imperio aprovecharía la primera coyuntura favorable a fin de demostrar que estaba dispuesto a defender los intereses de sus nacionales en Hispanoamérica, sin tener en cuenta las pretensiones norteamericanas. La rivalidad de ambas potencias a este respecto ha crecido al punto de creerse que Alemania no ha hecho el enorme sacrificio de aumentar su flota sino en previsión de conflictos con la Unión, y estos rumores ratificados por el almirante Dewey han tenido eco hasta en el senado norteamericano.

Los intereses de Alemania en Venezuela cobran grande incremento desde la construcción del ferrocarril de Caracas a Valencia, y el capital alemán adquiere terrenos, ensaya colonias y acomete vastas empresas en nuestro suelo. Entretanto, son las acreencias alemanas las más cuantiosas y perentorias, y ya he tenido ocasión de condenar, en este papel, el proyecto de banco internacional que acarician los acreedores berlineses, mediante el cual la administración de la hacienda pública pasaría de hecho al proyectado banco, y Venezuela conservaría la apariencia de nación independiente.

En vista de estos hechos todo indica que, si no procedemos enérgica y honradamente al restablecimiento de nuestro crédito, el debate germano-yanqui puede entablarse a propósito de Venezuela, y terminar por el reconocimiento del principio de paridad de derechos (léase repartición amigable) que recomienda el doctor Wintzer como solución pacífica, o por la guerra, en cuyo caso seríamos botín del vencedor: yanquis o germanos.

* * *

En cuanto a los que dudan de las intenciones de los Estados Unidos respecto a la América tropical, bastaría que estudiasen el mapa histórico de la gran república, que a los comienzos de este siglo ocupaba apenas un jirón de la costa atlántica, y en sólo cien años ha adquirido por compra y convenio la región del Misisipí desde los grandes lagos hasta el golfo de México, la Florida, Oregón y Alaska; por artes pérfidas el dominio de los autóctonos sacrificados con inaudita crueldad, Texas, que sus historiadores mismos llaman robo infame, el archipiélago de Hawai; y por conquista, California, Filipinas y Puerto Rico. Esto con ser enorme no es todo. Los Estados Unidos están en Cuba por protectorado de hecho, en Nicaragua, por el canal; y sus buques de guerra sondean las bocas del Orinoco y remontan ese río. . .

Si este mapa, que recuerda la historia aquella del gigante de *Las Mil y Una Noches* salido en forma de fantástica nube del hueco de una copa; si esta serie

de absorciones por compra, perfidia y despojo nada dicen a los escépticos, comulguen en buena hora con las promesas baratas de protección desinteresada de los *yanquis*, y aguarden a que llegado el caso de un choque con Alemania se lancen de nuevo a una guerra humanitaria los libertadores de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

* * *

El motivo de la querella con un país europeo no puede ser sino nuestra incapacidad de garantizar la vida y la propiedad de sus nacionales por razón de la barbarie de nuestras revueltas; o la incapacidad de servir cabalmente los intereses de nuestra deuda por malversación de los caudales públicos.

Elijamos entre suprimir las revoluciones y el desorden administrativo, o renunciar a la nacionalidad. Si no somos capaces de la abnegación que requiere el cumplimiento de ese doble deber de paz y probidad, ¿qué derecho alegaremos a que se nos considere pueblo civilizado, a que se nos respete como a nación soberana?

* * *

Afirma nuestro amigo que, diluida *ad infinitum* en las nuevas sangres, la del Lacio ha desaparecido en quince siglos. Pero, ¿es cierto que las razas perecen por cruzamiento?⁶ En la historia no se las ve periclitarse y extinguirse sino por abyección; porque degradadas y pobres de virilidad, pierden la facultad de asimilarse o de repeler los elementos extraños con que entran en contacto.

[6]_ Decíame cierto señor Quiñones que había oído hablar de estas cosas: El primer Quiñones que fue a mi país casó con una bozal; su primogénito con una caribe; el hijo de este con una andaluza; su hijo, mi bisabuelo, con una señorita Peña, de Canarias; mi abuelo don Máximo Quiñones de la Peña, con una dama peruana; mi padre con la marquesa de Fuentes Turbias y yo, con Miss Pikles, de Chicago. ¿Cree usted que mi hijo tenga en sus venas sangre de Quiñones? ¿No sería honrado cambiarle el apellido?

Mi yo cambiante, subsiste esencialmente a través de las transformaciones fisiológicas y psíquicas que en mí se operan por asimilación y repulsión de nuevos elementos e ideas. Y el yo racial no es anatómico sino está histórica y políticamente vinculado en su lengua, sus tradiciones y tendencias. Mientras el elemento latino sea por lengua, tradición y tendencia el factor común y predominante de las naciones mediterráneas de Europa y de los pueblos de Centro y Sudamérica, seguirán siendo histórica y políticamente latinos esos pueblos y naciones. Tártaros, botocudos, europeos, pueden haber contribuido a poblar nuestra América, pero el idioma, la tradición y la tendencia, excepto acaso en México y en Haití, no son aztecas, cafres o quichuas sino, a pesar del engañoso barniz cosmopolita con que el siglo ha pintado las cosas y los hombres, son españoles por forma y carácter, y latinos por el ideal y el espíritu. Bien sé que Abigail Lozano no era del linaje de Ovidio, ni descendía Aramendi de la familia Julia, pero sé también que el natural (?) anhelo de independencia a que fía mi amigo la defensa del terruño, se volatiliza y desaparece en los pueblos cuyos más claros representantes intelectuales los declaran bastardos de la historia, sin derecho a tener por suyas las tradiciones de la raza que les dio vida.

* * *

Mi amigo, con la rara perversidad de su ironía renánica, alega ignorar quiénes, entre nosotros y los conciudadanos de Emerson, son los “bárbaros”, como llama Vargas Vila a estos últimos. No hemos de entrar en el dedalo del análisis sutil y fuerte requerido para comparar esas dos civilizaciones, y dosificar cuánto de bárbaro en ambas sobrevive. Si, aparte de toda otra consideración, es superior aquella cultura que hace más felices a los asociados o al mayor número de ellos, entonces atribuyamos sin vacilar el lauro a ese pueblo joven, tenacísimo, esforzado en la labor, rico y fuerte cual ninguno de cuantos le precedieron en la historia.

El norteamericano, idólatra del dólar todopoderoso, representa mayor suma de energía y de bienestar que el iberoamericano, esclavo de la fatalidad todopoderosa. Comparadas las tendencias regresivas y disolventes manifiestas o discernibles en nuestras pseudo-democracias en relación con sus energías civilizadoras, con las tendencias y energías correspondientes en los Estados Unidos, resulta que somos nosotros los que tenemos mayor número de elementos de barbarie. Pero si, aparte toda consideración de bienestar animal, es superior aquella cultura que tiende por el afinamiento del ser moral a la más alta dignidad de la vida, entonces el bárbaro es el *yanqui* utilitario que tasa en dólares el arte, el honor, el mérito y atribuye al oro una finalidad cínica, negadora y degradadora de cuanto ideal ha perseguido el hombre para la dignificación de su espíritu en la afanosa sucesión de los siglos clásicos y cristianos.

Pero ninguna de esas dos civilizaciones antagónicas corresponde al tipo de cultura deseable.

Nosotros no amamos el trabajo y las sólidas virtudes que de él derivan; ellos, como lo ha indicado sabiamente Rodó, no aman el ocio y sus enaltecidos atributos.

Si menospreciamos el trabajo es porque descendemos de quienes consideraban el mundo patrimonio de guerreros y sacerdotes; si ellos tienen en menos el ocio es porque descenden de hombres que consideran el mundo patrimonio de mercaderes, a cuyo servicio ponen sus armadas y ejércitos, como antes estuvo el llamado brazo secular de la justicia al servicio de los inquisidores.

Pero este Santo Oficio predicador del evangelio utilitario no va a la guerra sino cuando la lucha ha resultado ineficaz, y es a su intrusión en la conciencia hispanoamericana a lo que debemos oponernos. Vencidos que fuésemos en ese terreno no habría para los malos luchadores ocasión de ser buenos soldados. La lección de que es necesario trabajar, co-

lonizar y educar, es lección infecunda, si no advertimos que es urgente e imprescindible proceder a esas cosas, como condición de la existencia nacional amenazada. Y sépase en Venezuela que si no procedemos a pagar nuestra deuda y a restablecer nuestro crédito, Europa o los Estados Unidos vendrán a hacerlo por nosotros.

* * *

El doctor Wintzer al referirse a *El Continente Enfermo* incurre en un error que también se me atribuye en otros libros y publicaciones recientes. Yo no he recomendado la creación de ejércitos permanentes ni la adquisición de acorazados en nuestras repúblicas. Lo que entonces dije, y ha sido luego confirmado por la guerra anglo-boer, es que “sin armas modernísimas y sin soldados expertos en su manejo sólo nuestra sangre abonará la tierra en beneficio de los expoliadores”, y que debíamos proceder a la formación de la milicia nacional, a adquirir parque para armarla, y a establecer sociedades de tiro en cada parroquia. Lo que treinta mil burghers han hecho sin ejército, con sólo la milicia disciplinada puede sobrepujarlo Venezuela con cerca de doscientos mil milicianos.

¿Será necesario recordar que para instruir esos voluntarios, abastecer los parques adonde acudirían ellos a armarse cuando fuere la hora del conflicto, y emular a los heroicos aldeanos del sur del África, Venezuela debe ser una nación ordenada y solvente? ¿Quién ignora que un pueblo levantisco, endeudado, sin orden ni crédito es incapaz de defenderse, y que la libertad es derecho supremo de los pueblos aptos en todo tiempo a reivindicarla; derecho que justamente se les arrebató cuando por barbarie o abyección se han hecho indignos de merecerlo?

Varona y lanuza⁷

Triste honor le ha cabido en suerte a la América hispana. El honor de hacer que hombres y pueblos tengan miedo de ser libres. ¿Fue España quien creó ese prejuicio en Cuba, o fueron los norteamericanos, o ha bastado el calidoscopio sangriento de nuestras revoluciones, y el cínico desfile de nuestros hombres públicos en fuga hacia París llevándose el oro de nuestras arcas y jirones de nuestra honra? Como para inspirarles horror a la ebriedad se les presentaba a los jóvenes espartanos un ilota borracho, así, para garantizar a los cubanos contra la infamia moral y social de la libertad descamisada y ebria, se les señala una república iberoamericana. Y entre los hombres que extienden el brazo justiciero para enseñarle a su pueblo atónito nuestras deformidades políticas, están patriotas de tan alto valer como Varona y el doctor González Lanuza.

El porvenir de Cuba libre, dice el doctor Lanuza, “sería exactamente el mismo que ha cabido a Venezuela, Colombia, etcétera”

Recuerdo que los españoles y muchos autonomistas empleaban el mismo argumento cuando protestaban contra la obra de Martí, Gómez y Maceo. Y he aquí cómo el desorden de nuestra vida nacional ha arrancado de labios

[7]_ Revista *América*, dirigida por Zumeta. Suplemento. París, 15 de octubre de 1900 (N. del E.)

de honrados patricios, invirtiéndolo, el grito ciceroniano: “Prefiero una servidumbre tranquila a una libertad peligrosa”.

¿Quién tendrá razón? Petofi expresó las dos tendencias en dos admirables sonetos: *La canción de los perros*, se intitula el uno; *La canción de los lobos*, lleva por título el otro.

Vanagloriáanse los falderos de tener abrigo en el invierno y huesos que roer por todo el año, en cambio de unos puntapiés del amo. En tanto los lobos se enorgullecen de vivir a la intemperie, aullando de hambre, pero libres de toda coyunda.

Nosotros, en medio de la ferocidad de nuestras pseudodemocracias, cantamos la canción de los lobos. Hombres de insospechable rectitud de conciencia entonan, sin embargo, frente al Caribe, la canción de los perros. Respetamos su actitud porque la sabemos honrada y sin mácula de mezquindad, pero se yergue ante nosotros un signo de interrogación ominoso.

¿Somos en verdad dignos de asimilarnos, por libres, a los simbólicos lobos del poeta húngaro? ¿De qué libertad gozamos en las saturnales de nuestra vida autónoma? ¿Cuál garantía queda en pie cuando la revolución o la dictadura nos encierran o excarcelan, nos reclutan o nos destierran, nos arruinan o nos roban? ¿Qué tribunal se le atreve al amo, huésped más o menos fugaz de la casa de gobierno, cuando me priva de mi libertad, o de mi bien, o de mi derecho? ¿No preparamos con esa servidumbre inquieta el ansia de un amo fuerte que nos garantice esclavitud tranquila?

Sí, lo hacemos. Eminentísimos cubanos arrojados de la placidez de la colonia al tumulto de la plaza pública echan de menos el regalo de una vida sin luchas encuadrada por las bayonetas de los voluntarios y regulada por el bastón del capitán general. Se horrorizan a la idea de que si ellos mismos no velan por sus libertades y forcejean por mantenerlas, han de aparecer en el cuerpo político las mismas enfermedades que nos aniquilan, exageradas en Cuba por los recelos de la rica burguesía peninsular y las reivindicaciones de la gente de color.

Mientras vivieron en el ocio obligado de la colonia, contemplaron con curiosa indiferencia el escenario manchado de sangre y fango de nuestras periódicas revueltas y nuestras fatales dictaduras; ahora, cuando sólo les basta el esfuerzo cívico para consumir la obra del esfuerzo heroico, les horripila el ejemplo del continente, y flojos para la acción, hechos a la coyunda, piden la almohada fácil del protectorado norteamericano.

En verdad nuestra conducta no hace apetecible la libertad. Nosotros la hemos caricaturizado, le hemos puesto mancilla y baldón, hemos falsificado su vino, y en las bacanales de la anarquía hemos hecho deseable la esclavitud; pero este proceder nuestro no excusa en los demás el horror a los trabajos de Hércules de la liberación de los pueblos.

Por las encrucijadas por donde nosotros vamos bordeando abismos; por esos caminos que ha asolado la ignominia de ciudadanos infames, y ha ensangrentado la ambición, por ahí se va a la república; esa calle de amargura lleva más allá del Calvario, al Tabor de las transfiguraciones definitivas.

Los que tienen pereza de emprender la jornada no dicen toda la verdad cuando enseñan nuestras carnes laceradas por los guijarros de la ruta. Así, andrajosos y llagados, anduvieron en sus comienzos todos los pueblos libres. Después de señalarnos con el dedo, esos patricios debieran confesar que el hábito y la tradición de la colonia han aflojado sus nervios al vaivén de la hamaca, y los han inhabilitado para las tempestades de la tribuna. Que una decadencia precoz provocada por el temperamento y por el medio los ha hecho ineptos a la formidable faena de constituir pueblos; que, si bien circunda sus frentes un nimbo de austeras virtudes, carecen de energía y pujanza para echar sobre sus hombros carga que sólo acomoda a robustas espaldas de atletas.

Y los enérgicos recogerían el fardo a que ellos no se le atreven.

Carta⁸

París, 21 de diciembre de 1900.

Sr. Director de la revista *Unión Ibero-Americana*.

Muy distinguido amigo:

El último eco de la propaganda hostil a Hispanoamérica es un opúsculo que acaba de publicarse en Munich, y cuya literatura provoca esta interrogación: ¿Puede resolverse el problema iberoamericano sin el concurso de la Europa mediterránea, y no contiene él, en sí, el del porvenir de todos los pueblos de origen latino?

El opúsculo⁹ lleva el número 15 de una serie que, bajo el título de *La lucha por el germanismo*, edita la Liga Pangermánica, y es su asunto: “Los alemanes en la América tropical”. Las conclusiones a que llega su autor, el doctor Wintzer, después de haber enumerado las potencialidades que para el comercio y la industria encierra ese territorio, son estas:

[8]_ Publicada en la revista *Unión Ibero-Americana*, de Madrid. Tomada de un recorte sin fecha conservado en el archivo de Zumeta (N. del E.)

[9]_ *Der Kampf um das Deutschtum. Die Deutschen im tropischen Amerika*. Von Dr. Wilhelm Wintzer. Munich. Herausgegeben von All- deutschen Verbande. J. F. Lehman's Verlag. 1900

“Los habitantes de la América intertropical no han dado hasta ahora sino pruebas de su incapacidad para constituir un orden político estable que permita el desarrollo ordenado de las riquezas de su suelo. La herencia que esos pueblos no han sabido usufructuar tienen que recogerla Norteamérica y Europa. La esfera de influencia de los Estados Unidos es incontestable hasta el canal de Nicaragua. México y la América Central caerán militarmente dentro del cercado de la Unión como frutas maduras. La región neutral comienza al sur de Nicaragua y respecto de ella Alemania debe oponer a la Doctrina Monroe el principio de la paridad de derechos, y apercibirse a respaldar esta política con sus fuerzas de mar y tierra, estimulando al propio tiempo la emigración sistemática de sus nacionales a aquella feracísima región cuyo dominio han de traspasar por fuerza sus habitantes a otra raza”.

Si este folleto expresara sólo la opinión personal y aislada de su autor disminuiría considerablemente su alcance; pero apenas es necesario recordar que esas páginas son eco no más y corroboración de las ideas reinantes allende el Rin, bajo la orgullosa rúbrica de política mundial. No he de insistir por hoy en demostrar que es Hispanoamérica donde la diplomacia alemana se presenta más activa y más conforme a las tradiciones del Gran Canciller, ni he de entrar en la enumeración de los incidentes que, desde que intervino en el arreglo de la cuestión anglo-venezolana, han dado mayor relieve a la rivalidad entre Alemania y los Estados Unidos.

* * *

A fin de averiguar si cada abdicación de soberanía y cada usurpación de territorio en el continente iberoamericano constituyen menoscabo real del prestigio y del dominio mundiales de la familia latina, aun en el supuesto absurdo de que esta proposición no fuese axiomática, basta inquirir con cuánto han contribuido al poderío y al desarrollo de los

Estados Unidos la inmigración y el capital anglosajón y germano, y qué parte tiene en la preponderancia actual de Alemania y la Gran Bretaña, en el desenvolvimiento de sus industrias y en la expansión de su comercio, el prodigioso intercambio de productos mantenido por esos pobladores de Norteamérica con Inglaterra y Alemania.

Cada uno de los pueblos latinos es incapaz de defenderse victoriosamente por sí solo contra una de las grandes potencias no latinas y llamadas ahora imperialistas; pero esa debilidad se agravaría si la América intertropical, abandonada a sus propias fuerzas, cayera, como fatalmente caería, bajo extraña tutela. En aquellos países, desde México hasta la Argentina, en que no se ha sabido de Europa sino que tenía acorazados para imponernos *ultimatum*, a propósito de reclamaciones no siempre justas y siempre exageradas; que tenía estadistas y sociólogos cruelmente pesimistas respecto de nuestro porvenir, y escritores y críticos de toda suerte puestos a censurar con escasa generosidad todo esfuerzo nuestro. Sólo Inglaterra abría sus bolsas, ¡a qué precio!, a nuestros empréstitos. En cambio, Roma y Madrid han sido para todo hispanoamericano patrias espirituales, y Francia querida a tal extremo que, sin exageración, ha podido escribir poco ha un publicista mexicano esta frase: “Nosotros en América no tenemos alma propia: sino una vibración enérgica y permanente del alma francesa”.

A pesar de cien años de abandono y aun de hostilidad, ha persistido en el nuevo mundo algo como la conciencia oscura, pero tenacísima, de que nuestra suerte está ligada por modo ineluctable a la de los pueblos latinos de Europa, de que nuestra debilidad se cura con transfusión de sangre de la Europa meridional, y que el socialismo del conjunto latino europeo se cura talando nuestras selvas y poblando nuestras soledades.

Aun hoy, a pesar de haber perdido el grupo latino en pro de otras razas la tercera parte de su imperio territorial, posee 37 millones de kilómetros cuadrados, igual a la suma de tierra sobre la cual flotan los

pabellones de la Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos. Aun hoy, a pesar de los reveses de toda suerte sufridos por los pueblos de nuestra raza, podemos oponer juntos 150 millones de individuos, a los 122 millones de anglosajones y a los 70 millones de germanos.

Si en este orden de ideas fuera permitido soñar, delinearía el ensueño: una alianza o inteligencia de las naciones que no tienen interés alguno en la expansión anglosajona, ni codician la América; alianza eslavo-latina que redujera a proporciones honestas la Doctrina Monroe y la pretensión de una o dos razas a poseer el planeta.

Aparte arrogantes digresiones, subsiste la realidad de estos hechos:

Que la América hispana aparece dividida desde el punto de vista de la estabilidad de su constitución política, en tres grupos: México; el resto de la faja intertropical, con excepción del Brasil; las naciones que se extienden del Amazonas al cabo de Hornos.

De esos tres grupos, la emigración y el capital europeo y norteamericano han sellado en dos de ellos el período anárquico, y han alejado, de consiguiente, el día del conflicto inevitable.

La zona de peligro inmediato es la región intertropical. El pretexto para la intervención es la inestabilidad del orden público y el peligroso movimiento regresivo que determina en casi todos los países comprendidos en esa faja, la escasez de población y de capitales.

Aun en esa extensión el ataque se concentra hoy sólo en tres puntos: Nicaragua, Panamá, Venezuela.

Si aquellas tierras han de continuar siendo patrimonio de la raza que las habita, y no de anglosajones o germanos, es indispensable que la Europa latina estorbe por todos los medios pacíficos las pretensiones extrañas, y lleve a aquellos territorios brazos y capitales que apuntalen sus vacilantes soberanías, y encaucen las corrientes de amistad y comercio hacia los puertos latinos del Atlántico y el Mediterráneo.

En Nicaragua ya es tarde para cuanto no fuere insistir en la absoluta neutralidad del Canal.

En Panamá todavía puede abrirse una vía interoceánica cuya neutralidad le sea garantizada al mundo por los que no poseen a Gibraltar, Suez y Tehuantepec.

Cuanto a Venezuela, rudamente amenazada, puede aún salvarla el establecimiento en Caracas de un banco latinoamericano, que venga en ayuda de aquella nación, en los mismos términos en que lo ofrecen con avieso propósito capitalistas norteamericanos y alemanes.

Aquella Santa Alianza cuyo vestigio agitan los Estados Unidos a los ojos de América, a modo de espantajo, a fin de que recele del ogro europeo, y confíe en ellos como en desinteresados protectores, es necesario renovarla, *hic et nunc*, conforme a estos tiempos, o la América española será botín de los humanitarios libertadores de Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Texas y Hawái.

Árbitros arbitrarios¹⁰

Una vez más resulta ser un país americano víctima de un fallo arbitral notoriamente injusto, y de nuevo hay que recordar que el arbitraje, tal como hoy se le practica, no es el *desideratum* a que aspiran los adversarios del arbitraje de la fuerza.

Colombia y Venezuela someten a España la delimitación de sus fronteras, y España le adjudica a Colombia territorios que esta no reclamaba.

¿No es el conservatismo solidario en el mundo?

Inglaterra y los Estados Unidos, en representación de Venezuela, que entonces por mano de don José Andrade, su ministro en este país, trasladó por primera vez la soberanía venezolana de Caracas a Washington, y aceptó virtualmente el protectorado americano, someten al Tribunal de París la cuestión de límites guayaneses, y el tribunal sajón declara territorio británico terrenos que histórica, política y geográficamente son sin disputa venezolanos.

México y los Estados Unidos someten a La Haya una cuestión de acreencia derivada de la desmembración de México por la gran república hermana y, es fama en los círculos diplomáticos, que en previsión de un fallo adverso el gobierno norteamericano insinuó a los árbitros que

[10]_ Publicado en *Némesis*, N° 2, Nueva York, mayo 10 de 1903 (*N. del E.*)

de su decisión en ese punto dependería el que los Estados Unidos se declararan en pro de la utilidad o de la inutilidad de esa corte suprema internacional. Hay quien afirma que las minutas del laudo fueron revisadas. El laudo de La Haya favoreció a los Estados Unidos.

Ahora, acerca de si El Salvador tenía o no derecho a denunciar un contrato a cuyo cumplimiento habían faltado unos contratistas americanos, arbitraron un político *yanqui*, un distinguido salvadoreño y un juez canadiense que por estar gravemente enfermo no pudo asistir a las sesiones del tribunal, pero cuyo voto decidió de la sentencia, adversa a El Salvador, como era de esperarse.

Cada vez que se acepte como árbitro a quien no haya razón sobrada de tener por absolutamente imparcial, el arbitraje resultará ser una denegación de justicia, y un argumento más en contra del valor práctico de esos tribunales

El Congreso de El Salvador cerró sus sesiones sin decretar el pago del medio millón de pesos a que le condenó el fallo unilateral de Washington. Los Estados Unidos acaso convendrán en aguardar a la próxima reunión de la legislatura, o pedirán que se la convoque extraordinariamente; pero en todo caso exigirán la ejecución de la sentencia, y El Salvador no podrá rehuirla.

¿Por qué? Porque esos fallos son inapelables.

Porque la hora de la negativa es aquella en que se le pretende imponer a pueblos latinos jueces sajones.

Cuando se aceptó ese tribunal, se aceptó con él la injusticia. Es su propia imprevisión, lo que le cuesta a El Salvador medio millón de dólares.

Panamá y América¹¹

“Los Estados Unidos se han incorporado al grupo de las potencias colonizadoras. El criterio democrático americano ha sido sustituido con el criterio monárquico europeo; y el resto de la América queda a la merced de las fuerzas complejas y múltiples que pone en juego el nuevo orden de cosas. La diplomacia europea solicitará necesariamente la anulación o modificación de la Doctrina Monroe, y el arreglo con los Estados Unidos de un *modus vivendi* adaptable a la política imperialista de la Casa Blanca. Esas negociaciones, con su arreo de partijas territoriales, versarán sobre el dominio de la América tropical, de sus canales marítimos, sus grandes vías fluviales, y las selvas casi vírgenes de sus hoyas hidrográficas. Es, pues, tiempo de estudiar por cuáles medios hemos de conservar nuestra independencia”.

Esas palabras no las arrancan ahora los sucesos de Panamá, que no pueden haber sorprendido a persona alguna dotada de razón, ni merecieran la pena de ser comentados si no constituyesen nueva y definitiva advertencia a la América ibérica y a las potencias europeas de origen latino. Cinco años ha fueron escritas¹² con la misma profunda certidumbre que hoy me

[11]_ Publicado en *The Puerto Rico Herald*. Recorte sin fecha. Archivo de Zumeta (N. del E.)

[12]_ *El Continente Enfermo*. C. Zumeta, 1899-

acompaña de que malgastaba entonces, como malgasto hoy, tiempo y tinta en la defensa inútil de la libertad e independencia de pueblos en que una centuria de despotismo ha hecho aborrecibles esos atributos excelsos de la nacionalidad, en donde las agencias disociadoras de la más enervante corrupción están matando en los espíritus hasta el germen de toda virtud inclita, agotan la surgente misma de las energías redentoras y preparan los ánimos a rebajamientos que colmarían la medida de la vergüenza humana.

Pero el cumplimiento del deber no puede rehuirse por ingrato, sin mengua del respeto que se le debe a las ideas: última, egoísta y vana complacencia al propio decoro.

Los días previstos han llegado al fin. Comienza la repartición de la casi totalidad de un continente. ¿Cuál actitud asume la América, abofeteada en el rostro, ante la invasión inminente que la flanquea en el Istmo? La del lagarto que huye dejando la cola en manos del detentor. La inercia de esos pueblos no es comparable sino a la aventura imbécil de los doscientos palurdos que se dejaron robar en despoblado por una cuadrilla de salteadores, porque estaban solos. Esa cobarde renunciación al derecho y al deber eminentísimos de solidaridad geográfica, histórica y racial es el más seguro signo de la degeneración precoz de que están roídas esas naciones.

¿Es en nombre de principios utilitarios dictados por un egoísmo salvador que adoptan esa política? Los fuertes predicán, para su comodidad y excusa, que la resistencia temeraria es estulticia indigna de gente civilizada, y sólo a bóers ignorantes, o a fanáticos secuaces del Mullah loco, les es permisible la inocentada de dejarse diezmar por el invasor que les arrebató el suelo de la patria. La patria, dentro de esa doctrina, es una abstracción; la raza, un accidente; el amor heroico a la tierra nativa, un remanente de barbarie, fútil preocupación pueril. En vez de la quijotesca tradición del honor nacional, en vez de esa antigualla de oponer a la brutalidad de los poderosos el heroísmo de los dignos, lo práctico y lo sabio es adaptarse a las nuevas condiciones y buscar en ellas la mayor suma de bienestar posible.

Y bien. Aun fundándose en esa apología de la vileza, que pretende erigirse en regla de conducta, la América, por simples motivos utilitarios, está obligada a sumar sus potencialidades y a ver de sumar a ellas todos los intereses adversos a la supremacía de los pueblos germánicos, a fin de oponer fuerza a la fuerza, y de perpetuarse en el pleno dominio de su patrimonio.

Ante la conquista del África y del Asia, ante el aniquilamiento del Transvaal y Orange, ante las sucesivas lecciones de Texas, Puerto Rico y Filipinas, del hundimiento del Crete-a-Pierrot, del bloqueo de las costas venezolanas y del escamoteo del Istmo, no hay cerebro normal que pueda dudar de la suerte que le está reservada al resto de América. La única providencia que pudiera excluir al continente de la ley que respecto a los débiles rige en el resto de la tierra, es la de proceder a un plan de defensa continental. El medio más cierto y rápido de contribuir a la desmembración de los territorios codiciados desde México hasta el cabo de Hornos es seguir siendo fiel a la política pseudoutilitaria que consiente en el despojo de Colombia.

La providencia tras la que hasta ahora se escudaba el indolente fatalismo iberoamericano era la Doctrina Monroe, doctrina que significaba sólo la no intervención de los Estados Unidos en los asuntos de Europa, ni la de esta en los asuntos de América. Pero ese *statu*, que fue violado con la conquista de Filipinas, fue burlado con la de Puerto Rico, y lo que de él está en pie después de la adquisición de Panamá, no quedará sino mientras convenga a los intereses de Berlín y sus posibles aliados.

O Washington conviene con Alemania en delimitar con Europa esferas de influencia al sur de la línea del canal, reservándose de una vez la región de México y la América Central, o la guerra germano-americana es inevitable. En ambos casos los trópicos americanos van a ser repartidos, si América o al menos las naciones comprendidas en la zona de mayor peligro no proceden a arbitrar un plan de acción común que les permita atraerse las simpatías de las naciones latinas de Europa.

Si en verdad la decadencia de los pueblos y su muerte provienen de una incurable diátesis social; si la disminución de influencia, de poder y de territorio que desde fines del siglo XVIII sufre la raza denominada latina es resultado no de fortuitos fracasos sino de inferioridad real, sin posible reconstitución de las energías imperiales de esa madre de la civilización; si Waterloo y Sedán no fueron episodios infelices, sino demostración de supremacía definitiva de las razas del Norte sobre las del Mediodía; si no heredamos de la hidalga España sino sangre floja ya desvirtuada, y la contaminación que de esa sangre hemos hecho con la de razas inferiores nos condena a la cobardía y al oprobio: entonces ni intentaremos un acuerdo salvador entre los pueblos amenazados de América, ni si lo hiciéremos encontraríamos apoyo en Madrid, Roma ni París.

Pero si esa aparente inadaptabilidad a los nuevos climas históricos tiene aún remedio; si no es mortal la anemia que nos aniquila; si fue sólo pasajero el abatimiento de las águilas y los cóndores, entonces esta y no otra alguna es la hora del supremo esfuerzo, este y no otro el instante de ir al encuentro de nuestros destinos.

No es Colombia quien ha perdido el Istmo y la situación dominadora que a sus dueños dará la vía interoceánica, es la América española la rasgada y empequeñecida en su dominio; es Francia envenenada por el panamismo, devorando una dolorosa derrota moral, es el mediodía de Europa vencido por los hombres del Norte, encerrada al fondo del Mediterráneo por los cañones ingleses en Suez, cortado el paso al fondo del Caribe por los cañones norteamericanos en Panamá. Es el Pacífico hecho posesión indisputable de la raza anglosajona que lo domina por todos sus confines, desde Alaska a Australia, y asoma ahora en el Darién para extender la cadena de sus islas, carboneras y astilleros desde Mazatlán hasta Magallanes.

No es la nación desposeída la que sufre cuando la América nuestra pierde un jirón de territorio, es que a la lengua, a la tradición, a los ideales y al hogar común de la gran familia de pueblos surgidos de las costas medite-

rráneas se sustituyen lengua, tradición, apetitos y campamentos de gentes originarias del Danubio y el Támesis. Es que perdida América para nuestra raza y nuestra civilización, España, Francia e Italia habrán perdido la mejor parte de su hemisferio, lo habrán adquirido las legiones de Cartago, y aisladas caerán bajo el martillo de Thor, bajo la invasión del Norte.

Aún tenemos un mundo que ofrecerles en cambio del excedente de sus brazos y sus capitales: aún podemos aunar intereses en cambio de su influencia; aún pueden redimirnos de la anarquía por el trabajo, poblar nuestras soledades, salvar para ellos y para nosotros, por el decoro de una vida laboriosa y ordenada, ese vasto imperio que ya se tiene repartido en perspectiva la insolencia de los vencedores en Waterloo, Sedán y Santiago.

Aun dentro del espíritu mercantil y menguado de estos días en que Cartago impera, pueden apelar los iberoamericanos, para salvarse, a un vasto plan de explotación y colonización de nuestros bosques y a estrechos lazos de amistad y comercio con las razas progenitoras.

* * *

De la actitud de América no da esta prensa sino información fragmentaria, visiblemente falseada a fin de servir sus intereses, pero bastante a traslucir la política de *Divide ut imperes* que con respecto a nosotros se ha adoptado en Washington. Pérfidas insinuaciones respecto a los propósitos de Venezuela y a motivos e intentos de Colombia respecto a su hermana atlántica. Ecos lacrimosos de sultanatos intertropicales que se inclinan ante el hecho consumado.

Sobre esa información revisada por el dolo y la insidia no es posible aventurar opinión alguna; pero sí puede y debe decirse que si el Brasil en efecto reconoce la patraña de la República *yanqui* de Panamá está reconociendo de antemano la República prusiana de Río Grande do Sul. Que si el pueblo de Colombia apela al único glorioso recuerdo de los oprimidos, a la pro-

testa armada, el deber de América es uno y solidario con el de ella; que no aliársele contra la invasión sería solamente un error suicida, pero aliarse a la invasión contra ella sería más que una depravación infame, el desbordamiento de una estupidez insensata.

Si, como es aún probable, Colombia y los Estados Unidos encontraren, sobre la base de una apelación a La Haya, medio decoroso de evitar un rompimiento inmediato, América tendría unos meses más en que prepararse por una diplomacia tan activa como hábil a la solución de los conflictos que se le enciman.

Pero si América consiente en el despojo de Colombia se declara moralmente conquistable y, ya no la conquista de que sería indigna, sino la absorción borraría del mapa de este hemisferio la inútil ficción de pueblos que reniegan de su común origen y de su común destino. Cuenta Gibbon de un tal Veratius que recorría las calles de Roma repartiendo mojicones entre los pasantes, seguido de un taleguero que calmaba las recriminaciones de las víctimas con veinticinco monedas de cobre. La suerte de América sumisa ante la violación y la afrenta sería la de las víctimas de Veratius. Soberanos rapaces, precedidos o seguidos de talegueros complacientes, les contarían a mandones venales veinticinco monedas. Menos que a Iscariote.

Ese o el sangriento camino de la epopeya son las dos vías que le están abiertas a la raza iberoamericana.

Que ella escoja, y la historia juzgue.

La república cubana ha muerto¹³

El duelo no es sólo de América, es de la dignidad humana. La América española pierde un dominio predilecto, pero el decoro universal queda abajado en su nivel por el espectáculo de esa traición a cuanto hay de supremo en la conciencia de los hombres. La degradación del carácter ha llegado en ese hecho a una profundidad abismal desconocida a la moral y a la historia. Esos hombres han inventado un crimen nuevo, un nuevo oprobio y una nueva perversidad.

El verdadero pueblo cubano, el que con Martí, Gómez y Maceo hizo la independencia de Cuba con su sangre y con su haber, a despecho de esos que hoy la deshacen, o arrastrándolos a cooperar en la labor épica en la que estos no vieron sino ocasión de medra: el heroico pueblo cubano, genuino libertador de Cuba, es hoy la víctima propiciada por esos hombres ante el dólar omnipotente, que es ante lo que se han prostituido.

Los asesinos de la nación cubana no han tenido en cuenta un instante siquiera la patria, el deber, la abnegación, el honor cubano. ¿A qué ocuparse de fútiles sentimentalismos? De lo que se trataba era de azúcar y

[13]_ Publicado en *La Semana*, periódico que fundó y dirigió César Zumeta en Nueva York, N° 26, del 2 de octubre de 1906 (*N. del E.*)

tabaco y aranceles y empréstitos, y eran esas realidades prácticas las que debían ser atendidas de un modo agradable a los sindicatos azucareros, tabacaleros y financieros.

No sé los nombres de los traidores. Los revelaría y diría el detalle de su infamia si la conociera; pero sé que para ellos fue escrito que los esclavos no dejan de serlo, aun cuando se les declare libres; sé que demuestran solemnemente ante el mundo que, por cuanto la libertad no es merced que puede hacerse a los hombres, sino dignidad que ha de emanar de ellos mismos, esos mercenarios que han sacrificado a Cuba son indignos e incapaces de la investidura ciudadana. ¿En dónde y cuándo se les maleó a ese canceroso estado la sangre española que llevan en las venas, y la propia sangre criolla, tan nobles ambas e hidalgas? ¿Quién engendró a esos degenerados?

A los que de corazón lloran a Cuba libre y acaso perezcan con ella: a los que en América devoran como nosotros esa vergüenza y presienten que debemos estar de facción, no contra un enemigo armado sino contra un cohechador opulentísimo que anda comprando conciencias americanas que están en la almoneda; a los que aman la libertad, *La Semana* se junta y forma con ellos en la fila atónita de doloridos que se inclina y se descubre ante el despojo de lo que fue Cuba libre.

* * *

Desde que estalló la revolución en Cuba hemos tenido fe en que el patriotismo cubano y el honor y los intereses de los Estados Unidos prevalecerían en el sentido de salvar la independencia de la isla. Creíamos que prever otro resultado era calumniar la naturaleza humana, atribuirle ruindad y bajeza por tal modo inconcebibles y disgustantes, que el sólo suponerlas ofendía el propio decoro. Cuando se le ordenó por despacho inalámbrico a un buque de la Armada de los Estados Unidos que hiciera

rumbo a La Habana, adonde llegó precisamente en los momentos en que la revolución iba a atacar la ciudad con fuerza suficiente para reducirla; cuando se procedió inmediatamente a desembarcar marinos para defender el Palacio Presidencial y apostar cañones frente a las avenidas por donde ese ataque era probable, creíamos que esa intervención en favor del gobierno cubano era injusta y abusiva. Si la revolución estaba a las puertas de La Habana y el gobierno era impotente para reprimirla, oponerse a su triunfo era, de parte de los Estados Unidos, oponerse a la solución del conflicto y crearse peligrosas responsabilidades.

Cuando se despachó toda una poderosa escuadra a aguas cubanas y se dijo que estaba lista la movilización del ejército de ocupación, que el general Funston y otros oficiales que habían hecho campaña en Cuba irían a la isla, sospechamos que las intenciones de Mr. Roosevelt no eran tan desinteresadas como aparecía de sus documentos públicos; cuando el gobierno moderado se negó a todas las fórmulas de avenimiento honorables y salvadoras que le fueron propuestas, comprendimos que estábamos en presencia de la más inicua de las farsas, y que se trataba, pura y simplemente, de llevar a cabo un programa preconcertado. Es la repetición de Panamá con más respeto a las fórmulas internacionales. La intervención se realizó en el término de diez días previsto por Mr. Taft. El proceso que culminará en la anexión o el protectorado carece de interés por más hipócritas que sean las formas empleadas por Washington y por los políticos cubanos. La verdad la dijo triste y cómicamente, como convenía al asunto, el portero del senado cubano, cuando al apagar las luces dijo: “Ya no tengo patria”.

* * *

Después de Cuba, ¿a quién le tocará? ¿Al Estado de Sonora o a Santo Domingo? ¿Al Cauca y Bolívar en Colombia o a Guayana en Venezuela? La americanización de Guatemala resultó ser prematura. La Com-

pañía Frutera Unida no está todavía lista a proceder en Costa Rica, ni ha logrado establecerse aún en Nicaragua. Mr. Herman no tiene aún arreglados sus asuntos en el Ecuador, ni parece que los Estados Unidos quieren de esa tierra sino las islas Galápagos. Los restauradores de Venezuela son los que por el momento negocian más activamente, pero en Washington no están aún dispuestos a comprarles, a menos que la crisis venezolana se haga por extremo aguda y tengan que ir humanitariamente a quedarse siquiera con Margarita. ¿Quién será el próximo? Santo Domingo parece ser el más abocado.

¡Oh, Miss Liberty!¹⁴

Miss Liberty, como llaman cariñosamente aquí la estatua colosal de la Libertad, va a cumplir veintiún años. Recuerda el *Sun* que un día de llovizna de octubre de 1886 el presidente de los Estados Unidos, Cleveland, el gran francés Lesseps, el escultor Bartholdi y un gran número de notables del mundo entero, concurrieron a la inauguración del monumento. Fue como un día de fiesta para la humanidad. Un estremecimiento de orgullosa responsabilidad recorrió los Estados Unidos porque ese día Francia, a nombre del género humano, señalaba el vestíbulo de esa pujantísima democracia como el sitio más adecuado entre todos los del planeta para erigirle altar a la divina redentora. La tierra entera volvió los ojos al ara que consagraban los hijos de la revolución y los compatriotas de Washington; con recelo los tiranos, con alborozo los pueblos. Entre otras palabras pronunció estas Lesseps: “Pronto, señores, nos encontraremos otra vez congregados para celebrar una nueva conquista pacífica. Adiós hasta Panamá, en donde las treinta y ocho estrellas de la Unión norteamericana flotarán junto a las banderas de los Estados independientes de la América ibera, y constituirán en el nuevo mundo, para bien de la humanidad, la alianza pacífica y fecunda de las razas an-

[14]_ Publicado en *La Semana*, N° 19, Nueva York, 14 de agosto de 1907 (*N. del E.*)

glosajonas y latinas”. Las brisas de la bahía de Nueva York, consagrada en santuario de la libertad, llevaron a los ecos la palabra de civilización y de paz del ilustre anciano. ¡Veintiún años! Y a tal punto han cambiado las corrientes de la historia que hoy una fiesta análoga sería desacato y provocaría la indignación y el asombro de los pueblos. España expulsada de los mares americanos; sus islas, colonias y dependencias, de los Estados Unidos; Panamá, una bandera más bajo el estrellado pabellón del Norte; el canal, tan lejos de su conclusión como entonces, territorio de Norteamérica, y un presentimiento de servidumbre asombrando todo un grupo de ensangrentadas naciones latinoamericanas.

¡Oh, Miss Liberty! El gobierno de Washington en vista de lo deteriorada que estás ha decretado una suma para que te limpien el orín que te corroe y deforma, y otra vez luzca plácido tu rostro y sin mancha tu ropaje. ¡Oh, Miss Liberty!, que apareces coronada de espinas y eres, sobre el ara olvidada, colosal refugio de murciélagos y búhos. ¡Oh, Miss Liberty!

Cartas de Nueva York¹⁵

1

Nueva York, 11 de julio de 1908.

Señor Director de *El Mundo*:

Precisamente en los momentos en que La Habana festejaba a los marinos de la *Nautilus* y refrendaba Cuba como lo ha hecho toda la América antes española la inviolable unidad de los lazos de sangre y tradición con la común progenitora, proponía el *Sun* de esta ciudad, a propósito del décimo aniversario del abatimiento del pabellón español en las alturas de San Juan, que se incluya el cerco de Santiago entre las batallas decisivas de la historia y se la equipare a Arbela y Chalons, a Waterloo y Ayacucho. El general Shafter vendría a figurar con Alejandro, Wellington y Sucre en el número de los grandes capitanes. No es, sin embargo, ese género de corolarios el que se impone al considerar la proposición del gran diario neoyorquino. Fueren cuales fueren las causas, es cierto que la coronación de esas alturas por las tropas de los Estados Unidos

[15]_ Publicadas en *El Mundo*, de La Habana, excepto una que apareció en *El Litoral Atlántico*, de Santo Domingo. Esta primera se reproduce de un recorte sin fecha conservado en el archivo de Zumeta (*N. del E.*)

fija una época en la historia contemporánea. España, y con ella Europa, fueron desde ese día borradas de la lista de posibles conquistadores o protectores de la América tropical, y el título a la hegemonía del continente le fue refrendado a la nación que hasta ese día representó en el planeta, con sólo una infracción grave del principio, el derecho de los individuos y de los pueblos a gobernarse a sí propios, en contradicción del sistema monárquico y conquistador europeo.

¿Debe incluirse la de Santiago en el número de las batallas decisivas de la libertad?

Sus consecuencias mundiales inmediatas parecieron contestar negativamente; pero a eso responden los filósofos diciendo que diez años son lapso harto mezquino para medir grandes ciclos históricos, y que no es aún tiempo de decidir la definitiva trascendencia y el alcance último de esa jornada en los negocios de América y del mundo. La obra de un partido, agregan, o de sus representantes en una década, puede deshacerla o modificarla honda, quizás radicalmente, el partido contrario en menos tiempo.

Aun a la luz de ese criterio es difícil persuadirse de que la libertad haya resultado gananciosa a consecuencia de la campaña de Santiago.

En lo internacional y en lo nacional los efectos de esa victoria han sido en apariencia, al menos, distintamente reaccionarios. La mayor de las repúblicas, granero, hasta entonces, y taller del mundo, pasó a ser “potencia de primera clase”, es decir, en vez de poderosa democracia industrial, esencialmente civil, se transformó en potencia militar obligada a defender las posesiones ultramarinas puestas por razón de conquista bajo su dominio. Conquista obliga, y en fuerza de esa obligación la paz armada viene a ser necesidad imperiosa; una gran marina debe resguardar las costas y las islas del Pacífico y el Atlántico; el protectorado, forma intermedia pero eficaz de dominación, se ha extendido a las Antillas, a Panamá y, veladamente aún, pero por modo inequívoco, a la América

Central, y el águila cuyas alas extendidas cobijaban un vasto asilo de la libertad otea ahora sobre naciones vasallas, y afila pico y garras para disputar la supremacía al Oriente y al Occidente.

En lo nacional y sin haber puesto por obra el vasto programa militar meditado para mantener un pie de ejército que, sumado a las reservas, alcance a setecientos cincuenta mil soldados, el presupuesto naval y militar llega ya a quinientos millones anuales y causará un déficit probable de doscientos millones el año entrante. El ensanchamiento de los grandes sindicatos industriales cuyo ambicioso plan expansionista determinó el suceso crítico de la batalla de Santiago ha llegado a constituir peligro nacional por su tendencia a aniquilar la libertad de industria, a cohechar a los legisladores y a corromper el sufragio popular. Esa plutocracia amenazadora, los nuevos gravámenes y el consiguiente encarecimiento del costo de la vida, han exacerbado la lucha entre las clases obreras y la capitalista, y han dado desconocido ímpetu a la propaganda socialista, que sólo contaba con ochenta y siete mil votos en 1900; tres años después, cuando la elección presidencial, tuvo quinientos mil, y se espera que en la próxima lucha demuestre una fuerza numérica de un millón o millón y medio de electores.

A fin de combatir esa tendencia revolucionaria, los grandes partidos individualistas rivalizan en la adopción de programas radicales y le declaran guerra, más o menos sincera y cruda, a la plutocracia, a fin de desembanderar el nuevo grupo y hacer suyas las reivindicaciones más urgentes reclamadas por el bando socialista. Entretanto, como era forzoso, el militarismo determina ahincado afán centralizador en el Poder Ejecutivo federal.

La batalla de Santiago, hasta donde los hechos demuestran, ha transformado en potencia militar conquistadora una democracia antes pacífica; ha expandido la influencia política de los Estados Unidos por los pueblos del Caribe en grado tal que la completa absorción de estos por

la raza dominadora no es ni imposible, ni improbable; ha creado un nuevo peligro de guerra por el dominio del Pacífico, cuyos resultados influirán profundamente en los destinos y acaso en las libertades de la América hispana; ha desarrollado por modo violento la influencia, corruptora en las democracias, de las clases opulentas y del elemento militar en los Estados Unidos, y por las cargas que todo esto impone al pueblo ha abonado el campo a la propagación de confusas teorías de gobierno paternal y a las doctrinas socialistas.

* * *

La mayor importancia de la gran lucha electoral que se prepara estriba justamente en que la decisión del pueblo de los Estados Unidos será en esta vez definitiva respecto a la ratificación o a la repudiación del régimen instituido en América a consecuencia de la batalla de Santiago.

Cuando la Asamblea Nacional del partido democrático aplaudió estruendosamente y con genuino entusiasmo el nombre de Bryan durante ochenta y siete minutos; cuando le dio ochocientos noventa y dos votos de los mil seis que formaban el total de los delegados y resolvió designarlo por aclamación unánime, los demócratas hicieron el supremo y acaso el postrer esfuerzo por imponerle al imperialismo roosveltiano las ideas democráticas, en cierto modo radicalísimas, de su único rival en popularidad, a quien en su última derrota le dio el pueblo norteamericano seis millones quinientos mil sufragios.

Las ideas de Bryan están contenidas en el programa. En lo colonial acepta como hechos consumados la anexión de Puerto Rico y de Hawái, y pide para aquella isla categoría de territorio y el derecho de los territorios a no ser gobernados sino por individuos que tengan realmente establecidos en ellos su domicilio. Acaso se funde para aceptar esa expansión en la circunstancia de que hubo consentimiento por parte de

esos pueblos. Respecto a las islas Filipinas mantiene que el dominio de ese archipiélago por los Estados Unidos es una negación de la doctrina fundamental del gobierno popular y pide que se le declare independiente y se garantice esa independencia como la de Cuba, tan pronto como pueda ser establecido un gobierno filipino estable, y que se proceda, además, a negociar con las potencias la neutralización de esas islas, reservándose, sin embargo, los Estados Unidos carboneras y bases navales.

En las relaciones con la América Latina pide que se den pasos conducentes a estrecharlas, sobre la base de los principios democráticos; pero guarda silencio respecto a la política de intervención empleada en Panamá, Santo Domingo y Centroamérica.

Denuncia la creciente burocracia; el poder discrecional del presidente de la cámara de diputados, que estorba la voluntad de la mayoría de la Cámara y llega a veces a impedir que se cumpla, obstruyendo las funciones legislativas de ese cuerpo; exige la revisión del arancel vigente, en especial en todos los artículos manufacturados por sindicatos monopolistas y en aquellos que se exportan a precios más bajos que los del consumo doméstico; enuncia una serie de medidas represivas del monopolio, y una modificación del derecho de amparo, del que han abusado en contra de los obreros, en caso de huelgas, los grandes industriales.

Si la mayoría del pueblo ratificara ese programa, fracasaría el imperialismo, porque el partido democrático no puede consentir en el cerceamiento de ajenas soberanías por el gobierno de los Estados Unidos.

La lucha en el fondo es personalísima. Aparte el expansionismo, Bryan y Roosevelt profesan por temperamento y con igual intensidad ideas radicales ribeteadas de demagogia, que en el programa de Chicago aparecen menos abiertamente que en el de Denver, por la necesidad en que está el partido republicano de conciliarse las voluntades de las clases directoras en los estados del Este, cuyas ideas conservadoras deben ser

respetadas. Mr. Taft, señalado por Roosevelt como un continuador de su política, presenta el elemento conservador garantías de que, por sus hábitos judiciales, y por la ecuanimidad y calma de su carácter, templará el programa de Chicago con la moderación de su conducta, incapaz de dejarse arrastrar en ímpetus impulsivos como los de Mr. Roosevelt. Esas condiciones personales que militan en su favor en el Este y en muchos estados del Sur, le son adversas en el Oeste.

Bryan, en cambio, es el ídolo del Oeste y su popularidad llega hasta el centro de la República; pero sus dos campañas bimentalistas le hacen sospechoso en el Sur e inaceptable en el Este, en donde todo el poder de su oratoria elocuentísima no logra captarle simpatías.

¿Alcanzará la incontestable popularidad de Roosevelt sacar adelante a su candidato?

La prueba de que el triunfo no es seguro la dan los rumores de que el presidente mismo se lanzará a campaña para afianzarlo.

Y es la enorme esfinge, el pueblo, quien descifrá al fin el enigma.

2

Nueva York, 23 de julio de 1908.

Señor director de *El Mundo*¹⁶:

Las más graves cuestiones que están llamados a resolver los Estados Unidos en el Caribe parecen plantearse con carácter de urgencia mientras el país asiste a los preliminares estratégicos de la batalla electoral. En esa toma de posiciones apenas debe mencionarse la maniobra con que el partido republicano contesta al adversario en punto a publicidad de los nombres

[16]_ Recorte sin fecha, del archivo de Zumeta (N. del E.)

de quienes contribuyan a los gastos de la campaña y del montante de sus contribuciones. Mr. Taft ha decidido que se publiquen esos datos después de la elección; Mr. Bryan ofrece publicarlos antes. El objeto conocido es impedir que se renueve el escándalo de cuantiosos donativos hechos por las grandes corporaciones interesadas en perpetuar el partido republicano en el poder, de los cuales el ejemplo comprobado es la dádiva de doscientos cincuenta mil dólares hecha por el magnate ferrocarrilero Harriman, después de una conferencia con el Presidente Roosevelt y poco antes de ser elegido este para su segundo período. Mr. Harriman declara que esa suma produjo cincuenta mil votos favorables en la ciudad de Nueva York. Convenidos los candidatos en que los donativos han de ser individuales y confesables, el estado mayor de grandes financistas ha ideado un plan tanto o más costoso que el de las contribuciones directas al fondo eleccionario. Los efectos de la pasada crisis pesan aún duramente sobre el país entero y son grandes agentes antirrepublicanos. Si se logra disimularlos en forma que sea posible hacer creer en lo inminente de un nuevo período de prosperidad que sólo la elección de Mr. Bryan pudiera detener, se le arrebatarán millares de votos decisivos al adversario. El plan, de consiguiente, consiste en soltar los cordeles de la bolsa, prestarles a las compañías ferrocarrileras y en el momento oportuno a los manufactureros, y a otros industriales, sumas que permitan emplear el mayor número posible de obreros; inundar la prensa de noticias de grande actividad fabril y ferroviaria, de próximas cosechas sin precedente en los días más prósperos de la República, y asegurar el triunfo con unos cuantos millones, metódica y juiciosamente avanzados para fines políticos. Ya se han organizado en Nueva York sindicatos constructores de casas y se están organizando otros en diversas ciudades.

* * *

Mientras los prohombres del partido republicano se entregan a decorar el gigantesco escenario de esa “prosperidad a la orden” y a ensayar los

espejismos del oro, el Caribe hierve. De las varias cuestiones que se enciman, la que ocupa preferentemente la atención pública es la venezolana; pero la prensa no discute los aspectos más interesantes del asunto.

Ostensiblemente se trata de cinco reclamaciones de las cuales tres son contractuales, y en cada uno de los contratos en que se basan está expresamente estipulado que sólo los tribunales de Venezuela podrán decidir de las dudas y controversias que se susciten entre el gobierno y el concesionario. Los tribunales de Venezuela han fallado y el ejecutivo de ese país se niega a someter esos fallos de su poder judicial soberanos a árbitros extranjeros, como lo pretende y exige la cancillería americana. Otra de las disputas proviene de la sentencia dada por el superárbitro designado por la reina de Holanda en una de las reclamaciones sometidas por los gobiernos de Caracas y de Washington a una comisión mixta. Los Estados Unidos piden la revisión de ese laudo arbitral y Venezuela se atiene a la cosa juzgada. El otro asunto es una solicitud por daños y perjuicios ocasionados a un sujeto expulsado de Venezuela como extranjero pernicioso, sujeto que tiene una causa criminal pendiente en México y otros discutibles antecedentes.

Son tan claros los derechos de Venezuela, van tan derechamente a la entraña de la soberanía nacional que, dadas las relaciones presentes de este país con los demás de Sudamérica, atentar contra esos derechos, revisando a mano armada sentencias arbitrales y judiciales, sería alarmar a todas las naciones sudamericanas y abrirle a Europa puerta fácil para violar el derecho de gentes en el sur de este hemisferio.

Pero no es precisamente esa consideración la que detiene al gobierno de Washington, ni la circunstancia de haberse complicado agentes diplomáticos con algunas de las compañías reclamantes, ni el haberse comprobado ante jueces norteamericanos, en esta misma ciudad, la connivencia de unos reclamantes con la revolución que estuvo a punto de derrocar a Castro. La cuestión, en el fondo, es otra.

Castro, en 1905, por medio de su agente fiscal, Velutini, negoció con el Disconto Gesellshaff, de Berlín, y con la corporación de Tenedores de Bonos Extranjeros, de Londres, la conversión de la deuda extranjera venezolana en bonos del 3 por ciento anual por la suma de veintiséis millones de pesos, y garantizó el servicio de intereses y de amortización de esa deuda, con el 60 por ciento del producto de las aduanas del país, excepto las de La Guaira y Puerto Cabello, mientras éstas respondan de la liquidación de las reclamaciones pendientes, y con el 25 por ciento del total de la renta aduanera cuando hayan sido amortizadas esas reclamaciones, que será en 1909. Esa deuda no quedará liquidada sino dentro de cuarenta y siete años, en 1955 y, entretanto, la no entrega de las cuotas respectivas al ministro británico y al alemán, en Caracas, daría lugar a que, por acción conjunta de Inglaterra y Alemania, quedaran sometidas las aduanas de Venezuela a la fiscalización de funcionarios belgas.

En otros términos, la coalición que en 1902 bloqueó las costas venezolanas a fin de forzar la definición de la Doctrina Monroe en punto al recobro de deudas contractuales, subsiste aún entre Londres y Berlín en cuanto a Venezuela se refiere. La deplorable situación económica del país, agravada por el apareamiento de la peste bubónica en el principal de sus puertos y en la capital, ha reducido a tal extremo la renta que, aparte el puntual servicio de la deuda diplomática y extranjera, convertida toda ella en diplomática por Castro, el presupuesto no se atiende sino en los renglones indispensables. El bloqueo de los puertos venezolanos por los Estados Unidos u otra cualquiera agresión, o una grave perturbación del orden público, expondrían al gobierno de Caracas a suspender el servicio de sus deudas europeas y provocarían la intervención anglo-alemana en sus aduanas.

Si los Estados Unidos logran llegar a un avenimiento con Alemania e Inglaterra a esos respectos, entonces, desatado el nudo diplomático, procederán a intentar la aplicación del régimen implantado en Santo

Domingo en la República meridional, prevaleciendo de un movimiento revolucionario apoyado por los reclamantes norteamericanos. No hay, sin embargo, entre los hombres públicos de Venezuela capaces de llegar al poder, uno solo que firme el protectorado; que se complique en esa traición a la patria, cualquiera que sea la forma bajo la cual se pretenda disimularla, y la sumisión de Venezuela a vasallaje fiscal o político, tendría que llevarse a cabo sin máscara ni guante, imponiéndola por la violencia al día siguiente de la victoria.

Al gobierno y al pueblo de los Estados Unidos les repugna ese método extremo de imponer su dominio sobre un pueblo americano, por lo impolítico y lo brutal, y es esa segunda faz del problema la que perturba al jurisconsulto encargado de resolverlo y de extender la dominación de su patria hasta las bocas del Orinoco, puerta de la vasta red fluvial que abre paso al centro de Venezuela, de Colombia, del Brasil, y enlaza con la hoya amazónica y con la del Plata, hasta Guanta, en donde cabe holgada la escuadra norteamericana, y por toda la extensión de una costa “necesaria a la seguridad del Canal de Panamá”.

Ah, señor director, los enemigos de la libertad de la América tropical en Cuba y Santo Domingo, en Venezuela y Centroamérica no son los angloamericanos. Son las pasiones y apetitos ciegos, sordos, insaciables que nos ponen el amor a la patria en los labios y nos lo borran del corazón, o mejor —no nos compliquemos—, se los borran a la mayoría de las clases políticas directoras lanzadas desaforadamente tras el poder en ansia de mezquinas glorias de oropel y aún más mezquinos anhelos de abusar del mando en contra del adversario vencido o burlado, y de llenar las arcas y las huchas en las trastiendas del peculado, y de matar a quienquiera les cierre el paso a la cima ambicionada. Por el amor al poder y a sus gangas diezman la población, detienen el desarrollo del país y, antes de que caiga en manos del contrario, lo entregan al extranjero torpe e infamemente.

Es con esas pasiones y esos apetitos con los que cuentan como con fieles aliados los hombres del Norte para redondear su expansión “humanitaria y pacificadora”. Y cuando se piensa en que, a más de los de Santiago y Cavite, no han quemado un cartucho los Estados Unidos para entrar en el goce de los protectorados más o menos francos que ejercen en nuestros trópicos, sino somos nosotros los que nos hemos entredegollado en ciertos casos para disputar el menguado privilegio de entregarles la patria, se desespera del porvenir y de la propia sangre.

Aborrecible civilización aquella en que la libertad y el honor, que los pueblos defendieron siempre hasta caer agonizantes, rota la espada, se subordinan fríamente a los intereses de un bando político, y las clases laboriosas y productoras, hastiadas de la tiranía sanguinaria, esquilmadora y retrógrada de las facciones, miran como asilo y residencia la tutela extraña. Lo que está sucediendo en la América tórrida no tiene paralelo exacto en ninguna otra época, y si la tranquila sumisión al extranjero es un triunfo del industrialismo, preferible sería haber vivido en los tiempos en que una barbarie heroica proclamaba dulce y decoroso morir en defensa del nativo suelo. Más digno es eso de vencedores y vencidos que esta conquista por sugestión en cuyas redes vamos cayendo sin previsión y sin honra, por no avenirnos a vivir ordenada y pacíficamente en los paraísos que el acaso nos señaló por patrias.

Sólo la paz interna y la más alta cultura cívica podrían libertarnos, y al renunciar a ambas, con ellas renunciamos al derecho y al decoro de la vida libre.

El Caribe hierve. Cuestión cubana y venezolana, cuestión de Centroamérica y Haití, todo ello quedaría resuelto en favor nuestro por actos eficaces de patriotismo que pusieran a cada una de esas tierras en el corazón de sus hijos, por encima de todo egoísmo, y las impusieran por la dignidad de la vida libre al respeto de las naciones. En cambio hemos vivido fabricando nuestras cadenas y ahora tendemos los brazos para que las remachen.

Y nada nos falta de lo que debiera constituir nuestra dicha. No soñó el profeta edenes de mayor belleza, ni Grecia tuvo semilla más fecunda en grandes cerebros, ni Francia produjo más briosos capitanes. Cuba, para sólo nombrarla a ella, ha disputado, quizás desterrado, a Europa y a la América, hombres eximios que han ilustrado en los centros de la civilización contemporánea letras, artes, ciencias, o han impulsado el progreso en otras tierras. Ahora, con la muerte de Aniceto Menocal, viene a la mente la lista ilustre. En el cuartel general de la ingeniería moderna, en estos Estados Unidos Menocal fue designado por el ministerio de la marina como ingeniero en jefe de la expedición exploradora de las rutas interoceánicas de Nicaragua y de Panamá, y algunos de los más vastos problemas de ingeniería resueltos en el último tercio de siglo en este país le fueron confiados a él, para su estudio y solución, por el gobierno federal o por el municipio de Nueva York. Y como el sabio septuagenario que ahora baja a la tumba, así se han extinguido tantos otros poderosos intelectos prodigados por Cuba a los cuatro vientos, mientras ella, sin que sea posible explicarlo por modo lógico y concluyente, busca en vano a aquel, de entre tantos hijos preclaros que la honran y la aman, que resuelva su problema nacional de independencia y progreso.

3

Nueva York, 29 de julio de 1908.

Señor director de *El Litoral Atlántico*¹⁷:

Una fantasía política, a lo Julio Verne, acaba de publicarse en Berlín bajo el título de *El Cóndor*, en la que aparecen los Estados Unidos, en 1920, en guerra con una triple alianza sudamericana, vencidos, y rota

[17]_ Publicado en *El Litoral Atlántico*, de la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana. Aparece firmado *Corretpontal*. Recorte sin fecha del archivo de Zumeta. (*N. del E.*)

la hegemonía angloamericana sobre el resto del continente. El libro es interesante a título curioso, pero lo es aún mucho más por la moral que encierra.

Veamos primero la situación descrita por *El Cóndor* dentro de doce años. Toda la región del Caribe, sin excluir a México, sometida a vasallaje por el gobierno de Washington. El resto de las repúblicas menores cohibido por la cachiporra del Tío Sam, intrigas y dinero de Yanquilandia promueven una revolución en el Uruguay, fiscalizado ya por Estados Unidos. Un motín ataca la legación de este país en Montevideo y destruye la guardia de ochenta marinos que la custodia. El gobierno uruguayo se niega a dar satisfacción, y el Brasil, Argentina y Chile se unen en defensa de Sudamérica. Sobrevienen combates navales con varios éxitos, hasta que al fin una poderosa escuadra *yanqui* aniquila la de los aliados. Desembarca luego un ejército de ciento veinte mil hombres en las costas argentinas, y tras cinco días de cruda batalla son derrotados y puestos en desordenada fuga. Europa y el Japón median en la contienda y se firma un armisticio preliminar por el cual se conviene en celebrar un tratado de paz en Viena.

La fantasía del autor no va descaminada. No es concebible que una tras otra vayan cayendo bajo la férula *yanqui* las repúblicas americanas sin que las restantes, impelidas a la acción por necesidad de propia defensa, se aperciban a resguardarse del enemigo común, aliándose contra sus agresiones. Ni es difícil que esa alianza llegara a ser de las tres potencias de Sudamérica. Sin embargo, quizás esté desorientado, después de todo, el profeta germano. ¿No es menos concebible aún que pudieran pasar ochenta largos años durante los cuales repetidas veces fueron convocados esos pueblos a convenir en un plan de mutua defensa, de acercamiento y arbitraje, sin que hasta el día se haya dado el primer paso eficaz en ese sentido? ¿No es menos concebible que en vez de tender hacia la unión, se rompieran la Gran Colombia y la América Central, hubiera guerras de conquista en el sur del

Pacífico, se desgarrara la Banda Oriental en aniquiladoras luchas y estuviesen armándose los unos contra los otros esos pueblos?

Entretanto, el enemigo se ha expandido por compra o por conquista, o simplemente por intimación de poder, ha salvado su unidad territorial y política, se ha vuelto formidable por el trabajo, la previsión y la libertad, frente a nosotros empequeñecidos por la guerra, la imprevisión y el personalismo y reducidos a nacionalidades microscópicas o por lo exiguo del territorio o por lo escaso de la población. Mientras hacíamos trincheras y cavábamos fosas para los caídos en el campo del fratricidio, mientras hacíamos grilletes, cuarteles y cárceles, acá, en el Norte, se sembraban las campiñas, se tendían rieles, se construían arados y escuelas. El resultado es, acá, los Estados Unidos de Norteamérica; allá, los Estados Desunidos del Sur y del Centro. La unidad próspera angloamericana, la pluralidad paupérrima indohispanoamericana.

Y aun así, un esfuerzo sincero hacia la unión, o siquiera hacia la libertad y el orden, darían al *Cóndor* fuerzas suficientes para proteger bajo sus alas toda la extensión del imperio nuestro codiciada por el águila.

La más dolorosa impresión que en el espíritu deja la lectura de *El Cóndor* es la de no encontrar ni en las fantasías mismas de observadores europeos, íntimamente interesados en el porvenir de nuestros países, la esperanza de que lo adquirido ya por Norteamérica vuelva a ser parte del conjunto iberoamericano. Años ha publicó un diario de esta ciudad una caricatura en donde aparece el Tío Sam con las Américas tendidas sobre una rodilla, afanado en aserrarlas en dos mitades por la línea del Canal de Panamá. Los sucesos parecen darle razón al caricaturista. Al referirse a la América libre, ya esta prensa y la europea no se refieren sino a la meridional, como si el mundo hubiera convenido en que el resto formara ya parte de la gigantesca República del Norte.

En la gira emprendida por el secretario Root con el deliberado propósito de calmar la ansiedad y disipar los recelos que asaltaron nuestros pueblos cuando fue desmembrada Colombia, su viaje se redujo a los Estados del mediodía,

y cuanto en esa época llegó a traslucirse indica que él se limitó a garantizarles a las cancillerías de esas naciones el firme propósito de Estados Unidos de no intervenir con ánimo de establecer protectorados al sur de Panamá, y que, al mismo tiempo, el gobierno de Washington esperaba que esos países organizaran sus medios de defensa en forma que estuvieran a cubierto de toda agresión europea. Los programas militares y navales del Brasil, Argentina, Chile y Perú confirman aquellos pronósticos. De otra parte fue después de esa gira cuando se consumó el protectorado dominicano, se renovó en forma aguda el de Cuba, se resolvió la intervención en Centroamérica, y fue el mismo Secretario Root a negociar en México la cesión de la Bahía de la Magdalena. Y como para borrar toda duda en que el ánimo quisiera refugiarse, el *Herald* del 29 de julio corriente publica un despacho de Washington, indudablemente inspirado en fuente oficial, en el que anuncia la conveniencia de establecer una carbonera en el golfo de Fonseca, en razón de estar muy distantes las dos más próximas, la de Panamá y la de San Diego: “El departamento de marina está estudiando seriamente el proyecto, cuya realización se considera de gran importancia para Estados Unidos”.

Es decir, se dispone del golfo de Fonseca, o se propone disponer de él, como cosa propia, porque el cóndor duerme entre las nieves de los Andes, y el águila otea y avizora las presas que él le abandona.

4

Nueva York, 30 de julio de 1908.

Señor director:¹⁸

En el supuesto fantástico de que un plebiscito anglosajón hubiera de decidir entre el culto tributado a la Biblia y el consagrado a los jueces,

[18]_ Publicada en *El Mundo*, La Habana, 10 de agosto de 1908. Archivo de Zumeta (N. del E.)

el resultado sería sacrificar, casi por unanimidad de votos, el Antiguo y el Nuevo Testamento. Cerrarían, llegado el caso, las iglesias por dejar abiertos los templos de la justicia. No de la justicia en general, sino de la anglosajona, en la cual, por obra de siglos de hilarlo muy delgado, se supone que todo el espíritu de la ley debe estar como embotellado en la letra, y es el texto el que prevalece sin redención ni misericordia. No ha mucho, por ejemplo, ocurrió el caso de un compositor que les reclamaba a los fabricantes de pianos automáticos el pago de sus derechos de autor por haber adaptado a los instrumentos que fabrican, piezas de música escritas por él y garantidas por la ley de propiedad literaria y artística. De tribunal en tribunal fue el pleito a la Suprema Corte Federal. Leyeron los sapientísimos jueces la ley, que resulta ser anterior a la invención de los rollos de papel ataraceado que el mecanismo de esos pianillos convierte en música. La ley prohíbe copiar o reproducir las obras literarias o artísticas inscritas en el registro de esa clase de propiedad. Y declararon los jueces en su sabiduría que esas bandas de papel agujereado no son copia o reproducción porque, aun cuando la música que de ellas arranca es la escrita en el original, no contienen signos que puedan leerse y no están, de consiguiente, comprendidas en la ley. *Ergo* los fabricantes pueden seguir usando, *gratis et amore*, para alma de pianillos, la música ajena.

No sólo no hay manera de rebelarse contra la inmutable decisión oracular, sino tampoco intención de hacerlo en este pueblo, en cuya médula ha puesto esa tradicional jurisprudencia un instinto casuístico que le lleva a esconder en palabras aparentemente claras, alcance y sentido que jamás soñara desentrañar de ellos la mente latina. Los que procedemos de la civilización mediterránea o grecorromana preferimos, quizás por indisciplina o por rebeldía idiosincrásica, a la justicia, la equidad, y esa diferencia esencial entre la mentalidad latina y la sajona contribuye grandemente a explicar nuestra propensión a rebelarnos contra lo que

creemos injusto, y la ecuanimidad con que el anglosajón apela de una injusticia manifiesta a más altos tribunales, o al de la opinión pública. La equidad, por ser cosa distinta de la justicia, a veces su antípoda; por ser o aparecer fácil de comprender a todos los cerebros, y por cautivar igualmente el sentimiento y la razón, arrebatada a los que la aman, alista prosélitos a millares, e impulsa al convulsionismo. Tiene algo de la belleza de la antigua Helena, y como ella inflama ánimos y corazones. Es revolucionaria.

Mientras ella mira con los ojos muy abiertos a que el fiel de la balanza no se incline, esta austerísima justicia es ciega y enmurada en la tradición, pesa con sílabas y frases de leyes incompletas y falibles, porque son obra de los hombres, las pasiones humanas, que es como pesar alcaloides tóxicos, no con adarmes y escrúpulos, sino con pesas de carnicero. La vida, bajo esa justicia, tiende a asilarse en la hipocresía del formalismo artificioso según el cual una coma o un vocablo deciden de un derecho, y el más leve y sutil error de procedimiento echa por tierra la más legítima de las reivindicaciones.

Tal es la fuerza de esa tendencia a prevalerse de la letra en contra del espíritu de una obligación cualquiera, que hay ejemplos de ella en la historia diplomática de este país. Los hay a granel, y puede citarse entre los más recientes y flagrantes el del episodio de la secesión de Panamá. Estados Unidos se opuso a que las tropas colombianas fueran a reducir a la obediencia la guarnición panameña, porque en el tratado de 1846 entre este país y Colombia, en el que Estados Unidos se obliga a defender la integridad del territorio colombiano, se comprometen, además, a mantener libre y expedito el tránsito por el Istmo. En virtud de esta última cláusula alegaron que el transporte de tropas colombianas entorpecería el tráfico, y perdió Colombia una provincia suya, en beneficio de los Estados Unidos, a pretexto del tratado solemne en que la gran república adquirió el compromiso de velar por la integridad territorial de la nación amiga.

Esto puede antojárseles justo a los *yanquis*, pero nosotros entendemos que la equidad recibió un cachiporrazo de cuenta cuando fue interpretado de esa suerte el tratado de 1846.

Ha de convenirse en que tuvo razón Bagenot en afirmar que los latinos carecen de “fibra legal”, como él llama ese espíritu de justicia anglosajón que tantas veces llega a confundirse con espíritu de iniquidad. Esa fibra legal es el nervio de esta democracia cuya cúspide es la Suprema Corte Federal y ante cuyos jueces se estrella el querer de todos los representantes del Poder Ejecutivo y del Legislativo.

En estos días, el Presidente Roosevelt, que todo lo ha conmovido en la República, ha hecho un gran esfuerzo por derribar, como Sansón, la columnas del templo. Él, que aplicó la justicia anglosajona con insólita premura en Panamá, ruge contra ella ahora como león herido, e invoca la equidad. No podía ser de otro modo. Él es casi nuestro por la rebeldía, por el impulsivismo. En cualquier país de América que no fuera este, sería jefe de revolución, o presidente al modo que por allá se usa. No conozco el árbol genealógico del presidente Roosevelt, pero sería curioso de indagar si en su aristocrática stirpe holandesa no hubo, allá en los días del duque de Alba, infiltración de sangre hidalga de Castilla, y si lo que en él se advierte de vehemente e imperioso, de contradictorio afán de equidad y de austeridad, es atavismo de vieja cepa española. De haber pensado en eso el infatigable Sanguily, cuando estuvo en La Haya, ya tendríamos averiguado el caso. Es lo cierto que el campeón del *fair play*, que es uno de los nombres que la equidad tiene en inglés, y ejecutor de justicia a secas en el Caribe, se le encaró a un tribunal en los términos en que hubiera podido hacerlo uno de nosotros, hispanoamericanos pecadores.

La famosa “Standard Oil Company”, que es la proyección del archimillonario Rockefeller, y uno de los sindicatos más duramente denunciados por el presidente Roosevelt, fue acusado por el gobierno federal de haber violado la ley que prohíbe aceptar rebajas secretas de fletes

ferroviarios. El juez de primera instancia que conoció del cargo sentenció al opulento sindicato a pagar una multa de cosa de treinta millones de pesos. La compañía petrolera apeló. Entretanto, el partido republicano, regocijado, proclama su victoria. En la imaginación popular el presidente Roosevelt aparecía como el arcángel vencedor, de pie sobre el fabuloso dragón domeñado. Sólo él hubiera podido encontrar el talón al Aquiles del monopolio y echar por tierra al monstruo. El triunfo no podía ser más oportuno. Lo que el pueblo reclama es que se le libere de los tentáculos de esos pulpos, que como la sierpe en el grupo de Laocón, lo retuerce en sus formidables anillos. La oportunidad de ese triunfo era poco menos que providencial para Mr. Roosevelt y su partido. ¿Qué mayor trofeo pudiera serles presentado a los electores en la presente campaña sino la piel del monstruo? “*In hoc signo vinces*”, se había dicho con religioso fervor Mr. Roosevelt. Luego, no hay muchacho de escuela en los Estados Unidos que no tenga la convicción, ni hombre para quien no sea secreto abierto que la Standard Oil Co. goza de franquicias ferrocarrileras no otorgadas al público. El hecho fue comprobado ante el juez Landis, que decretó la enorme multa. El juez Grosscup, primero de los tres que constituyeron el tribunal de apelación, es adversario jurado del monopolio. La sentencia, aun cuando a algunos les parecía excesiva, coincidía con el veredicto popular y con la aspiración del gobierno. Pero los sapientísimos jueces de segunda y última instancia leyeron el expediente y encontraron en él una falta gravísima. No había sido comprobado que la Standard Oil Co., al aceptar la tarifa mínima, hubiera tenido conocimiento de que la otra, la impresa, la que reza para el público y anda de mano en mano fuera más elevada que la que le permitía burlarse de sus rivales y de las leyes. A falta de esa prueba quedaba jurídicamente por demostrar la intención de evadir la ley. En consecuencia, el fallo no está fundado en derecho, y fue revocado en virtud de ese error “sólidamente substancial”.

La jurisprudencia del alto tribunal dejó atónito al presidente Roosevelt. Fue como si a Hércules le hubieran asestado un golpe con su propia maza, o a Roosevelt un porrazo con su propia cachiporra. ¿Cómo había de parar en tal un juicio largo y costosísimo de cuyo éxito dependía el edificio de la legislación laboriosamente construida, contra viento y marea, al cabo de años de propaganda contra el monopolio y la plutocracia! Ese escaparse del reo en capilla precisamente en vísperas de elecciones, cuando iba a regalarselo al pueblo con el estupendo auto de fe, era más de lo que Mr. Roosevelt podía llevar en paciencia. Sin tardanza salió de la Casa Blanca un documento que algunos papeles llaman manifiesto, otros pronunciamiento y califican de grave ataque a la majestad del poder judicial: “No hay duda en absoluto acerca de la culpabilidad del demandado o acerca del carácter excepcionalmente grave de la falta. El Presidente consideraría muy seria denegación de justicia el que, por razón de cualquiera forma de distinguos, escapara el acusado al castigo que, sin cuestión, le hubiera sido aplicado a cualquier débil que se hubiera hecho reo de ese delito”.

El juez Grosscup, a quien un periodista le leyó la filípica, escribió al margen esta observación: “No hay razón para que haga yo más caso del comentario de Mr. Roosevelt, del que hiciera de la opinión de cualquiera otro ciudadano, porque el puesto que él ocupa y el cargo que desempeñan los jueces del tribunal de apelación son ramas enteramente independientes, aunque coordinadas, del poder público”, y siguió fumando, si es que fuma el señor juez.

Lo que dice Mr. Roosevelt es, fuera del recinto del tribunal, el evangelio; pero como ya se observó al comienzo de esta carta, aquí se echarían al fuego los evangelios todos y con ellos desde el Génesis hasta el Apocalipsis, por conservar la justicia. Y no será este Sansón quien derribe el templo. La prensa ha reprobado las palabras de Mr. Roosevelt, como un ataque a la indiscutible honorabilidad de los jueces. Nadie ignora, sin

embargo, que a pesar de la probidad de esos magistrados, los acusados que tienen cómo pagar jurisconsultos hábiles en argucias suelen salir con bien de los más difíciles enredos. ¡Oh la justicia!

* * *

Por accidente conozco en detalle el génesis de cierto movimiento pacifista a contrapelo que acaba de recibir sanción ex cátedra de Mr. Roosevelt. Sabido es que los orígenes de la agitación en pro de una inteligencia internacional que sustituya el arbitraje a la guerra no son tan sentimentales como a primera vista pareciera. Son rigurosamente económicos. A lo que tienden las varias asociaciones y conferencias dedicadas a prevenir la guerra entre los fuertes es, si no al desarme, que resulta impracticable, por lo menos a contener el despilfarro creciente de millones que hace inevitable una bancarrota fiscal europea en no lejano día o una guerra aniquiladora. De ahí el empeño de los pacifistas en impedir el aumento y la renovación de armamentos navales y militares, a fin de aliviar siquiera en esa medida la carga que pesa sobre las grandes naciones. Apenas se ha llegado en ese camino a reducir a un *mínimum* las causas posibles de *causae belli*, mediante una prometedora serie de tratados arbitrales, y la lucha casi está circunscrita a la cuestión de limitar el presupuesto de guerra y marina de las potencias.

Una de las sociedades pacifistas más activas es la “Conciliación Internacional”, establecida en París por el barón d’Estournelles de Constant, cuya labor ha sido quizás la más fecunda de todas en estos últimos años en favor de la paz del mundo. La rama americana de la “Conciliación” fue fundada en Nueva York bajo los auspicios del célebre filántropo millonario Andrew Carnegie. La preside N. Murray Buller, y era secretario el publicista Mr. Hayne Davis, hombre de rara inteligencia, en el que hay algo de misionero, de místico y marcado espíritu de aventura.

Hayne Davis es vegetariano y adepto de la ciencia cristiana, la religión fundada por Mrs. Eddy sobre el precepto de que toda enfermedad es ilusión que la mente puede disipar sin recurrir a médicos ni a drogas. La iglesia de Mrs. Eddy patrocinó la “Conciliación Internacional”, de la que era funcionario uno de sus fieles más distinguidos. Hubo el pensamiento de extender a nuestros países la obra de esa asociación, en sentido, naturalmente, antiimperialista; cuando de pronto surgió una desavenencia entre el presidente y el secretario con motivo del candidato presentado por este, un notable diplomático sudamericano no grato en Washington, en razón de sus ideas antiexpansionistas. Comenzó la lucha y, no sólo fracasó la misión a Hispanoamérica, sino que al fin se le exigió a Mr. Davis que dimitiera la secretaría y se obtuvo su renuncia.

Mr. Davis procedió a poner tienda enfrente, es decir, a establecer una asociación rival de la que había ayudado afanosamente a fundar y que ahora le excluía. A pesar de su actividad y del respaldo de su iglesia no maduraban los planes. Mr. Davis es pariente cercano de Mr. Hobson, el que trató de obstruir la entrada del puerto de Santiago, incansable apóstol de una marina norteamericana que supere a la de la Gran Bretaña. De pronto aparece Mr. Davis en la Casa Blanca anunciándole al presidente Roosevelt la fundación de una Liga de la Paz, en Carolina del Norte, cuyo programa es el de Guillermo II de Prusia, el de la Europa moderna, el mismo que las sociedades pacifistas del mundo entero tratan de abolir. La Liga nueva enarbola bandera roja frente al estandarte blanco de las otras, y proclama que la paz no se obtiene sino construyendo más acorazados y disciplinando más cuerpos de ejército que el vecino. Ese sistema que el mundo ha venido practicando sin suceso desde que Caín recogió del suelo la quijada de un burro —que debiera ser el emblema de la nueva secta— y le hendió con ella el cráneo a Abel, deleitó al presidente, quien al recibir de manos de Mr. Davis la presidencia honoraria de la nueva institución, declaró en carta publicada en

estos días, que “todo el pueblo de los Estados Unidos debiera suscribir ese programa práctico de la paz”.

Tan cierto es que las pequeñas causas producen grandes efectos. Un pacifista despechado tiñe de rojo la bandera blanca y, bajo los auspicios de Roosevelt, va a contener en este hemisferio los más bellos esfuerzos de la civilización y a propagar el sofisma de que los instrumentos de exterminio son pedestal y égida de la fraternidad humana.

Y al mismo tiempo Hobson declara abiertamente que Mr. Roosevelt cree probable una guerra con el Japón, y el presidente, en un discurso belicoso, refrenda indirecta y veladamente las palabras de Hobson. Esta novedad de sociedades pacifistas para hacer la guerra valía bien la pena de ser señalada.

5

Nueva York, 17 de agosto de 1908.

Señor Director¹⁹:

Un discurso reciente de Mr. Roosevelt, despachos tendenciosos de Washington, nuevos ímpetus y rumbos de la propaganda antijaponesa en órganos influyentes de esta prensa, ecos de la palabra de pase que la escuadra norteamericana va llevando a las colonias británicas en el Pacífico, revelan deliberado propósito del gobierno norteamericano de abrir un nuevo capítulo de historia en el Oriente, intitulado: “De cómo aseguraron los Estados Unidos su preponderancia en el Pacífico a despecho del Japón”. Cuando el capítulo se escriba el título puede ser otro, pero desde ahora es posible dar cuenta de las fuerzas en juego.

Asistimos a una de las revoluciones más portentosas de los tiempos históricos. La alianza franco-rusa llevó al imperio de los zares las ideas

[19]_ *El Mundo*, de La Habana. 24 de agosto de 1908. Archivo de Zumeta. (*N. del E.*)

revolucionarias de la Francia democrática y produjo el incendio que ahora sopla el poderoso aliento de Tolstoi y que consumirá en sus llamas la substancia y los atributos del absolutismo moscovita. Unos estudiantes turcos se enamoraron del gobierno representativo en el Barrio Latino, fueron a predicarlo en los dominios de la Sublime Puerta y, segunda vez ahora, conmueven el trono del Sultán. El Japón y la China enviaron millares de jóvenes a las universidades de Europa y de Norteamérica y la onda que a fines del siglo XVIII desbordó de París y arrasó hasta los cimientos el feudalismo europeo se propagó al Asia y la inunda. Abolido el sistema feudal en el Japón, por obra de los nobles y el soberano, bastole el breve lapso de una generación a ese pueblo para despertar a cañonazos en los llanos de Manchuria, en nombre de la victoria, el espíritu del Asia, que dormía desde hace decenas de siglos. El Asia se despereza. La duma, el parlamento de Constantinopla, el de Ispahán, el que clamea la China porque se congregue en Pekín, el ansia de la India por una forma de gobierno autónomo, son corolarios de Puerto Arturo y de Mukden. El tercer estado le pide al absolutismo oriental que abdique en favor del pueblo, y va a la monarquía constitucional a reconstituir las nacionalidades que desde hace tantas centurias son meras designaciones geográficas, atadas por flojos lazos administrativos y por inconcebible inercia del conjunto.

La cuestión de Oriente no es ya, como hasta ayer, la disección de un cadáver político, la repartición territorial o comercial de la tercera parte del globo. La inmensa civilización cataléptica da señales de reanimarse. La cuestión de Oriente es ahora la de mantener el equilibrio entre él y el Occidente. La diplomacia occidental se ha esforzado en los últimos años por llegar a una inteligencia respecto al mantenimiento del *statu quo* en China sobre la base de libertad de comercio para todas las naciones. Inglaterra, Francia, Rusia han celebrado tratados con el Japón en ese sentido, y la cancillería de Washington les propuso a las potencias

que se adhirieran a ese principio. Para el Japón, entregado a modernizar Corea y Formosa y de asegurarse el mercado de Manchuria, el mayor peligro consiste en la debilidad de China, porque mientras el Celeste Imperio sea impotente para defenderse hay riesgo de que se abuse de su flaqueza con perjuicio de los intereses económicos de los japoneses; de ahí que se esfuerce en acelerar el advenimiento de una era constitucional que reconstruya el imperio y lo ponga en capacidad de defenderse. El gobierno chino, como es infalible que lo sea todo absolutismo y más aún el tradicional, es venal y corrompido por sobre toda ponderación, en toda la línea, desde los más altos funcionarios imperiales hasta el verdugo que, según sea la suma con que lo cohechen los deudos del condenado, mata de un golpe o prolonga la ejecución o somete a indecibles torturas al infeliz que no tuvo quien lo valiera. El Japón sabe por cuáles medios puede destruirse, con el apoyo de esos funcionarios, todo esfuerzo de él en el sentido de asegurar sus intereses comerciales en China y de activar la regeneración del imperio.

Los Estados Unidos miran en la influencia japonesa en China un peligro para sus planes de predominio en el Pacífico, y aspiran a ejercerla directamente en Pekín, en beneficio de su política, de su comercio y de sus intereses coloniales. Hasta se ponderan los beneficios de una alianza chino-americana cuya realización es poco menos que improbable. Por primera vez se apartaría esta nación de la política aconsejada por Washington y fielmente seguida hasta el día, de no aliarse a nación alguna; ni es concebible que hubiera alianza entre dos pueblos de los cuales el uno prohíbe la inmigración de los nacionales del otro en su territorio; ni puede China hacer concesiones arancelarias, ni de otro género, sin quebrantar la doctrina de “la puerta abierta” y del *statu quo*, consagrada ya en tratados públicos. Pero de lo que se trata es de maniatar al Japón en una evolución diplomática que no viole la letra, aun cuando sí indirectamente el espíritu del tratado de alianza anglo-japonés y que, en caso de guerra,

deje solo al Mikado con sus graves compromisos financieros, frente a los Estados Unidos, cuyos recursos económicos son prácticamente inagotables. Además se trata de forzarle la mano al gobierno británico, agitando toda Australasia en sentido casi rebelde, que esboza la posibilidad de que las colonias hagan causa común con los Estados Unidos para la defensa del “Asia blanca” contra el peligro amarillo.

Hace diez años esta hábil política pendenciera y sutil habría sido incontenible; hoy por hoy, sean cuales sean las ventajas aparentes y transitorias que alcance, esa ambiciosa política de predominio del Pacífico mediante la rivalidad de dos poderosas unidades amarillas para hacer prevalecer sobre el Asia entera la supremacía occidental va contra las corrientes de la historia, contra el hecho esencial de que el Asia despierta, de que una imponderable fuerza moral está sacudiendo en estos momentos a los guías de cerca de ochocientos millones de hombres que constituyen el Asia y está restaurando en ellos la conciencia de su poder.

Desde que en Alemania se inventó el peligro amarillo y Rusia ahuecó la voz para denunciarlo a Europa, y en Francia, por bien parecer, se abundaba retóricamente en las ideas del kaiser y del zar a esos respectos, no ha habido manera de precisar ante los criterios imparciales en qué pueda consistir ese supuesto peligro. Militarmente existiría si los chinos tuvieran de la civilización el mismo concepto que los prusianos y meditaran venir a vender té, sedas, arroz y triquitraques a Hamburgo, a poder de cañonazos. Económicamente lo que peligraría en este movimiento del Asia hacia la libertad sería la alta plutocracia en virtud del inevitable reacomodamiento de las relaciones entre el capital y el trabajo sobre toda la faz de la tierra.

El Oriente, el Extremo Oriente en especial, recorrió antes que nosotros todos los caminos de la filosofía. Su última lección al Occidente fue la doctrina cristiana, en la que están contenidas las mejores aspiraciones humanas. Nosotros no hemos llegado aún a la perfección moral necesaria

para vivir conforme con las enseñanzas del Nazareno; pero el Asia sí aprendió a vivir según la ley de Confucio, de Buda, de Gandama. Allá la sociedad está constituida para la paz; acá, a despecho de la religión oficial de paz y de fraternidad, la sociedad está constituida conforme con el criterio de los bárbaros que Roma subyugó y de la Roma conquistadora que llevó la cruz, a sangre y fuego, a la Germania, la Galia, la Bretaña, a Thule y a las columnas de Hércules. Roma enseñó a Europa a arrodillarse vencida sobre la tierra ensangrentada ante el crucificado victorioso. Y los bárbaros se prosternaron, no ante el hijo del hombre, sino ante “Jesús Víctor”, ante la divinidad triunfadora, cuyas legiones, heredadas de los dioses mitológicos, iban ahora arbolando el lábaro redentor y postraban las divinidades guerreras del Norte. Ese Cristo romanizado que evangeliza matando, y comulga, en verdad, con el cuerpo y la sangre de los vencidos, ese Cristo sanguinario es el dios del Occidente civilizado. Y es esa civilización la que el Occidente ha enviado con sus misioneros y sus acorazados a predicar a las tierras en donde el hombre vive en paz con sus vecinos.

El Japón, el menos filósofo de los pueblos orientales, aprendió la lección. La casta de los samurái no había perdido el gusto de saborear la sangre fresca que vigorizó a sus abuelos en la edad heroica, y fue a demostrarlo sobre los mares y en campos de Manchuria. La China ha ido demasiado lejos en los caminos de la paz para regresar a la guerra hasta más allá de las necesidades de la defensa. El Japón mismo no ha combatido hasta ahora sino por el mantenimiento de su integridad y la supervivencia de su imperio.

Cuando se habla del peligro amarillo, realmente lo que se teme es que el Occidente tenga que renunciar a la violencia como fórmula de su desarrollo.

Es necesario confirmarnos en la idea de que las razas del Oriente, despertadas de archisecular sopor por el mentido cristianismo que fue a

venderles opio, alcohol, algodón e ídolos a cañonazos, y fue a pillar sus templos, sus palacios y sus lares en nombre y por razón del guantelete que gasta en la diestra la civilización europea, no despertarán para la agresión, sino para la defensa de lo que es de ellas. Todo indica que lo que no pueden los congresos de la paz y los anhelos de la filantropía lo alcanzarán las amenazadoras fauces abiertas del dragón perseguido hasta en su antro.

Económicamente Europa no podría con la carga de una guerra subyugadora del continente que se despereza y pide libertades ciudadanas para sus habitantes. Esa guerra y sus consecuencias serían abrumadoras para la civilización occidental. Es más lógico suponer que, ante Asia, apercebida a la defensa, el Occidente unido allane por el arbitraje sus diferencias, y distribuya pacíficamente en los baldíos del África y del nuevo mundo el excedente de su población. Entonces vería de canjear capitulaciones de eterna paz con el Oriente, y la nueva fuerza desmilitarizaría el mundo, disminuiría de por mitad los presupuestos de las naciones occidentales, y con ellos el gravamen que pesa sobre europeos y americanos. Simplificaría de una vez los problemas económico-sociales. La comparecencia del Asia en la vida activa mundial determinaría, por el equilibrio de las razas, un enorme paso hacia la constitución de una sociedad a base de paz, el advenimiento como de un reinado de la ciencia, que sería quien tuviera derecho de palabra entre Cristo y Buda; la explosión de una tromba de problemas que se desparramaría sobre la conciencia humana y la orientaría hacia la reconstrucción del concepto de la vida, hacia desconocidas fórmulas de libertad, hacia el definitivo rompimiento con la tiranía de la tradición de la fuerza, de la mentira, de la tiniebla impuesta por la grosera brutalidad y la ignorancia aun más grosera del hombre bárbaro sobre el hombre moderno.

El peligro amarillo, si se condensara, sería redentor. Los Krupp fabricarían azadones y la herrumbre daría razón de los acorazados si el Asia

despierta a tiempo. En estos momentos la guerra tendría que imponerla el Occidente para retardar la evolución que independizaría de su arrogante tutela a aquellos pueblos.

Es la fuerza moral irresistible de todo un mundo que emprende camino hacia la libertad, lo que habría de contener y sojuzgar el Occidente para vencer en el desesperado empeño de mantener la civilización caucásica dentro del marco abominable de las más rudas tradiciones de la bestia humana, la guerra y la esclavitud, que son los polos de esta cultura nietzscheana.

Ejércitos y armadas para amenaza de los débiles y garantía de la explotación; ejércitos y armadas al servicio de la alta finanza y de la alta industria; esclavitud militar, servidumbre asalariada en todos los ramos de la actividad humana, mental y manual. ¿Es ese el ideal de la vida sobre el planeta? El peligro amarillo enfrentado a ese peligro blanco restablecería la ecuación de la dignidad de la existencia sobre bases distintas de estas en que advenedizas castas explotadoras pesan con el peso de sus armas y de su injusticia sobre las castas explotadas.

6

Nueva York, 24 de agosto de 1908.

Señor Director²⁰:

Entre las sorpresas que la lucha eleccionaria en los Estados Unidos le preparaba a las gentes, acaso la más inesperada es la revelación del malestar del agricultor y del labriego en este granero del mundo. Quien lee las estupendas cifras de la producción agrícola de esta república, del consu-

[20]_ *El Mundo*, La Habana, de 4 de septiembre de 1908. Archivo de Zumeta (*N. del E.*)

mo y la exportación anual de toda clase de cereales y frutos, vacila en creer que quienes tienen a su cargo la siembra y cosecha de esa interminable serie de millones de toneladas de productos de la tierra anden desmedrados; que los legítimos productores de la riqueza que constituye la base de la inaudita prosperidad de este país no estén prósperos.

El mundo sabe que el fomento de la agricultura es la preocupación constante del gobierno de los Estados Unidos. El ministerio del ramo es incansable. A los más remotos sitios de la tierra se envían expertos en solicitud de las variedades más resistentes o prolíficas de plantas explotables y aclimatables, de aves e insectos destructores de las pestes que arruinan o amenazan las sementeras. En numerosas granjas de experimentación estudia el Estado nuevos cultivos, o la manera de mejorar los existentes. Costosas monografías ilustradas y volúmenes que contienen el resultado de esos experimentos se les envían a los interesados, a más de boletines periódicos con información detallada y completa de cuanto pueda interesar prácticamente al agricultor. El servicio meteorológico abraza al país entero y sus observaciones, transmitidas por telégrafo, sirven de guía al labrador. Para él se formulan las estadísticas de las siembras hechas, de la cosecha probable, de los precios reinantes. La fertilización de comarcas áridas, sistemas de irrigación, desecación de pantanos y de regiones inundadizas, todo eso que transforma en terrenos de primera clase los yermos y las tierras palúdicas, lo estudia y realiza en grande escala el gobierno federal, o el de cada estado, en pro de la agricultura. El torrente inmi-gratorio puebla los baldíos y aumenta el fabuloso total del área cultivada. ¿En dónde puede estar más próspero, cómodo y regalado el campesino que en esta prodigiosa cornucopia? ¿Qué le falta? La administración de correos que hasta hace poco no le llevaba a la puerta la correspondencia, sino la dejaba en la oficina más cercana, ha extendido ya el sistema de distribución rural; el teléfono y el automóvil completan los medios de comunicación de las aldeas y alquerías con las vías férreas.

Pues bien, el presidente Roosevelt acaba de nombrar una comisión de notables para que estudie e informe en diciembre próximo, después de las elecciones, acerca de las medidas recomendables “para hacer más próspera, cómoda y agradable la vida del campesino”. Con la excepción única de la cuestión de conservar las fuentes de la producción nacional, en la que está contenido el problema de la vida rural, dice el presidente: “La cuestión de mayor importancia hoy ante el pueblo norteamericano es la del mejoramiento de la vida del campesino. Es especialmente importante, agrega, que se proceda a realizar pronta, radical y buenamente cuanto sea necesario para preparar a los hijos del labriego a la vida agrícola y cuanto tienda a dar animación al hogar campestre, a enriquecerlo y tornarlo más deseable para la familia del labrador. No hay individuo más importante, si se le mide por su influencia en la vida nacional, que la esposa del agricultor, ni hogar preeminente por sobre el del campesino, e importa a la nación hacer cuanto sea dable por ambos. Los agricultores no han recibido hasta ahora la atención que merecen en punto a lo social y a negocios. Predomina en todo el pueblo la creencia de que los galardones de la vida no se alcanzan en el cortijo. Me siento, en consecuencia, ansioso de presentarle al pueblo de los Estados Unidos el asunto de asegurarle mejores negocios y más cómoda existencia al labrador, sea por métodos cooperativos de compra, venta y avances de dinero, y promoviendo la vida social en el campo, sea por cualesquiera otros medios aceptables que hagan el campo más productivo, agradable y prometedor de distracción y premio para hombres, mujeres y niños”. Los órganos auténticos del partido republicano reconocen que el fundamento de la grandeza nacional se deteriora porque la vida urbana da mayores rendimientos que la rural y ofrece comodidades y amenidad social negados al campesino. Hay más, se afirma que en esta tierra en donde la maquinaria y las herramientas agrícolas han llegado al mayor perfeccionamiento, el agricultor ignora los métodos científicos que le

permitirían duplicar sus ganancias, y que mientras reine ese estado de cosas y la agricultura sea relativamente improductiva, los jóvenes desertarán el campo y emigrarán a las ciudades con tanto mayor empeño cuanto más se cuide de educarlos en las escuelas rurales. Es necesario que el fruto de la labor sea pingüe y la existencia agradable para contener la emigración. De otra parte, si la población campesina no se desarrolla a la par de la urbana, corre riesgo grave el organismo entero de la nación.

Así habla la prensa amiga del partido imperante. La adversa y la independiente arguyen de otra suerte. No hay período más fecundo en buenas intenciones y en miríficas promesas de bienandanza que el electoral. Se trata de pescar votos y cada político se esfuerza por idear cebo, red o anzuelo más eficaces. ¿Se necesita el voto de los campesinos? Hágaseles saber que los republicanos se desviven por el bienestar del agricultor y que va a realizarlo, pero dígamele en forma de simple promesa, sin ahondar el tema, sin fórmula alguna concreta que pueda herir otros intereses útiles a la candidatura defendida. A los que se admiren de la simplicidad del método hay que recordarles que la masa electora va a las redes y los anzuelos con la misma inteligencia que el bacalao o la trucha.

El problema existe. Las causas son conocidas, pero se guarda cuidadoso silencio respecto a lo fundamental. Es cierto que se trata de una doble cuestión social y económica y que la primera es, en gran parte, consecuencia de la segunda. Un observador francés hace notar la circunstancia de que en los Estados Unidos el agricultor no es como en el viejo mundo pura y simplemente un rústico del tipo clásico, sino un industrial que “hace” remolachas o maíz, como otros hacen clavos o botones. En esa observación está contenido todo el vasto problema. El labrador en los Estados Unidos no tiene ese apego tradicional al terruño, ese aquerenciamiento con la heredad distintivos del labriego europeo

cuyo predio y solar, amplio o menguado, le viene por herencia de padre a hijo desde remotos abuelos allí nacidos y cuyos huesos reposan a la sombra del campanario de la aldea. No liga a los aldeanos una no interrumpida tradición de convivencia alegrada por las ferias periódicas, las fiestas lugareñas, los bailes y regocijos dominicales al aire libre, y cimentada por nexos sociales y de familia y por recuerdos e intereses comunes. En los primitivos trece estados de la confederación lo mejor de la cepa *yanqui* y cuáquera, de la que sentó los cimientos de la grandeza moral y material de la república, ha emigrado a la ciudad atraída por el señuelo del lucro, y en donde no ha entrado a reemplazarlo el colono europeo quedan restos por lo común degenerados de la antigua estirpe fundadora. En el Sur los efectos de la esclavitud, de la guerra civil y de la antipatía racial pesan sobre la población rural densamente ignorante, y envuelta en la nube de una casi servidumbre feudal y de supersticiones atávicas mezcladas a otras adquiridas en los cañaverales y algodonaes. La vida económica y social de esa hampa está al ras de su bajo nivel moral e intelectual. En el Oeste la onda migratoria está aún completando el período de asimilación y la afirmación de la entidad político-social.

En lo económico, hay que tomar nota de que las interminables zonas de cultivo abiertas al arado han sido creadas y colonizadas por las grandes empresas ferrocarrileras y son en cierto modo su feudo y su campo de explotación, al punto de acusárseles de basar sus tarifas de fletes en el máximo que le es posible pagar al agricultor para transportar su cosecha al mercado. Además la grande industria mata todas o casi todas aquellas pequeñas que pudiera explotar el agricultor. La inflación facticia del capital nominal de los ferrocarriles, capital cuyos tenedores reclaman dividendos efectivos, pesa sobre el labriego que abastece esas líneas férreas. La tarifa arancelaria protectora de las industrias pesa sobre él, que se ve obligado a pagar por todo artefacto nacional o extranjero la multa impuesta al consumidor en este país, por ese sistema proteccionista.

Los útiles de labranza que él compra le cuestan a veces el doble y casi siempre un treinta y tres o un veinticinco por ciento más del precio a que el mismo fabricante vende ese arado o ese azadón en el extranjero. La agricultura es, de consiguiente, subsidiaria de las empresas de transporte de la grande industria. Sobre el labriego pesa toda la armazón del sistema arancelario y la otra aún más poderosa de los monopolios erigidos sobre la muralla proteccionista. En la liquidación de la venta de su cosecha resultan más beneficiados que él los ferrocarrileros, los fabricantes, las compañías prestamistas que le avanza fondos a base hipotecaria y los intermediarios y comisionistas.

Él podría vender directamente cierta parte de sus frutos y de los productos de su granja al consumidor y derivar proventos inmediatos y mayores, si existiera el correo de encomiendas que, además, le permitiría comprar ciertas mercaderías sin el recargo excesivo de las compañías monopolizadoras del transporte de esa clase de bultos; pero la influencia de estas empresas ha hecho hasta ahora inútil todo esfuerzo en el sentido de que el Estado establezca ese servicio, instituido ya en casi todo el resto del mundo.

No es necesario alejarse muchas millas de Nueva York o internarse a gran distancia de la línea férrea para encontrarse con que la civilización retrocede bruscamente al apartarse de las grandes vías del tráfico. Coches y diligencias bambolean por pésimos caminos, agrios repechos y verdaderos riscos como en cualquier cordillera de los trópicos. El servicio telefónico escaso, caro y desesperante por lo lento e incómodo. La higiene en descuido. Se comprende por qué los bribones recorren los campos en busca de ignorantes zahoríes y avarientos a quienes venderles ladrillos por barras de oro, y victimarios con otros viejos fraudes en que no caerían los granujas urbanos. Se siente en la atmósfera moral algo de duro, de irremisible, que pesa sobre el rústico en la nación más próspera de la tierra, y a los mozos se les adivina el anhelo de irse a la ciudad,

la exodalgia. Por supuesto hay millares de agricultores prósperos en el inmenso gremio.

¿Podrá una comisión de notables resolver el problema, contener la inmigración del Este al Oeste, elevar el nivel del colono negro en el Sur, libertar al labrador del yugo que las condiciones económicas le imponen? Ánimo tan resuelto como el del presidente Roosevelt se ha limitado, al enunciar el problema, a las más vagas generalidades. Él sabe qué fuerzas se oponen a mejorar las carreteras, a revisar el arancel, a crear el servicio de bultos postales; él sabe que no es precisa o principalmente de la falta de conocimientos técnicos lo que hace hoy infructuosa la ruda tarea del pequeño agricultor, y que no por obra de encantamiento se transforman en intensivos los métodos extensivos de cultivar una región.

El inmigrante europeo lleva sin duda al nuevo terruño la heredada tendencia a constituirlo en patrimonio de los suyos, y los hábitos sociales de la aldea nativa. Pero ni la adaptación al medio es instantánea, ni cobra él arraigo sino cuando siente que en el nuevo domicilio colmará el anhelo de bienestar que le movió a expatriarse. Si el medro no es prometedor ni bastante a compensar la placidez de la existencia que abandonó, entonces su aspiración será atesorar hasta reunir lo suficiente para repasar el océano y comprar allá, en la tierruca preferida, el antiguo predio familiar, u otro en que pueda aguardar la vejez en paz, entre los propios. Son los decididos a permanecer en la patria nueva, los que constituidos en colonias homogéneas pueden resolver el problema social de la vida rústica en los Estados Unidos.

Cuanto al económico no parece que fuera la mejor oportunidad de atacarlo, esta época de intensa crisis en la cual, según afirma el director de una de las empresas ferroviarias del Oeste, cuatrocientos mil empleados ferrocarrileros están sin trabajo y las vías férreas del país consumen menos de la mitad de los materiales necesarios a la manutención y equipo de las líneas de lo que se dedica normalmente a ese objeto. Esto

representa una reducción diaria de un millón de dólares en jornales y salarios y de dos millones menos al día en consumo de efectos y manufacturas de toda especie. De suerte que, sin contar con la reducción en los trabajos ya emprendidos en nuevas líneas, la crisis significa en el solo renglón de ferrocarriles cuatrocientos mil hombres sin trabajo y tres millones de dólares diarios retirados de la circulación.

Los candidatos, es verdad, prometen revisar el arancel que sería la base indispensable de toda regeneración económica. Mr. Bryan le pregunta al partido republicano cómo durante su larga dominación en el curso de la cual ha tenido el ejecutivo, la mayoría del poder legislativo y los tribunales servidos por hombres de ese credo político, no ha logrado impedir la implantación de los abusos del monopolio ni ha modificado el arancel. Mr. Taft promete convocar el congreso a sesiones extraordinarias inmediatamente después de llegar a la Casa Blanca, si fuere electo, con el propósito único de modificar la tarifa... en sentido republicano.

El pueblo oye con filosófico y muy disculpable escepticismo tanto fervoroso juramento, y todos los gremios esperan el alivio de la honda depresión financiera, no de los procedimientos que adopte el ejecutivo, o el congreso, sino del volumen de la próxima cosecha.

Es de la tierra arada, es del esfuerzo del labrador que aguardan ellos, si no la vuelta inmediata de los días prósperos, a lo menos la gran corriente abastecedora de los ferrocarriles y las industrias. Entretanto, se le pide a una comisión que estudie e informe acerca de los medios de retribuir debidamente el esfuerzo de los que aran, siembran y cosechan, y de hacer suave y deseable la existencia de los que conjuran las crisis financieras provocadas por políticos y monopolistas, que sí están bien retribuidos, y cuya vida es beata y regalada. *E così va il mondo.*

7

Nueva York, noviembre de 1908.

Señor director:²¹

Dos sucesos sin conexión alguna aparente, pero en el fondo íntimamente relacionados, ocupan la atención pública esta semana.

Es el uno el drama de la vida de Charles W. Morse. Este especulador, oriundo de Nueva Inglaterra e hijo de un armador, nació en 1856 y, muy joven, entró en la casa de su padre en calidad de tenedor de libros. Volvió luego al colegio y a la edad de veinte años emprendió el negocio de enviar hielo y maderas de Maine a Nueva York y otras ciudades. En breve tuvo una flotilla empleada en ese transporte y fue adquiriendo nuevas propiedades en Maine, su estado natal, y en el río Hudson, hasta dominar el negocio de hielo en ambas regiones. Logró interesar a ciertos políticos de Nueva York en su empresa y adquirió franquicias y concesiones de muelles en este puerto. Realizado esto formó el Sindicato del Hielo a fuer de dominador del mercado. Ya para entonces, en 1887, era vocal en varios bancos de esta ciudad y accionista principal de uno de ellos. Pasada esa época dio principio a un sindicato de bancos a fin de respaldar con un grupo serio de instituciones de crédito las especulaciones en que andaba y otras aun más vastas. El método consistía en hipotecar las acciones del banco y valores de su sindicato, adquirir con el producto el mayor número de acciones de otro banco hasta predominar en su directiva, traspasar entonces a ese instituto en todo o en parte los valores hipotecados, empeñar las acciones del nuevo banco adquirido y repetir la operación para apoderarse de otro. De esa suerte adquirió

[21]_ *El Mundo*, La Habana, 20 de noviembre de 1908. Del archivo de César Zumeta (N. del E.)

preponderancia en trece institutos hipotecarios y de emisión, y dispuso de cuantiosos fondos para atrevidas operaciones industriales y de bolsa. Ya había vendido a alto precio sus intereses en el Sindicato del Hielo y cuando las acciones bajaron, como había de suceder por la inflación del capital ficticio de la compañía, formó otra para recogerlas. Su cadena de bancos le permitía osarlo todo.

Ideó luego monopolizar las líneas costaneras y antillanas de la costa atlántica de los Estados Unidos mediante el mismo sistema aplicado a los bancos. Adquirió sucesivamente la Compañía Clyde, la Oriental, la del Hudson, la Mallory, la Metropolitana y la de Ward. Consolidó en una esas seis líneas con una capitalización antojadiza e inundó sus bancos con el papel de las veinticinco empresas que dirigía. En los momentos en que necesitaba un crédito adicional de cien o doscientos mil pesos no se andaba con escrúpulos. Un muchacho de oficina o la muchacha que le servía de amanuense firmaban o respaldaban el pagaré y uno de sus bancos lo descontaba.

Morse había llegado a asociar en sus manejos a varios capitalistas de nota, pero se había concitado el odio de poderosos financistas. Una de las firmas aliadas, especuladoras en cobre, se vio en dificultades por una violenta baja en las cotizaciones de ese metal y envolvió en su caída al Mercantil National Bank. La asociación bancaria conocida con el nombre de "Clearing House" o Centro de Compensación, que liquida a diario las operaciones bancadas de la ciudad, obligó al socio de Morse a separarse de la directiva del Mercantil a fines de octubre de 1907. Cinco días después la misma asociación se negó a agenciar los asuntos de los bancos de Morse y sus socios si no se retiraban estos de la dirección de los varios institutos. Corrió el rumor de que el Kuickerbocker Trust Co., tenido por el más sólido de los bancos hipotecarios de la ciudad, estaba envuelto en las operaciones de Morse, y el público acudió a realizar sus depósitos. Después de haber pagado en menos de tres horas

ocho millones de pesos, cerró sus puertas el Kuickerbocker por falta de numerario, y se desencadenó el pánico que, a poco, envolvió al país entero y repercutió en el mundo todo.

Los hombres que decidieron inutilizar a Morse y a Barney, financista audaz del Kuickerbocker, cuyo suicidio determinó una epidemia suicida en el país, creyeron poder inspirar confianza suficiente con sólo el prestigio de sus nombres. Se equivocaron. El acto de venganza inspiró terror, porque no se sabía de dónde venía el golpe ni cuántos estaban condenados a idéntica suerte. El público tenía, además, la certidumbre de que las finanzas pardas de Morse eran las mismas de la mayor parte de sus victimarios y creyó que era todo el edificio el que se derrumbaba.

Ayer, seis de noviembre, un juez federal, luego de haber sido reconocidos culpables, por el jurado, Morse y A. H. Curtis, presidente del National Bank of North América, de malversación de fondos y asiento fraudulento de partidas en los libros del banco, condenó al primero a quince años de presidio y, atendiendo a recomendaciones de clemencia del jurado y del fiscal, dictó sentencia de cinco años contra Curtis y le declaró en suspenso, permitiéndole salir en libertad mientras observe buena conducta.

El jurado tiene de bueno y tiene de malo la circunstancia de que refleja la opinión del momento y, las más de las veces, procede en la aplicación de la ley conforme lo quieren las pasiones de la multitud. El jurado suele no ser sino el confirmador de los veredictos populares. Es fácil predecir la suerte de un delincuente, cuando depende del fallo del jurado, estudiando las fuerzas de las corrientes favorables o adversas que reinen respecto al acusado en la prensa o en el público. Dos ejemplos vienen naturalmente a la memoria en comprobación de ese fenómeno. En 1812 fueron sometidos a juicio en esta ciudad dos personas que habían organizado y despachado la primera expedición de Miranda a las costas de Venezuela contra el poder español. Los hechos fueron comprobados:

la ley era y es clara; el juez y el fiscal la explicaron a los dos distintos jurados que fallaron en el caso. En aquellos días esta nación era el más vasto templo elevado sobre la tierra a la libertad y consagrado al culto de la deidad incomparable. Convertir en repúblicas las colonias de Europa en América, luchar contra cualquiera forma de gobierno monárquico o despótico era santa empresa libertadora. Los dos jurados cerraron los ojos a la evidencia y declararon inocentes de toda conspiración contra el rey de España a los compañeros de Miranda.

Hace pocos meses un agente revolucionario haitiano trató de despachar armas y papel moneda de la revolución. Los agentes del gobierno haitiano lo tradujeron ante un tribunal. En estos tiempos los Estados Unidos, empeñados en extender su comercio y su predominio en el Caribe, consideran contrario a sus intereses toda rebeldía contra los regímenes establecidos del Orinoco al Bravo, por despóticos que ellos sean. Giordani fue declarado culpable por el jurado y sentenciado a presidio.

Morse acaba de ser condenado en esta época de reacción anticapitalista. Hace poco más de un año un capitalista convicto por su propio testimonio de malversación de fondos de una compañía de seguros, y otro que consolidó las líneas de tráfico urbano de Nueva York por métodos peores aún que los de Morse, al punto de que la formidable empresa, agobiada por una capitalización fantástica, quebró, está en manos de síndicos y, por la abolición del sistema de pases obligan al público a pagar dos o tres pasajes en donde antes sólo se pagaba uno; esos dos hábiles y respetables financistas ni siquiera pudieron ser sindicados y sometidos a juicio por el gran jurado.

El otro suceso es el trágico episodio de los *Caballeros de la Noche*, en el Estado de Tennessee. La tendencia a consolidar o syndicar en una empresa acaparadora las fuentes de producción de cada artículo, se ha hecho sentir entre los agricultores de varios estados del Sur. Una compañía tabacalera intentó absorber las tierras de los vegueros de Kentucky

y fijar la cotización del tabaco en rama en el Estado. Las tradiciones del Lynch y de la rebeldía unieron a los pequeños propietarios independientes en una liga defensiva y ofensiva. Se organizaron correrías nocturnas con el objeto de destruir, incendiando, los almacenes y las vegas sometidos al dominio del sindicato. En la zona algodonera un movimiento análogo ha provocado idénticas represalias incendiarias. Es una reacción brutal contra métodos de absorción semejantes a los de Morse, pero mantenidos dentro de lo que la ley permite o tolera.

La autoridad ha intervenido para restablecer el imperio de la ley, ha apresado delincuentes, los ha entregado a los tribunales, y ha sucedido que los jurados, o porque simpatizan con los reos o porque temen la venganza de los cómplices de estos, han declarado inocentes a los procesados. En ciertos casos los individuos que, en defensa propia o de sus bienes, han matado a un *nightrider* agresor, han sido declarados reos de homicidio por sus jueces. La clemencia ejecutiva en favor de esta clase de convictos ha excitado el furor a poblaciones enteras.

La milicia, constituida en guardia rural, ha hecho la policía de una región, y al punto ha estallado la fiebre del incendiarismo en otra. Se trata de una numerosa comunidad agrícola esparcida en el territorio de cinco grandes estados contiguos, dispuesta a rebelarse contra la ley, a sus ojos injusta, que consiente en la expansión de sindicatos agrarios. Un comentador dice, muy ingenuamente por cierto, “que a esos hombres les es difícil comprender que exista un interés mayor que el propio interés inmediato de ellos de ganarse el pan”.

Hay en el Estado de Tennessee un distrito en el que una gran parte de los habitantes vive de la pesca en el lago de Reelfoot. Dos abogados, Rankin y Taylor, ricos e influyentes, organizaron una compañía dedicada a especular en tierras en el estado de Tennessee, compraron el lago, que pertenecía a propietarios no residentes en la región, y prohibieron la libertad de pescar en aquellas aguas que los vecinos consideraban

públicas por derecho y costumbre tradicional. Ambos abogados ocurrieron a la legislatura y obtuvieron el pase de una ley que inflige prisión o multa a quienes pesquen en el lago de Reelfoot sin pagarles a los dueños cierto pecho o alcabala. “Los pescadores —dice otro comentador— no vieron sino injusticia en este decreto que les estorbaba el modo de ganarse la vida”. Cierta noche en que Rankin y Taylor estaban en un hotel en las cercanías fueron apresados por una banda de enmascarados, conducidos a la orilla del lago, y allí fue colgado a una rama el primero y procedió a discutirse qué debería hacerse con el sobreviviente. Este, en un momento de descuido de sus captores, se tiró al lago, cruzó a nado un caño a pesar de sus sesenta años, y al ganar la opuesta margen se dejó caer tras un madero como si lo hubiera atravesado una bala de las muchas que descargaron contra él sus perseguidores. Erró en la obscuridad por el bosque y llegó al fin a sitio seguro. El gobernador del estado, Mr. Patterson, inmediatamente ofreció diez mil pesos por la captura de los linchadores, puso sobre las armas un batallón de milicianos, abandonó la campaña eleccionaria, y encabezó en persona las pesquisas. Noventa presuntos conjurados fueron reducidos a prisión y uno de ellos delató a los cabecillas del linchamiento. Los abogados de la defensa invocan *habeas corpus* para los principales inculcados, alegando que el procedimiento del gobernador es inconstitucional. Mr. Patterson ha invitado, además, a una conferencia a los gobernadores de Arkansas, Kentucky, Mississippi y Texas para formular un plan de acción común contra los *Caballeros de la Noche*.

A no ser bajo guarda de bayonetas, esos hombres no serán sentenciados ni ejecutados en esas regiones clásicas del Lynch. El Sur castiga a su modo, a despecho de la ley, la invasión opresora de las nuevas formas del capitalismo, no por las mismas razones que el Norte castiga —conforme a la ley— a Morse. La tendencia es la misma, salvo que el Sur está habituado a soluciones anárquicas y al irrespeto de las instituciones,

mientras el Norte está hecho a imagen y semejanza de sus abogados, para quienes toda evasión de la ley es justificable, mientras no dé con el delincuente en la cárcel por ministerio de tribunales. Allá, representan la opinión regional la cuerda del linchero; acá, la representa el jurado. El enemigo común son los sindicalistas y sus métodos.

Al propio tiempo que se consuman estos sucesos aparece un libro que fuera pesimismo comparar con el canto del cisne, pero que es realmente un himno conmovedor en esta hora porque canta la fecundidad y excelencia de las instituciones norteamericanas en los momentos mismos en que parecen bambolear a los golpes de esta generación demoledora. Si no hay dolor más grande, a lo que el Dante cantó, que recordar tiempos felices en horas de miseria, tampoco lo hay comparable a recordar los días excelsos de una democracia precisamente cuando cierra su horizonte una gran sombra, se advierte en los aires el vuelo de grandes aves blancas, como fuga de prístinas virtudes espantadas por vociferaciones de triunfos orgiásticos, y se oye rodar de los altares las imágenes de las viejas divinidades tutelares.

Mr. Hannis Taylor acaba de publicar *The Science of Jurisprudence*. En ese libro se demuestra que más aún que la antigua Grecia, y al igual de las de Roma y de la Gran Bretaña, las instituciones de esta República han influido en los destinos de la humanidad. La legislación helénica desapareció. Rigen sólo en el Occidente la legislación de Roma en el derecho privado, y la teutónica codificada por Inglaterra en el derecho público. Los principios de la federación norteamericana, jamás antes ensayados ni propuestos, sino en la constitución de los Estados Unidos, informan las bases de todas las repúblicas venidas a la vida después de la de Washington. He ahí la tesis de Mr. Taylor.

Esos principios primordiales son, dice, primero: El de un gobierno federal que actúa directamente sobre el individuo, y no sobre el estado como entidad corporada. Segundo: La división del gobierno federal en

tres ramas: legislativa, ejecutiva y judicial. Tercero: La división de la legislatura federal en dos cámaras. Junto con esas tres bases cita él la ciudadanía valedera en toda la Unión y la corte suprema con jurisdicción sobre todas las soberanías nacionales, que parece destinada a servir de modelo al supremo tribunal internacional a que aspiran hoy los hombres de Estado.

Mr. Hannis señala estas cosas en su admirable ensayo, señala al autor de ese sistema de gobierno, Pelatiah Webster y, sin duda, al escribir sentía legítimo orgullo en ser ciudadano de una tierra y compatriota de un hombre que había rendido servicio tan glorioso a la humanidad y dándole escala de luz para que ascienda a sus más altos destinos.

Y esta luminosa memoria y afirmación de uno de los más nobles progresos alcanzados por el hombre viene a serle hecha al mundo en los momentos en que el pueblo que, en virtud de esos principios, se ha extendido a tres mares y colma la mitad de un continente, vuelve la espalda a esos principios e invoca los de la Roma y la Germania conquistadoras e imperiales. El principio del gobierno federal tenderá por el voto del 3 de noviembre de 1908, más que antes, a esfumarse en el centralismo; las tres ramas del poder tenderán a convertirse en un tronco ejecutivo y dos brazos, legislativo el uno y judicial el otro; el sistema bicameral pierde su eficacia por la iniciativa del senado y la perversión de las funciones de la cámara popular.

El voto público ha ratificado esas tendencias reaccionarias y con ellas el militarismo y la teoría y la práctica antidemocráticas del alto proteccionismo.

¿Será esta reacción pasajera? ¿Volverá el pueblo a los altares que hoy deserta? ¿No le parecerá demasiado pálida la figura de Pelatiah Webster a la generación de Roosevelt y de Rockefeller? ¿La rotunda faz de Mr. Taft será en la Casa Blanca el sol del nuevo día, o plácida luna de la noche que sobreviene, y alumbrarán sus rayos tibios el fantasma de César en las nubes?

Creamos con esperanza, y confiemos, sin más razón, que el amor a la libertad y la fe en sus obras, que los Estados Unidos volverán a encender en el cielo de América el sol de sus primeros grandes días. Que el eclipse, aun cuando llegue a ser total, será pasajero.

8

Nueva York, 1908.

Señor director²²:

Es necesario advertir, desde ahora, que lo que va a leerse no son cuentos de hadas sino hechos relativos a personas de carne y hueso residentes en Nueva York. Hecha esta salvedad ya puedo entrar en materia.

Hace algunos meses, Mr. Carnegie, en un breve discurso de inauguración del instituto científico que fundó en Pittsburg, dijo: “Cuando a mi vuelta de Europa visitamos mi señora y yo este instituto terminado en nuestra ausencia, mi esposa me llamó la atención hacia la fantástica rapidez con que se había realizado mi pensamiento de construirlo y fundarlo. Realmente a mí no me cuesta esfuerzo alguno. Un día firmé un papel. Eso fue todo. Mi secretario tomó de la caja unas seguridades por valor de siete millones y fue comenzada esta obra. Ni siquiera quedó hueco el sitio de donde fue retirado ese paquete de valores; otros vinieron a colmarlo. La posesión de vastas riquezas es algo de que la mente no se da una idea clara. Es como si a alguien lo llevaran a una montaña y le dijeran: todo lo que abarcan desde aquí tus ojos, es tuyo. Por más que uno recorra la selva y el llano y contemple las cascadas y los árboles, la realidad de la posesión no se define netamente en el cerebro humano, en pasando de cierto límite”.

[22]_ Publicada en *El Mundo*, de La Habana. Se reproduce de un recorte sin fecha que existe en el archivo de Zumeta (*N. del E.*)

Ahora, en esta semana, el mismo Carnegie y Rockefeller, los dos hombres tenidos por los más ricos de la tierra, confirman de vario modo esa opinión y hacen, en cierta manera, la apología de la pobreza. Dos hombres, cuya renta se calcula en dos mil pesos por hora la del uno y en tres mil la del otro, declaran que la riqueza más bien perturba la placidez de la vida y no hace la felicidad de sus poseedores.

“La novedad de poder comprar cuanto uno desea —escribe Rockefeller en sus *Reminiscencias*—, pronto pasa y desconsuela, porque precisamente lo que más se ansia no puede comprarse con dinero. Los placeres de la mesa los limita el hecho de que no se puede comprar estómago, y todo otro goce de los sentidos tiene la misma limitación fisiológica. El lujo extremo lleva al ridículo y produce al cabo más disgustos que placeres. El poseedor de una gran fortuna no puede usarla para sí propio, y no es al cabo sino administrador de esos bienes respecto a los cuales tiene título legal de propiedad. En términos generales, el pobre goza de ventajas que le están vedadas al muy rico, y las desventajas son mucho menos de lo que parecen.

El único goce de que realmente puede disfrutar el multimillonario es el de saber dar y emplear el dinero en forma que produzca el mayor bien al mayor número, y quizás los seres más generosos del mundo son los muy pobres”.

Mr. Carnegie, en el libro que acaba de publicar *Problemas contemporáneos*, declara: “Todos debemos aprender la gran verdad de que lo necesario y deseable es un mediano pasar: la riqueza, si viene, debe considerarse como un sagrado fideicomiso para ser administrado en bien de los hombres. Más allá de la pequeña suma necesaria para asegurar tranquila vejez, la riqueza disminuye, lejos de aumentar, la felicidad humana. Conservar la fortuna es casi tan difícil como adquirirla. Raros son los millonarios alegres”.

Ambos convienen, como se ve, en que es preferible a la carga de centenares de millones, la áurea mediocridad cantada por el poeta latino y rea-

lizada por el *petit rentier* francés. Lo demás debe administrarse para el bien público, no regalándolo, que es, según Rockefeller, la forma más baja de la caridad y, según Carnegie, lo propio de un hombre que tiene más dinero que seso.

Mr. Carnegie, espíritu indudablemente más liberal que el de Mr. Rockefeller, hace notar que si el dinero se encauza y corre hacia unos pocos afortunados es por dos principales razones: Una, por la existencia de leyes que impiden su natural dispersión y que deben ser abolidas por los privilegios que constituyen; otra, la acción coeficiente de la comunidad.

A fin de ilustrar esto supone el caso de dos hermanos que hubieran heredado hace medio siglo o más dos labranzas, una en el centro de la isla de Manhattan, otra en las alturas de Harlem. Al mayor le toca esta en las particiones, al menor la otra. Ambos son igualmente industriosos; pero el crecimiento de la ciudad de Nueva York transforma las tablas del plantío en manzanas de la metrópoli y sobre el suelo del sembrado se levantan magníficos edificios que producen cuantiosa renta. Los hijos del menor son, pues, millonarios, no por su inteligencia, su previsión o su industria, sino porque la comunidad creció y le dio un inmenso valor a su terreno. Los hijos del mayor siguen siendo dueños de la alquería en Harlem. Qué canon de justicia se violaría si a la muerte de los afortunados primos de Nueva York interviniera la nación y dijera: "Por cuanto esta riqueza se ha formado por la cooperación de la comunidad, del público, este tiene derecho a una gran parte de esa fortuna por justa ley de herencia". Carnegie conviene con los socialistas en la necesidad de un crecido impuesto progresivo sobre las herencias, y lo estima no sólo deseable sino muy justa medida distributiva.

Mr. Rockefeller siente también la responsabilidad de la desigual distribución de la riqueza, el deber en que está con respecto a los demás hombres aquel que representa una cumbre comparado con los indigentes

y con hombres semejantes a él en méritos, laboriosidad e inteligencia, hacia los cuales no ha corrido ni una pluma del Pactolo que rebosa sus arcas, ya porque la ley no constituyó privilegios en favor de ellos, ya porque la labor de la comunidad no contribuyó a acrecentar su haber. Mr. Rockefeller, sin embargo, no es tan explícito como su colega en millones, sino dice que lo superfluo de sus vastas posesiones no puede él “entregárselo al Estado porque duda de que la administración pública sea tan eficaz y ordenada como la individual, y porque hasta ahora el socialismo no ha presentado una fórmula satisfactoria de administrar en bien de todos el excedente de la fortuna privada. Mientras no surja una institución capaz de manejar la riqueza pública acumulada en manos de particulares en forma más aceptable que el método actual de propiedad individual, los ricos deben mantener su título a la posesión de la fortuna que hayan acumulado”.

Fuerza es restregarse los ojos a fin de tomar nota de que se está leyendo bien y cerciorarse además de que se está despierto y no soñando para convencerse de que dos hombres cuyo caudal sólo ellos conocen y sobrepuja los cálculos que el público hace por apreciarlo, convienen en que casi toda esa fabulosa suma no es de ellos sino del pueblo que ha contribuido a formarla, y reconocen explícitamente el deber en que están de administrarla en bien de sus conciudadanos y de la humanidad. Si no restituyen esa porción de la riqueza pública al Estado es porque no se ha descubierto aún, a su juicio, medio eficaz y adecuado de garantizar la inversión de esos fondos en bien de los asociados.

Uno de los dos señala como fuente de toda excesiva acumulación de bienes la ficticia desigualdad creada por leyes de privilegio en favor de unos contra los demás, y pide que esas leyes sean abolidas. El ejemplo con que ilustra cómo la labor común llega a dar valor desmesurado a la propiedad de uno, sin que este haya puesto de su parte esfuerzo alguno en ese supremo avaloramiento, no es sino un caso particular de

esas leyes de excepción que encauzan hacia unos pocos el fruto de la labor de todos. Cuando hablamos de la suerte como de un factor de la felicidad humana; cuando en el ejemplo de Mr. Carnegie atribuimos a la buena suerte del hermano a quien le tocó la finca de Manhattan el haberse hecho millonario sin sudarlo, olvidamos los hombres que estamos atribuyéndole al acaso resultados infalibles del error o la injusticia que mantiene en la legislación de los pueblos modernos la iniquidad de que uno se apropie lo que es de todos. A esa iniquidad se le llama suerte.

Mr. Carnegie opina que la tributación debe ser proporcional a la renta de que se disfrute y que deben eximirse de todo impuesto a aquellos que sólo ganan lo indispensable para cubrir sus necesidades físicas. De otra parte llega a la misma conclusión que el pueblo cubano expresa en la sentenciosa forma de: “El padre, bodeguero; el hijo, caballero; el nieto, pordiosero”. “No puede haber plutocracia hereditaria —dice—, excepto en Inglaterra; en donde la ley de mayorazgo entraba la función de leyes naturales, la riqueza no dura más de tres generaciones. La funda el abuelo, en mangas de camisa, y los restos encuentran al nieto en mangas de camisa”.

Encuentra Mr. Carnegie que no hay tiempo más malgastado que el de ahondar teorías socialistas, inaplicables mientras no se modifique, andando los siglos, la naturaleza humana. “Lo útil —dice él— es corregir como se pueda el mal presente”. El profesor Elliot cree también que por deseables que parezcan las aspiraciones socialistas, no es la sociedad la que sería necesario reconstruir para realizarlas sino la naturaleza humana. Más razón que ellos tenía, sin embargo, el inolvidable Diego V. Tejera cuando al terminar la lectura de *Progreso y Pobreza*, de Henry George, dijo: “Al paso que van las cosas, antes que se corrija la injusticia denunciada por George, hay tiempo de comprarse una casa y de morirse de viejo en ella”.

El argumento de la “naturaleza humana”, fuerza bien vaga por cierto e inasible, es lo que se opone a la solución del problema social, es tan cómodo como insostenible. Que Anás y Caifás le hubieran dicho a Jesús, hace veinte siglos, que la “naturaleza humana” se oponía a la difusión de sus doctrinas sería explicable. Pero que tras casi dos mil años de ser el cristianismo la religión oficial de Europa y su progenie de pueblos se afirme que la aplicación cabal de esos principios en la sociedad presente es contraria a la ambición y a las mezquindades de los hombres y, por consiguiente, utópica, no es honrado ni defendible.

La “naturaleza humana” se opuso a la abolición de la esclavitud hasta hace medio siglo, y se ha opuesto durante muchas centurias a todo progreso de la equidad y del derecho, pero estos han triunfado al cabo. Que a pesar de decirse cristianas las naciones en que impera la civilización europea subsista un régimen económico contrario a la equidad no significa que ha de mantenerse sino que hay contradicción entre las costumbres perpetuadas por las leyes y la profesión de fe sobre la cual se suponen basadas esas costumbres y esas leyes. En la lucha entre la verdad y la mentira, esta al fin sucumbe. ¿Pensarían como piensan Rockefeller y Carnegie, y publicarían sus conclusiones, si no se hubieran abierto paso, a despecho de la “naturaleza humana”, las modernas teorías económicas? ¿Estarían ellos convencidos de que todo lo que poseen no es de ellos, sino de la comunidad, si no hubiera hecho camino el apotegma de Proudhon de que cierta clase de propiedad es una forma de robo?

* * *

Buncau Varilla ve en el derrumbamiento reciente de una sección del muro alzado en Gatún prueba plena de sus previsiones respecto a la

inestabilidad de la proyectada represa. “En una hora —dice— puede derrumbarse, en la más grande catástrofe de obras de ingeniería, el canal. Los ciento cuarenta millones presupuestados están ya gastados, menos veinte, y ahora se cree que costará ciento cincuenta más. Un canal a nivel costaría cosa de doscientos millones y sería indestructible”. Los ingenieros oficiales desmienten todo esto, pero el senado, antes de autorizar nuevos gastos, quiere tener información plena, y Mr. Taft, antes de ratificar lo hecho por Mr. Roosevelt, o continuarlo, quiere estudiar en el terreno el problema de Gatún y anuncia que irá a Panamá con ese objeto en enero próximo y llevará consigo expertos. Cuando fue desoído el consejo de los eminentes especialistas europeos convocados por el gobierno de Washington, hubo quien criticara a Mr. Roosevelt, cuyo criterio se supone que influyó en la decisión adversa al juicio de la junta técnica. En una palabra, si el proyecto seguido hasta ahora resultare erróneo, la mayor responsabilidad se le acumulará al presidente Roosevelt por lo impulsivo e imperioso de sus determinaciones.

A más de este serio contratiempo, se le enfrenta al presidente la situación creada en ambas cámaras por su regaño al congreso respecto al servicio secreto de espionaje. En vista de que el país recibiría la inacción de la legislatura como confesión de parte ante la dura acusación del ejecutivo, la cámara de diputados le pide a Mr. Roosevelt prueba de su aserto, los nombres de los diputados culpables de peculado o corrupción oficial, e información respecto a los pasos que el presidente hubiere dado para traducir a esos acusados ante los tribunales o ante la Cámara. En el Senado la discusión fue agria y se ordenó una investigación del asunto. Míster Roosevelt tiene que presentar excusas o respaldar con sensacionales revelaciones las frases que han ofendido a los legisladores. Es decir, más le valiera estar entre hipopótamos y leones en las selvas del África.

* * *

Entretanto, una cuestión más modesta, pero no menos interesante, se ventilaba en un tribunal de Nueva York. La ley en este Estado condena a prisión al hombre que no subviene en todo, o en gran parte, a los gastos de su esposa e hijos. Si proviene de mala voluntad del esposo, el juez por lo común se limita a fijar la cuota semanal o anual con que el recalcitrante debe contribuir a mantener a su compañera; si es caso de incapacidad de proveer a esa obligación, entonces el sindicado va a la cárcel. Probablemente la ley lo clasifica entre los vagos y malentretenidos. En la aplicación de esta ley no se toma en cuenta si la señora ha abandonado a su marido porque roncaba, o porque no ganaba lo suficiente. La queja de la dama separada o divorciada es motivo bastante.

En esta semana un pobre diablo, cuya cara mitad dejó el nido porque la olla no estaba bien provista, se presentó ante el juez a reclamar pensión alimenticia. El reo gana seis pesos semanales. Ella se limita a pedir dos. El juez sentenció de esta suerte: “La mujer que se casa con quien apenas puede mantenerse él, debe estarse a las consecuencias. Esos matrimonios son criminales. Yo no puedo condenar a este hombre a distraer de su mísero jornal dos pesos semanales, porque sería condenarlo a la mendicidad o incitarlo al robo. Que la mujer se gane la vida por su cuenta”.

Este juez, en síntesis, divorció esa pareja y su juicio es muy puesto en razón. Pero, ¿no incita esa sentencia a la mujer a mal vivir? Y, ¿en qué forma protege a los hijos esa decisión? Si la incapacidad de sustentar la familia es delito que la ley castiga, la sociedad que dicta esa ley debiera comenzar por no complicarse en el crimen del matrimonio entre menesterosos. Consentir en esa unión y sancionarla es contribuir a la inevitable serie de miserias sociales que se desprenden para los cónyuges y sobre todo para sus hijos.

Hacer de la pobreza delito punible con encarcelamiento es crueldad excesiva de parte de quienes autorizan la constitución de hogares predestinados al hambre. De otra parte, condenar a los menesterosos al celibato sería espuela que estimulara a los haraganes e imprevisivos. Lo inaceptable es que la sociedad castigue delitos de que ella es factor principal, instigadora y cómplice.

Política venezolana

Apuntes para la historia²³

De tiempo atrás el pueblo de Venezuela, con esa inexplicable prescien-
cia que ha hecho equiparar la voz popular a la voz de dios, viene califi-
cando a Guzmán Blanco con una expresión fatídica. Dice de él que está
loco. Antes de que el segundo pacificador de mi patria —el primero,
allá en los tiempos del coloniaje, fue Monteverde, y el último en esta
época de vasallaje ha sido F. de P. Páez—, desde antes, digo, que Guz-
mán escribiera aquellos panfletos en que él mismo caricaturizaba su
ambición, colgándose del cinto a los mariscales de Europa y dando lec-
ciones de táctica a Moltke, mientras le enmendaba la plana a Napoleón,
ya se decía que estaba loco. Se le vio vestido de histrión por las calles de
Caracas, como a Nerón por las de Roma, en los días de la regeneración,
jinete en un caballo sobre cuyas ancas arrolló una capa roja, no se sabe
si como indicio de que aspiraba a la púrpura, o como confesión de su
mente turbada por la sangre que costaba aquel paseo triunfal; se le vio
arrojar inmundicias sobre su ministerio como sobre un muladar; se le
vio comprar con su sangre y con oro de los venezolanos un título al
descendiente de un rufián, y aun se dudaba de si el pueblo tenía razón y
de si se confirmaba en él la observación del historiador: “La inteligencia

[23]_ Publicado en *El Despertar*, N° 1, Caracas, 27 de junio de 1889 (*N. del E.*)

de los déspotas decae como sus destinos: viven todopoderosos como un dios y mueren muerte de malhechores”. Ahora, sin embargo, no hay lugar a duda. El pueblo previo bien, Guzmán Blanco está loco. Sus dos últimos folletos, encaminados el uno a probar que Páez no fue Páez, y el otro a formar el plan de fundar una oficina de sufragio universal, como quien establece un estanco de tabaco, son deplorable y conclusiva evidencia de que está rematadamente loco. Una delirante insensatez es la sola explicación de que ese Eróstrato trate ahora de incendiar el templo de las patrias glorias.

Estas páginas que narran solamente un suceso local son, sin embargo, dignas de ser leídas en dondequiera que se tenga no ya interés sino simpatía siquiera por un pueblo americano privado de todas sus libertades, porque así lo quiere desde su Capri el Tiberio de la dignidad venezolana. Las manifestaciones reprimidas violentamente por las autoridades de La Guaira no son un tumulto municipal, son un desahogo nacional. Es que en los días mismos de la incompleta apoteosis de Páez es imposible que se sancione con el silencio la apoteosis de Guzmán Blanco. Esos dos nombres están separados por la historia patria por el decoro, por una dilatada era de desgracia y de indecible infamia. Páez representa la Venezuela heroica de la independencia, la Venezuela honrada de la república, el valor épico, la justicia, la ley, el honor; Guzmán Blanco representa el ignominioso cohecho de Coche, el terrorismo sangriento del septenio, la autocracia de veinte años, el peculado, la prosperidad material y el encenagamiento moral de Venezuela y, por último, la desmembración, acaso la venta del territorio de la patria. Páez nos liga en la historia del mundo a los más grandes nombres que ella encierra en sus más bellas páginas, desde el Aquiles de la epopeya homérica hasta el Garibaldi de la redención italiana. Guzmán Blanco arrastra el nombre venezolano a los más negros abismos. Ante él y sus incondicionales somos ilotas, parias, caronís, como él mismo nos ha llamado. Por él

es hoy posible que para designar a un esclavo pueda decirse, en vez de cafre, venezolano. Páez y Guzmán Blanco son, pues, términos tan irreconciliables, como Jesús y Judas: lo que aquel redimió lo vende este.

Esas tropelías que aquí se narran provienen de la diferencia que dejo apuntada, y que Guzmán Blanco conoce y quiere borrar, borrando de nuestro cielo la gloria de Páez. En este caso agrava el hecho la circunstancia de representar el papel de incondicional idólatra de Guzmán Blanco un nieto del héroe de Las Queseras. ¡También en meses pasados se hizo jesuíta el hijo de Garibaldi!

Ya se ha llegado al más remoto límite de la paciencia de los venezolanos, ya prefieren la cárcel y la muerte en las calles públicas a sufrir en calma las vejaciones oficiales. Ya amanece para la nación, y se pone para siempre el sol de abril, el sol de Tinaquillo, el sol bajo cuyos rayos ha dormido Venezuela esa pesadilla inicua de las glorias del “Ilustre Americano”.

Lindezas del fonógrafo²⁴

Después de todo, o mejor, antes que todo, el fonógrafo es agente revolucionario. En sí mismo, es la cosa más sencilla del mundo, como bien se sabe. Uno le habla, él recoge en una lámina metálica cuanto se le va diciendo, y luego, cada vez que uno lo desea, esa lámina o fonograma repite fielmente todo lo que se le ha comunicado. Para ser racional casi no le falta, como se ve, sino que altere lo que se le ha confiado, o que lo reproduzca con añadiduras de su propia cosecha. Un fonógrafo que no funcione bien, viene a ser como aquellos amigos que disponen a su modo de nuestros secretos. Ya se dictan y se envían por el correo cartas fonográficas, y antes de mucho habrá periódicos y libros por ese estilo. No se escribirá, sino se hablará; no se leerá, sino se escuchará. Entonces quedará libre el mundo de las erratas de imprenta y acaso también de los autores que las cometen en el manuscrito original y se las cargan luego en cuenta, piadosamente, al cajista. A los anteojos sucederán las cornetas acústicas. No se escribirá. Las plumas, la tinta, hasta el secante desaparecerán del escritorio, en el que sólo campeará el bendito instrumento inventado por Edison. El alfabeto mismo corre peligro de

[24]_ *El Pueblo*, N° 23, Caracas, 3 de mayo de 1890. Esta sátira es contra el periódico de Maracaibo *El Fonógrafo* (N. del E.)

volverse fonético. Ya no podrá repetirse más la socorrida especie de “esta página alba y pura”, de que echan mano generalmente los que escriben sus madrigales en papel azul o amarillo, y que aun cuando usen lápiz o tinta violeta terminan con aquello de “esta tinta negra como mis penas”. No habrá más lágrimas que humedezcan el papel, ni habrá quien ose “tomar la pluma para dirigir unas mal pergeñadas líneas” a ningún cristiano. El álbum, esa gran calamidad, desaparecerá, a lo menos en su forma actual.

Pero la gran revolución se operará en otros campos. Como al dirigirse fonográficamente al público habrá que atender no sólo a la sustancia y a la forma del discurso sino al modo de emitirlo, la literatura se resentirá hondamente. Irá perdiendo su carácter presente y se hará más dramática, más cómica. El que oye se fastidia más que el que lee, y los oyentes exigirán más movilidad, más viveza de la que piden en la expresión los lectores. El siglo XX será, pues, un siglo de declamadores. ¡Cómo abundarán los sordos en ese tiempo! ¡Cuánto tímpano roto de improviso al oír una oda a la libertad, si todavía se cultiva ese género estentóreo en ese tiempo! A nosotros, a Dios gracias, no nos ha deparado el cielo sino malos poetas, y reservaba la más tremenda plaga, los malos declamadores, para cuando se acerque la consumación de los tiempos y la venida del Anticristo. Acaso encarne este señor en la persona de uno de estos fanfarrones, en cuyo caso razón tiene el Apocalipsis en llamarlo fiera, monstruo, energúmeno.

Como sí habrá gente que sepa pensar y no pueda emitir sonora y armoniosamente sus ideas, y habrá también individuos que tengan garganta de ruiseñor y cabeza de chorlito. Estos se encargarán, probablemente, de dictar las cosas de aquellos. Se formará, pues, una nueva industria, la de los dictadores. El efecto en el público será sorprendente. Hoy se esfuerza en vano el autor, valiéndose de cuantos signos ortográficos existen, para llamar la atención del lector hacia el énfasis o la

importancia de determinada sentencia. El menor número es el que se hace cargo de lo que lee; la gran mayoría deja pasar inadvertidos los rasgos de ingenio que el escrito contiene. Los dictadores sabrán dar vida a la letra muda, disparar como saeta el epigrama, aguzar la sátira, dar solemnidad a la sentencia y debido relieve a la frase. Las ideas llegarán al cerebro destacadas, netas, distintas, y por una vía más corta que por el proceso reflejo de la lectura. El que escuche una novela asistirá al drama y sentirá más eficazmente la impresión encerrada en el libro.

El fonograma puede templar o morigerar el naturalismo, porque las crudezas y las desvergüenzas habladas lastiman más el pudor que escritas, y ciertas lectoras, al menos, se ruborizarán de que un libro les diga cosas de que nadie en el mundo se atrevería a hablar en presencia de ellas.

En resumen, la vergüenza corre grandes riesgos con el fonograma; está expuesta nada menos que a perderse por completo en el desarrollo de las facultades dramáticas y cómicas de que vamos hablando. Hoy es fácil, al enviar una carta de pésame, decir que se escribe “embargado de dolor”; pero al fonografiar es necesario que esa emoción se haga palpar en las palabras que la expresen, que la voz sea doliente, y que el pesar haga trémulos o indistintos los sonidos. Habrá que expresar con verdad el sentimiento que nos domine, llevar el alma en los labios o —lo que es peor para la verdad y para la vergüenza—, fingir todo eso y hacer de cada epístola una obra de arte, buena o mala, según el actor que la dicte.

La correspondencia diplomática y un epistolario amoroso serán la cosa más exquisita que se pueda imaginar. La escala del “yo te amo” y del “sí”, según lo pronuncian los varones y las hembras de los varios temperamentos, vendrá a formar sin más aditamento un curso completo de filosofía. Se venderán esquilas para enternecer acreedores y para captarse las simpatías de las suegras.

El fonógrafo será una bendición. Yo mismo he inventado unos taponcitos muy cómodos que pueden colocarse en el oído, en donde ajustan

y se disimulan perfectamente y sin los cuales el fonógrafo perdería sus mayores ventajas. Pongo por caso que se presente una visita y saque de pronto un rollo de fonogramas, con el vivo deseo de que usted los oiga y le dé su parecer acerca de ellos. Puede ser un músico que acostumbra silbar o tararear sus improvisaciones, y haya compuesto una sinfonía wagneriana, o un poeta que a más de ese defecto tenga el de ser tartamudo, y que haya dictado un soneto a Lesbia cuya primera palabra sea pimpollo, por ejemplo; o cualquier otro amigo por el estilo. Mientras el autor coloca la lámina martirizadora en la máquina y se esmera en preparar el inaudito suplicio, la víctima, disimulada y prudentemente, se tapa los oídos con el tapón salvador y dedica mentalmente una plegaria a la salvación de mi alma.

Rojas Paúl y la historia²⁵

Notas a la obra del señor F. González Guinán Historia del gobierno del doctor J. P. Rojas Paúl, presidente de los Estados Unidos de Venezuela, en el periodo constitucional de 1888 a 1890, por F. González Guinán. Valencia, Imprenta de la Voz Pública. 1891

El libro del señor González Guinán, cuya aparición debe regocijar a cuantos aspiramos a reemplazar al conspirador por el propagandista y con él los desmanes de la anarquía por la serena discusión de los hechos, debe ser considerado como arma franca de combate contra el genuino liberalismo venezolano y como tal ha de ser juzgado. Bien hace el señor Guinán en ejercer libremente sus derechos de sectario convencido, y es con alta satisfacción que, antes de contrariar aquellas de sus opiniones adversas a las nuestras, tributamos el elogio que se merece a la consecuencia política que le distingue entre los pocos leales a su secta.

Ante todo es de justicia advertir que hizo mal empleo del término el autor cuando tituló historia su libro. El que se limita a la pura enunciación

[25] _ Publicado en folleto, *Tipografía de La Opinión Nacional*. Vio también la luz en *La Opinión Nacional*, de Caracas, números correspondientes al 19, 20 y 23 de junio de 1891 (*N del E.*)

de los hechos es simplemente cronista. El historiador exhibe las fuerzas en choque de donde los hechos se originan y expone la serie completa de circunstancias sin las cuales queda indistinta y confusa la fisonomía de los sucesos, la verdadera significación de las épocas. El que calla la verdad, como más de una vez lo hace el autor, no es historiador sino propagandista parcial que sólo obedece a las inspiraciones de su bandería. La historia apreciará de muy distinto modo que lo hace el señor Guinán las causas que precipitaron el triunfo de la revolución: entretanto, nosotros mismos en el curso de este examen relevaremos algunos de los más notables errores de apreciación que contiene el libro.

Desde luego, dividiremos nuestro trabajo en dos partes: una, la crítica del juicio que el ardiente guzmancista hace del doctor Rojas Paúl; otro, la réplica a la falsa argumentación que le lleva a atribuir a un solo hombre lo que es obra exclusiva de la mayoría de los venezolanos: el triunfo de la revolución.

¿Es Rojas Paúl reo de apostasía? Demostrarlo es el objeto principal de la obra, a fin, dice el autor mismo, “de que la posteridad fulmine anatemas a todos aquellos que, insensatos o torpes, hubieren provocado las iras de la justicia”. Carecerían de toda unidad esas páginas si desde la primera hasta la última no circulara por ellas, como la vida por los nervios, el propósito implacable de señalar en dónde asoma la felonía, en dónde la insidia, en dónde la doblez inicua, hasta amontonar sobre la cabeza del culpable todo el cúmulo de hipocresías y duplicidades que forman el monumento siniestro de su traición. Y González Guinán, como guzmancista, tiene razón. La candidatura de Rojas Paúl fue campanada anárquica en las filas del guzmancismo, la disciplina del bando amenazaba quebrantarse y fue necesario todo el prestigio del dictador y todo el esfuerzo de los más fieles incondicionales para que en las transacciones de los candidatos quedase asegurada la elección. Una vez elegido, los compromisos políticos que le obligaban eran los

que tuviera contraídos con su partido y con su jefe. Él, además, se había comprometido personalmente cuando en febrero de 1888 telegrafió a Guzmán Blanco: “Designado por la Convención, estoy incondicionalmente a sus órdenes”, y cuando en julio del propio año le escribió: “Al fin ha triunfado usted. Nunca me faltó la fe. Estoy ya en el Capitolio enteramente a sus órdenes”, y en todo el curso de su correspondencia con aquel general, en la cual se advierte el tono respetuoso y la actitud sumisa del inferior en presencia del superior.

No es eso todo. Es Guzmán Blanco quien le aconseja ser “no presidente de círculo, sino presidente nacional” y “reintegrar todos los círculos liberales e incorporar todo el que, sean cuales fueren sus antecedentes, quiera servir”. Semejante programa, que cabía dentro del ejercicio de la ley, habría bastado a colmar las más patrióticas aspiraciones del presidente porque en él se conciliaban, cuanto cabe en la justicia, los deberes del partidario leal y las imposiciones del patriotismo. ¡Cuánto había por hacer! Devolver a los ciudadanos la perdida libertad de palabra, respetar el sufragio, el derecho de reunión y borrar con la conducta noble del magistrado civil las huellas autocráticas hondamente impresas en los hábitos de la magistratura. La revolución, reconocida como partido militante, se habría convertido en oposición, como en tantas ocasiones pugne por hacerlo, y los grandes días de la república habrían vuelto para Venezuela. Un magistrado civil depone en aras de la ley el tremendo poder ilegítimo ejercido por los presidentes anteriores, se impone al respeto del país por la lealtad a su jefe y a su causa, pero patrióticamente y, por tanto, de modo trascendental; asiste a la campaña eleccionaria, en la que por primera vez se hubieran enfrentado las poderosas influencias del guzmancismo y la omnipotente opinión revolucionaria, entrega el poder al elegido del Consejo Federal, y cumplidos tan solemnes deberes, merecedor de un envidiable juicio histórico, igualmente respetado por los partidos, apenas si le hubiera censurado la inevitable intransigencia de unos cuantos insensatos.

Rojas, por el contrario, conservó hasta el fin la autoridad dictatorial y abusó de ella: encarceló y cohechó periodistas; irrespetó el sufragio hasta burlarlo alevemente atribuyéndose y ejerciendo él mismo el derecho de nombrar todos los diputados y senadores; protestó en lo privado hasta el último instante fidelidad a Guzmán Blanco y renegó de él; se inclinó ante la revolución e intentó violarla.

¿Es esa su culpa? No. González Guinán al mutilar la verdad sometién-dola al reducido criterio de la aparcería incondicional ha hecho ininte-ligible su libro para cuantos no conocen la época que se propuso descri-bir, a tal punto que, si las cosas hubieran acontecido como él las narra, sería inexplicable la monstruosa absurdidad consumada durante aquel período y si, para dictar su fallo, no tuviera la historia más dato que esa obra, habría de buscar el secreto resorte que él se empeña en ocultar y a cuyo irresistible impulso surgieron y se conformaron los hechos. Si la única acusación que pudiera formularse contra Rojas fuera la que el señor Guinán le hace, la posteridad, en vista de que la patria había cosechado el mayor número de bienes y de que sólo había resultado mal para un hombre y una oligarquía personalista, relevaría de todo cargo al reo y aun le colmaría de honores. González Guinán antes que patriota y venezolano es incondicional guzmancista y no alcanza, por tanto, a distinguir por cuál terrible causa abominará la historia a Rojas Paúl.

Óiganlo el acusador y el acusado. Óigalo, sobre todo, el país. El pro-ceso es sombrío, es doloroso. La reacción crespista fue vencida, en prin-cipio, cuando Rojas Paúl anunció desde el Capitolio a la nación que él venía a rectificar los errores de la obra apellidada regeneradora. La revolución no apeló jamás a la fuerza sino porque se le lanzó a los cam-pamentos, pero desde que se le franqueaban la tribuna y la plaza pú-blica ella convenía en deponer las armas y de conspiradora tornarse en propagandista. Crespo quedó sólo con sus parciales, y la nación entera aguardó ansiosa la realización del nuevo programa de gobierno. Pero ese

programa no era el que se contenía en los documentos públicos en que se halagaba a la revolución al propio tiempo que se reconocía la jefatura del ex dictador, ni era el que sigilosamente partía de la Casa Amarilla anunciando al partido revolucionario histórico el próximo desconocimiento de Guzmán Blanco, ni era tampoco el contenido en la correspondencia privada con este jefe, en la que aún para el 6 de mayo de 1889 le aseveraba que la concordia era pura teoría, que “en la práctica él no se había desmentido”, que la República toda “estaba en manos de la causa regeneradora” y que “aguardaba sus consejos”. El verdadero programa era vencer a Crespo con las fuerzas del guzmancismo, atraerse las simpatías de la revolución con la lenidad de proceder respecto a los vencidos, apoyarse en esta a fin de maniatar al incondicionalismo y suceder luego a Guzmán Blanco en el ejercicio autocrático del poder y en la jefatura de un partido híbrido formado con los desertores del guzmancismo y de la revolución.

Cuando fue iniciada la reforma, aspiración predilecta de los revolucionarios, Rojas Paúl empezó a poner por obra el propósito último de sus planes: la usurpación. Derribadas las estatuas, desbandada la oligarquía, triunfante la causa rehabilitadora, el país olvidaba generosamente el pasado de Rojas y pagaba la victoria con su olvido y su perdón. Rojas Paúl apareció cubierto de gloria; el sacrificio de sus deberes y de su honra en aras de la patria se conceptuaba heroico; la revolución le aguardaba a las puertas de la Casa Amarilla para señalarle un alto puesto en sus filas. Por un instante apareció como un ciudadano eximio, revestido por la sanción pública con la toga inmaculada de una nueva y legítima magistratura.

La ambición, ¡pérfida consejera!, rompió esas vestimentas y Rojas Paúl compareció ante la nación empuñando sucesivamente las banderas del continuismo y de la interinaría. Los candidatos fueron engañados uno a uno con mentidas promesas, desde J. S. García hasta Muñoz Tébar; nuevas candidatu-

ras oficiales aparecieron y cuando llegó a creerse que la traición a la patria iba a ser consumada, que la causa rehabilitadora iba a ser bastardeada y anulado su triunfo por el nuevo usurpador; que renacía la era de las calamidades para el país, enfermó de muerte Rojas y fue electo Andueza Palacio.

Aun después de haber fracasado el conato de usurpación que, de haberse consumado, anulaba el objeto de la revolución, porque sobre ella y sus conquistas se erigía un hombre, el partido perdonó lo que parecía haber sido obra de momentánea ceguera antes que premeditada alevosía. Instalose el gobierno de Andueza Palacio rodeado de las dificultades que en vista del continuismo había creado Rojas: el estado Miranda y el de Bermúdez en manos de dos inexpertos impuestos por él y criaturas suyas, sus derechos a la presidencia de Carabobo, el erario exhausto, los puestos de mayor confianza ocupados por personas adictas al ex presidente y éste, respaldado en semejante orden de cosas, tratando de imponer sus opiniones a título de “Jefe y centro del partido”, inspirando una porción desconceptuada de la prensa a fin de promover la discordia entre los hombres del nuevo gobierno, y manifestando, por último, bajo su firma, que “hasta su vanidad personal estaba empeñada en que el gobierno rindiera correcta y brillantemente su jornada”, es decir, él se erigía en fiscal de la administración a fin de continuar en su persona la tradición del cacicazgo.

En presencia de esta nueva tentativa de reacción contra la obra rehabilitadora, la nación condenó unánimemente las tiránicas pretensiones de Rojas Paúl y este juzgó prudente retirarse del país. Nadie dudaba ya de que el ex presidente jamás pensó ni maquinó sino en el sentido de sustituir con un prestigio personal suyo el prestigio de Guzmán. El mismo rompió con satánica persistencia sus títulos a la consideración pública y sentó plaza de pretendiente usurpador.

¿Y es eso todo? No. Los fracasos sufridos han exacerbado su ambición y el solo enemigo que hoy tiene la revolución, fuera del incondicionalismo

impotente, es él. Los descontentos, los ambiciosos, los ineptos, los inexpertos y la hez de los bandos han sido agrupados por él a fin de consumir la última y más antipatriótica de sus infidelidades. El hombre que al finalizar el año de 1889 arriesgó la suerte de la república por usurpar el poder, el que sólo en la proximidad de la muerte desistió de su funesto empeño, el inventor del continuismo y la interinaría, ese es quien pretende hoy sorprender a los venezolanos y los azuza a las armas con el menguado pretexto de que la actual reforma, sello y complemento del triunfo liberal, entraña, como la iniciada por él, la traición a la patria y la apostasía de los conductores de la causa: el continuismo.

¿Qué se propone?

Incauto ha de ser o depravado quien le acompañe a propalar que el gobierno medite copiar los planes rojistas de 1889 a fin de continuar por asalto en el ejercicio del poder. Aparte del liberalismo bien probado del jefe del gobierno, ¿no es su criterio garantía plena de que él es incapaz de recurrir a ese triste expediente propio de seniles ambiciones? ¿El continuismo! ¿Quién habría de tolerarlo? ¿Quién lo ha propuesto? ¿Qué estulticia o qué corrupción lo han ideado sino el corazón y la mente de Rojas Paúl?

No se colmarán sus deseos. El país no se anegará en sangre, la revolución no será presa de la anarquía, y Andueza Palacio y el congreso y, con ellos, todos los verdaderos representantes del liberalismo venezolano, descansaremos sólo cuando le sea devuelto al pueblo el voto directo y secreto y sean imposibles esas jefaturas inmorales a que Rojas Paúl aspira.

Si González Guinán desde un punto de vista patriótico hubiera narrado esas traiciones de Rojas ya hubiera podido titular historia su libro, pero él antes prefirió cerrar los ojos a la verdad y reducirse a límites absurdos impuestos por lo que él considera su deber político. Ensanchémoslos nosotros en cumplimiento de nuestro deber patriótico.

* * *

En todo el libro de González Guinán hay un grave error intencional y persistente: el de reservar el título de partido liberal al guzmancismo. Eso fue exacto en 1870 pero desde 1874, época en que comenzó a formarse el verdadero guzmancismo, el partido liberal fue cerrando filas enfrente de la autocracia. La reacción de Salazar fue prematura y por eso la mayoría liberal creyó ver en ella un esfuerzo godo y lo aniquiló. En 1874, todavía una porción notable del partido persistía en vincular la causa en el gobierno de Guzmán y aceptaba las tendencias autocráticas de este como una imposición del estado anárquico en que los azules habían dejado el país, y fue esto la causa principal del mal éxito de la primera reacción liberal, presidida por Colina. La cohesión formal del partido se verificó en 1878 con Alcántara, y luego con Jacinto Gutiérrez, Villanueva, Urdaneta y los elementos liberales que fracasaron anarquizados por haberse empeñado en realizar el pensamiento de Alcántara y haber dado la espalda al camino salvador, que era sin duda la candidatura de Andueza Palacio. Después, a medida que fue cristali-zándose la dictadura en oligarquía, fue formando el partido liberal en los campos de la revolución, hasta quedar enfrente el partido liberal y el incondicionalismo²⁶.

González Guinán supone la revolución formada por los antiguos conservadores, los liberales segregados y los modernos reaccionarios, y el hecho es que gran parte de los antiguos conservadores forman en la nueva oligarquía incondicional y los otros están en la revolución, no a título de oligarcas ni en situaciones culminantes sino como soldados rasos. Los que de ellos culminan es porque han protestado de su antigua fe y se han declarado expresamente incorporados en las filas liberales

[26]_ Entretanto levantaron el estandarte revolucionario Rebollo en 1880, Solórzano en 1881, Urdaneta y Machado en 1882, Pulgar en 1885 y, finalmente, Crespo en 1887

representantes de la causa rehabilitadora. Cuanto a lo de llamar modernos reaccionarios a la juventud liberal de Venezuela, la calificación es simplemente atrabiliaria. ¿Era partido liberal el que en sus postrimerías mismas encarceló, secuestró e intimidó los miembros del congreso que se oponían a la fórmula de la convención? ¿Es liberal el que, so pretexto de conspiración, defiende el inconcebible desafuero de esa violación brutal de la inmunidad parlamentaria? ¿Es doctrina liberal la que el señor Guinán expone respecto a limitaciones de la libertad de la prensa dando al gobierno el poder discrecional y sumario de encarcelar periodistas cuando estos injurian o calumnian? ¿Cuál atribución reserva el señor Guinán a los tribunales? ¿Es liberal el que ni aun le ocurre tildar de incorrecta sino antes bien aplaudir la conducta del señor Guzmán Blanco, del poseedor de una “fortuna poco común en América”, cuando ofrece cederle a la nación la casa en donde nació Bolívar, no gratuitamente sino por el precio que le costó? ¿Por qué si el partido liberal era el guzmancismo; por qué si el país, como tantas veces lo afirma el señor Guinán, era incondicional, no castigó el 20 de mayo o el 26 de octubre al que traicionaba su credo y su jefe? ¿Por qué no se alzó una sola voz en la prensa de la república protestando contra la demolición de las estatuas? ¿Cuándo ha enmudecido y se ha quedado mano sobre mano un partido tan grande y prestigioso que conste de la casi totalidad de los ciudadanos? Así de impotente y así de exigua era la oligarquía incondicional que ni un solo hombre cobró ánimo para protestar contra aquella demolición, hipócrita y meticulosa en la forma, pero acto de la voluntad nacional en el sentido patriótico y trascendente. Ni un solo individuo de aquella minoría que hasta la víspera estuvo rigiendo el país tuvo el valor de sus convicciones.

Aún hoy desconoce el señor Guinán la ley histórica que viene cumpliéndose en Venezuela. El general Guzmán Blanco no se retiró del país por aquel noble desinterés que gratuitamente le supone el autor, sino

porque el ciclo ordinario de las dominaciones personales se había cumplido para la que desde 1870 ejerció él, desde que la nueva generación apareció reclamando su puesto en la conducción de los negocios públicos y emprendió la propaganda revolucionaria iniciada en 1883 por *El Anunciador* y *La Pluma Libre*, continuada por *El Delpinismo* y llevada a glorioso remate por *El Yunque*²⁷. En previsión de los graves sucesos a que inevitablemente habría dado margen la continuación de Guzmán Blanco en el poder, sabedor él de la flaca lealtad de sus para entonces contados adictos; de que día por día se iba haciendo menos sólido el fundamento y más vacilante la armazón de su poder; que tanto en la política nacional como en la de los estados la ambición y el individualismo estaban dando al traste con la disciplina; que por las mismas causas sus principales tenientes eran decididos adversarios suyos, y que en estricta verdad él no contaba sino con Quevedo, Wiedem, Juárez, González Guinán y Calcaño Mathieu, que apenas bastaban a sostenerse por algún

[27]_ A este respecto escribimos en el número 3° de *El Pueblo*: “El ciclo de esas dominaciones, luego que se piensa, resulta depender del tiempo en que aparece pugnando por surgir a la vida política una nueva generación indignada contra el régimen absolutista que le niega el paso si no abdica de sus ideales y con ellos de su dignidad; fuerte con todas las energías del patriotismo y la juventud, imprudente en virtud de santas impaciencias, protestante, vigorosa, irresistible. Cuando la vanguardia de lidiadores, diezmada por el tiempo, los desengaños y el cohecho es reforzada por las falanges que comparecen frescas y robustísimas en el campo donde se libra la perenne batalla del derecho contra la fuerza, entonces cruje el edificio de la tiranía, se desmorona y a raíz misma de la victoria comienza entre las ruinas la obra de la reconstrucción... De ahí que sea imposible la restauración no sólo de la personalidad destronada sino del sistema mismo. El partido liberal venezolano no es, no puede ser de caudillo alguno; Él elige por turno sus conductores, les presta el concurso de sus fuerzas, realiza con ellos la reorganización política y administrativa del país y va adelante fijando en la conciencia pública, en el hecho diario, los grandes principios que lo guían y que son el lema del porvenir. Ni en odio ni en amor puede acatar a hombres antes que a las ideas en que está contenido su deber”.

tiempo atrincherados en los parques nacionales y en la fuerza moral que naturalmente tiene todo gobierno; sabedor de todo esto Guzmán Blanco huyó llevando consigo la esperanza de que acaso un magistrado civil inspirado en una política verdaderamente nacional devolvería en parte el antiguo prestigio a la causa regeneradora.

Guzmán Blanco no se había equivocado en sus previsiones egoístas pero justas y aun beneficiosas para el país. En tanto los partidos se formaban en el seno de la paz y al amparo de la ley, él conservaría cierto prestigio de estima o de consecuencia sobre los suyos que, rehabilitados por el ejercicio de una sana política liberal, habrían conseguido rehacerse y aplazar por algún tiempo, siquiera corto, el término de su preponderancia. Rojas Paúl no vio en la grandeza del momento sino la ocasión de una doble infidencia, merced a la cual podría él erigir una prestigiosa supremacía personal. Tan pronto como fue vencido Crespo, le dio Rojas a la revolución la primera prenda seria de connivencia con los planes de ella: el alejamiento de Quevedo, poderoso elemento político del guzmancismo; pero no con la intención de hacerse revolucionario, en el sentido contemporáneo y nacional del término, sino de reducir a la impotencia al bando incondicional. Todos sus actos posteriores tuvieron el propósito único de burlar la confianza que había logrado inspirar al país. Su hipócrita renuncia le valió la solemne revalidación plebiscitaria de sus títulos, en la que todo el patriotismo, la honradez ingenua y la buena fe estaban de parte del pueblo, y todo el fingimiento, el egoísmo estrecho y la mentira de parte de Rojas. La demolición misma fue realizada por sorpresa, como para engañar no sabemos si a la posteridad, ante la cual aparece la singular engañifa contenida en este dilema: o el gobierno era tan indigno de serlo y se tenía tan en poco su autoridad que se inclinó cobardemente ante la voluntad de unos cuantos amotinados, o todo ello fue una treta pueril y tímida en la que anduvo a hurtadillas la mano del gobierno y con la que se rebajó

la significación de aquel acto verdaderamente nacional. Finalmente, la reforma, obra por excelencia de la época, fue la bandera de la usurpación rojista. El continuismo era casi impracticable, pero la interinaria era factible. Y en llegando aquí hemos de expresar sin rebozo nuestro modo de juzgar aquellos sucesos; hemos de ser francos, satisfechos de que abundará en nuestro sentir la gran mayoría de nuestros compatriotas. La profunda corrupción de nuestras costumbres públicas; el natural disgusto de los triunfadores por recomenzar la lucha en los momentos en que sólo podía beneficiar Guzmán en el desorden que sobreviniera; la certidumbre honrada de algunos respecto a la verdad que en el fondo encierra aquella inmoral sentencia de Talleyrand: “El presente sólo debe ser considerado como génesis del porvenir, y es necesario incorporarnos a él por malo que sea, a fin de estar en aptitud de trabajar por el bien de mañana”; la indolente indiferencia de la masa, así culta como iletrada; la circunstancia de estar en torno del gobierno un gran número de los que acompañaron a Guzmán en sus cubileteos, y la de ser los miembros del congreso individualmente designados por Rojas, todo auguraba que la usurpación se habría consumado y que el usurpador gozaría hoy del fruto de su atentado. La prensa que se le oponía no representaba agrupaciones poderosas ni era toda ella honrada. *La Patria* no tanto atacaba el pensamiento rojista como defendía a su candidato, y *El Partido Demócrata*, luchador honrado a carta cabal, combatía con poca o ninguna fe. Lo demás era lo de menos y en la escisión inevitable habría quedado el gobierno con todos los tráfugas del guzmancismo y de la revolución, mientras el partido de la ley habría tenido que volver a plegarse ante algún caudillo. Cuando a los ojos de todos apareció casi con la inminencia de lo consumado la desastrosa perspectiva, enfermó Rojas, se alentaron todas las ambiciones y se le arrancó al pretendiente moribundo el desistimiento de su plan. Convalecía él, invalidado física y moralmente por el grave mal que amenazó consumirlo, cuando, en

vista del cambio efectuado en la opinión, tuvo que inclinarse ante lo irremediable y convino en la elección de Andueza Palacio.

La revolución, libre de trance de tan grave riesgo, inició desde ese instante la obra de su consolidación. Los obstáculos que se le oponen son el fruto de la política embozada de la Concordia. Y si alguna vez pudiera ser lamentable el haber triunfado, habríamos de dolernos de que el instrumento de la victoria fuese Rojas, y el medio empleado la traición.

Si él hubiese sido honrado muy otra sería la situación de la república.

¡Y es ése el hombre a quien se quiere hoy exhibir como tipo inmaculado del patriota! ¿En dónde está la vergüenza, en dónde el criterio de los que así atropellan la verdad y la historia?

Cuando, en días no lejanos, sea liquidada esta época, será puesto en claro que el siniestro agitador de hoy, reaccionario contra la causa rehabilitadora que Andueza Palacio representa en la Casa Amarilla, ha sido fatal para la república; que la revolución triunfó a despecho de él; que la completa demolición de lo que ha convenido en llamarse el sistema ha sido retardada porque la traición, lejos de desarraigar, afianzó hábitos y hombres inicuos y manchó con ellos nuestro partido y nuestro programa.

Entonces no le maldecirá un sectario en representación de un hombre, González Guinán a nombre de Guzmán Blanco, sino la historia a nombre de la libertad, del decoro y de la honra de Venezuela.

La Victoria, 20 de mayo de 1891.

Una palabra²⁸

La Guillotina y *El Carácter* han tomado el rábano por las hojas y controvierten mis notas a la obra de González Guinán con el flamante argumento de que yo fui deificador de Rojas Paúl y que, de consiguiente, cuanto afirmo sobre la fe de hechos consumados, es falso. Desde los bancos de la escuela aprendí que era socorrido ese género de argumentación por quienes defienden las causas perdidas, y ya desde entonces nos enseñaba el doctor Aveledo que la fórmula era el célebre silogismo aquel de: “Don Gregorio vende velas.. . ergo Lutero es alemán”. En donde se aparta de la fórmula la oposición es en falsear el primer término. Si bien pudiera limitarme a oponer una afirmación a otra afirmación, como en cierta oportunidad lo hizo conmigo el señor arcediano J. B. Castro, seguro de salir airoso del trance, ya que hasta el día presente he demostrado que tengo el valor de mis convicciones, prefiero extremar el asunto y pedir a los señores redactores de *La Guillotina* y *El Carácter* que comprueben, como es deber de ellos, las aseveraciones que me enrostran. Fui colaborador asiduo de *La Libertad* durante el mes de enero de 1891: ¿cuándo defendí en ese ni en otro periódico el continuismo? ¿Deificador de Rojas Paúl?

[28]_ *La Opinión Nacional*, N° 6.528, Caracas, 4 de julio de 1891 (*N. del E.*)

El señor doctor Rojas mereció todos mis respetos hasta el día en que se le enfrentó a la revolución, y fui entonces el primero en combatirlo. Cuanto a lo de endiosarlo, jamás lo hice con hombre alguno, ni con el Padre de la Patria, a quien desearía ver reducido de la categoría absurda de semidiós a sus verdaderas proporciones humanas, para que más resaltase su talla histórica, ni con Dios, respecto al cual creo lo que Renán: *Tout est possible, jusqu'à Dieu.*

La redacción de *El Carácter*, al asentar lo que asienta, falta a sabiendas a la verdad, y me lastimaría rectificar el concepto personal que de ellos tengo. Por lo demás, sólo me detendré en lo adelante a confutar, a ese respecto, la impugnación de los hechos que afirmo en mi folleto, no los ataques contra mi persona.

Carta política²⁹

La Guaira, 10 de julio de 1891.

Señor doctor J. P. Rojas Paúl, Caracas.

La Guillotina y *El Carácter* afirman que en presencia de dignos personajes obtuve de usted una honrada negativa a la proposición de defender el continuismo en un diario que usted subvencionaría. Como esa prensa obedece a las insinuaciones de usted, como es usted quien la inspira y quien en parte la sostiene, juzgo inútil dirigirme a ella, que nada significa en el asunto, y apenas representa el papel de los infantes desdentados que Tiberio hacía poner en su baño; y le hablo a usted, que es el origen de esa contumelia con que intentan afrentarme.

Señor, ¡cuánto ha bajado usted! ¡Adonde ha descendido! Hasta el orgullo nacional se duele de que quien ocupó tan alto puesto en la magistratura y en la historia, insista con tan lamentable tenacidad en que hasta los más respetuosos e hidalgos olviden quién fue usted, el caballero que está detrás del político inicuo, las canas que lo cubren, y le exhiban con todas sus desnudeces en la plaza pública.

Defendámonos.

[29]_ *La Opinión Nacional*, N° 6.535, Caracas, 13 de julio de 1891 (*N. del E.*)

En la época de la mayor gloria de usted le escribí desde los Estados Unidos, significándole que “deseaba ser dado de alta en las filas de la revolución en donde siempre había combatido”, esto, agregaba, “no como un fin, sino como un medio”. Desde allí la situación política no se ve con la precisión que en Caracas, por ejemplo. Lo que se sabía era que las reformas se llevarían a cabo, que habría un período intermedio antes de ponerse en práctica las nuevas instituciones y que usted aspiraba a volver a la presidencia al cabo de ese período por el voto directo de los venezolanos. Todos los hombres de la revolución aparecían al lado de usted; persona honorabilísima que acababa de ser gobernador del Distrito Federal llevó a Nueva York noticias exactas acerca del estado de la opinión y, de todo ello, se ponía en claro que esa fórmula, es decir, la interinaria, sería aprobada por el congreso. Era un resto tenaz de las antiguas prácticas; pero, en cierto modo, era también una concesión, un premio a su conducta. Reprobando con la nación entera el continuismo, yo acepté la interinaria. En esos momentos el señor Pedro Vicente Mijares formó en Nueva York el proyecto de fundar un diario en Caracas y me ofreció la crónica del periódico. Acepté.

En enero de 1890 llegué a Caracas y colaboré en *La Libertad* hasta principios del mes siguiente y, ocasionalmente, en *El Partido Democrático*.

En aquel periódico jamás defendí el continuismo ni la interinaria; porque a mi llegada a esa ciudad supe a qué atenerme con respecto a esos dos asuntos y a la opinión en que los tenían los verdaderos representantes de la revolución. Entretanto, fui presentado a usted y sólo esa vez le he hablado. La visita duró dos minutos y fue de mera formalidad.

Esos son los hechos. ¿Y qué pretende usted estudiar con ellos? Una infamia, señor, cuyo vilipendio recae sobre usted únicamente, que yo jamás acudiré a las piscinas a donde seducidos por falaces promesas de

mentidas maravillas acuden los leprosos. Si lapido a los enemigos de la honra de la patria es porque puedo arrojar la piedra.

Dice usted, por boca de Carrillo que le está mascando sus economías, que yo le propuse a usted la fundación de un diario continuista, y ha mentido usted una vez más en su vida.

Ha dado usted a sus infantes de la prensa la carta que desde Nueva York le dirigí, a fin de que la publiquen, y el joven Montiel, en cuyas manos ha estado, se negó a ser cómplice de esa acción que usted califica en su réplica a González Guinán de inmunda y villana. Yo creo también que es una villanía, pero publíquela usted, sin embargo, señor doctor; las gotas de agua no hacen salir de madre al océano.

Entretanto, cierro yo estas líneas que escribo con dolor y repugnancia. A ello me ha obligado usted y a ello me veré obligado cuantas veces falsee usted la verdad respecto a mí. Harto engaño sufrí todo el tiempo que le tributé respeto al anciano y al ex magistrado; harto me contuve cuando en *El Pueblo* medí la frase cortés para contestar su frase procaz cuando descendió usted a escribir en la *Maceta* de aquellos días, *El Nacional*; y harto se engañó el honorable caballero señor don Domingo Olavarría cuando, insinuado por usted, fue a la redacción de *El Pueblo* a proponerme que defendiera como fórmula salvadora el reconocerle a usted “en calidad de centro y director del partido rehabilitador”.

Ad rem³⁰

Al señor redactor de *El Radical*.

Violentemente rayado por el señor Tomás Michelena de la lista de sus amigos por no coincidir con él en la apreciación del estado presente de nuestra política vengo, con el respeto que siempre he tributado a las virtudes públicas de tan respetable ciudadano, a contestar los cargos contenidos en el editorial que me dedica.

Dije, en suma, y en ello conviene *El Radical*, que “desacreditar esta administración es separarse de la causa” y, por inexplicable contradicción, el señor Michelena, en el mismo artículo en que rompe conmigo por esas palabras, en el empeño de probar que nada está más lejos de su mente que desacreditar al gobierno, me declara separado de la ruta rehabilitadora porque defendiendo esta administración. O lo que es lo mismo: para estar dentro de la causa es necesario estar fuera de los defensores del gobierno. La revolución no está, según eso, en la Casa Amarilla, en donde no se hace, a lo que dice *El Radical*, sino sostener todo en el mismo estado anterior y malear la marcha de la política.

¡Doloroso extravío y tremenda responsabilidad esa que echa usted sobre sus hombros! Por más que ha sido usted gratuitamente duro conmi-

[30]_ *La Opinión Nacional*, N° 6.553, Caracas, 3 de agosto de 1891 (*N. del E.*)

go afirmando que “por estar al servicio oficial” pienso como pienso, y “por satisfacer pasiones de otros reduciendo así a la categoría infame de instrumento venal a quien sabe usted que desde que salió de la infancia ha sacrificado, sin vacilar y cuantas veces fue necesario, un seguro porvenir en aras de su deber patriótico; por más que ha sido usted injusto y malévolo conmigo, no he de imitarlo yo. Quiero creer, y creo, señor Michelena, que el error de usted proviene de un cierto trascendentalismo filosófico e ingenuo que a cada paso lo aleja de la realidad y le hace creer, como ya ha sido escrito, que en este pueblo de pecadores usted es el justo, y *El Radical*, el arca. Se olvida usted de que toda evolución está sometida a leyes inflexibles que nada ni nadie puede acelerar ni retardar; de que los pueblos no tuercen su rumbo en un día a voluntad de un buen ciudadano; de que las generaciones no se renuevan precisamente en el momento histórico en que lo quisiera la impaciencia de un patriota; de que las costumbres que tienen varias décadas de arraigo no cambian en una nación como por golpe de varilla mágica, sólo porque un partido, cuyos precisos contornos está definiendo hoy la lucha, suba al poder y coloque en él a sus más dignos y conspicuos servidores. Esa transformación es lenta y usted la quiere inmediata y radical. Ni a usted ni a otro le cedo en amor a la patria, en generoso y constante anhelo de grandeza y honra para ella, en odio a los que se envilecen y la envilecen; pero diferimos en la apreciación de un factor, el tiempo. Usted quisiera, en su malhadada impaciencia, que a este pueblo de raza española que tiene todavía sobre la cabeza restos de la ceniza y sobre la espalda señales del cilicio de la servidumbre, le hubieran bastado dos años para sobrepasar en prácticas democráticas a los Estados Unidos, por ejemplo, en donde hace apenas tres años que el obispo Potter, en solemnísimas ocasiones históricas, exclamó desde lo alto del pulpito que Washington se avergonzaría de los hombres que están al frente de la cosa pública, al ver que el más descarado cohecho electoral había

entregado el poder a una plutocracia desacreditada. El presente, para usted, si no se ajusta de todo en todo a su noción de lo que debe ser el porvenir, es detestable; lo que viene a ser como despreciar la almendra por lo amargo y recio de la cáscara. Si fuera posible concebir que la vida de usted se hubiera extendido y se extendiera tanto en el tiempo como la patria venezolana, casi podría afirmarse que usted habría sido prócer de la independencia y adversario de Bolívar, partidario de la autonomía de Venezuela en 1830 y enemigo de Páez, defensor de la libertad de los esclavos y contendor de Monagas, y que sería opositor de todos los gobiernos que se sucedieran en este país, como lo es, siendo revolucionario, del que representa de hecho y de derecho la causa del porvenir. *Ad rem*, dice usted, y jamás ha estado más lejos de las cosas. La prensa libre, la paz sin nubes ni cárceles, y la reforma de la constitución, para no hablar sino de lo cardinal, de lo que en la práctica ha de darnos todo lo demás, son cosas antagónicas “de lo anterior” y fundamento soberbio de lo que ha de venir, y yo me creería fuera de la causa a que he consagrado mi vida si me separara del gobierno que la representa y que mantiene y realiza esos supremos ideales de la revolución. Cuanto a lo demás, a lo que he llamado el sedimento corrompido de los veinte años, repito que para corregirlo *hic et nunc*, como usted quisiera, se requiere el absurdo de un tirano bueno, de un déspota que fuera al propio tiempo un patriota eximio.

Tremenda responsabilidad asume usted porque cuando un ciudadano que merece el respeto de sus compatriotas proclama diariamente el error funesto de que todos los sacrificios de un pueblo han sido vanos arrastra criterios débiles, fomenta la anarquía, hace obra antipatriótica y robustece la fe y los medios de los ambiciosos que, rodeados de grupos oligárquicos, aspiran a encaramarse sobre la revolución. ¿Y no quiere usted que el partido liberal rehabilitador haga infecunda esa propaganda? *El Radical* tasa y aun escatima el elogio cuando es merecido, y se

prodiga en la censura seria y ruda o irónica y reticente, a veces, sin más fundamento que falsos rumores. Eso sólo indica cuál es su verdadera tendencia y cuánta su manifiesta parcialidad. *El Radical* representa en la prensa un círculo social cuyos individuos están ligados por antiguas afinidades de partido, y no debe extrañar que en presencia de su actitud renazca el “antiguo estribillo de los godos y liberales amarillos”. Se proclama abiertamente la escisión de las filas rehabilitadoras, con el pretexto fútil de que el bando incondicional recobra influencia y yo, que ante todo soy liberal revolucionario, hago acto de presencia del lado de la revolución, cuyo legítimo jefe es hoy el presidente de Venezuela, Andueza Palacio. Y como la divisa legendaria de ese partido es la amarilla, sería renegar de mi causa no aceptar su glorioso distintivo. Yo tengo fe en la definitiva supremacía de los ideales que mi partido lucha por implantar, y si en hora funesta renacen los antiguos odios, que jamás cupieron en mi pecho, si a poder de rencorosa intolerancia se ensangrienta el suelo de la patria, yo sé que sobre las rojas charcas y bajo el azul del cielo se alzarán la bandera gloriosa de Santa Inés y Buchivacoa.

Ni una palabra diré de lo que es desahogo personal en el artículo de usted, ni de la excomunión que fulmina contra mí en calidad de pontífice máximo de mi causa, y sólo he de agregar una profunda observación del señor doctor Felipe Zapata, pensador y estadista colombiano. Muy seria es, y sólo hará sonreír a los que no se penetran de su íntimo sentido: “Los hombres —dice él— se dividen en dos grandes categorías: una, la de los que tienen buen carácter y, otra, la de los que lo tienen malo”. Usted, señor Michelena, muy respetuosamente me permito decirselo, no es de los hombres que tienen buen carácter.

Nota editorial³¹

Nuestra carta de Caracas³² expone con la imparcialidad que deseamos distinguir nuestras correspondencias políticas, los elementos de la situación en Venezuela.

El señor general Castro ha demostrado poseer la energía requerida para dominar las facciones y cuanto debe esperar el patriotismo es que le sea dable cuanto antes salir del período de represión, hecho inevitable por la obstinación conservadora.

El contrasentido dominante en los últimos treinta años de la historia de Venezuela es el de la minoría conservadora, compuesta toda ella por la antigua burguesía semifeudal, abarrotera y comerciante, minoría capitalista y terrateniente, empeñada no en la conservación del orden y en la organización de partidos cívicos, cual corresponde a sus intereses, sino en conspirar contra el orden y en contribuir a la ruina progresiva del país por revoluciones incesantes hechas no en su propio nombre, ni bajo su propia bandera, sino adhiriéndose por modo vergonzante a todo grupo liberal disidente, y animándole a la revuelta. El odio ha cegado en él el interés, y en vez de aprovechar las tremendas faltas de sus contrarios y de disputarles gallardamente

[31] _ Revista *América*, dirigida por Zumeta. París, 1º de mayo de 1900 (*N. del E.*)

[32] _ Firmada por *Rusticus*

la opinión, aparece el conservatismo venezolano bajo cuanto soldado rebelde ha querido hacer de él escabel y ludibrio, como un súcubo sombrío que cobra en sangre hermana sus deshonras. No hay violación a que no se haya sometido gustoso por odio a sus adversarios.

El general Castro tiene que reducir a la impotencia el súcubo y administrar con cabalidad la renta pública.

Ruda es la tarea; pero él es un enérgico, un convencido, ha probado que sabe amnistiar y tan pronto como dé señales de que él no viene a complicarse so pretexto de liberalismo con los profesionales del peculado que han deshonrado ese credo, sino a limpiar los establos de Augias y a restaurar con todo elemento honorable y viril el predominio de la ley, su nombre será enaltecido y la república volverá a entrar en el carril de la civilización.

En Venezuela han gobernado cerebros como el de Guzmán Blanco, que produjo el deslumbramiento y la transformación milagrosa del septenio; espadas como la de Crespo, conciencias como la de dos o tres hombres flacos de ánimo o de entusiasmo para imponer la ley en las crisis decisivas; pero no ha ocupado aún el solio un temperamento dictatorial con alma de repúblico; un Guzmán Blanco que al propio tiempo sea Vargas; alguien que aspire a emular el tipo excelso de Sucre, la más pura y alta gloria de América. Guardando las distancias que impone la perspectiva histórica, México ha encontrado ese *desideratum* en Porfirio Díaz.

El general Castro, por sus antecedentes, puede y debe aspirar a esa altura y a esa gloria. Recuerde que los que pelean a la sombra de su prestigio tratarán de aislarlo por la adulación, y que el país antes de seis meses habrá formulado opinión respecto a él y sabrá si es el carácter y la integridad que todos ansiamos, o uno más en la lista monótona y sombría...

La ley del Cabestro³³

Venezuela, si alguna enseñanza se desprende del continuado escándalo de su reciente historia, ha resuelto darse por sistema de gobierno una dictadura militar interrumpida por revoluciones. No es ya grados de inferioridad de cultura lo que marca el nivel de las costumbres; no es una semicivilización estacionada en un período turbulento de su desarrollo, es una franca regresión vertiginosa a la barbarie, caracterizada por la cuasi absoluta desaparición de las virtudes cívicas.

Hemos vuelto caras, no como en Las Queseras del Medio a lanzarnos en pujantísima carga a la república: hemos vuelto caras hacia la colonia de donde salimos, y corremos desaforadamente a la ignominia de un nuevo coloniaje. ¿Por qué? ¿Es inevitable esa regresión? ¿Nada puede contenerla?

La dictadura no ha sido en la América española un fenómeno aislado sino, más o menos atenuada, la forma de gobierno constante y normal, porque el gobierno del pueblo por el pueblo presupone una masa de ciudadanos capaces de gobernarse, y la inaptitud de la masa américo-tropical para el *self government* ha producido esas repúblicas nuestras que en realidad son monarquías constitucionales electivas, u oligarquías centralistas, u oclocracias en las cuales el gremio gobernante esta fuera de la sociedad, o despotismos más

[33]_ Fue publicado en folleto, en Nueva York, 1902 (*N. del E.*)

o menos desembozados; repúblicas en la mayor parte de las cuales las leyes constitutivas consagran la mentira de libertades y poderes ilusorios, y los gobiernos son gobiernos de hecho, fatalmente represivos o fatalmente débiles, por el contrasentido permanente entre la legislación y la tradición, porque se dicen hijos del derecho y son expósitos de la fuerza ejercida por el dictador, la casta o la turba dirigente.

De entre todos esos países Venezuela es, sin embargo, el único que presenta señales claras de disolución del cuerpo social y político. Ya es difícil ir más allá en el camino de la anarquía: la agricultura, el comercio, la escasa industria, el crédito, hasta la esperanza del bien, todo se ha aniquilado. ¿De qué libertad gozamos en las saturnales de nuestra vida autónoma? ¿Cuál garantía queda en pie cuando la revolución o la dictadura nos encarcelan o excarcelan, nos reclutan o nos destierran, nos arruinan o nos roban? ¿Qué tribunal se le atreva al amo, huésped más o menos fugaz de la casa de gobierno, cuando nos priva de nuestra libertad, nuestro bien, o nuestro derecho?

El mal data de 1846. Recién salidos de la colonia, pero no aún del militarismo, fue iniciada la propaganda “liberal” por una más directa participación del pueblo en los negocios públicos. Los fundadores de la república estimaron funesta novedad la agitación reformadora, y cuando una conferencia entre el candidato liberal y el caudillo conservador prometía resolver la crisis en político avenimiento, la terquedad autoritaria de los gobernantes precipitó la insurrección, impidió la marcha pacífica hacia el liberalismo, enfrentó la masa ignorantísima a la clase directora, y detuvo por más de un cuarto de siglo el desenvolvimiento ordenado del país y de sus instituciones.

El doctor Gil Fortoul sostiene que las denominaciones de liberal y conservador han sido simplemente una farsa, y no corresponden a propósito alguno discernible en los anales de los últimos cuarenta y más años. Este criterio anticientífico, extraño en venezolano tan admirablemente equipado para la investigación sabia de los hechos, no es plausible ni defensible. De una parte, no se desangran las naciones durante sucesivas décadas por una mera farsa,

sino por contrapuestos intereses e ideales; de la otra, el fenómeno social que determinó la crisis de 1846 y las de 1858 a 1874 es aún factor eficaz en nuestra política, y basta a explicar con lo cruento y prolongado de la lucha, la compleja evolución de nuestros partidos.

Cuando fue iniciada la propaganda liberal, el pueblo lo constituían el 26 por ciento de blancos, con una fuerte proporción de canarios iletrados, y 64 por ciento de mestizos e indios, inclusive cincuenta mil esclavos. De una población escolar de doscientos noventa y cinco mil niños, de cinco a catorce años de edad, sólo doce mil novecientos cinco alumnos asistían a las escuelas públicas y privadas de la nación, y ésta contribuía precisamente con dos mil cuatrocientos pesos al fomento de la instrucción primaria³⁴. El 80 por ciento del pueblo era analfabeto, y sus tradiciones: la guerra, el absolutismo de las capitanías generales y el patriarcado de los fundadores de la república. Fue ese el pueblo que la obcecación oligarca lanzó a los campamentos en 1846, y desafió en 1848, 1849, 1856, 1858, 1868 y, finalmente, en 1872, año en que terminó la lucha por la supremacía de los partidos con el total aniquilamiento del conservador, y se inauguró el período pretoriano, o sea una era de revoluciones armadas hechas so color de constitucionalidad, pero en el fondo de pura rivalidad entre los caudillos liberales, rivalidad avivada siempre por los restos del conservatismo, aliados a cuanta facción se declaró en armas contra el dictador imperante.

La escuela cívica no precedió al implantamiento de las doctrinas liberales, no coincidió siquiera con él, ni ha sido fundada después. A ese error esencialísimo débese el fracaso del liberalismo venezolano en la práctica, y débense los graves errores de ese partido, rico en generosidad y gloria, que llegó con Guz-

[34]_ El gobierno conservador no se propuso jamás la educación del pueblo, ni tendió a ella. Cuando sólo empleaba 2.400 pesos en escuelas primarias, invertía 38.321 pesos en la educación secundaria y académica de la clase privilegiada; esto a pesar de la actividad liberal, y de que en ese mismo año de 1846 el solo ramo del interior arrojaba un sobrante de 200.000 pesos

mán Blanco hasta inaugurar una era prometedora de progreso, pero ha sido incapaz de hacerla estable y fecunda. Porque si bien la federación victoriosa fue el triunfo definitivo de la masa, y transformó radicalmente la sociedad venezolana, tan profunda modificación del medio no produjo, a más de la romántica declaración de los derechos del hombre, hecha en la constitución, cambio fundamental alguno en el modo de ser político. El “pueblo” era el soberano, pero como ese pueblo no existía en el sentido cívico hubo que gobernar por él, y, aun cuando altos ideales fueron proclamados, la federación resultó, como era fatal que resultara, una mentira inicua.

No existe la célula federal: el municipio.

Estados “soberanos”, sometidos a la ración del situado, cohibidos por comandantes de armas, y regidos telegráficamente por el ministerio del interior: eso es la federación venezolana.

Democracia en que el fuero burgués redime del servicio militar, y los “ciudadanos” son enganchados a viva fuerza por patrullas reclutadoras: eso es nuestra democracia.

Aparte pasajeros instantes de oclocracia, nuestro régimen liberal ha realizado el inconcebible absurdo de un cesarismo demagógico en el que un hombre o una oligarquía reinan con menosprecio de toda ley, en tanto sucesivos congresos otorgan al *imperator* facultades discrecionales, semejantes a las que de autoridad tradicional incumben al autócrata de las Rusias, pero en realidad mayores, porque la discrecionalidad del zar está cohibida hasta en las tendencias liberales de monarcas como Alejandro III y Nicolás II, por la nobleza y el clero, mientras el desmán del presidente, merced a la cínica ductilidad cortesana de la alta y baja burocracia, no tiene en Venezuela otra valla ni más límite sino el estrago revolucionario.

El advenimiento de un dictador culto y de genial energía limpió la clase gobernante, hasta donde ello fue posible, del rastrojo de los campamentos, y lanzó el país a una evolución que habría sido salvadora y definitiva sin la catástrofe de 1892. Gracias a una prolongada paz, turbada seriamente sólo

por el episodio reivindicador, el militarismo agonizaba, al punto de que fue posible el apartamiento pacífico del dictador; la transmisión constitucional del poder, y dos sucesivos ensayos de gobierno civil. Entonces, a pretexto de legalismo, espaldas vueltas a toda transacción pacífica, se consumó el crimen de la guerra y en unos cuantos meses el fusil deshizo la obra lenta de los años. Volvió el soberano al solio.

La legalidad fue representada por uno de esos gobiernos de la fuerza y por la fuerza, hijos legítimos de la revolución y representación cabal del pueblo.

Quiso evitarse el continuismo de un hombre o de un grupo en el poder, y se instituyó el continuismo de la bayoneta y el saqueo.

Pretender sustituirlo con un régimen de orden y de perfecta legalidad por fuerza de armas, como lo pretenden los abogados del exterminio, predicadores de la virtud regeneradora del máuser, es una sangrienta ilusión de la que es necesario librar a Venezuela si es que hemos de conservar nuestra independencia.

El “nacionalismo”, cuyo programa es la extinción de las prácticas cesaristas, pudo salvar la república con sólo mantener la propaganda cívica. En 1897, en vez de insistir a mano armada en la revisión del proceso electoral, pudo denunciar el atentado, y dedicarse a propagar en el pueblo la noción de sus derechos por el periódico, el catecismo y la tribuna, a fin de preparar el triunfo de su doctrina y de sus hombres en 1900. Al surgir la restauración ha podido poner su influencia al servicio de la paz, y emprender una vigorosa campaña cívica contra aquellos actos del gobierno que no correspondieran a los ideales nacionalistas.

Sea que las ideas pueden aguardar lustros y décadas para imponerse, y la ambición de los hombres no aguarda; sea que en los consejos nacionalistas se temiera la disgregación del partido si no se apelaba a la violencia, el nacionalismo con lanzarse imprudentemente a la guerra en 1898 y en 1900 demostró una vez más la incapacidad de nuestros partidos a avenirse en las crisis graves de nuestra historia (1846, 1858, 1892, 1898 y 1900), o por

carencia de verdaderos hombres de Estado, o por la honda corrupción de nuestro mundo político, y determinó el período de desintegración en que estamos; precipitó la bancarrota de la agricultura, del comercio, y el fisco; la extinción de la industria; la militarización de un partido que tendía al civilismo, la inevitabilidad de la dictadura, y la innoble refluorescencia de toda suerte de macheteros sobre el fango ensangrentado de la anarquía.

* * *

Cien revoluciones en setenta años de vida independiente prueban que la violencia no cura nuestros males, sino los agrava^{35 36}, y ha de apelarse a otros medios.

En recientes estudios se recomienda de urgencia el establecimiento de un *modus vivendi* entre los partidos, a fin de garantizar el mantenimiento de la

[35]_ Aun sobre la base de la menor progresión, Venezuela debiera contar hoy cinco millones de habitantes, si la guerra no hubiera quitado la población viril. Las bajas efectivas y la consiguiente disminución de la natalidad arrojan un total de 2.000.000 de vidas desde 1810 hasta hoy. La sola guerra de la independencia redujo el área cultivada de 500 a sólo 50 millas cuadradas, y treinta años transcurrieron antes de que la exportación volviera a ser lo que en 1810. En ese año producía el estanco del tabaco de Barinas 1.000.000 de pesos oro. La Gran Colombia, en 1827, se proponía pagar con esa renta los intereses de la deuda, y amortizarla con el remanente anual de 900.000 pesos. Todavía en 1840 este tabaco, inferior sólo al mejor de Cuba, pudo haber abastecido la *regle* francesa y colmar el mercado europeo. El trigo de nuestros campos era base de alimentación de Quíbor a San Cristóbal, y en los valles de Aragua. La cría fue emporio. El algodón, el añil, la caña de azúcar, las fibras de las márgenes del Orinoco fueron manantiales de riqueza. Sobre la ruina de toda la honrada industria de laboriosas generaciones sólo ha florecido el contrabando, que ya en los primeros 17 años de la república alcanzó a 120 millones de pesos, de los cuales la mitad se hacía según Brandt, Iribarren, Eastwick y otros, en connivencia con los aduaneros. El contrabando, el peculado y la deuda nacional, que en los últimos diez años ha cuadruplicado, son los hongos monstruosos que crecen sobre la tumba del progreso moral y material de Venezuela

[36]_ Doctor Aníbal Galindo

paz, a cuyo amparo, México, en veinte años ha elevado su comercio exterior a ciento cuarenta millones de pesos y ha duplicado la riqueza pública, mientras Chile, el Brasil, la Argentina, y aun naciones en donde el orden público es turbado a largos intervalos, como el Uruguay y El Salvador, realizan progresos enormes.

“Si leal y resueltamente se hubiera tomado este camino —dice un publicista—, so pena de que nuestra sociedad política carezca de todo elemento moral en qué apoyarse para formar un cálculo, habría sucedido que del seno de esos mismos partidos habría salido el partido de la resistencia a cualquier plan liberticida, y esta fracción, unida a todo el partido de oposición pacífico y doctrinario, habría formado una masa de opinión irresistible; de tal manera que antes de diez años de ejercicio de ese régimen sanitario no³⁷ satisfaría todas las necesidades políticas, y comenzaría a hacer posible la “revolución del trabajo” sin la cual no puede subsistir, sino facticiamente, y por la omnipotencia de un dictador, ningún régimen de paz.

Trabajo es aplicación del capital y el esfuerzo a fin de producir. Aumentar la producción nacional sería el objeto de la revolución del trabajo. ¿Es con capitales extranjeros que debemos contar? El capital extranjero no emigra a nuestras tierras en condiciones económicas aceptables, es decir, no onerosas, sino cuando se le garantiza la estabilidad del orden. En los demás casos, el capital extranjero es ruinoso en lo económico, corruptor en lo político y peligroso en nuestras relaciones internacionales. Debe bastar, de consiguiente, en el período inicial o de convalecencia, el capital nacional. Pero este, aleccionado por la espantosa tradición del despojo, vive en el remanso del agio y de fáciles especulaciones hipotecarias, y no se aventura a la explotación de la riqueza pública, ni al implantamiento y ensanche de industrias patrias, de las industrias madres, la agricultura y la cría, porque teme la exacción y la violencia.

[37]_ N. Bolet Peraza

El régimen de la paz debiera establecerse junto con el de la garantía eficaz de la propiedad, si es que la revolución del trabajo ha de regenerar alguna vez nuestras sociedades.

Pero esto es cándida ilusión. Nuestros gobiernos niegan todo derecho político a sus adversarios, y no es del capricho de los gobernantes de quien debe esperarse la regeneración de las sociedades, sino de la iniciativa y el tesón de los gobernados.

Vano ha sido el predicar. Dificilmente colman la docena los nombres de los que eficazmente pueden sumir el país en anarquía, y en torno a los cuales se junta en caleidoscópicos grupos el escaso millar de caciques parroquiales. Es esa minoría la que decide de la paz o de la guerra: y la ambición, si con tan sonoro nombre puede honrarse la codicia de la casi totalidad de esos jefes de partidas: la ambición es sorda, y se lanza por nuestros montes y valles en maldita cacería de hombres, a la conquista del vellocino del erario.

A los cuarenta años de régimen liberal el presidente de la república se ve compelido a señalar al congreso la insuficiencia de nuestra legislación para garantizar la propiedad y el trabajo contra los desafueros del sable, y a pedir leyes eficaces a reprimir a los perturbadores del orden público³⁸.

La verdad es que el pueblo de Venezuela es teóricamente el soberano, y como de 1846 a esta parte ninguno se ha preocupado en enseñarle a esa

[38]_ El último constituyente (1900) pudo y no quiso cumplir con ese deber. Bastaba haber borrado de la constitución la garantía inmoral que reza: ni mantener privados de su libertad a los presos políticos, restablecido que sea el orden público. Esa irresponsabilidad de los revolucionarios, hechos inmunes por la constitución, es un cercenamiento de las garantías de los demás, sobre ser una evidente violación de toda idea de equidad y justicia. Borrada esa garantía absurda quedaría en pie el código penal cuyos artículos pertinentes pudieran ser modificados a fin de garantizar al inocente contra los abusos del ejecutivo. Hoy sólo existe la fórmula necesaria e ilegal del encarcelamiento indefinido con absoluta prescindencia de los tribunales

multitud soberana e ignara ni sus derechos ni el modo de reivindicarlos pacíficamente, la nación está dividida en dos castas: la abominable de los reclutadores, formada por la híbrida minoría de la clase que a falta de otro nombre se llama directora, y la casta infeliz de los reclutables, constituida por el resto de los venezolanos.

Si los reclutadores no oyen, es necesario dirigirse a los reclutables sin cuyo concurso obligado o espontáneo es imposible la guerra civil y enseñarles cómo la iniquidad del reclutamiento forzoso perpetúa el feudalismo grotesco de una minoría privilegiada que obliga a pagar el constante tributo de sangre de nuestros cuartelazos a la clase popular, y excluye del servicio de las armas a los burgueses; que la democracia y esa forma de reclutamiento se excluyen porque el país en donde sólo obreros y labradores son acuartelados y lanzados a campaña, mientras los individuos de las demás clases sociales sólo por los periódicos saben que hubo batallas y que en ellas perecieron centenas o millares de obreros y labradores, es oligarquía consentidora del fuero de la levita, según el cual fuero, los que la gastan no van a la guerra sino cuando bien les place, a título de voluntarios, en calidad de oficiales y en pos de medro y recompensa; que el reclutamiento es escuela de abyección para la masa que lo consiente, escuela de inmoralidad para la clase que lo inflige, y la sociedad en que él existe se divide en plebeyos y patricios; con un patriciado polícromo, advenedizo, burocrático, incapaz de fundar Estados libres, sino esa gama de la concusión que va desde el magistrado cuatrero y el ministro contrabandista hasta las exacciones que asumen más aristocráticas apariencias de monopolio y cohecho: patriciado que canta a los oídos del pueblo esquilado la canción del oro mal habido, y decreta en las costumbres la honorabilidad de los ladrones, y la perpetuidad del desafuero.

Si esta lección no se le enseña a nuestro pueblo, no habrá redención para Venezuela, porque mientras haya reclutables habrá demagogos

explotadores de su ignorancia. Cada imbécil es mina de algún truhán, y no hay restauración posible en el país sin la abolición de esta trata peor aún que la de la esclavitud, que impone de por fuerza a una mayoría simple y laboriosa, contribución de sangre, en beneficio de una minoría prevaricadora y corrompida.

Cierto que un gran número de reclutables no lee, pero la propaganda les alcanza, y esta puede emprenderla un reducido número. Uno basta a constituir núcleo. Uno basta, y en Venezuela hay más de uno a pesar del universal desastre.

Los liberales venezolanos olvidaron que la democracia es privilegio raro de sociedades llegadas a un alto grado de cultura, y que en Venezuela no existía *demos* capaz de la soberanía. La única solución del problema es enseñarle a ejercerla.

La guerra civil consuetudinaria en que vivimos es “al sagrado derecho de insurrección”, lo que Torquemada a Jesús, lo que la prostitución es al amor, o el crimen al heroísmo; y si villanos se les llama a quienes para dirimir sus diferencias fían sólo a sus puños, armados o inermes, bárbaros son los pueblos incapaces de acudir en los trances de su política interna sino a infames soluciones de fuerza.

La propaganda ha de visar, de consiguiente, y en primer término, dos objetos inmediatos: 1° Creación de sociedades cívicas en toda la república, consagradas a instruir a los reclutables en sus derechos políticos y civiles, en la historia de la inutilidad de nuestras guerras para el bien y de su satánica fecundidad para el mal. 2° Agitar en el sentido de una ley de milicias, que extinga el fuero de exención de que goza la casta reclutadora, o por la creación del servicio militar obligatorio.

Tolstoi aconseja, a fin de hacer imposible la guerra, que los soldados no disparen, o que visen al aire. El pensamiento es cristiano, pero harto problemática su eficacia. Otros medios se requieren a más de esa forma de resistencia pasiva.

Sin incurrir en casuística es fácil demostrar que el hombre, ilegal y violentamente privado de su libertad y del derecho a proveer a su propio sustento y al de los suyos, sin más esperanza que la muerte, la invalidez, o el regreso al hogar deshecho acaso por la miseria o la deshonra: ese hombre debe defenderse por la fuerza contra el atentado, y si uno solo es impotente contra los reclutadores, los reclutados juntos son más que sus verdugos, y el derecho a volver las armas contra estos es tan evidente e indiscutible como el de la desertión en masa.

Ahí tiene un objeto la generación que toca ahora a las puertas de la vida pública. La fundación de esas juntas cívicas constituye, en sí, la creación de un partido civilista, al cual tarde o temprano correspondería, por la virtud civilizadora de la idea, por la incontrastable fuerza de la opinión consciente de la masa, la dirección de los negocios públicos.

Si las juntas emprenden una agitación partidaria, si se adscriben a intereses banderizos, ponen en peligro su existencia y hacen estéril la propaganda. Ni una bandera, ni un nombre, sino el apostolado del derecho: terreno neutral en donde pueden encontrarse los hombres de bien de todos los partidos.

A los intelectuales y a la juventud universitaria corresponde la vanguardia.

Las logias, poderoso instrumento de proselitismo, deben proceder a ponerse al servicio de este movimiento no sólo porque estas actividades generosas son la razón de ser y el objeto práctico de tan noble institución, sino porque redimirían a la masonería venezolana de la merecida indiferencia con que por su misteriosa inutilidad se la ve en el país. Abra cada logia una escuela cívica para la instrucción del pueblo, y sus desiertas columnas se repoblarán, como en otros días, con la flor de la intelectualidad venezolana.

Cuanto al clero, tiempo es de que cumpla con este el más obvio y cristiano de sus deberes. Algo más le debe él a la sociedad venezolana que la prodigiosa actividad catequista que de 1888 a esta parte ha desa-

rollado. Salvo alguna alusión casual e indiferente a cosas contemporáneas, no hay sermón predicado desde nuestros púlpitos que no hubiera podido pronunciarse en el siglo xv, o en las islas Filipinas. Admirable es el celo por las flores de María, los ejercicios de San Ignacio, los terceros de San Francisco, la adoración perpetua, la organización de peregrinaciones, tan piadosas como pingües; sobre no escasear sacerdotes guerrilleros y clérigos conspiradores o dados a la intriga política; pero aún no conocemos el misionero de paz activo y perseverante, y es necesario que obispos, cabildos y curas se declaren en misión por ciudades y campos, no a ensalmar en vagas generalidades los “beneficios de la concordia”, o a condenar en archivenerables ineptias “los desastres de la guerra fratricida” sino a instruir a los reclutables en el punto concreto de sus derechos cívicos, que sólo puede garantizar el mantenimiento del orden público y el ejercicio de las prerrogativas ciudadanas.

El cesarismo no puede sobrevivir a una propaganda civilizadora que se proponga, por objeto único, reemplazar el reclutamiento por el sufragio. El municipio autónomo surgiría como primer indicio de la gestación de la conciencia popular, y lenta, pero indefectiblemente, llegaríamos a la república.

¿Cuándo ha de comenzarse? Ahora. La protesta es oportuna durante el “ejercicio mismo del estrago”. Diferir es preparar la próxima revolución contra el gobierno actual o contra el que surja de su ruina³⁹.

[39]_ En febrero de 1891 invitó quien esto escribe a esta misma propaganda a un grupo de abogados y hombres de letras. El doctor Gil Fortoul y el ilustre López Méndez, a quienes en Europa había comunicado el pensamiento, lo aprobaron con calor y en documentos que les honran ofrecieron secundarlo activa y generosamente. El momento era propicio. Alguien opinó que por cuanto se solicitaba del gobierno en aquellos días la cesión de un local para cierta biblioteca, debía diferirse la inauguración de la propaganda. Privó su dictamen, quedó diferido en efecto el movimiento, y once años de dictadura y cuartelazos han transcurrido desde entonces

La impunidad del faccioso y la ley del cabestro impuesta a los reclusos no han hecho la felicidad de Venezuela, y aun cuando no es la pluma de un ausente la que ha de poner fin al incalificable desorden de nuestra vida política, es el deber de cada ciudadano ocupar su puesto en las propias filas, poner sus armas al servicio de la propia fe, y es por esto que proponemos a cuantos miren con dolor la creciente ruina de la patria, güelfos y gibelinos, estas ideas dentro de las cuales son posibles todas las reivindicaciones políticas necesarias, y posibles, inevitables fuera de ellas, todas las catástrofes, inclusive la pérdida de nuestra vacilante soberanía.

Liverpool, junio de 1902.

Arlequín fenicio⁴⁰

El asiduo cronista encargado de la sección *Venezuela* en *Las Novedades* de esta ciudad, califica de “denuncio (*sic*) hecho ante el gobierno por un alto e ilustrado empleado del servicio consular” los dos cablegramas en que anuncié al país los compromisos contraídos por M. A. Matos con un banco alemán. Como el cronista en cuestión desconoce por igual los hombres y las cosas venezolanas, natural es que confunda al hombre con el empleado, y un acto patriótico con oficiosidades cortesanas.

No fue el cónsul general de Venezuela en Inglaterra quien suscribió aquellos despachos. Ya había renunciado el cargo desde hacía cuatro meses y mi sucesor estaba ya nombrado; ni correspondía al cónsul en Liverpool tomar nota oficial de sucesos ocurridos en la jurisdicción del cónsul en Hamburgo. No fue siquiera, en mi carácter de senador de la república, que hablé. Fue César Zumeta, el ciudadano venezolano, el patriota indignado, quien al tener noticia de manejos que ponían en peligro el honor y la soberanía de la patria, acusó al culpable ante el país y ante el mundo. Cuando por primera vez formuló el Disconto Gesellschaft ese mismo proyecto fui yo, venezolano, redactor de *América* (París, 1900), quien anuncié a la nación el infame propósito en vista de la minuta redactada por un agente del Disconto.

[40]_ Revista *Némesis*, N° 1, Nueva York, 1° de mayo de 1903 (*N. del E.*)

No fue el vicecónsul de Venezuela en Nueva York quien en 1898 señaló a sus compatriotas la inminencia del peligro extranjero, fui yo, a título personalísimo, quien dio la voz de alarma en *El Continente enfermo*.

Denuncia, especialmente denuncia consular, en el vocabulario político de cierta zona moral, significa sólo bajas obras subterráneas de intriga y espionaje, maniobra vil de delación e infamia.

Un diarista no denuncia: anuncia.

Los publicistas estamos por sobre la denuncia: somos fiscales, acusamos.

Cónsules anónimos pueden firmar delaciones.

Yo, cónsul, firmé papeles consulares.

Escritor, ciudadano de Venezuela y de América, acusé a un mercader que proyectaba la deshonra de Venezuela y la de América.

¿Pruebas se piden?

Él se ha encargado de darlas, y el cronista apunta las de menor cuantía.

Traidor fue el jefe de la revolución “libertadora” cuando llegó a las costas venezolanas en son guerrero, en un buque que según testimonio del ministro de Colombia en Londres, y el subsecretario de negocios extranjeros ante la cámara de los comunes, era un buque de la marina nacional de Colombia. El señor Matos, aliado e instrumento de los conservadores de Colombia, que en ese momento invadían el territorio venezolano, es traidor a la patria, que negociaba, y al liberalismo a cuya sombra y con cuya divisa adquirió los millones que posee.

La traición de Matos a la América es otra. La Doctrina Monroe fue promulgada en resguardo de los intereses políticos de los Estados Unidos, y es sustentada en resguardo de los intereses económicos de la gran república. Alemania la impugna por razones puramente comerciales. No es la conquista de una porción de América lo que Guillermo II se propone, es dominio de mercados hispanoamericanos a lo que aspira. Adquirir ese

dominio mediante hábiles cubileteos diplomáticos era burlar la Doctrina Monroe en lo esencial, fingiendo acatarla en lo formal y externo.

Matos fue mitad conscientemente por su sordidez, mitad inconscientemente por su estupidez, el instrumento de esa política de Berlín. Matos había convenido con el Disconto Gesellschaft en consentir en la creación de un banco internacional, establecido en Caracas, encargado de recaudar la renta de aduanas, la de las salinas y la de correos y telégrafos; de unificar la deuda venezolana y de atender al servicio y amortización de esa nueva deuda consolidada. Ese banco internacional habría sido, en el hecho, una sucursal del Disconto de Berlín, y la cancillería alemana había aprobado el proyecto, que en definitiva le daba a un instituto alemán la administración de las finanzas venezolanas, e indirecta pero inevitablemente le daba a Alemania predominio financiero, comercial y político en la república. En donde están las rentas, está el gobierno.

Cuando aquel buque colombiano atacó nuestras costas, aun cuando ya estaba resuelta la agresión prusiana, fue esta diferida porque se creía invencible una revolución que contaba con el concurso material y moral de Colombia, de las Antillas inglesas, a las cuales se les prometía la abolición de la tarifa diferencial, y del sindicato europeo de que era Matos miembro y agente.

¿A qué hubiera venido Alemania a poner a prueba la Doctrina Monroe, si el contrato de creación del Banco era escritura de hipoteca de la nación venezolana, y era la derrota diplomática del monroísmo la conquista realizada por modo tan subrepticio y alemán que Washington burlado no habría podido formular protesta, sin atentar contra la prerrogativa de Venezuela a celebrar tratados y contratos?

El desastre de La Victoria fue el fracaso de la política de Berlín. Recurrióse inmediatamente por razón de Estado a la agresión, y se consumó el atentado estúpido de ir a poner a prueba la doctrina Monroe en aguas venezolanas.

En el instante mismo en que la agresión fue consumada, el gobierno de la república fue por ese solo hecho la representación suprema, única e indiscutible de la unidad de la patria para la protesta contra el ultraje, y para la defensa del honor, de la soberanía, de la integridad territorial y de la tradición heroica de la nación venezolana.

Fútil pareciera esa reiteración de los cánones elementales del deber cívico, si no fuera que el señor Matos abjuró cínicamente de ellos pretextando que las potencias aliadas no le hacían la guerra a la patria que él deshonra, sino al gobierno contra el cual estaba en armas.

Entre la traición a la patria y la ruptura de sus compromisos con el sindicato que alimentaba la caja de la revolución, su criterio de mercader no vaciló. El patriotismo no se cotiza en el mercado. ¿No era el bloqueo ocasión propicia de introducir parque y contrabando? ¿No era él el mayordomo *in petto* de los bloqueadores? ¿Por qué el aliado de Marroquín podía tener a menos confesarse instrumento de un instituto de crédito, que era a su vez agente de Guillermo II?

Los intereses de la América hispana en esa lucha de los elementos germanos son puro sánscrito para ese tenedor de libros.

Rasgaría esta página escrita con indecible repugnancia, si no me viera precisado a corregir la frase inhábil del cronista a que he hecho mención. La admiración, el odio, hasta el desprecio, apasionan. Corre fácil la pluma cuando la emoción la mueve. Pero la indiferencia y el asco son actitudes silenciosas del espíritu, y sus gestos no caben en la frase escrita.

El jefe de la revolución libertadora es, ante mi criterio, tema indecoroso. La mezquindad de su vida, de sus vicios, de su traición, predispone al silencio y al olvido.

Siento que debo excusarme ante mí mismo y ante los que me leen por tratar de ese *commis voyageur* disfrazado de rebelde; pero el derecho de palabra es una investidura, y el deber de estudiar los graves sucesos

a que por ironía del acaso anda mezclado este arlequín fenicio, es indeclinable función social, que vengo aquí a ejercer en la hora en que cada silencio es una deserción y cada protesta no formulada una complicidad cobarde.

La muerte del general Joaquín Crespo dejó al país en acefalía. Había muerto el caudillo y el pueblo no había aprendido el nombre de un nuevo jefe, centro y director. El interregno tenía por fuerza que ser brevísimo. La piel hircana que había ceñido sucesivamente los flancos de Páez, Monagas, Guzmán Blanco y Crespo, salvaje púrpura que esos hombres, en cuya vida se sintetiza la historia de Venezuela, pasearon altaneros por la república de que fueron señores, era abrumadora para los hombros del general Ignacio Andrade. No bastaba gobernar. Era necesario dominar, ya que en Venezuela rige sólo quien puede; quien se abre brecha con la espada hasta la Casa Amarilla.

¿Partidos? No los había. El liberalismo, después de ensayar vanamente la constitución del gobierno civil, desapareció como partido político bajo el reinado de Crespo. El conservatismo se reducía a reliquias en su mayor parte poco venerables. El nacionalismo recién nacido aspiraba a la extinción de las prácticas cesaristas y más que un partido era como una grande pero vaga aspiración popular, no condensada aún en núcleo vigoroso. Esos bandos sin bandera, esas reliquias y ese partido aún informe se lanzaron a los campamentos a recoger la herencia de Joaquín Crespo.

Cruzó entonces la frontera occidental un hombre nuevo, atravesó la República en rápida campaña, y vía Zumbador y Tocuyito llegó a Caracas precedido, rodeado y seguido de la estupefacción de la victoria. El asombro aclamó. Cipriano Castro, ceñidos los flancos con la piel hircana, apareció en el Capitolio proclamándose, como en realidad lo estaba, equidistante de todos los partidos, enamorado de un grande ideal de restauración nacional, sinceramente preocupado de que toda energía útil colaborase con él en el afán de sustituir a lo viejo “nuevas ideas, nuevos hombres, nuevos rumbos”. Su primer gabinete fue de concentración, ecléctico como lo reclamaba la hora, constituido por representantes de todo lo que del pasado guardaba aún energías, por hombres nuevos que eran cuando menos sendas incógnitas, y por el jefe del nacionalismo. Aun cuando el programa de este y el del general Castro coincidían en lo esencial, una lamentable falta de previsión o de abnegación impidió el avenimiento, y horas más tarde el general Hernández llamó el nacionalismo a las armas.

De entonces a hoy no ha habido paz en el territorio de Venezuela. Todas las revoluciones han sido debeladas, pero la anarquía subsiste. Vino la flota de los aliados a nuestras costas y concurrió a la cita del patriotismo el general Hernández, que de la prisión de San Carlos fue a Caracas a alistarse con los suyos bajo el pabellón venezolano, y a defenderlo luego contra los batallones de Matos, aliados al Disconto.

He rememorado lo indispensable, mas ya que el pasado reciente ni aun a título de lección es utilizable en este instante, pasemos por sobre cuanta gloria, error y responsabilidad cabe a los días recién idos, y pues que sólo lo presente importa, demandémosle al presente la contribución de verdad, de hecho y de energía que aquel país necesita por modo imperativo e improrrogable.

Es el correo, y un correo tardío, no el telégrafo, el que ha anunciado la constitución del nuevo gabinete venezolano, a pesar de que ese ministerio, así en la política interna como en la exterior, no es una mera rotación de

ministrables sino la definición de un rumbo en penosísimo momento de la vida nacional. En primer término es ese gabinete la alianza entre un partido que jamás ha debido apartarse del civilismo, y un gobierno que jamás ha podido apartarse del militarismo. Ambos van hacia la paz dentro de un posibilismo decoroso, que para ser fecundo y eficaz ha de ser sincero. Todo distingo, toda reserva mental, toda segunda intención sería el desastre. A la personalidad civil más notable del nacionalismo, al doctor Alejandro Urbaneja, le ha sido confiada la cartera de relaciones exteriores, que es al par de la de hacienda la primera, más difícil y más importante del ejecutivo. Si la aptitud y el carácter pudieran resolver los complicados problemas diplomáticos y fiscales que confronta Venezuela, el doctor Urbaneja y el doctor J. C. de Castro los resolverían. A cada uno de ellos le compete la ruda tarea de hacer orden en el caos, y si bien en un país donde la regla es falsear los programas antes de ser proclamados es de cándidos el tomarlos en serio, justo es dar fe a la promesa “de encaminar todos los esfuerzos al cumplimiento de las obligaciones contraídas con los acreedores de la república, sin olvidar las gestiones necesarias para mantener las relaciones de Venezuela con los demás pueblos, y estrechar su solidaridad con los de igual raza, origen y tendencia”, cuando al cumplimiento de esa promesa se obligan Urbaneja y J. C. de Castro.

El doctor Castro tenderá sin duda a realizar su plan de establecimiento de un instituto de crédito francés en Caracas. No trasciende todo a rosa en el grupo de capitalistas parisienses con quien se negocia; grupo inflador de reclamaciones y estorbador constante de nuestras buenas relaciones con el Quai d’Orsay, pero cuanto sea acercarnos a los pueblos latinos de Europa es altamente oportuno en estos momentos, aun cuando el gobierno italiano, enredado en los espolines de Guillermo el Inefable, haya procedido en Cartagena y en nuestras costas contra la tendencia y los intereses de la patria italiana. Pues que ha de gratarse con la alta usura, más conviene a la dignidad y a los intereses de Venezuela buscarla en París, que en Berlín o

en Londres. Desgraciadamente Shilok, como Matos, no tienen patria. Son ciudadanos de cualquiera subasta.

El programa ministerial contiene la dolorosa y tremenda declaratoria de que “la infidencia política y la traición militar han dejado profunda lesión en el organismo político”. Esa gangrenosa epidemia de infidencias y traiciones que se declaró en la burocracia y la milicia no son, sin embargo, una lección sino un síntoma del mal que está corroyendo ese organismo. Un país en donde el partido liberal ha consentido durante treinta años en la farsa de escribir constituciones libérrimas para violarlas a diario en sus cánones esenciales tiene por fuerza que ser un país en donde el menosprecio de la ley, de las doctrinas y de las ideas sea la regla de conducta de todos los órdenes sociales. Un país en donde el congreso no ha deliberado durante un tercio de siglo, sino ha sido el ejército representado por sus caciques el poder deliberante, tiene necesariamente que irrespetar los cuerpos legislativos y buscar en las banderas no el olvidado ideal que simbolizaban sino el nombre del soldado que las enarbola. Pueblo que no venera ideales, se arrodilla ante caporales y, rotos en él todos los resortes del honor, vende a la hora crepuscular al amo ante quien se prosternaba a la aurora. La lesión de que Venezuela se muere es el personalismo con su lepra de adulación y de traición igualmente impúdicas.

No es esta la primera ráfaga de deserciones y de claudicaciones que, cual nublado de lodo, oscurece el horizonte, y revienta en lluvia manchadora de galones y gabanes. Los traidores no fueron proscritos política ni socialmente sino se les pagaron sus treinta dineros y, descastados del honor, se les colmó de honores. Helos buscando ahora mejor postor en el extranjero. Por fortuna, al pie de esa dolorosa declaración está el nombre de un militar intocado de traición, uno de los contadísimos representantes del viejo honor militar y partidario: el general J. M. García Gómez.

El programa anuncia a este respecto la próxima creación de un ejército, como lo demandan las instituciones de la república. Si el ejecutivo se refiere,

como debe referirse, a la formación de la milicia nacional y a la consiguiente abolición del reclutamiento forzoso, aún puede tenerse fe en la redención de Venezuela, absolutamente imposible mientras se llame república y prevalezca el fuero de exención de que goza la casta reclutadora.

En tanto sean simple aspiración, todos los programas valen precisamente lo que el papel en que se les escribe. Me he detenido en este por la garantía de nombres conocidos que a cumplirlo se obligan, por la promesa que encierran los nombres de gente nueva y joven, como el del doctor Lucio Baldó; porque los propósitos que en él se enuncian son fundamentales e inaplazables y, sobre todo, porque significan que al cabo de tres años de incesante brega contra el militarismo rebelde, contra infidencias, traiciones e incurables regionalismos, al cabo de tres años de milagroso triunfar contra el país desencadenado en anarquía, el general Castro, a pesar de la constante reafirmación de su poder por la victoria, a pesar de que el altisonante hosanna de la adulación profesional entonada por un coro cosmopolita ha regalado ya sus oídos con el maleficio de su música, refrenda de palabra y de hecho su programa de 1899, y en vez de ir hacia el despotismo tiende hacia la república.

Es un recomenzamiento. El mal o el bien que de él se desprendan depende de la suma de sinceridad que al cumplimiento de ese programa aporten los aliados.

Programas son *verba, non res*. Pero la promesa queda anotada, con ella la esperanza; y cuando la hora llegue será también anotado lo que de esa intención se condense en realidad.

Sindicato en quiebra⁴²

El sindicato internacional que mantenía la revolución armada en Venezuela se ha declarado en quiebra. Como ese sindicato nunca tuvo en mientes sino realizar una operación financiera, al resultar fallida, el señor Matos, comanditario gerente, suspende las operaciones de la firma con el mismo imperturbable cinismo con que las inició. Si ese hombre fuera un vencido, así mismo infame como él es, yo respetaría en él el fuero del vencido; pero como ese sedicente general jamás fue soldado; como ese sedicente revolucionario no estuvo nunca en donde pudiera consagrarle la derrota; como la vida toda de ese truhán, hasta fisiológicamente ambiguo, es una consumada mistificación, otorgarle capitulaciones sería complicarse en sus triquiñuelas de avaro en fuga. Matos no es un jefe vencido, es un mayordomo en quiebra que en esta ocasión no traficaba en efectos de comercio sino en sangre humana, en territorio, independencia y honor de naciones.

Desconocido por los militares a quienes engañó respecto a sus inteligencias con los conservadores de Colombia, con banqueros de Berlín y con los representantes de cierto género de finanzas pardas en París y Londres, Matos pide indulto y amnistía, olvidado de que si el

[42]_ Revista *Némesis*, N° 6, Nueva York, 20 de junio de 1903 (*N del E.*)

liberalismo venezolano consagró en la carta de la república el derecho de insurrección, relegó también al código penal la sanción de los traidores.

Todos son amnistiables, menos ese hombre que, de rodillas en Curaçao, pide que se le devuelva la porción de su fortuna que está representada por bienes raíces en Venezuela.

Si la sangre de veinte mil hombres con que Matos ha empapado la tierra venezolana se borra con la vergüenza de ese *peccavi* hipócrita entonado por el responsable de esos veinte millares de víctimas, entonces es ya tiempo de declarar roto el pacto social en Venezuela, y de recurrir a bárbaras y primitivas sanciones, a fin de restablecer, junto con el de la libertad, el imperio de la justicia.

Es inmoral que en nombre de un pretenso respeto al derecho de propiedad, se exima al multimillonario organizador de esta revolución, de la responsabilidad *pecuniaria* que le corresponde en el pago de las reclamaciones que en ella se originen.

No es respeto al derecho de propiedad lo que mueve a los que estiman draconianos estos postulados de simple equidad: es respeto a los leviantes del peculado lo que los contiene.

¿Cómo castigar a Matos, dicen, si los poseedores de fortunas mal habidas son legión? Los demás culpables temerían ver abrirse una era de proscripciones y de expropiaciones, y escudarán a este culpable por escudar su propia culpa.

Si por estos considerandos es que Matos debe ser amnistiado y reintegrado en la tranquila posesión de sus bienes, no se invoque entonces el derecho de propiedad, sino la inmunidad de los exactores y la consagración del robo.

Y véase que no se trata de revisar el origen de la fortuna de este hombre, ni de ninguna otra fortuna política o de hecho, sino de fijar la responsabilidad material de un jefe de facciosos.

¿Ha de ser también sospechable que se le haga pagar los perjuicios a quien los causa?

Matos inmune, Matos irresponsable, Matos reintegrado en sus bienes y especulando con las reclamaciones nacionales y extranjeras de que él mismo es causante, sería un desenlace asombroso aun en la Sierra Morena legendaria, o en la más sombría madriguera de Calabria.

En donde fuera peligroso hacer justicia porque pudieran protestar los ladrones, sería ya hora de que las cosas y los hombres se llamaran por sus nombres.

La revolución⁴³

Con la palidonia de Matos pierde la revolución su debilidad; tócale al gobierno ahora quitarle a esa revolución su fuerza.

Debilitábanla la jefatura de un mercader que temía más de sus tenientes que del enemigo: la rivalidad de los jefes divisionarios, aspirantes todos al poder supremo; el crimen de diciembre y la incalificable impopularidad del jefe, dentro y fuera de los campamentos.

Ese mercader ha desaparecido, y el gobierno y el país quedan frente a frente. El ejecutivo es dueño una vez más de la situación militar y puede entregarse a la pacificación del centro y a la reconquista del oriente de la república, y llevar fácilmente a término esa labor que no es hercúlea.

Pero el gobierno no es dueño de la situación política, ni puede serlo por obra de un caudillo, sino de un hombre de Estado.

¿En dónde está?

Los gabinetes se han sucedido, y cada uno de ellos ha desaparecido con un fracaso o una catástrofe a cuestas. Los caudillos vencen; son los hombres de Estado los que pacifican. Los triunfos se han sucedido desde Tocuyito hasta El Guapo; pero el cerebro que complementa y afiance

[43]_ Revista *Némesis*, N° 2, Nueva York, 20 de junio de 1903 (*N. del E.*)

la obra del brazo no ha aparecido tras la roja aureola de ninguno de esos triunfos militarmente definitivos.

La oportunidad se presentó cuando la escuadra aliada apareció frente a La Guaira. Al presidente de la república no había por qué pedirle que supiera de política internacional; al ministro de relaciones exteriores sí había por qué exigirle que supiera o renunciara. La ignorancia del ministro en la materia hizo que cuando Venezuela pudo conquistarse el respeto del mundo, poniendo a raya con un inquebrantable *non possumus* a Alemania y a los Estados Unidos, o hacer inevitable la guerra entre las más grandes potencias de la tierra, triunfara en Caracas la diplomacia norteamericana y abdicara Venezuela de su soberanía y de su honor y tradición en manos del representante de Washington.

Ante la amenaza de que los Estados Unidos pudieran consentir en el derrocamiento del gobierno de Caracas si este no cedía, amenaza que la república del norte por propio interés no podía llevar a cabo, el ejecutivo cayó de rodillas ante Mr. Bowen, y se presentó el espeluznante espectáculo de un país en que la revolución representaba a Alemania, el gobierno a los Estados Unidos, y nadie, absolutamente nadie, representaba a Venezuela.

Ese gabinete pasó a la historia cargado con esa infamia.

Al gabinete actual le compete resolver la cuestión política, la situación fiscal y prepararse al conflicto extranjero, que no está resuelto sino aplazado.

En primer término, de él se espera la pacificación de la república.

¿Bajo qué auspicios va a ser ensayada?

La alianza del gobierno y el nacionalismo ante la guerra civil, ¿va a determinarse en fusión a raíz del triunfo? ¿Va a consumarse la unificación del nacionalismo militante bajo la jefatura de Miraflores? ¿Llegaron ya a Canaán sin Moisés esos que vienen del cautiverio y el desierto?

¿La unificación liberal va a ser hecha en los campamentos bajo la vieja bandera de 1858 y 1868?

¿O el nacionalismo reivindicado reniega del plato de lentejas y reasume, a las órdenes de su jefe, la propaganda pacífica por el triunfo de su programa y de sus hombres?

El deber de la hora presente no es vencer sino pacificar. Mientras la conciencia popular formule una protesta y requiera una reivindicación no habrá paz; y si bien en la revolución puede perdurar un caudillo, la república corre peligro de desaparecer o de desmembrarse.

La constitución del oriente de Venezuela en estado independiente con el dominio del Orinoco y del inmenso territorio de la Guayana se discute desde hace cerca de un año en las cancillerías interesadas. Los residentes extranjeros, desde la colonia francesa de Carúpano hasta la colonia alemana de Ciudad Bolívar, favorecen el pensamiento, y Trinidad es el foco de la conspiración separatista.

No es forzando a las naciones extranjeras a desconocer la soberanía del gobierno en nuestro litoral de oriente como alejaremos la posibilidad de que favorezcan la constitución de la república oriental. Es desembanderando la revolución como puede llegarse de un golpe a desarmarla, y a poner fin a la tendencia centrífuga de los Estados del golfo Triste y el Orinoco.

La revolución con Matos era un negociado encubierto bajo un programa: sin él, y mientras no se sepa qué bandera flamea en el Capitolio, qué plan fiscal verdaderamente eficaz va a reemplazar el expediente peligroso de sucesivas acuñaciones de plata, y qué política va a adoptarse para hacer imposible la desmembración mediata o inmediata del territorio patrio; sin él, y mientras esas cosas no sean sabidas, la revolución puede ser un pabellón, una reivindicación, un gran acto de patriotismo.

Esa revolución es necesario que la haga el gobierno o que la haga el pueblo.

Su exponente puede ser un militar. Su factor tiene que ser un hombre de Estado. Con esa revolución triunfará el liberalismo, el liberalismo reconstituido conforme lo demanda la mutación del eje político nacional, y conforme lo ordena el irresistible instinto democrático del pueblo venezolano.

Al sol de la victoria, la lisonja, Memnón falaz, canta al oído del triunfador sus más arrulladoras canciones.

A la hora del triunfo yo hablo la verdad que callaba ante la traición armada, porque hablarla entonces era complicarse con el traidor.

Ahora, a la paz o al desastre.

Carta a Cipriano Castro⁴⁴

Nueva York, 10 de febrero de 1905.

A Cipriano Castro, Miraflores.

En octubre de 1899, muerto Crespo, el último caudillo nacional apto para imponer la paz, prisionero Hernández, de quien su partido esperaba fanáticamente la salud de la república, manifiesta la dolorosa incapacidad del presidente Andrade, el partido liberal, anarquizado, dio una alta prueba de su poderosa vitalidad frente al nacionalismo y la anarquía, y sus más altas personalidades, Andueza Palacio, José Ignacio Pulido, J. F. Castillo y, junto con ellos, M. C. Urbaneja y los Calcaño y hasta Matos allanaron a usted el camino a Caracas, y Riera en el occidente, Rolando en oriente, Alejandro Ibarra en el Zulia, Mendoza, Peraza y Ferrer en el centro, presentaron las armas por deferencia a aquellos hombres, y se le fue a buscar a usted inválido en Tocuyito, porque según la palabra de Eduardo Calcaño, usted tenía “el prestigio de lo desconocido y la credencial de su audacia”.

Usted era una energía auténtica que esos hombres creyeron adaptable al servicio del bien.

[44]_ Publicada en hoja suelta conservada en el archivo de Zumeta (*N. del E.*)

Encontró usted el país aniquilado por la guerra y amenazado por una grave situación internacional a consecuencia de la deuda y las reclamaciones que lo abrumaban. La paz y la reconstitución del crédito eran indispensables a la existencia soberana de la república. Una revolución más o la persistencia del desorden administrativo bastaban a provocar la intervención extranjera.

Usted constituyó un gabinete de concentración de los grupos de la familia liberal, cuatro de cuyos miembros habían ocupado la presidencia de Venezuela, dos habían sido candidatos a la primera magistratura y uno era, además, el jefe del nacionalismo. Usted proclamó la amnistía, ofreció nuevos hombres, nuevos procedimientos, y en verdad trajo usted hombres nuevos. Bien lo conoce ya el país.

Horas más tarde, el cable nos anunció a los que en el extranjero nos regocijábamos como venezolanos y como liberales del restablecimiento de la paz, que Hernández en un raptó de insensatez lanzaba el país a la guerra y comprometía el porvenir de la república en la situación internacional que le creaba. Segunda vez, el partido liberal le aseguró a usted el poder debelando la fanática revuelta.

El fermento revolucionario continuaba y cometió usted la doble imprudencia de avivarlo rompiendo con Colombia en vez de arreglar con ella, como era fácil, un *modus vivendi* favorable a entrambas naciones, y ofendiendo a los hombres más distinguidos del liberalismo, ya por eliminación, ora por fiscalización, distribuyendo los puestos de confianza entre andinos en el distrito y en los estados.

La revolución, que no le había dado a usted tregua, reapareció formidable. Liberales y nacionalistas fueron a las armas sin tener en cuenta que, haciéndolo, comprometían irremisiblemente la vida autónoma de Venezuela. Ninguno de los jefes que reconocieron a Matos sospechaba que él, en su viaje a Europa, se había asegurado la simpatía de nuestros acreedores europeos aceptando el proyecto de banco internacional propuesto por el Disconto.

Era necesario a la salud de Venezuela triunfar de esa revolución y proceder al arreglo diplomático de las deudas y reclamaciones, demostrando a las potencias tanto honrado deseo de llegar a un amistoso acuerdo como inquebrantable resolución de resistir por la fuerza a toda coerción.

Usted debeló la revolución con la ayuda del nacionalismo: anunció al mundo, el 9 de diciembre, que resistiría a la agresión de las potencias bloqueadoras y sin que esa resistencia tomara otra forma sino la de armisticios con las fuerzas revolucionarias y el episodio del Castillo de San Carlos, y cuando esa actitud que tantas veces le aconsejé yo a usted, hizo temer por la paz de las naciones y bajaron los valores en la bolsa de Nueva York, y la prensa de este país glorificaba el nombre de usted y la altivez venezolana, los notables de Caracas, constituidos en junta de la defensa nacional, declararon solemnemente el 24 de diciembre, aniversario de la muerte del Libertador¹⁰, que el honor nacional estaba satisfecho y era necesario capitular. Capituló usted, acreditó a Bowen ante las potencias, y su vicepresidente Ayala le telegrafió a un diario de esta ciudad: “Hemos delegado la soberanía nacional en los Estados Unidos”.

Vino luego la firma de los protocolos inicuos en febrero de 1903 y el público conoció el texto de ese triple padrón de infamia semanas después; vino luego la publicación de la correspondencia diplomática que determinó el bloqueo y entonces supo el mundo y supe yo la deshonra de Venezuela, y con qué imbécil arrogancia rechazó usted cuanto avenimiento le ofrecieron Inglaterra y Alemania; y cómo, después de provocar la coerción, en el momento decisivo para América en que el acaso había puesto en sus manos la decisión de los destinos de Venezuela y del continente, temeroso usted en su ignorancia de perder el poder, sacrificó usted a su personal ambición la suerte de la patria y de América.

Firmados esos protocolos, todo en Venezuela debía suscribirse a la suprema necesidad de recobrar la plenitud de la soberanía comprometida por la

eventualidad de la fiscalización belga en nuestras aduanas y por el protectorado virtual de los Estados Unidos. Toda la política se reducía a cumplir la ley y velar por la paz; toda la administración a la más estricta economía y al religioso cumplimiento de las obligaciones impuestas por las potencias.

El desorden político o administrativo traía inevitablemente la intervención fiscal europea o la intervención política de Washington.

Usted, ensoberbecido por el éxito; enloquecido por la perenne ultraservil adulación de su prensa, de su corte, de cuanto hay de venal y cuanto hay de cobarde en el país; muertos por el ejercicio de la dictadura militar todos sus entusiastas propósitos patrióticos de 1899 y despiertos por la prolongada carnicería todos los instintos de su nativa rusticidad; libre ya de la influencia de los hombres de consejo y de valía, que han reemplazado sujetos sin carácter, sin fe o sin seso; corrompido por los que le mantienen en Capua; desbocada la inconcebible audacia de su inconcebible ignorancia; usted, inconsciente, desatentada, fatal e irrevocablemente ha deshecho la obra de cien años, ha despeñado a Venezuela de su cumbre de nación soberana a esta afrenta del coloniaje de que sólo su insensatez y la irredimible depravación de su pandilla de hombres nuevos son responsables ante el país y ante la historia.

Políticamente, en vez de ir hacia la paz, rompió usted los partidos para formar uno suyo con la hez de todo los demás; erigió en sistema la implacabilidad inquisitorial y, en el silencio de esa paz de Varsovia, de esa paz cipriana, organiza usted la perpetuidad de su despotismo.

Administrativamente, en vez de atender a la bancarrota del comercio, de la industria, de la agricultura y del crédito nacional, procedió a estrangularlos por el monopolio del tráfico en el Orinoco y sus afluentes, en el Táchira y Zulia y en el servicio costanero; por el monopolio de la exportación y expendio de ganados; por la ruinosa aplicación de sabias leyes fiscales a infames propósitos de lucro en el estanco del tabaco, el alcohol, los fósforos y otros productos; por una altísima tarifa aduanera

y acumulación de impuestos directos e indirectos; por todo, a más de leyes dictadas con el doble propósito de desanimar el capital extranjero y de propiciarse ocasiones de peculado; por la inmoderada emisión y la criminal importación clandestina de plata acuñada; por el peculado que ha convertido en opulentísimo a usted y a los “hombres nuevos” que en 1899 eran industriales, carniceros, fondistas y abarroteros al por menor.

Diplomáticamente, en vez de cumplir con honradez las obligaciones que abruma la nación y de restablecer decorosa, firme y prudentemente la normalidad internacional, ha evadido por sistema con inhábiles expedientes fiscales el cumplimiento de lo pactado: mantiene en peligrosa tensión sus relaciones con las grandes y pequeñas potencias europeas; ha creado con respecto a Venezuela manifiesta frialdad y despectiva lástima en casi todas las repúblicas hermanas del continente; ha consentido en ser instrumento de cierta peligrosa intriga de la diplomacia chilena; ha creado con Colombia una situación llena de riesgos para el porvenir; y, asociado a unos extranjeros contra otros, ha puesto usted al servicio de sus intereses privados los altos tribunales de la república, los ha hecho administrar injusticia, y con la doble insania del rencor y de la sed de oro ha comprometido usted la nación en esa Sierra Morena del cohecho que es la cuestión del asfalto, y por toda esta serie de faltas, errores y crímenes de alta traición a la patria, los Estados Unidos han resuelto revisar el proceso “Bermúdez”, porque sus tribunales (de usted), no son el poder judicial independiente e insospechable de la nación, compelerlo a ser honrado en la administración de la hacienda cuanto al cabal servicio de la deuda extranjera, y como ni Europa ni América confían en la honorabilidad de usted, han resuelto asumir la gerencia de nuestras aduanas.

He ahí su obra.

Por boca de su prensa me acusa usted hoy de solicitar la intervención del extranjero.

Esta no es obra de su demencia, ni de su maldad, sino de su ignorancia. Usted es el único venezolano, acaso el único americano obligado a saber de estas cosas, capaz de creer que puede calumniárseme a ese respecto.

Tengo contra usted el testimonio del pueblo de Venezuela ante el cual me cita. Tengo el testimonio de cuantos se preocupan de estos problemas en América. Tengo el testimonio de mi vida entera consagrada a ideales que no caben en la mente de usted, que está usted matando. . . pero no quiero ni lo permite el respeto que a mí mismo me debo, sino apelar contra usted a un testigo: a Cipriano Castro. Publique usted mi correspondencia al ministerio de relaciones exteriores desde 1901. Ella le dirá a usted que usted miente; le probará a usted que usted sabe que está mintiendo.

Esto no es una defensa: usted es tan impotente para mancillarme, como para encarcelarme. Estoy a la misma distancia de su ofensa que de sus calabozos.

No me defiendo; ni siquiera lo acuso: simplemente lo exhibo.

Y ahora que, enfrenando la ira he dado punto al resumen de tu obra y a la muy parca alusión a la mía; ahora cuando, porque te advertí del error, me enrostras el que un día haya creído en ti y, mal farsante, pretendes calumniarme ante el pueblo imputándome tu crimen; ahora, cuando tu mentira rompe el misericordioso decoro del silencio que respecto a la pavorosa revelación de tu personalidad pública guardaba, dime, Cipriano Castro: si tu falsía engañó a dos partidos, y tu fanfarronada del 9 de diciembre engañó al país, a los Estados Unidos e hizo correr un fugaz calofrío de pánico por los centros financieros de esta república, ¿por qué no había de engañarme a mí que te había aconsejado la resistencia y demostrado que ella salvaba el honor y los intereses venezolanos? ¿No le dijiste al país que te había sorprendido la agresión de las potencias,

cuando la verdad es que desde 1901 te anuncié que había sido diferida hasta el término de la revolución, y la prensa universal la anunció desde principios de noviembre de 1902?

Y ahora finges asombrarte de que haya sido yo víctima de tu bellaquería.

¿No sabes tú que si hoy, o en los momentos mismos del conflicto que has provocado con los Estados Unidos, te retiras del poder, el mundo entero convendría en abrir negociaciones con el gobierno que te sucediera y en respetar la soberanía de Venezuela y darle tiempo a que se reconstituya?

No lo harás. Estás listo a pactar una infamia en cambio del poder o a precipitar el país a su definitiva ruina.

Y bien: sabes que este último crimen no te será amnistiado. Los mismos de tu cuadrilla se aprestan a lapidarte.

Toca a su fin tu reinado de rey de carnaval y emperador de la corte de los milagros. Caerás porque en inaudito sacudimiento te aviente a sus costas mi patria asombrada de haber caído bajo tu dictadura simiana, y del propio modo que no has tenido piedad contigo. Entre los centenares de padres, hermanos e hijos de los que has vejado en tus prisiones; de los que has arruinado en tus tropelías; de los que han muerto en tus calabozos o salido a morir de tus mazmorras; de los que ha deshonrado tu lascivia o de las víctimas de la crueldad de tus esbirros; entre esa legión en que hay próceres ilustres de nuestra milicia, herederos de nombres preclaros, noble gente viril de humilde cuna, los hay que no han de dejarte gozar impune en el extranjero del opulento botín amasado a costa de la vida, de la humillación o de la deshonra de los suyos, que han de pedirte estrecha cuenta, y habrás de rendirla porque ya hasta el acaso se avergüenza de haberte producido para flagelo de Venezuela y asombro y risa de dos continentes.

Las naciones han resuelto crear policía internacional para lanzarte del solio a que te has encaramado, porque estorbas a la civilización; pero antes de que esta nueva mancilla caiga sobre la patria la justicia popular ejecutará la sentencia y expelerá de la historia a quien ha resultado ser un tiranuelo aun más vulgar de los que en luctuosa visión entrevió Bolívar.

Tu vulgaridad es tu mayor crimen. Es tanta, que ni el genio del Libertador pudo presentirte. Antes de ser concebido defraudaste la profecía: como desde el vientre de la revolución engañaste al liberalismo; como desde tu cubil de Miraflores has engañado sucesivamente a las naciones civilizadas, a los venezolanos todos y a quien sigue siendo,

César Zumeta.

Al doctor Villanueva⁴⁵

El doctor Laureano Villanueva, en su carácter de rector de la ilustre Universidad Central de Caracas, único funcionario de la república a quien una noble tradición honra con el tratamiento de dignísimo, presenta al jefe del ejecutivo, a su vuelta al poder, una felicitación a nombre del instituto que rige, y rompe el discurso diciéndole: “Excelentísimo señor”. En Venezuela no hay, de por la ley, excelentísimos señores, sino ciudadanos y señores a secas. No al rector de una ilustre universidad corresponde introducir, a nombre de ella, esa novedad ilegal y antirrepublicana. Discurso de homenaje, llama él su peroración, y refiriéndose a Castro habla de su “justa fama de caudillo americano, como defensor de la independencia de la patria”; de que su vuelta al poder “es la irradiación de la aurora de un nuevo sol”; de que es el “mayor de los soberanos de la América del Sur”, de los “estudios de historia” del general en punto a anales universitarios, del “maravilloso no sé qué impreso por el cielo en Castro como reformador de sociedades”, todo lo cual, dicho en nombre de la universidad, y por el doctor Villanueva, es sacrílego desacato a ese instituto ilustre, a su propio pasado cívico, y al indeclinable deber en que, como rector, estaba él de respetar los fueros de la juventud académica que ahí representaba y de la que le incumbe cura de

[45]_ *La Semana*, N° 18, Nueva York, 7 de agosto de 1906 (*N. del E.*)

almas, dando ejemplo de amor a la libertad, de veneración por el honor, la verdad y la dignidad humana. El doctor Villanueva sabe que en 1902 Castro no defendió como debía haberlo hecho ni la independencia ni el honor de Venezuela, sino por conservar el poder capituló, y aceptó luego los infamantes protocolos de Washington; él sabe que en la cuestión del asfalto Castro ha sido el agente de unos especuladores norteamericanos, con quienes explota hoy el lago Bermúdez, en contra de otros especuladores habituados por largos años a cohechar ministros y jueces; él sabe que en la cuestión franco-venezolana, sólo incidentes de política europea y americana nos han librado hasta ahora de que Francia le cobre al país las demasías de la ignorancia y el alcoholismo de Castro. El doctor Villanueva sabe que en América no hay más soberanos que los pueblos; y que si hubiera soberanos personales, Castro sería el menor de ellos; a él le consta que Castro no tiene la más remota noticia de los anales universitarios de ningún país del globo; que poner en línea los nombres de Constantino y de Bolívar con el de Cipriano Castro es un colmo de grotesca irreverencia, y sabe, finalmente, y acaso hasta Castro lo sepa, que si bien la Universidad de Caracas pidió en 1828 que se invistiera al Libertador de omnímoda dictadura, en 1829 se juntó al formidable coro burocrático que pidió la expulsión de Bolívar del territorio de Colombia.

¿Por qué, pues, escribió el doctor Villanueva y pronunció semejantes frases, que él no pudo formular sin sonrojarse, porque él no habría dicho una sola de ellas, sino otras muy distintas, ante la tumba de Castro? Por pobreza, dicen algunos en son de excusa. ¡No! En cualquier capital de América el biógrafo de Sucre, de Vargas, de Zamora, el hombre de Estado, el médico, el publicista, que todo eso lo es él en grado eminente, habría encontrado que se disputaban el honor de rodearle de consideraciones en una posición digna de él. Y en el destierro Villanueva habría honrado a su patria.

Él no tiene excusa. Su claudicación le ha valido un ministerio precario del que será lanzado dentro de poco. Si en vez de inclinarse ante Castro, que es

efímero, se inclina ante la verdad, ante el honor, que son eternos, mayor y sin fin habría sido la recompensa. Pero en mala hora decidió falsificar la verdad, la ley, la historia y el decoro en acto de insólita adulación a Cipriano Castro, y para ello mancilló con lo más negro del lodo cortesano de Miraflores la toga rectoral, al arrodillarse, y su frente, llena de luz y sus canas, que todos amábamos respetar al prosternarse ante el éxito, representado por un mono lascivo e irresponsable.

Sobre Cipriano Castro⁴⁶

Según noticias traídas por el último correo, Castro está en plena convalecencia. Entretanto, ¿cuál es la situación de Venezuela? El hombre que en 1899, asombrado del poder que el acaso puso en sus manos y sintiéndose incapaz para ejercerlo, soñó en rodearse de buenos y fuertes en el empeño de poner su audacia al servicio del bien, ahí está gobernando. La rebeldía de unos adversarios, la duplicidad de otros, el servilismo de sus íntimos, la embriaguez de sucesivos triunfos despertaron todos sus instintos ferales y desencadenaron ese monstruo astuto, cruel, avaro, lascivo, vulgar y vanidoso que más se empina cuanto más desprecio le inspira la bajeza ambiente. Los contados derechos que le restaban a los asociados, inclusive el de la libertad de comercio y de industrias, él se los ha arrebatado, en provecho personal suyo y de sus favoritos. Carniceros, pulperos, loteros, hoteleros, carreteros, rufianes que vivían de limosna o de exigua industria en 1899 forman el círculo de su más íntima privanza y lo poseen todo, porque es a sus cajas a las que fluye, por monopolio y contrabando y peculado, la mayor parte del producto de la industria venezolana. Los que por respeto a su nombre o a su situación social desearían siquiera mantenerse apartados, palidecen cuando

[46]_ Serie de veinte artículos publicados en *La Semana*, de Nueva York, que comienza con este del N° 22, de 4 de septiembre de 1906 (*N. del E.*)

de orden superior se les ordena aclamar, o se les llama a un ministerio, y devorando su vergüenza y callando el anatema, aclaman y aceptan la cartera como aceptarían la comisaría de la parroquia. El miedo no delibera. Y Venezuela, ya no en pie, ni siquiera de rodillas, sino prosternada a alguien que la libre de ese desenfrenado, no importa por qué medio, ni tampoco quién sea él, Gestas o Barrabás.

La miseria en unos, el temor de perder su patrimonio en otros, la absoluta ausencia del valor civil en todos, mantiene a un país entero en la asquerosa actitud del que odia y, por miedo, lame la mano que quisiera despedazar a dentelladas. Y junto con ese miedo está el desaliento. No aquél muy patriótico que doblega la esperanza cuando se piensa en que el propósito del esfuerzo heroico va a ser burlado por menguados apetitos de mediocridades ambiciosas, sino el desaliento de la definitiva desesperanza.

¿De dónde ha de venirles ese redentor? ¿Del campo revolucionario? Fuera del país hay docenas de conspiradores, entre ellos algunos con derecho a aspirar a la jefatura de la revolución y, otros, que amedrentados por el ejemplo de Castro aspiran a ella sin derecho; pero no hay, ni ha habido una revolución. Ni una sola vez se han reunido los jefes proscritos o sus delegados en conferencia plena a deliberar acerca de la necesidad de acordarse a fin de formular un programa y un plan en el que todo ellos quepan. Fácil le fuera esto a un grupo de patriotas; imposible le es a un desagregado en que predominan los politicastros de parroquia.

Dispersos, sin elementos, sin autoridad suficiente para obtenerlos en tanto se mantengan aislados, contribuyen a sumir el país en atonía, y a mantener a Castro en insolencia.

Las fórmulas aceptadas muestran a qué abismo de inconsciencia se ha llegado en la perversión del criterio: "Quien obtenga elementos será el jefe". Es decir, virtud, aptitud no hacen al caso sino parque y comisariato, y los destinos del pueblo son botín del más hábil o del más

inescrupuloso. “Agacharse” llaman en esa vil parlanza a mentirle al déspota y lisonjearle y fingirle lealtad hasta el momento oportuno de traicionarlo, y esa doblez cobarde, ese bizantinismo infame tiene curso en la opinión, y se vive allí, moralmente, como se viviera en un país en donde la moneda circulante fuera falsa y todos la aceptaran como buena, lo que, de paso anótese, está siendo el caso en Venezuela con el casi continuo contrabando de plata y níquel amonedados. Todos se “agachan”; la felonía impera y salen los hombres de prisión, tumefactos aún los tobillos por el grillete, a rendir venia a quien los martirizó, a claudicar ante el mimado de la providencia, dispensador de todo bien, que vive allá en la gloria de Miraflores.

Otra de esas fórmulas es la muy imbécil de que “periódicos no tumban gobiernos”. Y ni uno solo de los grupos conspiradores tiene un órgano en la prensa. Olvidan la campaña que culminó en el *Delpinismo* y *El Yunque*, creadora de la opinión que hizo posible la evolución de Rojas Paúl; la de *El Partido democrático*, *El Radical* y *La Guillotina*, que produjo *El legalismo*. No tiene ese desprecio por la prensa Castro, que la suprime, y le niega curso en el correo, y mantiene a enorme costo los incensarios que le deifican ante el país.

¿En dónde está la conciencia nacional? ¿En dónde el carácter integérrimo que de todos esos grupos incoherentes, impotentes, forme sin reticencias ni reservas mentales la legión redentora? Como por eléctrico resorte el país entero, de pie, gritaría ante el mundo su protesta.

Pero si nada ni nadie está en pie, ¿a qué ni a quién ha de temerle Castro, que ve ablandarse entre sus dedos como ductilísima cera lo que los paparnatas proclaman que es bronce o es diamante: él, que sabe los nombres de muchos que viven en exilio no por altivez patriótica, sino por la altanería de él? No son ellos, sino él, el irreconciliable.

El único peligro que le amenaza es la intriga palaciega que desorganiza sus propias filas, y aun ese él sabe conjurarlo a regalías, puntapiés y mendrugos.

A los revolucionarios les falta para derrocarlo una sola cosa esencialísima: virtud. Si ellos fueran patriotas, se habrían unido: la patria les habría aclamado y Castro sería ya un tunante relegado al ridículo y al olvido.

* * *

Si algún dato se requiriera para demostrar el estado de cosas político en Venezuela⁴⁷, bastaría el que está dando la camarilla gobernante a propósito de la enfermedad de Castro. El rumor público afirma desde hace cosa de dos años que en el desarreglo de su vida ese sujeto recurría a diario a toda suerte de estimulantes y tónicos para apuntalar el creciente desequilibrio de su naturaleza. El alcohol y la veintena sobranceira de barraganas que tiene en la capital y en sus sitios de temporada lo desgastaban, y creía él combatir los efectos del *fine champagne* mezclándolo con altas dosis de kola, y los de la lujuria con afrodisíacos, de los que ha recorrido en desenfrenado crescendo la escala entera. El público espera desde hace dos años el desenlace de esa tragedia fisiológica. El 9 de abril llama Castro al vicepresidente Gómez para que presida el ejecutivo mientras él reposa por motivos de salud, y hasta declara que quiere abdicar la presidencia. El 24 de abril comunican al *Herald* que Castro ha sufrido un ligero ataque apoplético. La situación política es enmarañada y se conspira a ojos vistas en Caracas a favor de Gómez. Castro permanece en su retiro y no es sino el 5 de julio cuando, forzado por la crisis, regresa a Caracas. Vino la serie de bailes con que se festejó su vuelta, la reincidencia en la orgía y su enfermedad, que se mantuvo secreta hasta el día en que, envuelto en una sábana, le trasladaron de Miraflores a Macuto. Pero no por eso fue esclarecido el misterio. Su mé-

[47]_ Publicado en *La Semana*, N° 23, Nueva York, 10 de septiembre de 1906 (*N. del E.*)

dico declara que es una fiebre: el público cree que es una hemiplejía, y dos meses van transcurridos sin que se sepa qué le duele a don Cipriano. No pasaría otro tanto sino en Turquía y en Rusia. El vicepresidente no se encarga del poder, conforme lo requieren la ley y la práctica, sino que en los corredores se disputa, hasta llegarse casi a las manos, con su rival el joven Alcántara, presidente de Aragua, en tanto reina una furiosa arrebatía de fondos públicos entre todos los que están suficientemente cerca para echarles mano.

* * *

El presidente Cipriano Castro ha desaparecido de la escena política y acaso de la vida⁴⁸. Como si cuanto se relaciona con la carrera pública de esa la más extraña de las figuras que Venezuela ha presentado a la historia, debiera arroparse en misterio o perplejidad sensacionales, su desaparición hoy asombra casi tanto como su aparición en 1899. De improviso, sin haber representado papel alguno de importancia nacional, cruza la frontera, combate, avanza hacia el centro dejando atrás fuerzas enemigas que pueden aniquilarlo por retaguardia, obtiene un indeciso triunfo pírrico en Tocuyito y herido, decimado, sin recursos, frente a un ejército hasta diez veces superior a su montonera, ejército que podía movilizarse y exterminarlo en treinta horas, es proclamado presidente por Andueza Palacio y el directorio liberal de Caracas. Así llegó. Todopoderoso, discutida su personalidad en el mundo entero, tenido acá por sublime, allá por ridículo, impotentes sus enemigos todos para derrocarlo, constituyendo problema internacional arduo de resolver, atácale de improviso un mal cuya naturaleza exacta presume pero no conoce el público, e incapacitado de ejercer el gobierno por casi siete meses, durante los cuales el país se mantiene en anhelante paz inestable, mistificados sus enemigos y la prensa y las

[48]_ *La Semana*, N° 33, Nueva York, 20 de noviembre de 1906. (*N. del E.*)

cancillerías, desaparece el misterio, mientras se preguntan venezolanos y extranjeros si su muerte es oportuna, y los vientos sembrados van a desencadenarse en tempestades en que puede naufragar la república, o si es posible salvarla. Así se va.

De ese desaparecido sólo dirá *La Semana* que él no fue el culpable de la inaudita atrocidad conocida con el nombre de restauración liberal. En otro medio, con otros hombres, Castro habría sido una pujante energía al servicio de la civilización. Él, neurótico, llevado a creer por lo humildísimo de su origen y lo prodigioso de su encumbramiento que una fuerza extranatural le impulsaba, embebecido en visiones de estupenda gloria como reformador providencial de la sociedad venezolana, él soñó e intentó acometer la empresa transformadora rodeándose de cuanto hubiera de representativo y culminante. Los compañeros de la aventura, los amigos del alba incierta de su triunfo que acudieron a su camilla de estropeado le rodeaban; pero no eran, no podían ser, no creía él que fueran los consejeros ni los principales ejecutores de su política. De ese hombre Caracas hizo el Cipriano Castro que conocemos. La mala fe y el bizantinismo, desmedidos ambos por sobre toda ponderación, exacerbaron la vanidad de ese hombre y le hicieron implacable e inconmensurable. La mala fe y el bizantinismo debilitaron, corrompieron, irritaron a ese hombre y le capacitaron para despreciar hasta el asco a infidentes y a cortesanos. No hubo flaqueza suya que aquellos hombres no exploraran sórdida, impudicamente, en beneficio de los más bajos apetitos del servilismo. Y el Cipriano Castro resultante de esas corrientes que vinieron a ser como la cloaca madre de la vida nacional, ha probado ser hasta el morir superior a todo eso que en la cloaca hervía.

La historia no presenta caso más claro de la influencia infame de la adulación y de la corrupción políticas en los destinos de un hombre y de un pueblo.

El hombre ha muerto: el pueblo agoniza. El bizantinismo rollizo, opulento, ha triunfado en toda la línea.

Estas líneas en que el afán de la diaria tarea no permite que integre mi pensamiento no van en son de excusa ante un cadáver —la tumba no amnistía—, pero sí explican el dictador. La máxima de que de los muertos no ha de decirse sino lo bueno no es aceptable sino con respecto a los tiranos, de quienes en vida no ha de decirse sino toda su perversidad. Ante la muerte ya puede salir la verdad del pozo en su austera desnudez, y, en esta ocasión, señalar a los que llevaron este hombre a Capua, y lo hartaron con el tributo del Minotauro, y estuvieron listos, de haber tenido él veleidades *contra natura*, a disputarse el honor de ser sus narcisos y le transformaron de tal suerte que le fuera aplicable a casi veinte siglos de distancia la frase honrada de Suetonio a Nerón: “El hombre de que hasta aquí he hablado se convirtió en un monstruo”. La monstruosidad no era suya sino del medio, cuya historia se resume en estos nombres: Páez, Monagas, Guzmán Blanco, Crespo, Castro, es decir, en ochenta años de dictadura y de irremediable bizantinismo. El signo de interrogación que Cipriano Castro deja es el más ominoso e inminente de los problemas que ha confrontado Venezuela desde 1810.

* * *

La crisis venezolana se acerca envuelta en una aparente calma presagiadora de tormenta⁴⁹. Hace seis meses se viene tolerando la ficción de que gobierna un hombre que está en estado de imbecilidad. El primer vicepresidente ha faltado al precepto constitucional o ha tolerado que se viole consintiendo en mantener el gobierno en acefalía. Los últimos despachos anuncian que el ministro de Guerra, amigo del vicepresidente, ha marchado con el grueso de la guarnición del distrito federal a

[49]_ *La Semana*, Nv 37, Nueva York, 19 de diciembre de 1906. (*N. del E.*)

batir al general Montilla, guerrillero que en las inaccesibles posiciones de Guaitó, en la región andina, puede impunemente desafiar ejércitos.

Si fuera esto cierto, es decir, la salida a campaña del ministro de Guerra, el objetivo no puede ser Guaitó, Todas las tropas que hoy expedicionen en Venezuela, no importa quién sea su jefe, tienen en mira ocupar una sola plaza: Miraflores. Derrotar a un solo enemigo: al que aspire a suceder a Castro. Y ese es legión, porque el éxito de Cipriano Castro ha despertado la ambición de todos los audaces. Esta legión de pretendientes es pavoroso síntoma de anarquía; y de que sus pretensiones cobren cuerpo y de que las ranas se estén inflando por parecer bueyes, es responsable el vicepresidente que durante todo un semestre ha consentido en que gobierne un grupo irresponsable.

En Caracas todo se espera de los pretorianos. Es el ejército quien delibera. En el extranjero los emigrados todo lo esperan de lo imprevisto, sin concierto, en el sopor fatalista de la impotencia. Y el país, indiferente, sólo aspira a que un fuerte logre dominar la situación y mantener el orden. Cuba y Santo Domingo bastan a llenar las manos de Washington por ahora, y el temor de que vuelva a abrirse la cuestión venezolana perturba al gobierno norteamericano, por lo importuno. Sin embargo, si no hay quien asuma el poder allá y responda de la paz pública, antes de la primavera tendrán el ejecutivo y el pueblo de Venezuela que someterse a extraña fiscalización de sus aduanas, o decidirse a defender su soberanía.

Esa es la tremenda responsabilidad que pesa hoy sobre el vicepresidente de la república.

No hemos sido ni somos partidarios del general Hernández¹¹, si bien seguimos con intenso interés y simpatía su campaña eleccionaria de 1897, que constituyó el segundo partido activamente civil de que se tenga noticia en Venezuela. Esa lucha tenía que culminar en un desafuero de parte del poder, porque no era de creerse que la primera tentativa

de elección popular libre hecha en el país después de la de Antonio L. Guzmán fuera a romper la tradición de la fuerza y la farsa en vigor durante media centuria, La fuerza del partido nacionalista no estaba en las armas, el país no quería un caudillo más; estaba en la genuina admiración, en el sano entusiasmo despertado en el pueblo por el valor civil de un ciudadano que solicitaba votos en contra del candidato oficial Joaquín Crespo. Mantener la propaganda, insistir en la protesta pacífica, consolidar un partido de oposición que no apelaría a las armas, era hacer la más formidable de las revoluciones. Pudo más el hábito de la guerra, el espejismo de que la opinión manifiesta, pero no condensada aún, bastaría al triunfo de la buena causa, y el general Hernández se lanzó a la guerra, estalló en el⁵⁰ fracaso su naciente y vigoroso partido, hizo posible a Castro, y se tornó él mismo en caudillo de un partido que sólo espera de las armas el triunfo de su programa. Entretanto ha tenido tiempo de ver cómo la derrota desmoraliza y la fuerza corrompe los partidos. Ahí están muchos de sus hombres estrujados, deshonorados o utilizados y complicados con Castro y su camarilla, los liberales de principios que formaron el grueso de sus juntas, ahí están restaurándonos.

Y fue y es tal el prestigio de su persona moral, que su fracaso y sus errores y las deserciones vergonzosas de algunos de sus principales partidarios, aun cuando quebrantaron, no desbandaron ese partido, y que en la crisis a la que estamos abocados sólo tres nombres ha pronunciado Venezuela. El de Gómez, cuyas circunstancias le ponen en aptitud de restablecer la armonía en la familia venezolana, librándola, con el concurso de las víctimas, de la camarilla carabobeña; el de Hernández, como único jefe incontestable de un partido cuya fuerza actual se presume, pero no se conoce; y el de Riera, en cuyo austero perfil, comparable al de los próceres de la generación federal, los restos del liberalismo reconocen al hombre cuya

[50]_ *La Semana*, N° 46, Nueva York, 20 de febrero de 1907 (*N. del E.*)

doble autoridad moral y militar pudiera servir de centro al partido. Pero ni esa concentración se ha efectuado, ni el primer vicepresidente, general Gómez, ha asumido el mando, las solas fuerzas reales que aparecen en el campo son: Alcántara, que tiene el parque y es el brazo de la regencia, y el general Hernández, que ha reorganizado el nacionalismo.

* * *

La prensa de Nueva York ha visto con indiferencia el crimen de Ciudad Bolívar, pero la actitud de la mayoría puede colegirse de un extenso editorial del *Sun* en que aplaude “los métodos de Porfirio Díaz adoptados por don Cipriano Castro, . . . el plan eficaz y expeditivo de apagar la chispa a fin de evitar que se propague en incendio”, y predice “el buen éxito de ese sistema barato que, practicado sin piedad y sin descanso, es infalible”. “Ya estén bajo tierra o contribuyendo a la opulencia del follaje de la selva venezolana, Paredes y sus compañeros quedan para siempre eliminados de la ecuación”. Esto último es un error del piadoso colega; los muertos en política salen y hacen campaña y triunfan. Pero toda esa oficiosa y entusiasta adhesión al asesinato político como medio de pacificación, hecha con el gusto de quien se relame por saborear sangre enemiga, es característica de lincheros y la única que conviene a los imperialistas respecto a los protegibles. Para ellos el mejor hispanoamericanismo, como el mejor indio, es el hispanoamericano muerto. Gracias. . . y lo propio, colega. ¡Y hablaban de Weyler, porque no eran ellos los reconcentradores y los exterminadores! Realmente son preferibles los anarquistas a estos defensores del orden a la Tiberio

* * *

La versión oficial de la muerte del general Antonio Paredes y de sus diecisiete compañeros es esta “Presos el doce de febrero en el sitio del

Rosario, fueron conducidos a Ciudad Bolívar y entregados ahí el día quince a las tropas andinas, a la disposición del gobierno de Caracas. En Ciudad Bolívar los prisioneros trataron de asaltar la guardia y cayeron en una refriega por someterlos. Tres soldados del gobierno resultaron muertos y varios heridos. Esta victoria decisiva servirá de advertencia a los demás revolucionarios”.

Miente el gobierno de Venezuela. El general Antonio Paredes y sus compañeros estaban maniatados, acaso aherrojados, y no podían rebelarse contra la guarnición. La muerte de Paredes fue decretada de Caracas.

¿Por qué?

Porque el 5 de julio de 1906 Cipriano Castro, en alocución al país, dijo: “Ay de aquel que interrumpa el progreso de la república porque toda la responsabilidad, junto con todo el rigor de la ley, caerá sobre su cabeza sin conmiseración alguna”. Estas palabras no significaban que se les seguiría juicio a los facciosos y a los rebeldes y se les condenaría a prisión, única sanción que el partido liberal de Venezuela dejó en los códigos después de haber borrado de ellos la pena de muerte por mano de José Tadeo Monagas en 1848, y por mano de Juan Crisóstomo Falcón en 1863^{51 52}.

Eso significaba que asesinaría a los prisioneros y a los rendidos, como ya había probado a hacerlo Cipriano Castro con el general Pedro Julián Acosta en Carúpano, y no lo pudo porque José Ignacio Pulido y Ramón Ayala le arrancaron el indulto; con los prisioneros de Ciudad Bolívar, contra los que libró orden de muerte, no ejecutada por el general Juan Vicente Gómez, y como logró hacerlo con el general Juan Ortiz y sus prisioneros, ejecutados por tropas de P. Sarmiento en Barro Colorado

[51]_ *La Semana*, N° 47, Nueva York, 27 de febrero de 1907 (*N. del E.*)

[52]_ *La Semana*, N° 47, Nueva York, 27 de febrero de 1907 (*N. del E.*)

en octubre de 1905. La ley rigurosa e implacable a que Castro se refería en esa alocución es la voluntad de él; Paredes y sus compañeros fueron condenados a muerte por los inmediatos ejecutores e intérpretes de esa voluntad, que es la única ley de ellos, en cuyo nombre violan las que ellos mismos han escrito; las que con la sangre de sus mártires el liberalismo; cuantas han dictado los hombres en homenaje a la libertad, y hasta las del pudor, de la civilización y de la historia.

Para ellos la historia, la civilización, la libertad, el pudor valen infinitamente menos que la cartera, el monopolio, el contrabando o la ganga de que disfrutan. Estas cosas los envilecen, pero les repletan los bolsillos; el culto a aquellas los dignificaría ante sí mismos, pero los mantendría en su mediocridad o en su nulidad de hace siete años, pobre y oscura como su cerebro. Ellos están ahí para adinerarse y para tiranizar, colmando cárceles y cementerios. Ellos representan eso mismo que proclaman que ya no existe: 1846 y 1858, y algo más, porque sin las virtudes de los oligarcas de entonces y habiendo copiado de los liberales sólo sus vicios administrativos, reniegan del abolengo y lo afrentan con las uñas con que roban y con las garras con que matan.

Si se quiere saber a qué familia de la fauna política pertenecen esos hombres que declaran que en Venezuela ya no hay conservadores, búsqueseles en las manos la salpicadura de la sangre de Paredes, y en su historia la de la sangre de Calvareño. Eso que hoy gobierna allí es la representación de cuanto Falcón, Zamora, Guzmán Blanco y Pulido, Ayala, Mendoza y Sarría desbarataron en 1864, en 1872 y en 1874. Sólo que los predecesores de estos hombres fueron ilustres por el honor y el valor hasta en la crueldad, y no proxenetas como esa baraja de alcahuetes que montó hasta ayer guardia en Puente de Hierro y en La Victoria y en dondequiera fue necesario, para que no fuesen perturbadas las fiestas galantes de su amo; y montan hoy guardia en Macuto para atisbar el último aliento de Cipriano Castro a fin de decretar en toda la república prisión y muerte contra quienquiera oponerse a sus planes usurpadores.

¡Y era eso lo que significaba la restauración! En la patria de Antonio José de Sucre, José Vargas, Antonio L. Guzmán, Lander, Rendón; en la república en donde la discreta magnanimidad de los liberales llegó a consagrar en las instituciones el derecho de insurrección, y en las costumbres, no ya la inmunidad sino hasta la impunidad del vencido, estos hombres vienen a restaurar el banquillo de Boves y la ley de fuga y a implantar el sistema penitenciario Cipriano con parejas de políticos aherrajados como galeotes, y el acaparamiento de la riqueza pública en una oclocracia, y el terror como sistema de gobierno.

¡Ah, señores restauradores! Paredes triunfa. Vuestras manos asesinas lo consagran. . El alucinado de ayer es hoy la víctima que clama venganza desde lo hondo de su fosa, en las riberas del Orinoco, y os emplaza y os derribará. Le habéis dado al pueblo una bandera roja, teñida dieciocho veces con la sangre de vuestras dieciocho víctimas de ayer. Con la hecatombe de Ciudad Bolívar resucitan en la conciencia pública Talhaidart, G. Vidal, Urbina, José María Gil, Bruzual Serta, Eduardo Calcaño y las cohortes de los que murieron, de toda suerte de muerte, en las cárceles de la restauración o salieron de ellas a morir a sus hogares. Habéis restaurado lo que pretendíais enterrar: el partido liberal que se moría de los vicios de sus conductores, y que vive de la eterna sed de derecho y de libertad que aqueja a los pueblos. Paredes era hasta el 15 de febrero uno de nuestros adversarios; ahora es vuestro crimen; ahora os acusa en la conciencia de cada venezolano, hasta en las mismas vuestras de regenerados de la libertad; ahora es el derecho a la vida que clama por la incallable boca de su fosa y os delata ante el país y su posteridad. Hasta hoy erais simplemente unos rufianes fulleros arrojados por el acaso sobre el tesoro y el parque; algo así como los cuarenta ladrones de un cuento de *Las Mil y Una Noches*: guarecidos por el parque hacíais con el tesoro vuestro oficio de fulleros. Paredes os inviste de una dignidad irrenunciable, sois sus asesinos; bajo esa

púrpura habréis de comparecer ante el pueblo y ante la historia y ante vuestras esposas y vuestros hijos.

¡Señores asesinos! La restauración de Venezuela comienza ahora al borde de esas tumbas.

* * *

En hoja anónima procede a probarle un guaireño al “Mocho Hernández” que no tiene derecho a protestar contra el asesinato de Paredes porque la carta en que ejerce ese derecho viola no sé cuántos preceptos gramaticales. ¡Soberana y ciprianísima lógica! Cuando cosan a puñaladas a un compatriota guárdate, buen venezolano, de denunciar al asesino si no estás muy seguro de tu sintaxis. Procede a oír un curso de literatura y cuando estés al tanto y a salvo protesta de lejos en forma castiza. No está de más que des a revisar el manuscrito a un par de académicos antes de echarlo a volar en los papeles públicos. Entretanto nosotros los restauradores maltratamos la lengua como todo lo demás y con nuestra gramática parda ordenamos fusilamientos, desnudamos a Cristo y nos burlamos del Sursuncorda. Infelices revolucionarios rusos, que en vez de dedicarse al cultivo de las letras se dan a hacer bombas y a volar farsantes. ¡A la escuela, señor general Hernández! Recuerde usted que fue con una gramática y un diccionario que Páez, Monagas, Aramendi, insignes hablistas, ayudaron a crear esta república en que hoy difunden sus luces el Cabito, Torres Cárdenas y Tello Mendoza”⁵³.

* * *

Vuelve a decirse que ha recaído Castro y se habla con insistencia de que irá a Europa y entregará el poder al general Gómez, a quien de nuevo se

[53]_ *La Semana*, N° 52, Nueva York, 3 de abril de 1907 (*N. del E.*)

oye en los consejos de gobierno. Un viaje de Castro al otro lado del Atlántico no resuelve la situación de Venezuela. El general Gómez, cohibido por la política del restaurador, podrá modificar el personal y aun intentar una política conciliadora y un régimen administrativo supresor del peculado y la exacción y el contrabando; pero eso mismo sería considerado reaccionario por los ciprianistas y el mero intento de uno cualquiera de los cambios esenciales necesarios sería tenido por una infidencia”.

La oposición no podrá colaborar en la obra necesariamente precaria del lugarteniente de Castro. Lo honorable sería mantenerse a distancia, no en actitud adversa sino la única digna entre el hombre que se creería obligado a devolver el poder al dictador y el partido obligado a ver de derrocar al jefe de la restauración. Todo otro camino implica desertión o traición, y es necesario convencernos de que por esos medios hipócritas e indignos puede llegarse al poder, pero no a la república, porque esta jamás se fundará sobre el lodo sino precisamente sobre la virtud cívica. No conspirar contra Gómez mientras él se esfuerza por corregir de buena fe la obra restauradora es honrado y patriótico; pero mientras sus deberes partidarios con Castro los estime él anteriores y superiores a sus deberes con la patria, nuestro puesto es el destierro o el campamento, ya que el sufragio nos está vedado.

* * *

El veintitrés de este mayo acabalo siete años en el poder el general Cipriano Castro⁵⁴. La historia del septenio Cipriano no cabe en un comentario, ni hay a mano datos y cifras para un resumen veraz de la obra de la dictadura. Dos insurrecciones y una docena de intentonas de rebelión han mantenido repletas las cárceles y en vigencia el régimen terrorista. El

[54]_ *La Semana*, N° 5, Nueva York, 8 de mayo de 1907 (*N. del E.*)

acaparamiento de las principales industrias en un grupo de favoritos ha enriquecido a estos empobreciendo en la misma medida al pueblo; y a las cuantiosas fortunas de unos pocos corresponden la escualidez y miseria públicas. Durante los doce meses en que Castro ha estado enfermo, o entre la vida y la muerte, han fracasado los esfuerzos hechos por unificar los bandos en torno a la bandera de la legitimidad, y no hay a la vista elementos ni aprestos sino para la anarquía, en lucha cínica por el poder y la ocasión de medrar a su sombra. La indignación de ver el país en manos de una pandilla; el temor de que un prolongado desorden anárquico atrajera la intervención norteamericana a las costas venezolanas; la desesperación de vivir sin patria porque cuanto de ella reservan los que la tiranizan a los que la ansían libre es la estrechez de un calabozo, llegó a perturbar más de un criterio respecto a la inutilidad del empleo de la fuerza para derrocar la tiranía en donde jamás ha regido la ley sino por pasajeros intervalos, y movió a muchos a abogar por la necesidad de una revolución cuyo triunfo asegura la posibilidad de emprender la propaganda de educación de la masa. Si bajo el terror se completa la perversión moral del pueblo⁵⁵, abátese al déspota, pensamos, y procédase luego a reconstituir para la civilización patria. ¡Vano error! El septenio de Castro y sus más disgustantes síntomas de barbarie son la obra de las revoluciones de 1892 contra Andueza, de 1898 contra Andrade, de 1900 y 1902 contra Castro. La abominable perversión del criterio nacional viene de ahí: son ellas las que han creado esos monstruos de crueldad y codicia que nos gobiernan, y han abierto los apetitos voracísimos de los que, con sólo señaladísimas excepciones, aspiran a sucederlos y emularlos.

Mientras no eduquemos ciudadanos es inútil suprimir tiranos, porque estos se dan silvestres en donde el bizantinismo, la codicia, la prevaricación y la ignorancia abonan el terreno.

[55] _ *La Semana*, N° 8, Nueva York, 29 de mayo de 1907 (*N. del E.*)

Reforcemos primero la minoría que realmente aspira a crear república en donde la “sociedad” y el “pueblo” se inclinan ante el éxito del Cabito, le sonríen a su liberto predilecto y le tiemblan a su corte carabobeña. Reforcemos esa minoría y con ella digámosle al pueblo qué es la civilización y qué es el derecho. La obra es lenta; habrá de realizarla entre ladridos de gozques y carcajadas de cínicos, pero de esa minoría será el triunfo definitivo.

* * *

Señor general⁵⁶: Ocurre en la carta que de usted acabo de recibir este párrafo: “Usted se manifiesta reacio a la guerra. Verdad es que ella causa grandísimos estragos, pero en ciertas épocas, como en la presente, es indispensable para salvar la patria del caos a que la han llevado los que la huellan y envilecen”. Es usted, general, uno de los contados militares venezolanos que tiene autoridad para firmar esas palabras sin despertar sonrisa de asombro ni gesto indignado en quienes las lean. Nacen en usted de la honradez de su carácter y las abona una vida militar digna del respeto de sus compatriotas. Porque son tan pocos los hombres de espada que en Venezuela pueden invocar el bien de la patria como excusa del estrago de la guerra, me propongo confesar a usted públicamente por qué comienzo con la misma repugnancia de siempre las soluciones de fuerza a que sólo durante los tres últimos años me he inclinado como medio de poner fin a la dictadura del restaurador. Algo ha de enseñarnos nuestra propia historia, y con sólo recordarla tenemos para convencernos de que todas las revoluciones habidas en el país, inclusive la de la independencia, han sido infecundas para la civilización y la libertad. La de la emancipación nos dio el territorio empobrecido, por

[56]_ *La Semana*, N° 9, Nueva York, 5 de junio de 1907 (*N. del E.*)

tres lustros de pelea, en sangre y población; reducidas a cincuenta sus quinientas millas cuadradas de terreno cultivado; disminuida a la mitad la cría; destruidos el comercio de tabaco de Barinas con que se proponía pagar, estancándolo; la deuda de Colombia, y el de fibras; aniquiladas las misiones que garantían la inmanencia de nuestra soberanía en las Guayanas y eran la base de la explotación de esa inmensa comarca, más rica aún que la poblada. Políticamente, cambiamos el régimen de las capitanías generales por el patriarcado del general Páez, y a través de desórdenes llegamos a la dinastía de los Monagas y al aniquilamiento del poder de Páez para arribar tras sangriento intervalo a las dictaduras de Guzmán Blanco, Crespo y Castro. La república no ha existido un solo día; las constituciones han sido desgarradas, por la pluma del caudillo que las prohibió, al mismo declararlas en vigencia; la proporción entre la producción nacional y el número de habitantes es hoy menor que en 1810; los derechos civiles de que gozan los venezolanos hoy son inferiores a los que disfrutaban nuestros abuelos bajo la colonia; los monopolios que pesan sobre el pueblo y enriquecen a la pandilla gobernante jamás antes fueron el escándalo que hoy son; y las virtudes públicas, general, fuente exclusiva y cimiento único de la patria libre, culta y honorable, ¿en dónde están? ¿En dónde Bolívar, Ribas, Tovar y el patriciado que pueda reconstituir la república? ¿Con qué elementos se cuenta para la demolición, con cuáles para reedificar? ¿En dónde los cimientos de la fábrica? ¿No ve usted que todos, dentro del feudo, están bien hallados con el inconmensurable envilecimiento de cuanto había de viril y con el engumersindamiento de Venezuela? Si Cipriano Castro lo quisiera, ¿qué se opondría a que el próximo presidente fuera Gumersindo Rivas? Y los que están fuera, ¿qué hacen, sino despedazar la oposición por insaciable apetito de egoísmo, sin que difieran un ápice sus programas?

Esta es la obra del centenar de revoluciones hechas para “salvar la patria de los que la huellan y envilecen”. Cree usted que una más, en las circunstancias presentes, antes de formar pueblo, ¿sería más feliz?

General: Al cabo de todos los esfuerzos sangrientos iniciados en los albores del siglo decimonono por los patricios de 1810, renovados media centuria después por los demócratas de 1859, el militarismo ha corrompido el cuerpo político. Los ancianos, desesperanzados, claudican o se refugian en la inacción; los jóvenes tienen un ideal, enriquecerse metiendo las manos en el tesoro por el fraude y el peculado, en los bolsillos del pueblo por la exacción y el monopolio. La escasísima minoría que aún tiene fe en los principios se cree obligada a contemporizar con los profesionales y los bribones. Los laboriosos, que por fortuna constituyen la inmensa mayoría, perdida toda fe en las instituciones, se inclinan ante el exactor, pagan tributo, soportan y callan. La familia, en los grandes centros urbanos, se disuelve en el cinismo enervador e insolente de una Capua bárbara que amenaza los cimientos del hogar, y esta universal prostitución comienza a infiltrarse en las capas populares.

He ahí la obra de cien años de militarismo anárquico y despótico. Es tiempo de que los militares le dejen a los contados civiles escapados al estrago la ocasión de probar la eficacia de medios más civilizados, a ver de reanimar el espíritu público agonizante. Al cabo de tres años de haberme inclinado, por temor a complicaciones internacionales, a un gran esfuerzo revolucionario, primero, a una transición oportunista, después, vuelvo a mis ideas y dejo expuesta a las volandas, en parte, las razones por qué soy reacio a la guerra. Aun cuando sea tan a la ligera como en esta diré a usted, en otra, los motivos que me inclinan a pensar por qué debemos aguardar en el destierro el fin del ciclo Cipriano.

Es con todo respeto su compatriota y amigo,

César Zumeta.

* * *

Si pruebas faltaban respecto a la ecuación intelectual de Castro y la ecuación moral de sus áulicos⁵⁷, el último mensaje del restaurador las da solemnes e imborrables. Fue Castro quien redactó ese documento, excepto en lo relativo a la instrucción pública, en que se conformó a las notas suministradas por el ministro del ramo, doctor Laureano Villanueva. Nunca antes oyó congreso venezolano alguno galimatías semejante. Inhábil para desarrollar el pensamiento más trivial y fácil de ser expresado, Castro lo retuerce y desquebraja en frase sandia e inconexa hasta matar el embrionario concepto en el gangoso *quequeo* de la más disparatada sintaxis. Cómo traducir, entre otros, este párrafo: “Si no fuera porque realmente en dicha aclamación no *obró otra cosa* en todos los ánimos *que* el afecto y la confianza *que* por ventura mía he logrado despertar en la mayor parte de los venezolanos, atribuyendo a la vez mi separación (*que* no era *otra cosa que* una *necesidad verdaderamente corporal* y con tiempo determinado, para la recuperación de mi salud un tanto quebrantada, como ha quedado demostrado *posteriormente*), yo me atrevería a calificar la aclamación *de un hecho* enteramente extemporáneo y contraproducente”. Pues como ese párrafo *posterior* con su necesidad corporal y todo, está escrito el mensaje. De dos lazaretos dice: “Se decretaron para su construcción en Maracaibo y Maiquetía, y cuya decoración de dichos lazaretos se está haciendo para ser recogidos los que adolecen de esta enfermedad”. Refiriéndose a haber estado enfermo, dice que lejos de haber sido por su voluntad, “por el contrario ha sido una desazón que me ha privado de *mi* servicio activo y eficaz que acostumbro en mis deberes oficiales”. El dueño de la casa editorial que imprimió el mensaje es miembro del gabinete, en donde hay un hombre de letras por lo menos, y es editor de la revista literaria más

[57] _ *La Semana*, N° 13, Nueva York, 3 de julio de 1907 (*N. del E.*)

importante de Venezuela; pero ni él, ni sus colegas en el ministerio, ni el secretario del ejecutivo se atrevieron a indicarle al “General” las variantes requeridas, ni menos a corregir en pruebas los adefesios Ciprianos. La gramática capachera es intangible y sagrada para esos beneméritos, y en el mensaje aparece de cuerpo entero la persona moral de ellos, el perfil mental de su jefe y la mengua de la época.

Ese gabinete, conforme con los rumores de las últimas semanas, ha caído por razón de un escándalo. Las cuentas no ajustan y como Castro ha encontrado que durante su enfermedad restauraron el tesoro llevándose hasta la parte que a él le corresponde en las gangas y peculados, ha hecho tabla rasa y rehará lo que allá llaman ministerio.

* * *

Cipriano, el inefable, continúa ejecutando su curiosísima especialidad en la que reúne a las habilidades de Frégoli las de Hoffman⁵⁸. Este último, bien se sabe, fue el rey del cubileteo; el otro recorrió los teatros de tandas del mundo mostrándose ante el público en una desamparante sucesión de disfraces realizados en sólo el tiempo necesario para salir vestido de abuela por una puerta del escenario, y entrar, hecho un doncel, por otra. El Cabito, en su carácter de presidente de la “República”, les dice a las potencias: “Los tribunales harán justicia”; en su carácter de socio, accionista o aspirante a serlo de las varias empresas, les dice a estas, como Marotte a los cocheros de Caracas: “Entiéndanse conmigo o se enzanjonan”; en su carácter de jefe, centro y director del ciprianismo, que él llama restauración, le dice a la camarilla caída: “Aquellos negocios que ustedes hicieron mientras yo estuve enfermo sin darme toda la parte que me correspondía, y aquellos monopolios que combinamos y

[58]_ *La Semana*, N° 42, Nueva York, 22 de enero de 1908 (*N. del E.*)

hemos estado explotando juntos, los voy a deshacer y se quedarán ustedes a la luna de Valencia”, y luego, disfrazado de tribunal de primera instancia, o de corte de casación o de alta corte federal, decreta multa de unos cuantos millones contra la Bermúdez Co. (cuyo asfalto explota él con unos norteamericanos), de otros millones contra la Compañía Francesa del Cable; anula el contrato de salinas, el monopolio de fósforos, concesiones ferrocarrileras, y luego vuelve a su Villa Zoila a hacerse abrir un tumor ciprianesco, una botella de *fine champagne* y el remate de los monopolios que acaba de destruir.

Lejos está *La Semana* de protestar contra la supresión de onerosísimos monopolios, ni de que se cure Castro de la mordedura de la camarilla con los mismos pelos de estos; pero sí cree su deber indicar que en toda esta fermentada justicia restauradora no hay sino venganzas de Castro contra sus antiguos cómplices y codiciosa intriga a fin de revender a nuevos postores incautos lo que Corao, Torres Cárdenas y compañía habían negociado ya con el Cabito, a quien le habían dado su parte. La doctrina comunista que el señor Bohórquez preconiza con sinceridad filosófica en Maracaibo, Castro la practica en Caracas, *pro domo sua*, con cipriana malicia, y él mismo en su carácter frégoli-hoffmánico de periodista oficioso la aclama como actos afirmativos de soberanía nacional e independencia de los tribunales de la república.

* * *

La noticia de que varios amigos del general Rolando han sido reducidos a prisión en Venezuela y de que él mismo se oculta viene a confirmar rumores que desde hace muchas semanas circulan respecto a la situación en el país. *La Semana* cree en el derecho de insurrección ejercido por el pueblo y para el pueblo en contra de un círculo o de un individuo que se adueña del poder y lo goce en provecho propio. Cuan-

do el pueblo ejerce ese tremendo derecho no hay modo de confundir con meros pronunciamientos, rebeliones y convulsiones el estallido volcánico que determinan⁵⁹. Esas revoluciones, como las catástrofes, son súbitas e incontenibles. Fulminan, arrasan y nada de lo que debía ser destruido subsiste por donde pasa la formidable tempestad desencadenada. En más de una ocasión parecía que iba a ocurrir ese cataclismo en Venezuela. El despojo, la violencia, el crimen llegaron a tal descaro y fue tanta la debilidad del caudillo que la más leve sacudida popular lo habría aventado al mar con sus cómplices. Pero el pueblo no se sacudió. No es cansancio, no es miedo lo que le mantiene en esa larga pasividad a pesar de todas las provocaciones. Es que ha perdido en absoluto la fe y ninguno de cuantos hasta ahora se han proclamado sus campeones logró devolvérsela. Vio asesinar a Paredes y sus compañeros y prosiguió en su actitud estólida. Vio fracasar a Peñalosa y ni siquiera rebulló la cabeza en la almohada. La intriga palaciega que puso en sus manos la manera de deshacerse de Castro moribundo y de la camarilla saqueadora no turbó su sueño. Para cambiar de señores él no quiere ni siquiera desperezarse. Castro es suficientemente espectacular para desempeñar el puesto, y después de haber capitulado en 1902 cantando victoria, ha aprendido tanta jugarreta en cogerles prendas a los aventureros y traficantes extranjeros y amenazar luego las cancillerías reclamantes con denunciar el juego, que el Cabito al redondear esos negociados pasa por ser y es, en cierto modo, campeón de la soberanía nacional, no precisamente con un fin patriótico sino como medio de librarse de rivales o de asociados incómodos.

En esta redacción no se sabe si el general Rolando conspiraba; si los rumores de que la camarilla derrocada está dispuesta a contribuir a su triunfo son ciertos; si el prestigio de que goza en el oriente y el gran

[59]_ *La Semana*, N° 45, Nueva York, 12 de febrero de 1908 (*N. del E.*)

renombre que ha alcanzado en la república determinarían a los demás jefes a reconocerlo y al país a acompañarlo. Si realmente él se levantara en armas, y siempre que el rumor de la cooperación infame e infamante de ese grupo que hasta ayer y durante siete años gobernó con Castro y se hizo reo de toda suerte de crímenes sea absolutamente infundado, sería mil veces preferible su triunfo al de Castro; pero en el movimiento que se atribuye al general Rolando no alcanza a verse hasta ahora el sello con que la mano soberana del pueblo marca los furibundos sacudimientos con que él castiga a sus tiranos.

Nuestros revolucionarios raras veces se acuerdan de darle cuenta al pueblo del programa de la “revolución”. Una proclama rica en generalidades tan vagas como altisonantes es, por lo común, cuanto se creen obligados a lanzar a sus compatriotas al invitarlos a “derrocar la tiranía”. Aun cuando los programas “revolucionarios” no son generalmente confirmados ni menos practicados después del triunfo, es poco menos que imposible formular juicio acerca de una “revolución” sin conocer los principios que proclama y las bases precisas y concretas de las reformas que acomete. El simple propósito de derrocar a Castro no justifica la abominación de la guerra civil. Sostenedores del derecho de insurrección al mismo título que del de defensa propia condenamos el convulsionismo tropical que del gobierno civil de Andueza llevó a Venezuela a la dictadura militar de Crespo, y de ella a esta incalificable bacanal restauradora. Y preguntamos: si hay revolución, ¿qué programa trae para acabar con la omnipotencia del ejecutivo, razón de ser de todas nuestras dictaduras desde 1870 hasta la fecha; para librar a los estados de ser simples dependencias del ministerio del interior, vigiladas por un comandante de armas y alimentadas por una ración quincenal que se llama situado y que da o quita a voluntad el “presidente de la república”, señor del tesoro, elector de legislaturas, de congresos y de jueces de los altos tribunales? Una revolución cuyo jefe vaya a sustituir a Castro en el

ejercicio de ese poder omnímodo puede hacerle mucho bien a él y a un partido, pero absolutamente ninguno a Venezuela. *La Semana* pregunta, no prejuzga, se inclina ante la necesidad de una revolución popular pacífica o armada, pero protesta contra toda revolución de un hombre y para un grupo, sea quienes fueren el jefe y sus partidarios.

Con una lentitud presagiadora de los más graves designios, conduce el departamento de estado la cuestión de las reclamaciones pendientes contra Venezuela⁶⁰. En marzo de 1905 el ministro Hay notificó al gobierno de Caracas que el de Washington “se vería dolorosamente forzado a tomar las medidas que juzgara necesarias para obtener satisfacción completa”. Tres años han pasado y Venezuela en ese tiempo ha rehusado repetidas veces someter a árbitros los asuntos en disputa. Cuando el secretario Root presentó separadamente las varias reclamaciones a fin de cerciorarse de si el gobierno venezolano consentiría en deferir a árbitros alguna o algunas de ellas, obtuvo la misma negativa. Mientras el congreso esté reunido el ejecutivo no puede recurrir a la violencia sin la autorización de ese cuerpo, y ya el senador más amigo del presidente Roosevelt ha propuesto al senado que pida los expedientes respectivos.

El *non possumus* de Venezuela se funda en que cada uno de los contratos de donde se originan esas reclamaciones contiene una cláusula según la cual los tribunales venezolanos pueden conocer de las disputas que ocurran respecto a la interpretación de esos convenios. La insistencia de los Estados Unidos se basa en que los concesionarios norteamericanos han sido despojados por injusticia notoria de los tribunales de Venezuela. Teóricamente Venezuela está en su derecho, y los Estados Unidos están desconociendo un Estado libre y amigo al negarse a respetar el poder judicial de aquel Estado. En el hecho la protección extendida aquí a algunos de los reclamantes, cuyas intrigas y manejos son casi criminales,

[60]_ *La Semana*, N° 49, Nueva York, 11 de marzo de 1908 (*N. del E.*)

repugna al decoro; conforme ofenden a la justicia algunas de las trapisondas y de las intrigas a que ha apelado el ejecutivo venezolano.

Entretanto las naciones del mundo acaban de aceptar en La Haya el principio del arbitraje para evitar las guerras internacionales y de decretarlo para resolver las disputas acerca de deudas contractuales. Los Estados Unidos ejercen, con el consentimiento tácito de Europa, hegemonía en la región del Caribe. Si después de varios años de infructuosos esfuerzos por obtener de Venezuela el sometimiento de esas cuestiones a jueces arbitrales, los Estados Unidos le declaran la guerra a Venezuela, Europa entera, fiel a sus tradiciones, lo aprobaría, y América toda, que con la sola excepción del Ecuador se apresuró a sancionar el despojo de Colombia, asistiría sin pestañear al despojo de Venezuela. Una vez declarada la guerra la cuestión cesa de ser de derecho y es de hecho, del más brutal de los hechos, que es la fuerza.

El dilema es hoy: o arbitraje o guerra. La guerra significa la pérdida de Guanta, de las bocas del Orinoco y acaso de la Guajira venezolana. El arbitraje significa una solución equitativa del conflicto. Si cada venezolano, puesta la mano sobre el corazón, puede proclamar su convicción de que los tribunales de Venezuela son independientes del ejecutivo, y de que en esta larga litis Cipriano Castro no ha influido en absoluto en las decisiones de los jueces, aun cuando esas decisiones sean justísimas, entonces el sacrificio del territorio y de la soberanía y la guerra hasta la extinción de la nacionalidad pudieran ser el extremo deber heroico de cada uno de los que en esa tierra nacimos. Pero si hay duda a esos respectos, entonces el deber claro, la obligación ineludible del gobierno y el pueblo de Venezuela es declarar que, manteniendo el principio de la soberanía de nuestro poder judicial, deferimos a árbitros esos litigios en resguardo de la nacionalidad y para evitar, conforme a las tendencias de la civilización actual, una guerra que amenaza hasta la independencia de Venezuela.

Adrede se callan en estas consideraciones las que se desprenden de la posibilidad de una anunciada revolución contra Castro y de los rumores de un rompimiento con Colombia.

* * *

El Centro literario, del Zulia, acordó en su primera sesión nombrar presidente al señor J. I. Lares, jefe del ejecutivo zuliano, y presidente honorario a Cipriano Castro, primera persona del ejecutivo venezolano. Caracterizando así el objeto exclusivamente literario de ese centro, regido por dos personalidades tan ventajosamente conocidas en el mundo de las letras, ya puede uno aguardar confiado los trabajos a que se dedique esa institución inspirada por el consabido Cipriano, cuyas novelas, dramas, farsas y tragicomedias llenan todo un anaquel del archivo de la historia de Venezuela⁶¹.

* * *

El general Nicolás Rolando⁶² tuvo la buena suerte de saber a tiempo que se había librado orden de prisión contra él, y logró salir de Venezuela y arribar a la colonia inglesa de Trinidad antes de caer en manos de quienes le habrían llevado a la fortaleza de San Carlos, o le hubieran aplicado, como a Paredes, la ley de fuga. De Trinidad pasó a Curazao, y de esa otra isla a Nueva York, de donde seguirá a Europa. En el desmenuzamiento de los partidos y de los bandos, realizado durante estos ocho años de gobierno de Cipriano Castro, casi nada y casi nadie ha quedado en pie. Cuando Castro llegó al poder, los federalistas o liberales lo habían ejercido durante más de un tercio de siglo sin haber

[61]_ *La Semana*, N° 49, Nueva York, 11 de marzo de 1908 (*N. del E.*)

[62]_ *La Semana*, N° 51, Nueva York, 25 de marzo de 1908 (*N. del E.*)

logrado implantar ni el régimen federal ni el liberal. Imperaba un centralismo mucho más dispendioso que el de los conservadores, porque las provincias, simples dependencias del ejecutivo, como antes, por el hecho de llamarse estados y tener “constituciones” tenían legislaturas y un mecanismo ejecutivo y judicial más complicado y necesitado de un personal más numeroso que las antiguas provincias; pero seguían siendo gobernadas, con mayores gastos, por el presidente de la república mediante el ministerio del interior y las comandancias de armas. Ese partido estuvo representado por Falcón, especie de *Louis le Debonnaire*, a quien pudiera llamarse Juan el Bonachón; por Guzmán Blanco, cuyo reinado, por progresista, duró hasta 1888, y por Crespo, que restableció el caudillaje después de las dos administraciones civiles de Rojas y Andueza Palacio, hechas posibles por la política de Guzmán Blanco. Ese partido estaba fraccionado y en disgregación cuando Castro le sopló la vela a Andrade y entró en Caracas traído precisamente por la plana mayor de los liberales. Los conservadores, que se limitaban a conspirar, a pelear merodeando a caza de empleos y gangas y a proclamar lo acrisolado de su honradez, habían resuelto al fin constituirse en partido militante y elegir por jefe al general J. M. Hernández. Castro deshizo al viejo partido, que se desmoronaba, y al partido naciente, sin cohesión aún; y de sus restos probó a formar uno suyo que no existe sino en las listas del presupuesto, pero con el cual gobierna en nombre del pueblo y por la autoridad del ejército. En esa disolución de los partidos, el general Rolando representa uno de los grupos más numerosos y disciplinados del liberalismo deshecho, el oriente de Venezuela, en donde resume y vincula los prestigios tradicionales de la familia Monagas, extintos por la muerte de los militares representativos de esa casa, y los de otros caudillos locales. Durante la revolución libertadora, perdida, según explicación gráfica, “por habérseles confiado el parque a los burros”, el general Rolando reafirmó su prestigio y adquirió nombrarla nacional, hecha

aun más simpática por su largo y duro cautiverio en las bóvedas de San Carlos. Coincide ahora su salida del país con la pretensión de Castro de renovar la constitución boliviana y el sueño de la presidencia vitalicia, pretensión a que desgraciadamente no podrá contestar el país amordazado, sino con la guerra. Lo único que hasta ahora ha hecho imposible la revolución en Venezuela en los últimos seis años ha sido que ninguno de los que pueden aspirar legítimamente a la jefatura tiene los elementos materiales requeridos, y algunos de ellos no cuentan con el concurso de todos los emigrados. La opinión general entre estos es que el general Rolando, con el apoyo de algunos que se han separado de Castro y de otros que aguardan el momento oportuno de separarse, reúne, además, las condiciones necesarias para constituir el núcleo de la emigración y unirla, circunstancia esta sin la cual es financiera y políticamente imposible la revolución. No sería de él, sino del país. ¿Sería contra Castro para sustituirlo, o contra el sistema para derrocarlo? ¿Traería un programa definido y preciso para establecer al fin la soberanía de los estados, quitarle al presidente las llaves del tesoro, ensayar al fin la república federal y encaminarnos a la democracia? La respuesta a estas dos preguntas hechas a un emigrado de nota, cuya voz es oída en los consejos revolucionarios, fue esta: “Sin ese programa que *La Semana* pide, la revolución no tendría excusa, ni razón de ser moral, ni base en la conciencia dirigente del país. Es para cambiar las cosas, no para reemplazar a unos hombres, que debe hacerse el tremendo sacrificio. El programa de la revolución es la soberanía de los estados y la autonomía e independencia de las tres ramas del gobierno”.

Sobre esas bases, enemigos en principio de toda resolución de fuerza, pero creyentes en el derecho de insurrección ejercido por el pueblo cuando no hay otro medio de reprimir el despotismo y de restablecer la ley, villana y casi incesantemente burlada desde hace más de cuarenta años en Venezuela, nos inclinamos ante la sangrienta imposición de la guerra y estamos al servicio de ella.

* * *

La cuestión venezolana⁶³ no ha estado en suspenso durante estos últimos siete días, explica el *Sun*, sino porque el gobierno esperaba a que ninguna otra cuestión de importancia, tal como la ley Aldrich, ocupara la atención pública. Ya el departamento de estado ha transmitido al presidente los documentos que han de ser sometidos a la consideración del congreso, y esta semana será de propaganda en favor de medidas coercitivas contra Venezuela. Entre las que se anuncian están la de pedir al congreso la autorización para imponer un derecho diferencial de tres por ciento a todas las importaciones de Venezuela, de cerrar los puertos de los Estados Unidos a los productos venezolanos, y de tomar cualesquiera medidas de hecho que tuviese por conveniente el ejecutivo. El ministro Russell vendrá de Caracas a dar informes verbales a este gobierno. Entretanto ha ocurrido un incidente desgraciado. Tres valijas postales de los Estados Unidos destinadas al *Tacoma*, surto en La Guaira, fueron abiertas en la administración de correos de ese puerto. El ministro Russell protesta contra la violación de los sellos que garantían la inviolabilidad de aquellos sacos de correspondencia e indicó que el “asunto es muy grave”. El ministro señor Paúl contestó que en razón de la semejanza de los sellos con los de valijas corrientes habían sido abiertos esos sacos por inadvertencia, pero en vista de que el contenido estaba intacto, sólo en “ánimos prevenidos” podía entrar la idea de que tal descuido pudiera constituir asunto de mucha gravedad entre los dos gobiernos interesados. El secretario Root no procederá en el asunto hasta recibir información completa del ministro Russell. Todo indica, sin embargo, que aun no tomando en cuenta este último incidente, que es de suponerse no adquiera gravedad alguna, las relaciones diplomáticas entre Washington y Caracas están por romperse. El *Tribune* da cuenta de que *El Diario*, órgano de Castro en

[63]_ *La Semana*, N° 52, Nueva York, 1° de abril de 1908 (*N. del E.*)

Caracas, denuncia a Mr. Root de conspirar contra la paz entre Venezuela y los Estados Unidos, influido por el presidente Roosevelt y por los contratistas norteamericanos interesados en Venezuela, y pretende izar la bandera de la conquista en América del Sur desconociendo la finalidad de las decisiones de los tribunales venezolanos. El artículo se titula: “¿Qué quiere Roosevelt?” Entretanto Castro, desentendido de la cuestión norteamericana, apura la paciencia del comisionado de Colombia con la inusitada violencia de tono de sus notas y se divierte embargando la propiedad de la Compañía de Teléfonos de Carúpano. El motivo alegado por Castro es que esa compañía en manos de sus agentes amenaza la paz pública. La verdadera razón es que el hermano del gerente Vicentelli declaró en Nueva York en favor de los intereses de la compañía Bermúdez y que este osó pasarles la cuenta a empleados públicos que usaban el teléfono. Inmediatamente se le envolvió en la revolución presidida por el general Rolando, se le expulsó y se procedió al embargo de la propiedad de la compañía.

* * *

No habrá venezolano⁶⁴ que lea sino con la más profunda pena la correspondencia publicada bajo el título de *Cuestión venezolano-colombiana*, por el gobierno de Venezuela. Si el asunto lo consintiera, si fuera dable sin baldón a los que en esta tierra nacimos y la amamos por sobre todas las demás del globo, pudiera uno limitarse a señalar el lado grotescamente ridículo de esas notas diplomáticas escritas, no ya en mangas de camisa, sino con absoluta prescindencia de los usos internacionales y hasta de la más rudimentaria cultura. En busca de atenuación a la vergüenza que sobre el país recae, ha de decirse que, por fortuna, la cancillería venezolana no tiene responsabilidad alguna en esa corres-

[64]_ *La Semana*, N° 52, Nueva York, 1° de abril de 1908 (*N. del E.*)

pondencia, y que el mismo secretario del presidente tiene buen cuidado de eximirse de la responsabilidad oficial que pudiera corresponderle por aparecer su nombre al pie de esas notas de avinada e inaudita intemperancia, diciéndole al comisionado de Colombia: “El señor general Castro” (nótese que no alude a Castro como presidente de Venezuela sino a Castro mondo y lirondo) me ha encargado contestar a usted en los siguientes términos”. El señor Garbiras Guzmán precisa que los términos indebidos y malsonantes de esa correspondencia son “del general Castro”, no de su secretario, ni menos del ejecutivo venezolano. Por desgracia el mismo Garbiras y el ministro del interior, López Baralt, incurren en el error, más grave y lamentable aún que el de haber escrito las abominables notas, de ordenar su publicación en nombre del gobierno de Venezuela. Porque si mal estuvo el escribirlas, mucho peor ha estado el echar fuera esas páginas ofensivas en mitad de una negociación que el comisionado de Colombia no rompió, sino dejó en suspenso, del modo más cordial, hasta su regreso a Bogotá. Esa publicación es supremamente indiscreta.

El estado de la controversia es este: el comisionado de Colombia, doctor Restrepo, propone en la sección I la línea demarcada por el laudo en la Guajira, pero no rehúsa la pretensión venezolana a una frontera antes propuesta por Colombia. En la sección II, propone Restrepo que Venezuela retroceda a una línea que siga la vaguada del Catatumbo desde la boca del río Oro hasta la del Sardinata, la de este hasta el Tarta y de ahí en línea recta hasta la entrada del Grita en el Zulía. Venezuela se atiene a la delimitación fijada por el laudo. En la sección III, Restrepo sostiene la frontera fijada por el real arbitrio; pero convendría en discutir la reivindicación a que Venezuela aspira si esta consiente en el empalme de las líneas férreas de ambos países en esa región. Venezuela pide el territorio de San Faustino, sin condiciones. En la sección IV (río Táchira) ambos países están de acuerdo. En la sección V (Sarare-Arauca),

Restrepo acepta el acta de Caicara, por la cual se retira el Apostadero del Meta hasta el punto en que el meridiano del Viento corta ese río. Venezuela indica una ligera variante. En la sección VI (Orinoco-Amazonas) Colombia cede dos cuadriláteros formados por los ríos Edagne, Tuparo, Inirida y Negro. Venezuela reclama una línea propuesta por el negociador colombiano, señor Lino de Pombo, del Apostadero al Guainía, de ahí al cerro del Cordero y de ahí a la Piedra Cocuy.

De otra parte el señor Restrepo sostiene que las retrocesiones de territorio a que Colombia se allana y allanare son puro acto de buena voluntad y base de un avenimiento que para siempre fije el derecho de tránsito al comercio colombiano por vías venezolanas hasta el mar. Castro objeta que la rectificación de fronteras es el cumplimiento debido al pacto verbal promovido por el general Reyes y celebrado por el ministro chileno, señor Herboso, en representación de Colombia, con el “gobierno de Venezuela”, por el cual se obligó Colombia a ceder esos territorios en resarcimiento de los daños causados por la intervención de autoridades colombianas en favor de la revolución “libertadora”, durante la cual tropas regulares de Colombia invadieron el estado Táchira. Que en virtud de ese pacto se levantó el acta Díaz Granados-López Baralt, y que la negociación de un tratado de comercio y navegación, aun cuando deseada y prometida por Venezuela, es cosa independiente del cumplimiento del pacto Herboso. La lectura de la correspondencia no deja duda en el ánimo de que no hay antagonismo alguno irreductible entre las pretensiones extremas de los países contratantes, ni divergencia que no pudiera ser resuelta por leal y mutua voluntad entre los negociadores. Sin embargo, a las notas de Restrepo, escritas a ratos en un castellano sabrosamente rancio, con medida de mano enguantada, contesta Castro, descompuesto el tono como si, garrote en mano, estuviera en altercado con algún otro fanfarrón en las rondas de Capacho. A la vehemente acritud incivil del invicto Cipriano contesta Restrepo con

estudiada moderación hasta resultar, por el contraste, de una punzante ironía. No es motivo de orgullo para Venezuela esa última demostración de la pésima cultura del hombre que gobierna en Caracas.

* * *

El *Tribune* atribuyó en días pasados al señor Nicanor Bolet la opinión de que los venezolanos apoyarían al gobierno de los Estados Unidos en caso de hostilidades, porque considerarían que el ataque sería contra Castro y no a la nación. Hubo en Caracas, parece, quienes protestaran, y en respuesta el señor Bolet dirige una carta a *La Semana*, que se felicita al consignar esa esperada rectificación de un venezolano digno, por tantos títulos, de la estimación de sus compatriotas⁶⁵. La situación es la misma que en 1902. Entonces, como ahora, todo el derecho estaba de parte de Venezuela, y ahora, como entonces, una diplomacia poco avisada pero, sobre todo, inculta, determinó el ataque a Venezuela. En 1902 lo formidable de la coalición, el tono intemperante de las notas diplomáticas de Venezuela y el reto hecho por Castro en sus discursos y proclamas hicieron creer por un instante que peligraba la paz del mundo, que había llegado la hora de prueba decisiva para la Doctrina Monroe y que el heroísmo venezolano, al recoger el guante, forzaba a los Estados Unidos y a la América toda a enfrentarse a lo que hubiera sido guerra de conquista. La tierra entera se engañó. Frente a los buques bloqueadores se desvaneció la fanfarronada de Castro y apareció abdicando sumisamente la soberanía y el honor de Venezuela en manos del ministro Bowen. Devastaba la revolución a Venezuela y, en presencia de la agresión extranjera, los revolucionarios se limitaron a una breve tregua, pero no protestaron contra el bloqueo. En el hecho y ante la historia Castro representaba, sin embargo, la nación, y los vergonzosos

[65]_ *La Semana*, N° 2, Nueva York, 15 de abril de 1908 (*N. del E.*)

efectos de su capitulación los sufrió moral y materialmente Venezuela. Hoy la brutal pertinacia de Castro prepara una situación aun más llena de peligros. En la cuestión norteamericana el derecho de Venezuela es claro, pero la incontenible brusquedad palurda de Castro lo oscurece y debilita. Es la actitud de Europa, la de Inglaterra y Francia, en especial, que tienen asuntos pendientes con Venezuela, lo que decidirá en último análisis del procedimiento que los Estados Unidos adopten. Entretanto, el cisma entre el país y Castro es mayor aún que hace seis años. Él tiene el ejército: el país tiene la desesperación de Castro y suspira por librarse del íncubo que compromete su existencia. He ahí el durísimo trance en que ese hombre pone a los venezolanos. Provoca la agresión y en el momento en que esta llegue y peligre la integridad del territorio y la autonomía nacional él, el tirano abominable y zafio, resulta, por el derecho que le da la fuerza, ser el representante de la nación, y el país, aun cuando esté desligado de él y lo desconozca, tiene que acudir a la defensa del patrimonio común o incurrir en el más afrentoso de los estigmas. La nacionalidad venezolana no puede amenguarse ni extinguirse por abyecta abdicación ante el usurpador extranjero. Si antes de la agresión puede librarse de Castro volverá a merecer el respeto de las naciones, pero si la guerra viene, el deber de cada venezolano es no ceder un solo palmo de tierra que no esté regado en sangre y calcinado por las llamas. Destruir cuanto no pueda conservarse, ciudades y bosques, he ahí el deber venezolano, aun cuando sea Cipriano Castro quien gobierne.

Carta a Pedro César Dominici⁶⁶

He leído atentamente la aclaratoria que, a propósito de nuestra divergencia de opinión respecto a la legitimidad de los gobiernos de hecho, hace usted en Venezuela⁶⁷. “No me explico la mentalidad política de Zumeta”, dice usted, y procede a probarlo en el resto del escrito. Ya lo sabía yo desde que, con ocasión de recordar que protesté contra el despotismo de Castro precisamente cuando él consolidaba su poder, aludió usted a mí como antiguo castrista. La mentalidad política de Zumeta es en mucho exótica y por ello inexplicable a los más de los políticos venezolanos, a quienes no urge darles cuenta. A Pedro César Dominici,

[66]_ *La Semana*, N° 10, Nueva York, 12 de junio de 1907 (*N. del E.*)

[67]_ Sostuve y sostengo que donde es la fuerza el origen de los gobiernos y el sistema cesarista quien constituye y mueve los concejos, legislaturas y congreso, esas entidades son de hecho, no de derecho; pero por cuanto la práctica internacional es reconocer los gobiernos y las leyes emanados de esas asambleas de facto como si fueran de jure, y en lo nacional los gobiernos sucesores reconocen como válido en derecho lo consumado por esa tramitación pseudolegislativa, resultan legítimos esos actos porque se realizan en nombre del pueblo y este los soporta. El señor Pedro César Dominici considera ilegítimos esos congresos, sus actos y los gobernantes que de ellos emanan, aun tras largos años de ejercicio del poder. De suerte que las leyes expedidas y los contratos celebrados durante los últimos ocho años en Venezuela por los poderes públicos son, dentro de su teoría, inválidos.

uno de los representantes de su generación, sí se está obligado a explicarla, como lo está él a comprenderla, no por la persona de Zumeta, que no hace al caso, como que al cabo la conducta es mera resultante del temperamento y del medio, sino porque fuera inmoralesísimo, en sí y como precedente, que los heraldos de la renovación política de Venezuela confundieran en montón inicuo con los infames a quienes merecen su respeto. Esa incomprensida mentalidad aparece en ciertos hechos que es fuerza, de consiguiente, enumerar, con tanta razón al menos como para fijar puntos, lo hace usted en breve dato autobiográfico en su aclaratoria.

Cobró forma esa mentalidad en el colegio de Santa María en Caracas. Eran los maestros, en esa madre de espíritus, los doctores Agustín Aveledo, Luis Sanojo, M. M. Urbaneja, Elías Rodríguez, eminentes ciudadanos por el saber y el carácter, que en la cátedra, a más del ejemplo ilustre de sus propias ejecutorias, enseñaban con la lección del día historia patria condensada en rasgos de los más grandes venezolanos, y cartilla cívica, de un civismo estoico fuera del cual estimaban que no había salud para la república ni honor para el ciudadano. Fue de ahí de donde, cursante ya de derecho en la universidad, salió Zumeta a la plaza pública, a los dieciocho años, cuando invitado a protestar contra las demasías de la dictadura él, que debía su educación a Guzmán Blanco y contaba con el cariño y el pudiente apoyo de ese magistrado en el ápice de su poder y su renombre, resolvió el grave conflicto de conciencia entre el deber cívico y la gratitud, fundando con Silva Miranda *El Anunciador*, en donde la protesta respetuosa pero decidida dio con ellos en la cárcel, el destierro, la pérdida de sus estudios y del rumbo de la vida. Llegó a Bogotá en 1883, vibraba aún en los aires la palabra de Rojas Garrido, y en aulas y periódicos resonaba la de Santiago y Felipe Pérez, Esguerra y la constelación radical de Colombia; en aquel ambiente caldeado por el verbo de esos apóstoles fue confirmado en la doctrina liberal. Regresó a

Venezuela, en donde imperaba Crespo y, naturalmente, fue a la cárcel y de ella al buque que le llevó a los Estados Unidos, en donde a los más flagrantes abusos y atentados públicos se le opone persistentemente la acción de los tribunales y el voto del pueblo, y en donde tuve la honra de formar parte de la redacción de *La América* (1884-1889), dirigida por el insigne patricio don Santiago Pérez, y en cuyo círculo de amigos y colaboradores estaban José Martí, Pérez Bonalde, D. V. Tejera y otros ilustres desterrados. El advenimiento de la era constitucional en Venezuela parecía asegurado con la candidatura de dos hombres civiles a la presidencia, y la probable elección de Andueza Palacio confirmaba el triunfo pacífico de la oposición contra Guzmán Blanco y el predominio del liberalismo. Regresó Zumeta al país y su amigo, el doctor Andueza Palacio, lo invitó a ser el exponente de ese doble triunfo en la prensa. Asumió la dirección de *El Pueblo*. Cuatro meses después el dictamen del ministro del interior prevaleció en gabinete respecto a la prisión y expulsión de cuatro periodistas extranjeros. Declaró el director de *El Pueblo* al presidente y al ministro que jamás defendería la violación de la libertad de la prensa, y a pesar de lo pingüe de la empresa y de la próxima elección de él al congreso, abandonó un seguro porvenir y se embarcó a bordo del vapor que conducía a los periodistas expulsados. Volvió un año más tarde; protestó contra el plan continuista; abogó por un acuerdo entre la oposición y el gobierno y, cuando la revolución se hizo inminente, declaró que prefería la transitoria dictadura civil de Andueza a la dictadura militar *sine die* de Crespo. Corrieron años en el extranjero⁶⁸, ocupados en el raro vagar de penosa lucha por la vida y en la advertencia del peligro a que el desorden de nuestra vida pú-

[68]_ La sola recompensa en ellos y los solos días que trajeron halago al espíritu los debo a la noble amistad de Vargas Vila, que fraternalmente abrió para mí entonces las columnas de Hispano-América, como más tarde las de *La Revista* (París) y *Némesis* (Nueva York)

blica expone nuestra soberanía. Llegó Castro al poder, y en el verano de 1901 fue Zumeta a Venezuela por razones de orden privado. A un puesto que creyó inconveniente aceptar, prefirió la agencia especial en Nueva York, en la que estimaron los ministros Eduardo Blanco y J. R. Pachano que prestó importantes servicios, en nada relacionados con la política interna. Sorprendiéronle luego el nombramiento de cónsul general en Inglaterra, que jamás solicitó, y las credenciales de senador por Bermúdez, que no tenía por qué esperar. Renunció tres meses después al consulado; publicó, siendo cónsul, la *Ley del Cabestro* (mayo, 1902), en protesta contra “la franca regresión a la barbarie determinada por las dictaduras militares interrumpidas por revoluciones”; protestó contra la “libertadora”, por razones que entonces expuso y no estaría bien repetir ahora para mortificación de su vencido director, y a raíz misma del triunfo definitivo de Castro protestó contra los infamantes protocolos de Washington, “contra el espeluznante espectáculo del ejecutivo de rodillas ante Mr. Bowen”, y declaró que el gobierno o el pueblo tendrían que hacer la revolución que reconstituyera y pacificara la república (mayo, 1903). No tuvo oportunidad de volver a la prensa sino en *El Americano* (1904) y *La Semana* (1906). Nunca antes partidario de la guerra, juzgó que la iniquidad restauradora hacía necesaria y posible la liga de todos los bandos, de una formidable revolución popular con los elementos morales y materiales requeridos para restablecer las instituciones, y abogó por esa revolución; pero condena la guerra que, sin garantía moral para la república, prometa sólo cambio de personal a beneficio de un caudillo y de las personas de los que denunciamos la infamia imperante.

Usted que advierte “no consultar otra brújula sino su conciencia”, ¿discieme, en esa bitácora de veinticuatro años de travesía, rumbo al presupuesto o aplacamiento en suaves remansos? La mentalidad que guió esa vida en 1883, en 1891, en 1902, con Guzmán Blanco, Andueza Palacio

y Castro puso invariablemente a un lado las personas ajenas y la propia y fue hacia el deber ciudadano tal como en cada instante lo entendía. Dentro de ella no caben *ismos* personales ni partidarios: liberal, jamás se sumó a ese partido para suscribir sus errores, absolver a quienes traicionaron los principios, ni adscribirse a hombre alguno. Cuando usted lo supuso castrista y lo cree restaurador anticastrista, dentro del criterio en que gira la conciencia política de casi la totalidad de los venezolanos, tiene tanta razón como si lo apellidara dominicista porque ha dado público testimonio de los méritos de su sabio hermano y de las excelencias del arte de usted. El hombre público no es, en la mentalidad de Zumeta, sino una función a cuya actividad debe cooperarse mientras pueda ser útil a los intereses nacionales, y que debe estorbarse o suprimirse desde que sea nociva a la colectividad. Quien es fulanista cesa de ser individuo, para tornarse apéndice de otro, sea ese fulano hombre o partido.

Cuando usted asevera “que Zumeta se incorporó a nuestras filas en 1905” padece error. Ni entonces ni antes ni hoy estuvo él ni está en esas ni en otras filas. Paralelismos ocasionales no implican enganche ni enfilamiento. Amigo de los amigos de la libertad, Zumeta anda solo, hoy cual antes, sin más disciplina que su criterio.

En donde la absolución de toda culpa, por atroz que haya sido, es regla de vida política y es estímulo al pecado ver salir de inmundas piscinas, limpios de mancha, a tiranos, esbirros, sicarios y corifeos, nada hay más cierto que la esterilidad del sacrificio ante la sanción ausente; pero que al cabo de una vida de renunciación se alcen dedos acusadores señalando de cómplice a quien no pensó como la mayoría, sino combatió su error, es caso de asombro. Que los falderos y sabuesos me confundan con columna mingitoria y alcen la pata: bien está, eso es lo propio de ellos. Que los de conciencia fácil me tilden de majadero en los más enfáticos términos del vocabulario: bien está. Sobraran piscinas en que lavarme de las máculas de guzmancismo, de ataque a la libertad

de prensa y de castrismo, y no anduvieran asendereadas mis finanzas. Ellos tienen razón dentro de su filosofía. Pero si dentro de la mentalidad política de usted cabe atribuirle mengua a Zumeta y recibirlo a beneficio de inventario en la liquidación de la bancarrota del carácter; si hasta la minoría consciente busca tras las ideas el color de la librea en quien las expone y el nombre del patrón en cuyo interés se avanzan; si el odio a los hombres y la pasión aparcera confunde doctrinas y tesis con triquiñuelas de politicastro, ¿a qué patria le ha servido ese hombre? ¿En dónde está condensándose la conciencia pública, y a qué posteridad apelar?

Páginas de sociología y política

Del suicidio⁶⁹

Al autor de los *Poemas bárbaros*, que tanto alarde hacía de su tedio de la vida, le recordó Dumas hijo que de todos los deseos humanos el más fácil de realizar es morir y que, de consiguiente, la queja más ociosa es la del fardo del vivir.

El poeta repetía la lamentación de Job, la eterna lamentación; el dramaturgo enunciaba con espiritual ironía la máxima estoica.

¿Cuándo es que en realidad sobreviene el cansancio de la vida? ¿Cuándo se convierte en perpetua prisión y es deber nuestro libertarnos?

Desdoblémonos y en cada hombre se encontrará el *yo* según la naturaleza, y el *yo* según la sociedad. De estos dos individuos el *yo* animal es el primero y más interesante, en el mismo grado en que es la vida anterior y superior a la asociación. Eslabón e instrumento de la perpetuidad de la especie, es para crecer y prolongarse por el amor en el tiempo que desgarrar el vientre de la madre, como rompe el suelo el brote vigoroso para hacerse árbol, esparcir al

[69]_ Publicado en *El Partido liberal*, Caracas, 7 de agosto de 1895. En el recorte sin fecha conservado por Zumeta en su archivo hay la siguiente nota manuscrita: “A esto ha de intercalársele una declaración de que aún el “cadáver insepulto”, el inválido incurable, tiene el deber de la vida mientras pueda crear formas de belleza o dar ejemplo o lección útiles. Es la esterilidad inútil la que tiene derecho a fugarse de la vida” (*N. del E.*)

viento su semilla y espesar la selva. Crece y multiplícate, he ahí su ley.

Cuando, roto su equilibrio, el organismo cae bajo el flagelo de los males incurables, mordido por el dolor, incapaz para las funciones supremas de la vida y comienza para él la vía dolorosa hacia el sepulcro, ¿a qué asistir a la lenta agonía de una existencia ya inútil? Abreviar el trance, irse cuanto antes del lecho a la fosa, anticiparse al proceso metódico de la descomposición es obra buena y piadosa porque nos apresuramos a devolverle a la tierra la forma gastada, el saco de estiércol, y avivamos con nuevo combustible la hoguera de la vida.

Pero no es el animal el que preocupa al hombre, sino el *yo* social, producto inestable del medio y del acaso, cifra de una entidad hechiza, el pueblo, y eslabón de una vana y mentirosa perpetuidad: la historia. Su alma es el honor, alma inestable y convencional como él, sujeta a rectificaciones impuestas por los siglos, las latitudes, el temperamento y la condición de vida; extrínseca y facticia porque a empañarla basta la calumnia, y a hacerla aparecer inmaculada e ilesa la adulación, el interés o el miedo. Así y todo el honor es la condición de la existencia social, sólo que la sanción dice en el mundo lo que la ley decía en Esparta: “No se te castiga por el crimen sino por tu impericia en ocultarlo”.

A esta segunda persona es que se subordina y pospone la primera en la mayor parte de los actos humanos, y cada vez que ocurre un antagonismo entre ellas y se presenta el especioso dilema del honor o la vida, los individuos en quienes la sociabilidad está exageradamente desarrollada estiman anterior aquel a esta, y se refugian en el suicidio, que resulta ser la inmola-ción del *yo* animal en aras del *yo* social.

Lo fundamental a la merced de lo transitorio y externo.

La deshonra pone al indigno fuera de la sociedad, pero le deja dentro de la humanidad, que es la suma sociológica y, sobre todo, dentro de la vida, que es el objeto del hombre y su misión máxima.

Quien fracasa en un medio social porque delinquiró contra el honor según allí se le defina, abandónelo por otro, y readquiera en la nueva agrupación el puesto perdido en la de que formaba parte.

Más de un ex presidiario es honorable comerciante en Cayena, acaudalado propietario en Australia, y más de uno de sus descendientes ostenta en el pecho la cruz de la Legión de Honor. Redimidos por el trabajo, esos descartados han subido lejos del teatro de su caída, a mayor altura que aquella de que un día se despeñaron.

¡Tedio de la vida! Si no proviene del desequilibrio entre las facultades y las ambiciones, entre lo que podemos ser y lo que deseamos ser, manía propia de ciertos sujetos que creen estar supremamente disgustados de la maldad e imbecilidad humanas, y de lo que realmente están aburridos es de su propia necedad y presunción; si no proviene de ahí, cómo explicarlo, cuando amplio es el mundo y, orillas de la mar, bajo las palmas, o en los repliegues de una montaña, en el claro de una selva, a las márgenes de un río la vida nos aguarda con sus faenas vigorizadoras, con sus goces rebosantes de sorpresas, de perversidades deliciosas, y con su acre perfume de virginidad y de inocencia.

No hay derecho a deformar si no se está en actitud de mejorar la forma destruida, y el hombre sano y hábil para los efectos de la vida va contra la naturaleza cuando se da la muerte. Todo camino que conduzca al suicidio es errado porque es contranatural, llámese martirio, llámese heroísmo, único este último que puede ser exceptuado porque aun lo requiere nuestro grado de civilización y porque, sutilizando, pudiera verse en él una forma de la propia defensa.

Aun cuando la vida no fuere un deber, hay que considerarla como un derecho: ¿por qué abdicar de él so pretexto de abstracciones ilusorias, de entidades convencionales?

La lucha es entre el hombre y el nombre; sacrificar aquel a este es consumir un sacrificio imbécil, pues que somos inhábiles para darnos nueva vida, y sí somos capaces de rehabilitar una reputación.

La vieja fórmula es brutal pero inmovible: “Come, bebe, ama, esa es la vida”. Es el mismo enunciado bíblico, la sola igualdad humana incontable. ¿Comes? ¿Bebes? ¿Amas? Esa es, según el *Eclesiastés*, la plenitud de la ley. Descuidaste el supremo deber social, el cuidado de tu buen nombre, has perdido eso, pero subsiste el hombre la lucha recomienza, y es bello vencer y más bello rebelarse.

La suerte abate, no mata. Behanzin no es ya el rey de Dahomey, pero vive en Martinica, como vivió en Santa Elena el vencido de Waterloo. Simple modificación de trajes y de hábitos.

La gloria y la fortuna te sonríen, pero desde el fondo de tu sillón de inválido, soldado fuera de combate, contemplas la vida y no te es dado saludarla alzando gozoso la ancha copa rebosante de *champagne*, sino con la taza de tisana que vacila en tu mano trémula, descompuesta la faz por la mueca del dolor y, en vez del amor, vela a tu lado la piedad... Eres, como dijo de sí propio el poeta infeliz, “un cadáver insepulto”, eres un nombre, no un hombre; sean cuales fueren tus años, sonó para ti la hora, cambia la almohada por el cabezal y duerme.

Notas editoriales⁷⁰

¿Conviene a la América Latina tender a constituir una agrupación de entidades independientes y autónomas capaz de resistir a la influencia de la enorme unidad anglosajona?

Los hombres de estado hispanoamericanos no han creído hasta ahora en la existencia de intereses comunes bastantes a justificar la acción concertada de los pueblos latinoamericanos en el sentido de una política continental, y han ajustado su conducta a una peligrosa fórmula de pasividad egoísta, conmovida pero no modificada en sus grandes líneas por la guerra hispanoamericana. “*Chacun pour soi et dieu pour tous*”, no es fórmula salvadora.

La idea de que cuantas veces se atente contra los intereses de una cualquiera de esas naciones implicaría que se lesione en sus intereses el grupo todo de los pueblos iberoamericanos no ha encontrado acogida en el mundo oficial de esos países.

Sin embargo, con sólo tomar nota de sucesos recientes se descubre la imprevisión de esa política expectante. Los Estados Unidos, poseedores

[70]_ Publicadas en las revistas que llevaban por título *América*, *La Revista*, ambas de París, y *Némesis*, de Nueva York, entre 1900 y 1904. La primera de estas notas apareció en *América*, París, 1º de mayo de 1900 (*N. del E.*)

de Puerto Rico y decididos a la absorción de Cuba, amenazan a México con el canal de Nicaragua que jamás han pensado en construir, y ponen en juego en el Estado de Panamá el sistema de simulación empleado con tan buen éxito en Texas, en Hawái, y del que comienzan a sentirse ya los efectos en Cuba. Si el Estado de Panamá, como ya lo indican ecos prematuros, pide su anexión a los Estados Unidos, el canal de Panamá sería una empresa exclusivamente norteamericana; canal abierto para los *yanquis* en territorio *yanqui*. ¿Convendría a los Estados del Pacífico y a Europa semejante solución?

Los Estados Unidos en tanto negocian la compra de las Antillas danesas, envían cruceros a levantar la carta hidrográfica de las bocas del Orinoco, en donde una empresa americana posee una vastísima concesión, y sus cañoneras remontan esa vía fluvial llevando a bordo al ministro americano, quien se apresura a indicar a Washington que el puerto venezolano de Guanta sería, además de excelente carbonera, muy apropiado para el establecimiento de una gran estación naval. Además, como Venezuela en el grave error económico y político de mantener cerrado el Orinoco al comercio del mundo, y de entregarlo a un monopolio tan mezquino como enervador, ya asoman pretensiones norteamericanas en el sentido de obtener el monopolio de la navegación del Orinoco.

¿Convendría a Europa y a las repúblicas de la costa atlántica que la influencia *yanqui* se hiciera preponderante en el Orinoco y en la inmensa región de pastos, de bosques y de minas que se extiende a sus márgenes, adonde ya la industria y la iglesia norteamericana han enviado bautistas de la colonización, sus exploradores y sus misioneros?

Consagrada al estudio de estas cuestiones viene América a defender:

I° La necesidad de una acción colectiva política, social y mercantil, en el sentido de estrechar las relaciones de nuestros países entre sí y con la Europa continental, muy especialmente con Alemania y el grupo latino europeo, a fin de crear una corriente vigorizadora de comercio, de

inmigración, de capital, que nos permita establecer sobre bases sólidas la resistencia a la hegemonía yanqui.

2° En aquellos de nuestros países no salidos aún del período semibárbaro de las dictaduras militares y de las reivindicaciones armadas, algunos de los cuales amenazan recaer en la anarquía, defenderemos la urgencia de constituir gobiernos capaces de garantizar la paz, y partidos aptos para vigilar porque la ley sea respetada.

Esas tierras en donde tanto el dictador como los llamados partidos de oposición olvidan que la república democrática es una agrupación de ciudadanos, armados cada uno con un voto para la defensa de su derecho, y consideran la sociedad dividida en reclutadores y reclutables, buenos estos últimos para salir armados de fusil a la defensa de los expoliadores, cree América que esas tierras constituyen la más grave amenaza a la integridad de nuestro territorio y de nuestra soberanía, porque jamás serán fuertes las masas dominadas por el terror, ni las clases infamadas por la corrupción.

Montesquieu no echó al viento una palabra vana cuando afirmó el postulado esencial de que las democracias no se fundan ni subsisten sino por el ejercicio de las virtudes cívicas.

3° La conveniencia de pactar el sometimiento de toda cuestión grave que ocurra entre nuestras repúblicas al arbitraje de un tribunal de juristas hispanoamericanos.

4° La celebración de congresos comerciales en los que estén representadas nuestras cámaras de comercio a fin de estudiar la posibilidad de organizar el tráfico costanero y fluvial para un comercio que pudiera considerarse de cabotaje y que estimulase el intercambio de nuestros productos.

América se esforzará en tomar nota de las tendencias de la opinión en cada uno de nuestros países, llevar a cada república el pensamiento del continente a fin de contribuir a uniformarlo y agitar, además, en el sentido de crear juntas o clubes hispanoamericanos en las varias capitales.

* * *

No es obra de hostilidad sino de defensa, la que emprendemos. No es la conquista sino la intervención y la preponderancia norteamericana la que tememos. No odiamos a ningún pueblo, amamos a alguno más que a otro y creemos que la comunidad de origen, de raza, de idioma y de tendencias es algo más que sensiblería destituida de sentido político, buena sólo para adornar retóricas fáciles y, en consecuencia, amamos y defendemos por sobre todo la plenitud de la integridad territorial y soberana del imperio latinoamericano, y la supervivencia y la honra de la raza nuestra.

* * *

En este fin de siglo pródigo en genios y redentores más o menos auténticos y sinceros, el director de este papel se ve obligado a una profesión de fe personal, y se apresura a declarar que no se cree investido de la misión mesiánica de redimir pueblos, ni autorizado a mirar por encima del hombro al resto de los mortales, ni a pontificar ni a fulminar excomuniones, sino simplemente viene a poner una convicción al servicio de una idea, e invita a las almas bellas y a los cerebros previsivos de América a quienes esta propaganda de resurgimiento, de defensa y de acción llame en torno de la bandera que a él le ha tocado en suerte enarbolar, a fin de que lejos de ser trípode délfica, o cátedra de pontífice, América sea no la tienda de un soldado en busca de armas para el combate sino el campamento de una hueste, el esfuerzo austero de la vanguardia intelectual de una raza.

* * *

La sustitución del tratado Clayton-Bulwer con el convenio Hay-Pauncefote, por la que se hace aparecer a Inglaterra renunciando a un

privilegio en favor de los Estados Unidos, es sencillamente la modificación de los artículos 1° y 8° del documento original, según los cuales la Gran Bretaña debía construir y administrar conjuntamente con la República Norteamericana el canal ístmico. Pero ese privilegio era ya anacrónico y técnico. Los Estados Unidos jamás habrían consentido en la apertura del canal mientras existiera esa cláusula de condominio, e Inglaterra al abrogarla les deja el deber de abrir la vía interoceánica y se reserva, junto con las demás naciones, el derecho real de usarla en paz y en guerra sobre la base de una absoluta neutralidad.

Quienes en realidad renuncian mal de su grado a la política de absorción expuesta en 1880 por el presidente Hayes: “Este gobierno quiere un canal bajo el predominio americano, cuya línea sea considerada como línea costanera de los Estados Unidos”; quienes renuncian a esa política sucesivamente afirmada por los ministros de Estado, Blaine, Frelinghuysen y Evarts, hasta el punto de pretender que Colombia renunciara a su inmanente derecho soberano de celebrar tratados respecto a vías interoceánicas, sin el consentimiento del gobierno de Washington, son los Estados Unidos.

A pesar de la oposición que se le hace al nuevo convenio en el senado y en la prensa, es de esperarse que será ratificado porque los Estados Unidos no pueden imaginarse que el mundo culto anule la convención de Constantinopla sobre neutralidad del canal de Suez, y reaccione contra ese principio a fin de dejarles a ellos el monopolio de la vía de occidente.

No debemos olvidar que esa nación habituada a celebrar tratados de esos que don Santiago Pérez —esa rara y noble integridad servida por un poderoso intelecto— calificó de unilaterales, es decir, buenos para interpretarlos siempre en provecho propio y romperlo a voluntad; nación que se vanagloria de no cuidarse de la opinión del resto del mundo, buscará pacientemente el modo y el momento de anular en lo que

le concierne ese documento garantizador. Entre la vía de Panamá y la de Nicaragua los Estados Unidos elegirán no la más fácil y económica sino la que presente menos dificultades diplomáticas. Aquella cuyo territorio sea más fácilmente mediatizable, a fin de que por esta o la otra argucia aparezca siendo el canal, por la voluntad de los habitantes de la región, parte integrante del territorio norteamericano.

Hablan de fortificar el extremo occidental de Cuba, como si ya el plebiscito restringido y antidemocrático que solicitan les hubiera entregado de derecho la soberanía cubana, y hablan de las Galápagos como si no pertenecieran ya al Ecuador.

Pero Colombia, las Antillas, la América Central, el Ecuador, los amenazados todos, encuentran que su política de aislamiento pasivo es buena, y que es fatalmente inevitable que otros, y no ellos, tengan derecho de palabra en punto a la disposición que se haga de sus istmos, sus islas y sus ríos.

Entretanto, es un ciudadano norteamericano, el senador Hoar, quien protesta, diciendo: “Cuando oigo sostener que los Estados Unidos tienen derecho a decirle a una república débil de Hispanoamérica: ‘Usted no puede disponer de su propio territorio como a usted le parezca; usted no construirá un canal, un ferrocarril u otra obra pública, en interés del comercio, que vaya de un océano al otro, a menos que los Estados Unidos asuman para sí el dominio, dicten los términos y manejen en lo sucesivo esa empresa’, pienso que esa es una declaración tan repugnante a la ley de las naciones, tan repugnante al propósito de George Canning y de John Quincy Adams, y tan repugnante al genio, al espíritu y al honor del pueblo americano como lo es a la sana moral y a la sana ley internacional”.

* * *

Dos fenómenos caracterizan la centuria que se va: la extensión del principio de nacionalidad al de raza, y la expansión imperial de las razas. De

Waterloo a Sedán el proceso de reconstrucción ha producido la unidad de Italia, la de Alemania y, como consecuencia de esta, hondas grietas en el imperio austrohúngaro que parecen indicar distintamente cómo se fraccionará ese conjunto obedeciendo a fuerzas étnicas centrífugas; el movimiento paneslavista; la repartición del mundo entre los grandes representantes de la raza blanca y, finalmente, el esbozo de la alianza anglo-yanqui. Los países de origen latino han salido debilitados de esas luchas, y el pensamiento del panlatinismo no ha aparecido entre ellos ni siquiera como utopía deseable. Roma vuelve los ojos a Londres, París a San Peterburgo, Madrid despierta apenas; del otro lado del mar veinte naciones asisten a la historia sin mezclarse en ella, y sobre todo a ese mundo tiende León XIII el cayado con escuálida mano trémula, y con sonrisa enigmática, cuasi volteriana, mira pacer el rebaño.

Cuatro siglos hace unas carabelas llevaron la cruz a aquellas regiones transatlánticas, y ahora, ¿de dónde irá el impulso que las mueva? ¿Qué mente agitará esa mole? O, ¿qué acorazados llevarán el dogal y la coyunda?

La fuerza nueva, creadora y renovadora sin cuya agencia no se explica la portentosa complejidad de la vida contemporánea, se llama en economía cooperación, en política alianza.

Enfrente de la unidad eslava, de la unidad anglosajona, animadas por almas propias, existe un híbrido desagregado latino sin orientación común política ni histórica, y absolutamente desprovisto de un alma latina.

Y la alianza, la cooperación y la orientación le son indispensables, porque las naciones que no saben a dónde van, se pierden y perecen.

* * *

El convenio celebrado por el Brasil, Chile, Argentina y Uruguay constituye el Sur en una entidad en la que se adivina una gran potencia formada, no por la confederación sino por la alianza de los más prósperos

y poderosos Estados de la América meridional. Se impone, en consecuencia, la constitución, sobre idénticas bases, del grupo septentrional, formado por los Estados de la antigua Colombia, la América Central y México.

Entendidas esas dos grandes alianzas respecto al plan de la política comercial que han de adoptar los aliados entre sí con los Estados antillanos y Europa, quedaría de nuevo restablecido en el Occidente el equilibrio de las razas, y se inauguraría la era del desenvolvimiento armónico y progresivo de esas repúblicas.

No otra parece ser la misión de la diplomacia hispanoamericana.

* * *

Como los capitalistas toman en cuenta el carácter de los intermediarios que se les presentan a nombre de gobiernos extranjeros, bueno es repetir una vez más la advertencia de que esos intermediarios deben ser reconocidamente honorables.

Una circular reciente en la cual se solicita capital para el establecimiento de un banco en Caracas ofrece, entre otros cebos, el siguiente: “Si el Banco acuña cuatrocientos mil dólares de plata en barra obtendrá un millón de dólares en moneda, pagará doscientos mil dólares al gobierno a título de premio por la concesión, y realizará inmediatamente un beneficio de ciento por ciento sobre el capital invertido. Puede usar los ochocientos mil dólares en negocios de banca o, si retira el capital, en forma de dividendos, le quedarán cuatrocientos mil de flor para negociar *sur le velours*, además de un millón de dólares en billetes que el gobierno de Venezuela recibirá en pago de derechos de aduana y que circularán además con premio o a la par”.

Esta circular por la que claramente se ve que la operación propuesta sería ruinosa para Venezuela y podría llevarse a cabo en condiciones

equitativas con capital del país, va firmada por el señor Geo W. Upton, desconocido en los centros financieros de los Estados Unidos.

* * *

Si la nariz de Cleopatra... es decir, si París no estuviera preocupado únicamente de la exposición, acaso este fin de siglo sería menos apacible y se iría la centuria al tiempo, de donde vino, entre el prodigioso concertante de todos los Creusots, Krupps y Maxims de Europa, mientras los doscientos mil ingleses, que hasta ahora se habían dedicado a realizar en África y en Asia las aventuras del capitán Mayne Reid, cazando salvajes y derviches, prueban a pasar el Tugela y el Modder.

Pero cuando esta humillación de las armas británicas termine, ¿no tratará Inglaterra de restaurar su prestigio lanzando su invencible armada sobre alguna gran potencia europea?

¿No será a propósito de Terranova o de Persia, del Egipto o de China que la Gran Bretaña provocará la guerra a fin de vengar en los mares la serie de sus desastres sudafricanos?

Entretanto, la invasión Jameson dirigida esta vez por Inglaterra y no por Cecil Rhodes y Chamberlain solamente, significa, al decir de los expertos, una revolución completa en la táctica y la estrategia moderna, y la urgencia para el Reino Unido de aumentar sus ejércitos de tierra, para lo que necesitará revisar sus leyes en un sentido profundamente repugnante a la índole institucional del pueblo inglés.

En la política interna esta guerra recrudece el movimiento nacionalista irlandés, modifica en sentido agresivo las tendencias de los *Trades-Unions*, y crea perturbaciones de todo género en el mundo colonial británico.

Y luego, Rusia avanza en Persia y en Manchuria, Francia agita en Egipto y en Abisinia, Alemania cobra su neutralidad y el tesoro inglés se desangra.

En punto a estadística la aventura bursátil de Jameson, Rhodes y Chamberlain, audaz trinidad filibustera, significa para el *Leopardo* cerca de un cuarto de millón de ingleses contenido por ochenta mil cazadores boers que resguardan un pueblo de doscientas mil mujeres, ancianos y niños: dieciocho mil bajas, seis mil prisioneros, veinte mil sitiados, veinticinco cañones y gran cantidad de rifles, municiones y bagajes, sin hacer cuenta de los laureles de sus generales; y para las dos repúblicas sudafricanas: ochocientas bajas, quinientos prisioneros y una docena de victorias que les valen los honores de la epopeya.

El intelectual y la política⁷¹

Aun cuando no destinadas a la publicidad hemos traído a las columnas de *América* las cartas que nos dirigen, de Caracas, uno de los más distinguidos representantes del pensamiento joven de Venezuela, y una de las voces más autorizadas de la generación que declina, porque ellas vienen a ser, junto con la revelación de un estado de alma colectivo, la profesión de fe de casi la totalidad de los intelectuales de ese país.

A pesar de la instintiva repulsión que provoca el espectáculo de los profesionales de esas políticas, suerte de torneos en que resultan premiados los más diestros en los cinismos de la vileza, nosotros creemos que todo hombre en América y en especial todo hombre de pensamiento tiene que ejercer una función social, que consiste precisamente en presentarle al pueblo con pertinaz constancia los altos fines a que debe aspirar, con el doble objeto de contrariar la tendencia regresiva de los turiferarios, y de devolverle a la vida pública la dignidad de que ellos la despojan.

Hasta ahí, y no más allá, intenta mezclarse *América* en lo político. Cuanto a los profesionales intentamos no tocarlos “ni con la punta del

[71]_ Título nuestro. Este artículo apareció con otras “notas editoriales”, en la revista *América*, París, 1900. Lo tomamos de un recorte sin fecha existente en el archivo de Zumeta (*N. del E.*)

pie”. La lucha por las ideas basta a nuestro propósito, y es dentro de ella que cumple a todos llenar el deber cívico que nos impone la hora en cada una de nuestras patrias americanas.

¿No podríamos llegar a una acción común, a una propaganda colectiva, donde todos pusiéramos nuestras fuerzas?, pregunta José Enrique Rodó en la carta con que se sirvió honrarnos. A ser el eco de esa propaganda colectiva aspira *América*, y lejos de tribuna de unos es, y no quiere ser, sino el hogar de todos.

Cuanto a la propia tierra nuestra, defenderemos, porque lo tenemos a obligación ineludible, la paz, y condenaremos todo acto de gobernantes o gobernados que tienda a quebrantarla. Creemos posibles dentro de la paz todas las reivindicaciones necesarias, y posibles fuera de ella todas las catástrofes, inclusive la pérdida de nuestra soberanía. Pero esta sección, que no entra sino indirectamente en el programa general de la publicación, también estará materialmente separada de la revista, bajo la forma de suplemento, desde el 1° de agosto próximo.

Hemos de convencernos, sin embargo, que desentenderse en absoluto de la política en nuestras tierras y entregarles el campo a los que, so pretexto de altruismo, cínicamente piden que se cambie el talón de oro por la circulación fiduciaria, y a los que todavía so pretexto de liberalismo andan tremolando banderolas amarillas, es entrar en la complicidad pasiva de la tolerancia y del silencio. Abstenerse es complicarse. No se abstuvieron los intelectuales en 1810 y 1811. No se abstuvieron los Peña, Soublette, Vargas, Quintero, Michelena, Espinal en los primeros años de la república en Venezuela, y los nombres de los intelectuales de América honran los fastos civiles del continente. Intelectuales fueron los precursores y prohombres del liberalismo patrio. Antonio L. Guzmán, Lander, Rendón, la pléyade, y enfrente estaban los más poderosos cerebros del partido conservador. ¿Por qué habría de eximirse de su deber la generación actual en el momento mismo en que la salud de la

nación depende de la coalición de todas las energías dirigentes y honorables a fin de restaurar la verdad allí donde por tantos años ha reinado la mentira? Esa no es obra partidaria sino cívica. No es que va a constituirse un nuevo partido, sino los patriotas de todos los bandos, jóvenes o viejos, van a limpiar el establo a fin de que sean posibles los hombres nuevos y los nuevos procedimientos

El Congreso Iberoamericano⁷²

Señor secretario de la Unión Iberoamericana:

Yo no sé de asunto de mayor trascendencia para la familia de las naciones ibéricas que la reunión de sus representantes en Madrid en el próximo noviembre. Inaugurará sus sesiones ese congreso con casi un siglo de retardo, porque esa debió ser la obra de los hombres de 1810: los diputados habrían sido San Martín, Madariaga, Caldas, Zea, Roscio, Bolívar, Bello y Sucre, y su creación la unidad iberoamericana. Pero no lo quisieron los tiempos, y es necesario que los hombres de hoy, bien aleccionados por la experiencia de toda una centuria de estragos, se preparen a reconstruir lo que demolió la imprevisión de nuestros predecesores.

Madrid vencido vuelve a ser la metrópoli de la América amenazada, y es necesario que ahí, en nuestra gloriosa capital histórica, los hijos de España que tenemos un mundo del otro lado del Atlántico arbitremos los medios de resguardarlo del enemigo común, fortaleciendo por la unión, por la libertad y por el trabajo lo que hemos debilitado por la discordia, por la intolerancia y la indolencia en este siglo decimonono, funesto para el nombre y el poder latinos.

[72]_ Título nuestro. Fue publicado como “nota editorial” en la revista *América*, París, 1900. De un recorte sin fecha conservado por el autor (*N. del E.*)

Unirnos unos a los otros y todos a las naciones latinas de Europa por cuantos lazos sea dable, ese es el propósito.

La tarea no es fácil, pero es fecundísima. Hay que vencer la resistencia agobiadora de la inercia y poner en movimiento la mole. El esfuerzo que una diplomacia mendaz está haciendo en beneficio suyo, es Madrid el que debe proponérselo, porque sólo él tiene cuantos elementos morales se requieren para realizarlo.

Esa América que so pretexto de defenderla contra la codicia europea se están apropiando los sajones, debe seguir siendo latina, como condición de la supervivencia de la raza, y en esa obra de paz, de acercamiento, están igualmente interesadas Francia e Italia. La unión iberoamericana debe ser el fundamento de la unión, o mejor, de la cooperación latina.

La emigración y el capital anglosajones han hecho la América sajona. La emigración y el capital latinos deben hacer la América latina por espíritu de propia conservación.

La suerte de esos pueblos que han tropezado por su propia desunión en Sedán, en Abba Garima, en Fashoda y en Santiago está inflexiblemente ligada al porvenir de la América ibera, y mientras no se le oponga a la poderosa unidad sajona, en vez del actual desagregado de pueblos de origen latino, un conjunto fuerte por la unidad del propósito, el peligro será colectivo y el riesgo cada vez mayor.

El congreso iberoamericano puede hacer inútiles las farsas panamericanas del otro lado del Atlántico, y puede franquearle hogar hispano al pensamiento y al esfuerzo de nuestra América. Lo que fue el origen vuelva a ser el foco, y una poderosa corriente regeneradora se establecerá entre todos esos pueblos separados por la más deplorable indiferencia.

Es a la luz de este criterio que yo saludo la reunión del próximo congreso como suceso inaugural de una era de fraternidad fecundísima en

nombre de las cosas preclaras del espíritu, y de las cosas necesarias de la civilización material contemporánea.

América, la revista que en defensa de esas ideas he fundado en París, está a las órdenes de la Unión Iberoamericana y tendrá a honra colaborar en la medida de sus fuerzas a los levantados designios de esa sociedad, que por su órgano me honra con su generosa excitación.

Soy de usted, distinguido señor, su estimador atento,

César Zumeta.

Conferencia Panamericana⁷³

Una comunicación cuasi oficial fechada en Washington y que insertan varios periódicos ministeriales de Sudamérica denuncia las insidias europeas puestas en juego para crear recelos en América respecto de los propósitos de la gran república “cuya salvadora hegemonía en el continente reconocen agradecidos los Estados hispanoamericanos”. Está ya, pues, pronunciada la palabra, aunque por modo hipócrita y vergonzante y es, sin duda, en nombre de esa hegemonía que parte de Washington, y no de México, la iniciativa de convocatoria de la conferencia panamericana que ha de reunirse en la vieja capital de los aztecas.

“No se ocupará en asuntos políticos el congreso, dice el mismo documento. Es decir, las repúblicas de este continente no han de venir a preguntarnos en dónde está la república cubana, ni qué significan nuestra ocupación militar de la isla, la anexión de Puerto Rico o nuestra declaración en La Haya; ni promoverán debate acerca de nuestros propósitos en la Antillas y en Centroamérica”.

Es puramente una conferencia de negocios, *business, american business*.

[73]_ Título nuestro. Se publicó junto con otras “notas editoriales”, en *América*, París, 1900. Tomado de un recorte sin fecha (*N. del E.*)

Los estados Unidos quieren, y así lo dice el documento en cuestión, que la América adopte el sistema de estadística fiscal y los reglamentos aduaneros usados en la gran república. Persiste la insania de Blaine en el departamento de Estado. Hoy como ayer se obstinan en creer que todos nuestros pueblos son susceptibles de *yanquizarse* renunciando por partes a su personalidad, a su índole, y que cuantas veces fuere necesario ceder y modificar en gracia de la uniformidad, serán las repúblicas iberoamericanas las que cedan y modifiquen hasta modelarse a la *yanqui*.

Quieren además los norteamericanos que se construya el ferrocarril continental. Cada república construirá a su costa el trozo de línea que le corresponda y los ramales que han de ligar sus centros de producción con la gran vía férrea. Esta idea de Blaine, buena a título de programa o de tendencia, es una pretensión pueril en el sentido de su realización inmediata. Los ferrocarriles los crea el tráfico que ellos a su vez estimulan. Pero los sudamericanos no vamos a horadar los Andes, a puentear nuestros ríos y barrancas y a tender rieles por valles y montes desiertos por darles gusto a los *yanquis*. Los ferrocarriles que necesitamos los irán creando las necesidades de nuestro desenvolvimiento y no las fantasías de los *trusts* americanos que quieran vendernos rieles, taladros y material rodante.

Infinitamente más práctico es el pensamiento del venezolano Fernández, que propone la canalización de los caños y ríos que ligan el Plata al Amazonas y este al Orinoco. Quedaría abierto al comercio interior de América el sistema fluvial continuo más extenso del mundo, y poderosas industrias se establecerán a las márgenes de esos ríos por cuyas aguas confundidas fluiría como en espíritu el sentimiento de la unidad de América.

¿Por qué no estudiará la conferencia ese plan?

Para la conferencia de México tienen los Estados Unidos temas más graves y oportunos. Por ejemplo: el establecimiento de un sistema de bancos panamericanos. La banca no crea las transacciones sino las faci-

lita, luego que estas están establecidas. ¿Cómo fundar un sistema bancario continental si no existe aún el cambio de productos que lo justifique?

De cuantas extravagancias enumera ese documento el único objeto sensato que se le propone a la conferencia es la constitución de un tribunal arbitral panamericano al cual le sean sometidas cuantas diferencias ocurran entre los Estados de América. Ese tribunal, que debe ser permanente, cuyas decisiones han de ser inapelables y han de fijar nuestro derecho público internacional, es una necesidad y sería una salvaguardia.

Pero lo probable es que ese tribunal nazca de las deliberaciones del congreso iberoamericano, y que a los delegado de la América libre sólo les corresponda declarar en México que es tiempo de precisar qué significa la Doctrina Monroe, y que el voto de las repúblicas es que a la conferencia de 1902 concurra el representante de Cuba libre. Aun así el congreso Panamericano habrá tenido objeto y le habrá hecho honor al continente que va a representar.

Un proyecto de colonización para Guayana⁷⁴

La región oriental del Orinoco casi en su totalidad es venezolana apenas geográficamente. A fin de que lo sea por todos los demás nexos políticos y administrativos que hacen fecunda y estable la posesión territorial, es necesario incorporarla al resto de la nación, adoptando para ello de los sistemas empleados por las naciones colonizadoras, lo que sea adaptable a las complejas peculiaridades de nuestro país, sus hábitos políticos y la índole nacional.

Todo proyecto de apertura de la Guayana a la civilización debe ser formulado, a mi juicio, teniendo en cuenta:

1° Que Guayana misma debe sufragar los gastos de su colonización y explotación, sin un céntimo de carga para el erario nacional.

2° Que el establecimiento de monopolios, según el viejo y censurable sistema de contratos con nacionales o extranjeros irresponsables, sería, a más de ruinoso, un doble error, político y administrativo.

3° Que el paso preliminar ha de ser un viaje de exploración científico-industrial de la región explotable.

[74]_ Se reproduce del *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, N° 5, Caracas, marzo-abril de 1960. El original fue enviado desde París, en 1900, al general Cipriano Castro, Presidente de Venezuela. (*N. del E.*)

4º Que no debe favorecerse la acumulación de colonos de una misma nacionalidad en un territorio dado, sino cuidar de que se avencinen y mezclen colonias de distintas nacionalidades.

5º Que la colonización de Guayana es imposible si no se les franquea a los concesionarios el libre acceso del Orinoco. Mucho hay que decir a este respecto, pero sólo anotaré en esta síntesis que esta franquicia puede darse sin detrimento de los derechos adquiridos por los que hoy monopolizan la navegación del Macareo.

Puedo asegurar que tanto algunos institutos geográficos y sociedades sabias de Europa, como ciertos grandes sindicatos interesados en la producción de caucho y de plantas oleaginosas y fibrosas, sufragarían los gastos de un viaje de exploración hecho por naturalistas y expertos en las aplicaciones industriales de las materias primas que ofrece la flora guayanesa y su subsuelo.

Lo importante es obtener, junto con el resultado de las observaciones hechas, el estudio de los trabajos que se requieren para hacer navegable el alto Orinoco. Esto no es más costoso que las líneas férreas que hemos pagado a precio incalificable, y debe negociarse la apertura de esa porción del río en cambio de concesiones de baldíos que las compañías tendrían grande interés en explotar y colonizar, de modo que Venezuela no quede embargada en un céntimo de su renta ni agobiada por monopolio alguno. A fin de realizarlo es necesario dirigirse a grupos industriales y financieros de vasto capital, interesados en la explotación de los productos de aquellos territorios.

Es de esta suerte y con estos métodos que se han desarrollado hasta su increíble prosperidad actual los desiertos del *Far West* los Estados Unidos, y Australia y El Cabo. Como toda esa región al oriente del Orinoco está fuera del radio de las agitaciones de nuestra política, los capitalistas europeos se convencerían de la seguridad de los capitales

que emplearan. Políticamente la influencia oficial de estos gobiernos sería decididamente favorable al proyecto, porque, entre otras ventajas, ofrece la de resguardar los intereses comerciales de Europa y nuestros propios intereses territoriales.

Creo que son complementarias de este proyecto dos medidas que paso a apuntar, pero antes permítaseme observar que todo este plan puede parecer pueril a los hombres de la vieja escuela, que no encuentran plausible ni digna de atención empresa alguna en que no haya una suma destinada al soborno y cohecho de los intermediarios, pero usted es la protesta vencedora contra esas ruindades y si este proyecto se realizara, en parte, a usted lo cubriría de gloria, y políticamente le traería, junto con una incontrastable autoridad moral en el país, el apoyo serio del alto capital extranjero.

Las medidas complementarias a que aludo son:

1º Enviar a los territorios de Guayana gobernadores elegidos de entre ese grupo escaso pero brillante de jóvenes militares venezolanos que, bien instruidos de la trascendencia de su misión, la cumplan con honra y orgullo; que no lleven en mira enriquecerse por la exacción, sino inspirar confianza en el poder federal, y hacerse un nombre y un porvenir contribuyendo al desarrollo de esos abandonados emporios, en donde los representantes de la autoridad central la han hecho odiosa constituyéndose casi siempre en agentes de iniquidad rapaz y de violencia.

2º Negociar con frailes de distintas órdenes el restablecimiento de las antiguas misiones. El misionero sigue siendo el colonizador por excelencia. Si alrededor de dos o tres núcleos de dominicanos, capuchinos y jesuitas se forman grupos de religiosos venezolanos serán mantenidos en esas tierras el idioma, la religión y las tradiciones patrias, nexos inquebrantables en el ánimo popular, y por los cuales es necesario que nos ganemos la población indígena. Una de esas misiones es urgente en

Imataca, en la concesión norteamericana, en donde ya están los misioneros protestantes enseñándoles el inglés a los indios en las bocas del Orinoco.

Entrar en pormenores, señalar las enormes ventajas que para el crédito y la prosperidad nacional presenta este plan, o discutir la urgencia de adoptar una política colonial respecto a Guayana por graves previsiones de carácter internacional, son cosas que harían extensísima esta breve exposición.

Guayana es nuestra reserva y nuestro porvenir. Explótela, general, y ni la fortuna ni la historia olvidarán jamás su nombre.

* * *

He tenido ocasión de exponer el plan de la canalización del alto Orinoco y la explotación de esos territorios a dos de los miembros más influyentes de la Sociedad de Geografía de esta ciudad, y me contestaron que los institutos geográficos y gran número de industriales europeos acogerían con entusiasmo la idea de un viaje de exploración de esas regiones, y allegarían los fondos del caso. Que si en cualquier tiempo mi gobierno apoyaba mis gestiones a ese respecto estaban no sólo dispuestos a ayudarme en ese sentido sino interesados en el buen éxito de la empresa.

Uno de ellos manifestó dudas acerca de la practicabilidad de aclimatar europeos en esa región, pero le hice notar que las expediciones conquistadoras españolas, necesariamente pequeñas por lo difícil de los medios de transporte, habían bastado a sojuzgar y a poblar el continente, habiendo residido por largo tiempo en las costas y los llanos insalubres, mientras el alto Orinoco y especialmente el río Negro gozan de climas benignos en casi toda su extensión, si se les compara con los climas de los establecimientos europeos en China, la India y el África ecuatorial.

Solicito en estos momentos una entrevista con Enrique de Orleáns, el famoso príncipe explorador, cuya opinión favorable sería decisiva para cierto grupo de capitalistas; pero una entrevista a título personal, sin credencial alguna que me autorice, es casi inútil.

Lamento que usted no me conozca a fin de que pudiera darse cuenta de que no me anima móvil alguno personal en este asunto, sino mi fe en que por este camino se le presta un servicio preeminente a la patria y a su inmediato porvenir.

Pena de muerte⁷⁵

I

El Sol, de Buenos Aires, invita a cuantos se sientan movidos por sincero anhelo de adelanto moral a solicitar del congreso argentino que, con ocasión de la reforma del código penal de la república, sea abolida la pena de muerte. Al propio tiempo, en Guatemala algunos diputados proponen el restablecimiento de la pena de muerte para determinados delitos comunes, en vista del aumento de la criminalidad.

De estas dos tendencias sería inútil detenerse a señalar cuál constituye un progreso, o cuál de las dos instituciones corresponde mejor a los fines de la sociedad: la penitenciaría o la horca. Apenas observaremos que la afirmación de que un convicto no puede ser curado y devuelto a la sociedad como fuerza utilizable al cabo de unos años de corrección adecuada, no hay criminalista serio que se aventure a suscribirla. Del cadáver sí sabemos que no sirve sino para abono.

Pero, ¿están seguros esos diputados guatemaltecos de que el verdugo tenga esa saludable virtud hemostática que ellos le atribuyen, y que por cada lengua que él echa afuera al apretar el nudo corredizo se envainan en la sombra cien puñales?

[75] _ Apareció con otras notas editoriales en la revista *América*, París, 1900. Recorte sin fecha, del archivo de Zumeta (*N. del E.*)

Se han detenido ellos, antes de decidirse por la pena de muerte, a comparar las cifras del consumo de alcohol y las de sobreseimientos y sentencias leves recaídas en causas criminales, con la cifra de los homicidios perpetrados? La impunidad y el alcohol, agentes activísimos de la criminalidad en Hispanoamérica, están fuera de la jurisdicción del verdugo, y antes de proceder a erigir horcas sería más discreto probar a constituir tribunales y a cerrar tabernas y garitos.

La influencia social o la política se interponen en todas las gradas de la escala entre la sanción y el reo, y nuestros pilatos liberando a nuestros barrabases crucifican a la justicia. Donde la comunidad renuncia a proteger la vida de los asociados queda roto el pacto, los individuos reasumen el derecho de defensa, y el revólver sustituye al código. El respeto a la vida humana se pierde allí donde la guerra civil es crónica, y no son los vapores del alcohol y la certidumbre de la impunidad los que han de restaurarlo.

Al verdugo sólo le entregarían nuestras sociedades algún pobre diablo anónimo, o algún político siniestro lo haría ejecutor de venganzas suyas. Hagamos primero un ensayo serio con la penitenciaría, poblémosla con todos los que matan; no abramos las puertas del presidio, como tantas veces ha acontecido en las horas de anarquía, para dar de alta a los asesinos en las filas revolucionarias; encarezcamos el alcohol por el impuesto, y los resultados harán innecesario ese nuevo funcionario macabro que tanta fe les inspira a unos diputados de Guatemala.

II

Vuelve a abogarse⁷⁶ por el restablecimiento de la pena de muerte en alguna de nuestras repúblicas. Siempre hemos sostenido y sostendremos

[76]_ Este segundo artículo, sobre el mismo tema que el precedente, y con igual título, fue publicado en *La Revista*, París, 1° de abril de 1901 (*N. del E.*)

que la impunidad y el alcohol son agentes activísimos de la criminalidad entre nosotros y que, antes de reerigir horcas, debemos probar a cerrar tabernas y garitos y, sobre todo, a constituir tribunales.

No nos preocupa en este instante la justicia ni la eficacia que les atribuyen a la pena capital los que abogan por el verdugo. Lo que sí nos preocupa es cómo puede pasarse de un sistema de tolerancia consentida, y de escandalosa impunidad, a uno de represión irremisible.

Nuestros jueces son, en el hecho, empleados del ejecutivo que directa o indirectamente los nombra, los paga, los asciende o los destituye. No existe, ni puede existir en tales condiciones, la independencia del poder judicial, ni es posible sustraer los tribunales a la influencia política. ¿Cómo entregarle a la pasión banderiza ese instrumento de sombrías venganzas partidarias; cómo permitir que so pretexto de sanción, de respeto a la ley, los que amnistiaron ayer al asesino porque era de su bandería, decreten mañana la muerte de un homicida, porque es del bando adverso?

El verdugo no es ejecutor de la ley en donde el cesarismo impera. Ese siniestro empleado sería sólo un asesino más, ejecutor de *vendettas* de caciques, casi tan ruin como los que le entregaran la víctima.

Alégase que la pena sólo sería aplicada a los reos de delitos atroces. Supongamos, en gracia del argumento, que la ley va a ser aplicada en equidad y justicia, libre de toda influencia social o política. ¿Cuáles delitos serán considerados atroces en la capital, y cuáles en apartadas regiones de provincia? ¿Tienen a su disposición nuestros tribunales, en toda la extensión del territorio, los medios de cerciorarse del grado de responsabilidad del delincuente, a fin de sentenciar en justicia y equidad quiénes a la penitenciaría, quiénes al cadalso?

Vera Gelo, ultrajada por un vejete, cree reconocer a su violador en un profesor de la Soborna; premeditadamente dispara sobre él su revólver,

y sólo hiere de muerte, por accidente, a la amiga que le acompaña. ¿Sería absuelta Vera Gelo en Guatemala, como lo será en París? Duparchi, artista, hombre culto, atrabiliario por herencia, medita la muerte de su padre, hombre duro, díscolo, infame en el hogar. Duparchi acecha a su padre y lo mata por heredarlo. ¿Este parricida sería entregado al verdugo en Margarita o condenado a veinte años de reclusión como lo ha sido en Rouen?

La carencia de hombres doctísimos en medicina legal, de fiscales y abogados y jueces profundamente versados en criminología, produciría a cada paso sentencias atroces, y la pena de muerte vendría a ser sólo ocasión de siniestras venganzas políticas, o de injusticias irreparables, beatamente perpetradas por jueces intonsos.

Si el aumento de la criminalidad asombra, creemos tribunales que apliquen la ley y nos libren del escándalo de ver amnistiados por jueces complacientes, reos que nuestras desiertas penitenciarías reclaman de urgencia. Pero mientras no hayamos ensayado leal y honradamente el sistema penal vigente no hay derecho a condenarlo, y menos a sustituirlo con la infamia del patíbulo.

Paz y trabajo⁷⁷

En recientes estudios se recomienda de urgencia el establecimiento de un *modus vivendi*, entre los partidos, a fin de garantizar el mantenimiento de la paz, a cuyo amparo, México, en veinte años, ha elevado su comercio exterior a ciento cuarenta millones de pesos, y ha duplicado la riqueza pública, mientras Chile, Brasil, Argentina y aun naciones en donde el orden público es turbado a largos intervalos, como Uruguay y El Salvador, realizan progresos enormes. “Si leal y resueltamente se hubiera tomado este camino —dice un publicista—, so pena de que nuestra sociedad política carezca de todo elemento moral en que apoyarse para formar un cálculo, habría sucedido que del seno de esos mismos partidos habría salido el partido de la resistencia a cualquier plan liberticida, y esta fracción, unida a todo el partido de oposición pacífico y doctrinario habría formado una masa de opinión irresistible; de tal manera que antes de diez años de ejercicio de ese régimen sanitario no habrían podido mantenerse en el poder sino administraciones verdaderamente nacionales, compuestas de los elementos de ponderación de ambos partidos.

“Por mucho que sea el optimismo de que se tiñan estas ideas, como son para el bien, pareceme —agrega el escritor— que el noventa y nueve

[77]_ Publicado en *La Revista*, N° 3, París, 1° de abril de 1901 (*N. del E.*)

por ciento del pueblo, que no hace política ni vive de la política, tenía derecho perfecto de pedirle al uno por ciento restante, que vive del presupuesto, se dignara hacer, en obsequio de su felicidad, el ensayo de esas ideas; a menos que a ese uno por ciento que forma la clase política se crea con derecho de considerar al noventa y nueve por ciento restante, como bestias de carga”.

Otro publicista recomienda la “revolución del trabajo” y aconseja, a los gobiernos, que la emprendan y desvíen los ojos del pueblo, de Mefisto, que con su sonrisa diabólica está mostrándole cómo consiguen los Faustos de la política oro, poder y esplendores.

Ambos escritores convienen, tácitamente, en que la iniciativa de ese movimiento debe partir de los gobernantes, porque los gobernados, el noventa y nueve por ciento de la población, las bestias de carga, el pueblo, o como quiera llamársele, es incapaz de semejante empresa.

Respecto al primero de los planes propuestos bastaría, en efecto, para su realización que se concertasen los jefes de partidos. Como ese concierto no es fácil obtenerlo, dadas nuestras costumbres públicas, sin retribución, pudiera encontrarse esta, honorablemente, en la libre elección de diputados y senadores, a fin de que los varios partidos estuviesen debidamente representados en las cámaras. Pero si el temor a los desmanes del parlamentarismo, de que dan ejemplo Francia y la misma Inglaterra, hicieran imposible la conciliación en este terreno, aún podía apelarse a la ficción de parlamentarismo hábilmente instituida y practicada por el presidente Crespo, en Venezuela. Irresponsable él, e inatacable, acató la libertad de la prensa, y cuando el clamor público contra el ministerio responsable representaba, en su sentir, un voto de censura popular contra el gabinete, lo sustituía con representantes de otro grupo de su partido, o con los directores de la oposición, o con los jefes de la concertada revolución. Era el cesarismo templado por una forma de gobierno plebiscitario, que permitía alternar en el poder a los varios bandos y garantía la paz.

Este sistema plebiscitario, si se nos admite el eufemismo, completado por la administración prudente y honrada de los caudales públicos, satisfaría todas las necesidades políticas, y comenzaría a hacer posible la “revolución del trabajo”, sin la cual no puede subsistir sino facticiamente y por la omnipotencia de un dictador, ningún régimen de paz.

Trabajo es aplicación del capital y el esfuerzo a fin de producir. Aumentar la producción nacional sería el objeto de la “revolución del trabajo”. ¿Es con capitales extranjeros que debemos contar?

El capital extranjero no emigra a nuestras tierras en condiciones económicas aceptables, es decir, no onerosas, sino cuando se le garantiza la estabilidad del orden. En los demás casos, el capital extranjero es ruinoso en lo económico, corruptor en lo político, y peligroso en nuestras relaciones internacionales. Debe bastar, de consiguiente, en el período inicial o de convalecencia, el capital nacional. Pero este, aleccionado por la espantosa tradición del despojo, vive en el remanso del agio y de fáciles especulaciones hipotecarias, y no se aventura a la explotación de la riqueza pública, ni al implantamiento y ensanche de industrias patrias, de las industrias madres, la agricultura y la cría, porque teme la exacción y la violencia.

El régimen de la paz debiera establecerse junto con el de la garantía eficaz de la propiedad, si es que la revolución del trabajo ha de regenerar alguna vez nuestras sociedades.

En México⁷⁸

Los diarios “independientes” de México proponen la sexta reelección del general Porfirio Díaz. La máquina eleccionaria ha sido puesta en juego y todo México oficial ha proclamado la formidable candidatura, contra la cual no hay un solo voto adverso, o por lo menos un solo candidato rival.

En esta vez, sin embargo, el telón electoral se ha alzado antes de la época habitual, porque hubo en el país rumores de que sería prudente pensar en la candidatura de un hombre que sucediera al general Díaz en vida de este, a fin de que la autoridad y el prestigio del viejo dictador afirmaran el cambio, sin trastornos siquiera leve de la paz, ni riesgo siquiera lejano contra la majestad de las instituciones. Estos rumores fueron considerados subversivos, se oyó silbar en ellos la víbora de la ingratitud, e *incontinenti* se procedió a alzar el tablado, a preparar el elenco y a anunciar la sexta candidatura, única, indisputada e indisputable del presidente perpetuo de la nación mexicana.

Aparte lo que los republicanos encuentren de censurable en esas sucesivas reelecciones meramente formales del *imperator*, la forma de gobierno adoptada por los mexicanos es tan aceptable como cualquiera otra forma intermedia entre la autocracia y la monarquía constitucional y sólo tiene el

[78]_ Revista *Némesis*, N° 7, Nueva York, 1903. Recorte no fechado, del archivo de Zumeta (N. del E.)

defecto, a más de conservar el nombre de república, de que el general Díaz no es joven ni es inmortal. Si a fin de que no sufran el orden ni el crédito es indispensable elegirlo a él, con exclusión de todo otro mexicano, ¿quién entonces recogerá el bastón-cetro de su casi regia magistratura cuando la muerte se lo arranque de entre las manos crispadas?

¿Será la anarquía y tras ella el descrédito y tras él la conquista?

Entonces la dictadura del hombre necesario habrá sido altamente beneficiosa a comerciantes y financistas, pero habrá sido fatal a la libertad y a la patria. Entonces regir por el miedo habrá sido regir para la servidumbre.

Una gran porción de América está interesada en el desenlace del episodio mexicano. ¿Puede un tirano imponer junto con la paz el progreso, lanzar a un pueblo por los rumbos de su desenvolvimiento, y cuando él desaparezca volverá ese pueblo sin sacudidas a la libertad y al derecho?

Núñez en Colombia fue fatal a la libertad y a la civilización.

Guzmán Blanco, en Venezuela, vivió lo bastante para asistir al derrumbamiento de su obra y a la violenta regresión del país a su presente estado.

Ninguno de los dos, sin embargo, ejerció el poder tan largo tiempo como el general Díaz, ni ejercieron sus dictaduras en países recién mutilados por la conquista y temerosos de nuevos cercenamientos.

A priori la respuesta es que la tiranía mientras más se prolonga, más violenta determina la reacción, más envilecida deja la masa y más fecunda es para la servidumbre y el retroceso.

Si a la desaparición de Porfirio Díaz México va hacia la libertad dentro de progreso, cuantos le deseamos bien nos regocijaremos de que falle la ley histórica que le condena a encaminarse al yugo por el camino de la anarquía.

Las razones por las cuales deberían acercarse unos a otros los pueblos americanos en defensa de que lo que se designa con la amplia frase de “intereses continentales” son de esas que los políticos llaman “de puro sentimiento”, fundadas como están en la comunidad de idioma, en la continuidad de territorio, en la unidad de origen, en la identidad de intereses latentes hoy, pero de intensa realidad y trascendencia.

Los Estados de América adoptan la divisa de “Vele cada uno por sí y Dios por todos”, y encuentran que no hay más solidaridad de intereses entre Guatemala y Uruguay que entre el Ecuador y Rumania; ni tienen un común origen el indio de Yucatán, el mestizo de las costas del Caribe y el criollo de Lima o de Santiago; ni entra en el campo de sus políticas la posibilidad de considerar a Iberoamérica como una entidad homogénea.

Como era forzoso que aconteciera, la región templada de América, más propicia al desarrollo del elemento caucásico, ha producido Estados fuertes, llegados en menor tiempo a un mayor grado de cultura que el resto del continente. La *entente* de esos tres pueblos deja más en evidencia que lo estuviera ayer, la debilidad del grupo boliviano de las naciones de América,

[79]_ Revista *Némesis*, N° 7, Nueva York. Recorte sin fecha. Con toda seguridad es de 1904. Archivo de Zumeta (*N. del E.*)

destinado a desaparecer por absorción aun antes que las repúblicas nordísticas.

Chile, Argentina y Brasil se alían, no en resguardo de amenazadores designios europeos o norteamericanos, sino en amistoso convenio de condominio de Bolivia, y de lenta predigestión del Paraguay y Uruguay. En vez de intereses comunes bosquéjense en Sudamérica antagonismos fecundos. Frente a esa coalición, el grupo boliviano aparece inerme. La marina de esa *tríplice* austral comparada con la flota entomológica de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia reunidas, resulta abrumadora. Y cada una de estas tiene que temer de esa triple alianza: Bolivia y Perú, la pérdida de su existencia independiente; y la antigua Colombia, caprichosas rectificaciones de fronteras que por el lindero venezolano pueden abrazar toda la región de Río Negro, comercialmente tributaria del Pará.

Sin embargo, cada una de esas cinco naciones se encierra dentro de la mezquindad del horizonte dominado por sus campanarios, y aguarda indolente a que la marea suba y las consuma en sus vórtices.

Se les ha dicho: “Es en América en donde va a decidirse la encarnizada lucha de razas que viene librándose siglos ha, y es América la que puede volver a la rama latina el vigor indispensable al ejercicio de su influencia en la civilización; fuerza que Francia no más ejerce aún, a pesar del desastre de 1870”. Se les ha dicho: “El problema iberoamericano no es sino un aspecto de la cuestión latina. Mientras Europa latina observe para con el continente que su raza puebla la política de indiferencia seguida hasta el día, el mundo latino seguirá empequeñeciéndose en autoridad moral, en vitalidad y en territorio. Está pendiente por la que ahora rodamos a la servidumbre arranca de Waterloo. Desde la era napoleónica hemos perdido en sólo América la inmensa región del Canadá, la hoya del Misisipí, Florida, Oregón, Tejas y California, Puerto Rico y otras islas, y la vía interoceánica. Este vasto imperio que era español o francés, es hoy *yanqui* o británico. Si nada se hace para conservar el resto, toda la faja intertropical será pronto *yanqui* o germana”.

Los Estados latinos de Europa, preocupados y divididos por cuestiones menos interesantes a la supervivencia y poderío de la raza, no han ensayado siquiera cambiar ideas acerca de la situación en América, en donde está ya planteado y ha de resolverse la definitiva supremacía mundial anglosajona o latina. Ellos prosiguen por la senda que los llevó a Sedán y Fashoda, a Abba Garima, a Cavite y a Santiago.

Consintieron en la pérdida de las Antillas españolas; consintieron en que Panamá sea norteamericano y olvidaron lo que ya se les tiene repetido: que Europa latina tiene que decidirse respecto a América española por uno de estos dos temperamentos: o contribuir por todos los medios pacíficos y eficaces posibles a hacerla fuerte a fin de que resista a la influencia y a la invasión anglosajona; o asistir a la más o menos rápida desintegración del mundo latinoamericano. En el primer caso, facilitaría el restablecimiento del equilibrio de dos grandes razas, y se abrirían horizontes comerciales que hoy se procuran facticiamente en el Asia, en donde al ruido de sus cañones despierta pueblos que le son hostiles, y en el África, que es todavía una incógnita tan enmarañada como sus bosques; en tanto la América Latina le ofrece vasto y rico territorio, razas afines, superior cultura y un solo problema: el de poblarla. En el segundo supuesto, le prepara al siglo XX el espectáculo ominoso de una lucha cuyo alcance económico y cuya influencia en el equilibrio político no es fácil prever.

En el Sur, es verdad, se esboza la confederación que ha de ser asiento de un imperio hispanoamericano comparable al imperio anglosajón en la América del Norte; pero en la banda tropical la anarquía y la desolación pregonan la esterilidad de la obra de Bolívar. En Venezuela el ala negra del protectorado extendiéndose como un oprobio sobre el haz de esa tierra infortunada; en Colombia una hipócrita teocracia medieval fuerte, hábil, corrompida, que sueña restablecer la Gran Colombia en provecho de Roma y Bogotá; en el Ecuador, Plaza firma lo que dicta Isaza, procónsul de Colombia en Quito, en contra del liberalismo traicionado; Perú y Bolivia

buscan, afanosos, textos de tratadistas para reforzar argumentos en pro de sus derechos, en vez de prepararse a defenderlos por mar y tierra contra el invasor que los flanquea y se les encima. Esas cinco debilidades podrían constituir una fuerza capaz de fijar sus propios destinos y de asegurar esas codiciadas regiones al elemento que las habita; pero aún no se piensa en constituir esa fuerza, y si en ello se pensara y hubiere cómo realizarlo, sería ya acaso tarde para salvar a Bolivia, de cuya suerte, repitámoslo, nadie se inquieta del Guaire al Guayas, ni trae sin sueño a los que viven al borde del Rimac. Más estrechas y constantes eran las relaciones entre las colonias españolas de América, entre la del Plata y México, que lo son hoy. Aquel pensamiento uno, simultáneo, del movimiento emancipador, aquel concierto en la acción que puso al habla a Bolívar con San Martín, aquel cambio de ideas de los americanos eminentes con sus más notables contemporáneos de Europa, cesaron casi con la independencia, porque la revolución rompió el vínculo material que hacía una y solidaria a la América, y después de ese ningún otro lo ha sustituido en la conciencia americana. Son la fuerza y el interés los que ligan y desligan pueblos, y ya las fuerzas y los intereses que obran sobre la porción tropical del continente son indiferentes desde Río de Janeiro a la Moneda.

Los trópicos americanos están completamente aislados desde que el Sur y el Brasil se alían, y fúndanse en una sola y extensa factoría, bajo la hegemonía aparente de los que habitan las altiplanicies colombianas y bajo el protectorado efectivo de Washington, o cúmplase en otra cualquiera forma su destino; el idioma español no se hablará por muchas décadas en ese territorio irremisiblemente perdido para el mundo latino, si no se procede al punto a hacerlo fuerte por la inmigración y el capital latinos y uno por razón de interés o por razón de fuerza.

El tiranicidio⁸⁰

La ejecución del gran duque Sergio ha renovado la discusión acerca del tiranicidio.

Sostienen unos que los países como Rusia, en los cuales la más moderada reivindicación de un derecho político o individual es ahogado por la censura, la prisión, la tortura, el destierro o la muerte, no tienen otro recurso sino la revolución, y que es a ella, en representación del pueblo, a quien corresponde dictar y ejecutar la sentencia, como lo hizo Francia con Luis XVI e Inglaterra con Carlos I. Si un individuo, aisladamente, dicen, o si un reducido grupo radical usurpa esta tremenda función pública, es inevitable el riesgo de que el inocente, el bueno o el grande caigan bajo el puñal del insensato. Ningún pueblo habría condenado a muerte a Carnot, a Humberto, la emperatriz de Austria o McKinley. El puñal de Carujo no fue a buscar el pecho de Bolívar por sentencia de Colombia; ni cayó en Berruecos, Sucre, sino por acto del más miserable de los criminales.

Sostienen otros que si el criterio unánime de un pueblo señala a un hombre como usurpador de todos los poderes, responsable único de la

[80]_ *El Americano*, 1904. Recorte, no fechado, que se conserva en el archivo de Zumeta. Él título es nuestro. Este artículo fue publicado como nota editorial (*N. del E.*)

calamidad del despotismo, la revolución debe visar exclusivamente la persona de ese hombre; la revolución debe organizarse sólo para decretar su muerte, hacer ejecutar la sentencia y restablecer las instituciones. Arguyen estos que es criminal conmover un pueblo, desolarlo, ensangrentarlo, llevar a la muerte millares de sus hijos, cuando una sola vida, la del culpable, basta a la justicia.

La historia, en tanto, dice que los países dignos de la libertad ejecutan esa sentencia liberatriz por ministerio del pueblo en la plaza de la revolución o en Querétaro; que los pueblos tocados de servilismo en balde exterminarán a un tirano cuando son ellos los que llevan en la ruindad de su vida la levadura de la tiranía; que hay pueblos que de la antigua tradición heroica sólo guardan como aptitud para el escándalo, cierto espíritu pendenciero de perdonavidas de barrio, y son incapaces individual y colectivamente de la eximia virtud cívica por ministerio de la cual rodó César a los pies de los conjurados. Lobos entre sí y ovejas ante el amo. ¡Manada! Pura manada de lobos disciplinada por un mono.

En esas selvas el tiranicidio sería un crimen inútil, y el vago instinto de su irredimible servilismo hace sacra ante la manada la persona del mono que está fustigándolos.

¡Oh, sí!, realmente, sólo los pueblos dignos tienen ese horrendo derecho de matar tiranos.

EL COSTO DE NUESTRA POLÍTICA⁸¹

Dícese que los números hablan. A veces alzan un clamoreo que suena a rebato. Los que a seguidas aparecen, revelan la situación a que había llegado Venezuela para 1903, en punto de comercio exterior*.

Año 1903

País	Población	Exportación	
		Total	Por habitante
Puerto Rico	950.000	Bs. 72.000.000	Bs. 75
Chile	3.000.000	315.000.000	105
Argentina	5.000.000	800.000.000	160
Uruguay	900.000	170.000.000	189
Cuba	1.600.000	350.000.000	220
Venezuela	2.600.000	84.000.000	24

La verdad estadística es que la exportación en 1903 fue apenas de 40 millones escasos, lo que arrojaría el mezquino promedio de 15 bolívars

[81]_ Publicado en el *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*. Se reproduce de un recorte no fechado y con correcciones que se conserva en el archivo de Zumeta (*N. del E.*)

* Las dos primeras tablas fueron compiladas y brevemente comentadas por quien esto escribe, en carta a El Corresponsal de Caracas, en enero de 1904

contribuidos por cada par de brazos al comercio exterior del país; pero esta anomalía provocada por las circunstancias de aquel año aciago no corresponde en este caso a la permanente verdad económica, que es la expresada por las cifras que aparecen en el cuadro; pero, aun así, los venezolanos estábamos principalmente ocupados en no producir. ¿Desde cuándo?

Allá por los años de 1700 daba la tierrilla cosa de 65.000 fanegas de cacao, anuales, amén de cueros, fibras, bestias de carga y otros renglones. Desde 1730 hasta 1810 fue subiendo el valor de lo exportado, de seis a veintidós millones de bolívares. Junto con el comercio lícito iba prosperando el vedado al brusco estímulo de un mal avisado rigorismo aduanero que, ya en 1700, desviaba de las angosturas fiscales a los barcos contrabandistas los dos tercios de la cosecha. El examen de los varios cómputos del comercio exterior del país, en razón de estas y otras circunstancias, permite afirmar que, para 1810, exportábamos por valor de 22 millones de bolívares, cuando menos, y puede formularse una tabla de exportación nacional comparada, así:

Año	Población	Exportación (Bs.)	Promedio por habitante (Bs.)
1810	802.000	22.000.000	27
1832	750.000	11.000.000	14
1865	1.400.000	33.000.000	23
1875	1.850.000	86.000.000	47
1903	2.600.000	40.000.000	15
1908	2.750.000	78.000.000	28

Esta trayectoria económica de todo un siglo tiene serpenteo y restallar de foete. Dice que cada venezolano producía bajo el bastón de Emparan, los mismos modestísimos 27 bolívares, más o menos, que produjo en 1908

cada compatriota nuestro. ¿Los mismos? Seis pesos, seis reales macuquinos tenían mucho más valor mercante y disfrutante para los menesteres corrientes, en aquellos días de troque y plata de cruz, que 28 bolívares hogaño. La capacidad productora del venezolano en 1908 era, numéricamente, igual a la de sus bisabuelos de 1808, como si para él hubiera transcurrido en vano el más acelerador de cuantos siglos cuenta la raza humana sobre el planeta.

No se echa en olvido, al formular y comentar estos cotejos, la complicada acción de los mil y un factores que atemperan y califican la expresión puramente aritmética de aquellas cifras, desde el de fluctuación de precios de nuestros frutos y la eliminación de algunos de ellos del campo del comercio, hasta crisis mundiales y el cálculo del beneficio líquido que realmente ingresa al país y del que queda en el extranjero por razón de intereses, dividendos y ganancias; con todo ello el total bruto de lo exportado representa la energía productora de cada pueblo y, sea que tras el épico esfuerzo emancipador nos distrajáramos marcando el paso, al son del “Gloria al bravo pueblo”, ante el torrente de sangre “revolucionista”, sean otros los motivos determinantes, es el caso que, después de recorrer la espiral de un ciclo centenario por entre Cusiata, federación y demás *ones*, habíamos regresado en 1908 virtualmente al punto de partida; no más distantes de este que lo está de la vuelta anterior el hilo de una bobina.

La serie de cuestiones que suscita el estudio de estas cifras es un vertedero de luz sobre viejos errores y deberes presentes; cuestiones que apenas si cabe plantear o proponer aquí a los técnicos a quienes toca entender en ellas y ver de resolverlas. Entretanto las demostraciones anteriores y las que siguen vienen a ser el más breve y superficial resumen de la abrumadora tesis.

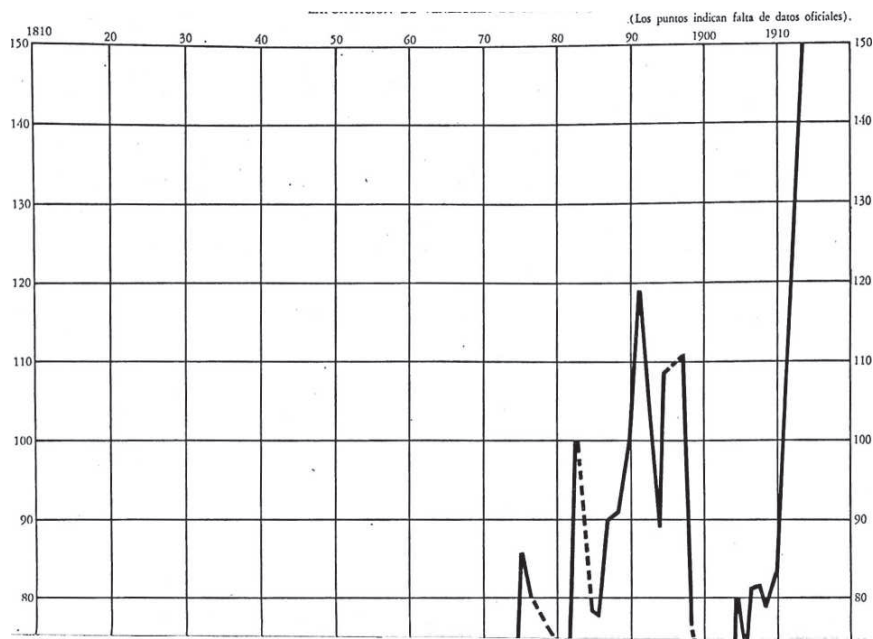
Para 1913 las cifras de la primera tabla habían cambiado ajustándose al andar del mundo. Como la base de estos cotejos es la población y este factor creció en Chile y la Argentina hasta quedar fuera del cuadro, no entran en el plan comparativo, al término de la década 1903-1913, sino los países ahora enumerados:

Año 1913

Exportación

País	Población	Total Bolívar-es	Por habitante Bolívars
Cuba	2.527.000	820.000.000	324
Uruguay	1.407.000	342.000.000	243
Puerto Rico	1.200.000	250.000.000	208
República Dominicana	710.000	52.000.000	73
Venezuela	2.756.000	149.000.000	54

Exportación de Venezuela de 1810 a 1913



Millones bolívars

1810	20	30	40	50	60	70	80
	90	100	110	120	130	140	150

La crítica de estas cifras sería injusta por incompleta, si no se llega a una expresión de conjunto del movimiento de exportación del país desde 1810 hasta 1913. A la luz que arroja la proyección lineal de nuestras vicisitudes es como hemos de estudiar lo que cuesta la política a los venezolanos. Entretanto quede dicho que 1913, último de los años económicos normales, encuentra a Venezuela en la plena marcha ascensional reemprendida desde 1909; con la unidad de producción mayor que ha alcanzado Venezuela en su historia. En los años de mayor y menor actividad productora ese promedio de rendimiento por habitante ha sido:

Años:	1830	1842	1875	1887	1892	1903	1908	1913
Bolívares:	14	30	48	41	43	15	28	54

Esta unidad, seña irrecusable de la salud económica y de la labor útil de un pueblo, sube hasta 48 bolívars por cabeza al afirmar Guzmán Blanco la paz sobre el vencimiento de la poderosa insurrección de 1874; baja en 1903 a lo que había sido en 1830 y sube de ahí hasta 54 bolívars en 1913, o sea casi precisamente al doble de lo que en 1908, al afirmar sólidamente la paz el general J. V. Gómez, sobre el aniquilamiento de la poderosa rebelión de 1902. Es decir, que nunca antes se habían entregado tan de lleno al trabajo los venezolanos, ni habían producido más que en 1913⁸².

¿Qué enseña la silueta gráfica de la labor nacional de un siglo?

Si bien esa línea no puede ser estudiada sino en función de todos los factores coordinados, factores que sería fatigante enumerar, sí es fácil leer de corrida en ella que, después del holocausto de la emancipación, el país se

[82]_ Todo cálculo basado en los años anormales de 1914 a 1919 induciría a error, aun cuando del examen del consumo doméstico de abastos nacionales y del apareamiento de nuevos renglones de exportación resultaría vigoroso el desarrollo de nuestras grandes potencialidades

lanzó a reconstruir lo derribado y que, a pesar del largo período convulsivo de 1855 a 1875, era tal la velocidad adquirida y la que nos comunicaba el impulso de la transformación industrial que se realizaba en el mundo y llegó entonces de lleno a nuestras costas, que ni nuestro desordenado guerrear feudal, ni los efectos de la guerra de secesión del Norte, y de la franco-prusiana, lograron más que retardar el incontenible desarrollo nacional que, en esa veintena de años, monta de 27 a 86 millones de bolívares anuales por entre la inmisericorde desolación del territorio y de sus pobladores. Cuál hubiera sido el grado de esa progresión dentro de un régimen de paz y trabajo, lo demuestra el hecho de que tras cada sacudimiento, el de la independencia, el federalista y los que conmovieron el país de 1878 a 1903, el pueblo venezolano se entrega con nueva fe a producir y trabaja con esfuerzo, resuelto o contenido, según sea el grado de confianza que se le inspire en materia de eficacia de las garantías esenciales de la propiedad y el orden. De ahí que esa línea oscile con tremenda violencia durante los veintiocho años siguientes a 1875 y no recobre su curso sino en 1904, ni su grado máximo de aceleración sino en 1909, porque esa línea se rompe, con la estadística, en los períodos anárquicos, y no sube resueltamente con el fruto del sudor de los venezolanos sino mientras hay quien responda de la paz.

Fácil es leer en esa trayectoria que la Capitanía General, con cuantas trabas estorbaban el comercio libre y oponía la época al tráfico, mantuvo el crecimiento gradual de la economía de la colonia y que tres décadas transcurren antes de que la república lo restablezca a la situación de 1810. ¿Por qué? Porque de los ochocientos mil venezolanos que existían para 1810 (un millón los estimaba Restrepo) el censo oficial encontró, en vez de un millón doscientos mil que debía haber en 1825, sólo seiscientos sesenta mil. Porque, entre lo que desapareció, resulta insignificante la ruina de la agricultura, de la cría y de grandes ramos de comercio, ante el perecimiento de los focos de colonización y civilización de nuestro imperio guayanés, tan cercenado luego y postergado.

De 1830 a 1908, con todo el empuje que el intercambio dio a nuestro comercio, con la milagrosa obra del siglo XIX en punto de acortar distancias y multiplicar la producción, apenas si para 1908 habíamos poco más que triplicado la exportación de 1810. Y aun esto es discutible, porque aquellas cifras coloniales no incluyen sino el producto de la mina, el surco y el hato, y las menoscaba grandemente la veterana industria del contrabando; mientras que las de 1908 no sustituyen el añil, la riqueza tabacalera y la cría, que es ahora cuando recobra vigor y vida, sino con la devastación de cauchales y bosques y el malbaratamiento irreparable de otras fuentes de riqueza pública.

Bien está que pagáramos altísimo precio por nuestra independencia. El honor de la libertad vale cuanta vida o hacienda cueste y era gloriosamente fatal que Venezuela libertara cinco pueblos; pero está mal el haber insistido en elegir por fuerza de armas las instituciones y los hombres que debían regirnos. De haber perfeccionado nuestra educación política a fin de vivir en paz, hubiéramos podido mantener la progresión normal trabajosamente alcanzada en el primer decenio de la república, y estaríamos exportando un mínimo de cuatrocientos millones de bolívares anuales. Aun sobre el residuo de virilidad que en 1825 nos dejó la guerra, tendríamos hoy una base pobladora de más de cuatro millones de venezolanos esparcidos a ambos lados del Orinoco, del Roraima a la Guajira; nuestras fronteras de oriente y occidente serían otras y el ensanchamiento de la cría, por ejemplo, hubiera bastado a hacer sanear y crecer, bulliciosa y próspera, tanta población ayer rica, desierta hoy, desolada por el doble exterminio de la guerra y la fiebre.

No lo quisieron así los principistas, dignos de todo respeto a pesar de sus yerros y pasiones; ni lo consintieron los demagogos y palaciegos, responsables de la sangre y el bizantinismo, siempre aleve, en que ahogaron la salud y el honor de la república. Responsables de que, no obstante los tesoneros esfuerzos redentores de los últimos diez años, el dominicano, el habitante de Puerto Rico, el uruguayo y el cubano produjeran aun en 1913, 0,33, 4,

4,50 y 6 veces más, respectivamente, que el venezolano. Verdad es que en las Antillas obraban por vario modo lo estable del orden político, la proximidad del mercado estadounidense y el capital atraído a ellas por el carácter de sus relaciones públicas con la democracia del Norte. Verdad es que en Uruguay, como en Chile y la Argentina, puede alegarse el factor común del clima que convida al inmigrante, permite producir en grande cereales mayores y atrajo desde mediados del siglo último los capitales que fomentaron la agricultura y la cría; pero luego de descontadas tan plausibles atenuantes, queda por explicar por qué causa, aparte la sedicente política, no ha afluído la inmigración a las regiones templadas y los climas suaves del país; por qué el trigo, que fue base de alimentación de Quíbor a San Cristóbal y en los valles de Aragua, no dora hoy como antes y más extensamente que entonces las faldas y praderas propicias a su cultivo; por qué no habíamos exportado a toneladas maíz y granos menores, ni tendimos en cien años las carreteras abiertas en esta década de paz y trabajo.

De los problemas por enunciar bástenos hoy el del estudio del diagrama anexo y el de la línea ascendente que lo remata, con sus vaivenes como nudillos en el ansioso lapso de 1905 a 1908 y su magnífico ímpetu de entonces a 1913; línea que arranca de los abismos a que hace dieciséis años nos arrojó la política, y que se alza en el prestigio de la paz como índice claro y formidable de la mano del destino apuntado al porvenir de la patria.

Nueva York, 1919.

Misiones laicas en América⁸³

(Página leída ante el capítulo neoyorquino de la Asociación Estadounidense de Maestros de Castellano)

A FRANCISCO J. YANES

Acabáis de oír la voz de la madre España por boca de uno⁸⁴ de los más cabales representantes de la agitación que hoy la inspira y transforma, y de aquel inmutable patriotismo ante el cual al pasado de la patria española sólo cuadra manto de inatenuable gloria, no en gracia y homenaje de fervor filial, sino como immaculada investidura única. En cuanto a mí, pues que el solo merecimiento al honor a la palabra en esta asamblea, es el ser hijo de uno de los pueblos que en América hablan el noble idioma propagado por vosotros en la mayor de las naciones, natural es que el mensaje sea en justificación y alabanza de vuestro esfuerzo, por cuanto acerca para la mutua empresa de lo por venir y por los medios de más íntima y superior eficacia humana, de las dos mitades del mundo de la democracia.

Sabemos que si bien no sólo de ideas vive el hombre, sólo por ellas vive vida social; que la historia tiene en más la producción y el comercio de pensamientos y la realización de estos en obra de arte o de vida, que las vicisitudes económicas, que siempre fueron consecuencia desastrosa de alguna forma de ignorancia colectiva; que mientras tales ignorancias

[83]_ Se publicó en *Cultura Venezolana*, N° 10, Caracas, enero de 1920, pp. 7-17. (*N. del E.*)

[84]_ Vicente Blasco Ibáñez

subsistan, aun cuando la era presente date del predicador Nazareno y no de quienes lo crucificaron, esta póstuma reverencia convencional al mártir no acallará en los labios la cotidiana plegaria del pan nuestro, ni en los corazones la inclinación a acapararlo con hambre comparable a la primitiva ancestral; a la gula del salvaje que, ante el alimento, lo devora hasta los límites de la hartura como si ya la tierra no fuera a producirlo nunca más, ni a brindárselo, de suerte que si el mañana fue siempre almohada de Ariel y de don Alonso Quijano, cada día vivido es, como lo fueron los ayeres, pasto de calibanes y yangüeses caníbales y ferocísimos.

Sostener que la tradicional sujeción de los ideales a los apetitos es inmutable ley de la llamada naturaleza humana, es olvidar que todo progreso social ha sido un triunfo sobre aquel pretensio absolutismo del instinto y olvidar que el origen, los anales y la razón de ser los pueblos de este continente, que ha erigido la escuela en incontestable instrumento de redención y en fuente de igualdad y libertad civiles, confutan y anulan con el portento de su sencilla grandeza aquella monstruosa tesis. Esta mitad del planeta revelada a la otra a la hora del Renacimiento, entre el aparato de fantásticas realidades más bellas que la fábula; anunciada por videntes, descubierta por insignes caballeros de la aventura y consagrada a la libertad y al derecho por varones cuya peculiarísima virtud común no podía haberla producido ninguna otra familia de pueblos. Este hemisferio que en su ribera del Pacífico, término del Occidente, amortaja de polo a polo cada tarde el sol occiduo, como para resurgirlo a cada aurora en fúlgido mandado de nueva vida y nueva luz hacia el sopor del Oriente. Esta América tiene la misión de sepultar, por mano de sus maestros, a la sombra de nuestros Andes y de vuestra Sierra Nevada, el sangriento sol de la iniquidad y la mentira que presencié el exterminio de las razas autóctonas, y de hacer que de las ondas que la circundan se alce, pan de la nueva comunión, el nuevo sol del mundo.

Tal, señores, es la fe iberoamericana, fe roqueña cual la vuestra y que junta en su devoción, como a lares propios, a Washington y Franklin, a Jefferson y Lincoln. Pide aras bajo vuestros cielos para los fundadores de nuestras patrias. Finca en este culto la esperanza de la consumación de la obra que a las Américas atribuye, y reniega de quien viola el credo americano, que considera uno desde las brumas boreales de Alaska a las australes de la Tierra del Fuego.

¿De dónde arranca esta fe americana, la mayor fuerza imponderable e irrepresible de este hemisferio; la mayor fuerza imponderable e irrepresible acaso de la tierra; fuerza generadora de repúblicas en todos los continentes?

Los manantiales y su caudal fueron, para vosotros, las instituciones británicas afinadas por vuestros próceres al ritmo democrático del espíritu de las leyes y de la más sana doctrina de los precursores liberales de la época: la población afín y homogénea en punto de tendencias políticas, y el carácter inicial de reivindicación económica que asumió vuestra brega emancipadora. En razón de estos tres factores, cuando anunció la campana filadelfa vuestra declaración de independencia, no anunciaba en realidad sino un cambio de gobierno en un pueblo ya formado con todos los requisitos de la unidad nacional y todos los elementos de grandeza moral que han hecho de los Estados Unidos pasmo y decoro de la historia.

Cuando los fundadores de este pueblo vinieron a amparar tras el Atlántico su albedrío, trajeron el señorío de su conciencia religiosa y política; la lucha por afirmarlo íntegramente en 1776, no sólo os libró, por su relativa brevedad, del “rastroy de la gloria militar” sino os abrió campo a participar de lleno en la revolución industrial provocada por el genio inventivo de aquellos días; mientras los buenos hados os franqueaban paso al golfo azteca y al mar Pacífico y, sin más hiato que el de reafirmar la unión sobre la base de la libertad e igualdad violadas en

el esclavo, visteis poblarse vuestros bosques y praderas con lo más viril de Europa, hasta haberse dicho con justicia que “un día ordinario de trabajo en los Estados Unidos vale por todas las entradas triunfales de la antigua Roma”.

Para nosotros las fuentes y sus raudales fueron: en lo institucional, los estatutos ibéricos, estatutos de una nacionalidad que, tras ocho siglos de incesante esfuerzo épico, acababa de nacer al amparo del Dios que había peleado sus batallas contra el infiel, y del rey, que simbolizaba la unidad de la patria; en lo social, la burocracia peninsular gobernante, los criollos, descendientes de españoles, pero destituidos de función política, y el fondo poblador sumiso o esclavo, formado por el residuo aborígen, los forzados de la trata y los híbridos de todas esas gentes. Cuanto a lo ideológico, en la flor de la juventud criolla, las doctrinas del siglo decimotercero y, en la masa, las supersticiones de las selvas de América y del África, modificadas por el catecismo del Santo Oficio.

El conquistador, argonauta en pos del vellocino y cruzado apóstol de su fe, nos dejó la fecunda rebeldía de su individualismo, su campal rudeza autoritaria, la aureola del espíritu caballeresco y, cuando la tierra fecundada por él dio su propia simiente y acendró en ella, conforme a cada vario grado de sazón espiritual, aquellos vicios y virtudes, quiso el criollo con heroica temeridad el predominio de su querer y su porción completa de cielo y suelo desde las Pampas al Ávila y del Caribe a los términos de la América ibérica. Cuando lo alcanzó, en porfía que en cierta vasta zona ardió hasta por catorce años, encontró que, dentro de la indecisa unidad nacional forjada por la independencia, florecía en caudillos la vieja semilla individualista y se iniciaba la pugna feudal por el gobierno, pugna que obstó la evolución económica y restó por muchas décadas un mundo al movimiento del progreso.

Por manera que, en el Norte, los libertadores fueron meros agentes de la voluntad de sobre tres millones de anglosajones que habían resuelto

montar casa aparte y propia; mientras en el Sur una escasa minoría, que aspiraba a reemplazar a Fernando VII en la explotación del vasto feudo americano y una amorfa masa servil son el rudo instrumento, indócil y renuente, de la voluntad libertadora. Acá la emancipación es remate lógico de un proceso de segmentación y los hombres que realizan esa obra impersonal son, en suma, accidentales y episódicos; allá la obra fue socialmente prematura y, en consecuencia, personalísima. Las individualidades que la inician y rematan son esenciales y creadoras. Tienen que encerrar dentro de los términos fulgurantes de la epopeya el lento proceso, apenas esbozado, de formación de la nacionalidad. Por eso a la independencia del Norte basta un héroe ejemplar, en tanto la del Sur requiere uno inconmensurable y sin ejemplo.

Ha de recordarse que para intentar la redención de la América española había que divulgar el pensamiento nuevo desde México a Buenos Aires, a despecho de la lejanía y de la Santa Hermandad, y sin fiarlo todo a la sola virtud de la perspicuidad de las ideas. Hubo un joven, de rango y opulencia, en la expedición hispana que, al par de la francesa, vino en ansia de teñir con su sangre las rojas listas de vuestra bandera y de encender con chispear de aceros las prístinas estrellas de su azul. De aquí, donde estrechó la mano de Washington, llevó la sed que devoró su vida; sed de libertar el resto de América. Y aquel misionero, rancio castellano en su fe de niño y en su abnegación caballeresca, de paso y como parte de su tarea de precursor, fue general de la primera república francesa, legó a la gloria el cuidado que ella tuvo de inscribir su nombre en la más egregia piedra triunfal de Francia, y sin que un punto lo abandonaran ni lo terco del propósito, ni el constante regalo de la adversidad, inició en logias fundadas por él en Londres, Cádiz y París a los hombres que debían propagar el evangelio de la revolución desde Chile al golfo azteca. Armó su primera infeliz expedición en la ciudad de Baltimore; comandó en brevísima campaña infausta el primer ejército

de Venezuela, y cuando en todo el continente meridional se emprendía a un tiempo la jornada en anticipación de la cual había consumido él fortuna y reposo en treinta y más años de esfuerzo, cae devorado por su propia creación, cargado de innobles hierros, asombrando al destino y a la muerte con la impasible altivez del menosprecio en que los tuvo.

Cuando cayó el precursor quedó en pie en la muchedumbre pobladora, sierva más que del amo de su propia tiniebla interior, la instintiva indiferencia por el cambio de señores a que se la convidaba, y en los militares que aspiraban a dominarla, cundió la indisciplina. Había que crear ejércitos y nacionalidades con aquellos elementos y que hacer campaña durante once años por entre el hálito del trópico, salvando riscos y montañas practicados acaso por el indio, y que destruir una y otra vez con escasa gente bisoña cerradas huestes veteranas, hasta crear, en un haz de millones de leguas, cinco nuevas soberanías y había que adecuar normas de justicia a aquel dilatado caos. Mientras los discípulos del precursor emprendían la jornada en el Sur, otro joven de hacienda, pergamino y visión llega a Cartagena de Indias inerme, derrotado, impecunio, y se anuncia con estas palabras: “Milagrosamente escapado a las ruinas físicas y morales de la infeliz Caracas, vengo a traeros la libertad”. Desconocido al principio por indómitos u oscuros émulos, a la postre O’Higgins y San Martín, libertadores del Sur, consideraban a honor servir bajo sus órdenes, y Lafayette, al presentarle una reliquia de Washington, le escribía: “No a otro sino a vos, entre los hombres que viven, y aun entre todos los de la historia, hubiera preferido ofrecerle mi paternal amigo”. Era que, tras once años de triunfos y reveses portentosos pudo decir a sus soldados y les dijo: “Habéis dado la libertad a la América meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria... La causa de los derechos del hombre ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores”. Desde 1815 había predicho el curso de la evolución de las naciones iberoamericanas

y tuvo siempre la “esclavitud por la infracción de todas las leyes”, la “igualdad por base sin la cual perecen todas las libertades”, y por “gobierno más perfecto aquel que proporciona la mayor suma de bienestar, de seguridad social y de estabilidad política”. Juzgó que “Moral y luces son los polos de la república” y que el equilibrio había de buscarse en “moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública”. En las constituciones que recomendó se proponía mantener este equilibrio mientras se realizaran, tras varias generaciones, “por la inmigración europea y la del Norte y por la escuela gratuita una metamorfosis en los pobladores” y surgiera “por una nueva casta de todas sus razas” la homogeneidad del pueblo y la capacidad para el ejercicio de la democracia. A fin de resguardar las naciones creadas contra amagos de la Santa Alianza y de futuros riesgos, convocó a las repúblicas del hemisferio a crear el anficionado de América, en Panamá, cuyo mayor objeto era el de “arbitrar medios de mantener la paz en lo futuro entre las naciones americanas entre sí y con el resto del mundo”.

Y cuando cayó el grande de América, devorado por su propia obra, remató, con el consejo de “unión, unión”, a los pueblos de Colombia, el credo mesiánico de este hemisferio, credo que, en cuanto a la porción española toca, nació, como veis, en la aspiración de Francisco de Miranda y cobró amplitud continental y alma que *forse non morra*, en la obra y palabra de Simón Bolívar.

Eliminado el dominio español sobrevino el período feudal. Donde la lucha emancipadora fue más breve, más homogéneo el linaje, más concentrado el núcleo dirigente, robustos centralismos u oligarquías emprendieron la tarea reestructuradora, y donde el clima atrajo el elemento europeo simplificaron los problemas la inmigración y el comercio, y el progreso fue más acelerado y rítmico. En la medida en que fueron más adversos aquellos factores se prolongó la gresca y greña por la explotación de las peonadas, que todos convenían en llamar pueblo y que no

tenían más cohesión entre ellas, fuera de la costumbre del suelo y de la convivencia, que la del tributo pagado en especie o en faena corporal al exactor, o en sangre, por el reclutamiento, al recaudador en ejercicio o al que pretendiera relevarlo.

Del espanto de aquellos abismos vienen estos pueblos hambrientos y sitibundos de libertad, con la fe de que os hablaba hace unos instantes. Fe no sólo inextinta, sino tan firme que es como la entraña de su vida intelectual. El fervor con que se le ama, proporcionado a lo que por ella se ha sufrido, crece con lo tremendo del sacrificio. Si algún ejemplo fuere menester, sea permitido citar el de aquel país que, por sobre todos los demás, abrió campo a la doctrina libertadora en las tierras del Sur y la armó con la espada de la victoria, atalaya del continente meridional celado del Océano por los restos de la Atlántida y primero en revelar al gran almirante la Costa Firme de América; país en cuyo suelo la leyenda situó un tiempo El Dorado y señaló más tarde la historia las costumbres donde el mito forja los dioses. Venezuela, la que de su Caracas dio a Miranda, a Bolívar y tanta ofrenda más que, cual los Cristos bajo sus cruces, jadeó y flaqueó durante generaciones al peso del holocausto.

Por eso en el fondo legendario de la conciencia de los hispanoamericanos, en la inspiración de sus poetas, en cuanto expresa y refleja su espíritu, vive la creencia de que es función histórica, casi diríase función cósmica de América, tender al advenimiento de una era de derecho y ponerse al servicio de su realización posible dentro de la sórdida realidad de la vida internacional que desató el reciente diluvio de sangre aún no estanca. Vida que consideran paralela a la feudal en cuanto tiende a ser brega de caudillos y oligarquías por el predominio en la exacción y recaudación del tributo del planeta.

Y ocurre pensar que cuando toda esa aparente vaguedad milenaria flota como el espíritu del porvenir sobre las naciones, cuanta agencia promueve el acercamiento espiritual de los pueblos de América, pro-

mueve al bien del mundo por la mera conjunción de simpatías y fuerzas que sólo el calificativo de americanos comprende y explica. La más sutil y activa de estas agencias de confederación moral es la propagación del idioma entre pueblos de habla diversa e identidad de supremos intereses comunes. Porque el lenguaje, como cosa viva que es, lleva en sí la vibración del conjunto humano que lo habla, y al revelar su pensamiento y su aspiración, por sus anales y letras, revela con el evangelio de la palabra fraterna tras el erizado celemín de las fronteras, tantas veces relicarios de odios, la íntima luz de aquella otra conciencia amiga, la lumbre de aquel hogar humano y queda hecha la comunión por la empírea alquimia psíquica a que aludió Pascal cuando dijo “que el corazón tiene razones que la razón ignora”. Y por eso quienes hermanan no son los políticos, es decir, los de profesión y regla, no los de excepción, así ejerzan dentro o fuera del predio, sino los maestros, que no merecen nombre de tales si no iluminan sendas de libertad y armonía. Y es que aquella suerte de políticos, ni habla en realidad sino el dialecto de su mundillo de intereses enemigos de los del vecino. Dialecto de un mundo hechizo enquistado en el mundo real del dolor, el amor y la esperanza de los hombres; ni se ingenia por descubrir más alma en los pueblos, sino aquella picaresca y mercenaria del licenciado Garcías, desenterrada, según Gil Blas, en el camino de Peñafiel a Salamanca; de ahí que apenas sí alcanzan a crear asociaciones transitorias y falaces espejismos de cohesión amiga. Hermanan y fundan sobre ejes adamantinos quienes revelan mágica transmutación de valores que introduce como a casa propia, en América, al devoto del excelso Lincoln en la capilla en donde tiene altar Sucre el inmaculado, y descubren el templo que abriga entrambas aras y junta en su domo el incienso que de ellas sube, cual homenaje de común reverencia a la misma deidad tutelar y redentora.

Misión de libertad trajo a esta tierra a Lafayette, el cruzado, y a Miranda el catecúmeno, que de aquí llevó la chispa con que sus discípulos

difundieron el incendio acrisolador de 1810. Lafayette y 1776 no fueron ajenos a la conflagración de 1789. Sarmiento, el sembrador de la luz y la cultura creadoras de la Argentina contemporánea, fue de entre vosotros de donde llevó al magnífico solar paterno el secreto de vuestra escuela primaria; la palabra del maestro venezolano Andrés Bello fue como quilla de la mente chilena que, en sus lineamientos pareciera emular los de sus Andes. De la suma de todas esas misiones laicas resultó la conciencia de esta América, que ha sido desde su aparecimiento influencia predominante en los rumbos de la evolución humana y los verdaderos iniciadores de la campaña interrumpida por el Tratado de Versalles, fueron los apóstoles que en Bunkerhill, en Maipú y en Ayacucho rompieron todo posible equilibrio entre las viejas instituciones rapacísimas y las pautas de libertad y respeto a lo ajeno que reclama América.

Nunca fueron esas misiones más precisas que en la crisis que nos agita. Las doctrinas del siglo XVIII, vencedoras de la reacción medieval, han dado su floración de repúblicas sobre el vasto cementerio del derecho divino; surge ahora del perpetuo hervidero del progreso el fermento de las ideas cooperativas del siglo vigésimo, nuncios de aquel aún remoto futuro igualitario y fraterno ansiado por los reformadores franceses, por vuestros cuáqueros y por el Hijo del Hombre. Pero otra vez el choque entre los extremistas amaga soliviantar y romper la obra de las fuerzas constructivas de la especie. El sistema que ha aniquilado todas las antiguas civilizaciones y amenaza la presente, es el de odios y codicias que lanza unas clases contra otras, unas contra las otras a las naciones, y se afirma de continuo, que la última palabra de la sabiduría es declarar inalterable aquel régimen, porque los instintos ferales y rapaces son ley fatal de la sociedad y la vida y parte misma de la naturaleza y ser del hombre. Si ya en otro orden de investigación creyó descubrir el sociólogo Ferri síntomas de arteriosclerosis en el organismo judicial, esta

negación de aptitud para el progreso moral, esta asimilación del hombre a las demás bestias de presa, pareciera señal clara de peores desórdenes en la mentalidad y conciencia de las sociedades que tal declarasen.

En esta porción del planeta, donde está consumándose la metamorfosis étnica prevista por el Libertador, se atribuye a la ciencia, no a la garra, el destino de la humanidad. De la fusión y afinamiento de cuanta variedad de los hombres puebla la tierra surge, a la caricia de todos los climas, pictórica de savia nueva y de proeza y virtud adolescente, una raza americana que, no por pacto con Mefisto sino con la libertad, es primavera de los siglos y es juventud del mundo. Sostiénese que si pudiera hacerse concurrir lo más generoso del espíritu de todos los pueblos y sus mejores cerebros a desatar el nudo de la producción y distribución de los frutos de la naturaleza y de la industria por modo que, sin esfuerzo agotador, a todos alcancen y basten, se dispararían los presagios de tormenta que están arremolinándose sobre la civilización. Es el caso que, en la gente americana se realiza esa concurrencia del genio de todas las razas, cual en foco y vértice del arte y la ciencia que han de proclamar como fácil prodigio en la transparente belleza de su lenguaje universal el secreto de multiplicar los panes hasta colmar el ansia de todos los hambrientos.

Las viejas doctrinas condenan lo porvenir a ser simple reflejo del pasado, inútil trabajo de sangre y miseria por llevar la roca a lo alto del monte, para verla despeñarse en tumbos de muerte y estrago. Conforme a esas doctrinas ha de trasladarse a este continente el teatro del despojo y el campo de carnicería de todas las razas de los hombres. En la noche de esa catástrofe, tras los esplendores y sombras del más siniestro de los crepúsculos, la urdimbre deshecha y ultrajada de la cultura grecolatina, tejida en tantos siglos, pasaría al Oriente cual miserable trofeo de la trágica incapacidad del mundo cristiano para la vida del derecho.

Las nuevas doctrinas viajan en alas de otra fe: al cuervo carroñero del Arca, prefieren la colomba de un nuevo Paracleto. Los misioneros de

la palabra que, con la propagación del idioma, estimuláis, por el comercio intelectual, la mejor comprensión del leal y fraterno espíritu de los pueblos, abríis caminos de la luz a las democracias de América para revelarse a sí mismas lo íntimo de la comunidad continental realizada en un credo que a todos salva y a ninguno daña, y lo inconfundible de la identidad de su función y responsabilidad históricas en promover, siquiera sea con el mero ejemplo, la amiga cooperación de los pueblos del otro lado de los océanos.

A esa luz descubríamos todos que esta mitad de la tierra habla un idioma único del cual son aladas lenguas simbólicas las veintiuna banderas de sus democracias, y que la misión de cuantos la amamos es propagarla. Entonces la campana sagrada de Filadelfia podría anunciar la hora de nueva edad del mundo, no angélica, pero no bestial, y el pujante entusiasmo de estos hombres de las Américas, encendedores de estrellas, realizaría la deslumbradora visión boliviana de una América “sentada en el trono de la libertad, coronada por la gloria, empuñando el cetro de la justicia, que sirve de lazo, cetro y emporio a la familia humana y muestre al mundo antiguo la majestad del nuevo”.

En la Sociedad de las Naciones⁸⁵

Al separarnos, hace un año, después de celebrar el décimo aniversario de la Sociedad de las Naciones, llevabais todos el gozo legítimo de haber construido en el entusiasmo de aquella conmemoración un vasto programa preciso a la vez que amplio, generoso y realista.

No pedíais a esta institución que abordase problemas nuevos sino que apoyada en la experiencia adquirida explorase más profundamente los ya planteados y fuese resueltamente hacia las soluciones reclamadas por el progreso internacional. Organización jurídica de la paz; desarme; concierto económico; lucha contra los flagelos que azotan la humanidad; la asamblea esperaba que fuesen estudiadas estas cuestiones sin retardo y con firme voluntad de triunfo.

Si se toma en cuenta la antigüedad de los errores que la Sociedad de las Naciones ha de combatir y destruir, sobran motivos para halagarse de lo

[85]_ Publicado en *Cultura Venezolana*, N° 107, Caracas, noviembre de 1930, con la siguiente nota preliminar: “Ha tocado a nuestro ilustre colaborador y compatriota César Zumeta, presidente del Consejo de la Sociedad de las Naciones, el alto honor de instalar este año la décima asamblea de aquel supremo cuerpo internacional. Con tal motivo ha pronunciado Zumeta un bello discurso de apertura, que publicamos de seguidas. *Cultura Venezolana* se enorgullece del alto honor tocado al ilustre compatriota y le envía sus felicitaciones más cordiales” (N. del E.)

alcanzado desde 1929; pero hemos de convenir en que no han escaseado las críticas entre las dos asambleas. No sólo los que quisieran ajustar el ritmo de la vida internacional al de sus propias esperanzas, sino también impacencias tan generosas como avisadas aspiran a mayor progreso en la reducción de los armamentos, a una más precisa ejecución del programa de la conferencia económica, al coronamiento de los trabajos emprendidos para prevenir la guerra. Se ha deplorado el diferimiento de ciertas grandes comisiones. Las conferencias sobre estatuto de los extranjeros; interdicción de las prohibiciones de intercambio; codificación del derecho internacional, todavía no han agotado su programa. En el campo social y humanitario mismo, ¿no hemos visto surgir nuevos retardos en los trabajos para limitar la fabricación de los estupefacientes?

Inútil fuera callar, por lo demás, que subsisten por el mundo inquietudes y hasta ansiedades. Ciertamente son menos graves en sus repercusiones de lo que pareciera pero, ¿es acaso posible permanecer sordos al clamor de una gran parte de la humanidad, al ardiente anhelo de los hombres por librarse de esta angustiosa crisis de inadaptación de los medios a los fines perseguidos?

Al presentar a la asamblea el balance de los doce últimos meses, debemos exponer muy francamente este pasivo de retardos y de incertidumbres. Porque, al revés de los espíritus aprensivos que sólo saben ver fracaso a la menor dificultad, desastres a la primera resistencia, sabemos cuál es y dónde vive intacta, a pesar de los obstáculos aún por vencer, la fuerza decisiva de la Sociedad de las Naciones. Precisamente cuanto más agobiadora es la labor, más cierta y tenaz es la fe, más activo y vivaz el sentimiento de las responsabilidades. De ahí que podemos estar ciertos de que este año contará entre aquellos en que la Sociedad de las Naciones habrá empeñado más la gratitud de los pueblos.

En modo alguno olvidamos que estas cuestiones están ligadas unas a otras por inasibles eslabones de escepticismo o de confianza en el poder realiza-

dor de la Sociedad de las Naciones; que para la solidez misma de su obra le es preciso conformarse al *festina lente* y avanzar con sabia y potente calma, tutelar de toda aspiración legítima. Pero entre las principales reservas de energía de la Sociedad de las Naciones está la fe que ella inspira a la opinión universal en la solución de los problemas de la paz y es templar esta fe el no consentir que la menor duda sombree su autoridad para hacer plegar ante supremos intereses humanos ciertos intereses infinitamente menos complejos que aquellos que retardan las soluciones fundamentales.

Si no se ha ido tan lejos como todos lo deseamos en materia de desarme ha de recordarse que habíais pedido a las naciones más de cerca interesadas la solución del problema naval que obstaba al progreso de la comisión preparatoria. Tenéis ya las bases de un acuerdo que permite a vuestros mandatarios reanudar sus trabajos después de esa asamblea. La conferencia de Londres no alcanzó todos sus objetivos; pero interpretó sin duda los sentimientos unánimes de la asamblea al desear sinceramente ver perfeccionarse y armonizarse su obra gracias al mismo espíritu que, tras meses de esfuerzos, triunfó en la conferencia de La Haya regocijándonos con tan admirables resultados.

Permitidme deciros, conforme a una idea ya desarrollada en la tribuna de la sala de la reformación, que merced a la Sociedad de las Naciones y sólo por ella es que, cuando el desacuerdo parece inevitable, interviene en nuestros debates aquel nuevo espíritu internacional, creado por ella, que, por concesiones mutuas, apaciguamientos y reconciliaciones, realiza el acuerdo bienhechor y necesario.

Gratísimo es para mí señalaros siquiera con sólo una palabra salida de lo hondo del corazón otro ejemplo de ese mismo espíritu dado al arreglar sus diferencias, por dos repúblicas americanas, cuya lealtad y moderación tuvo oportunidad de apreciar el consejo este mismo año.

De nuevo lo encontramos en el trabajo diario de vuestros servicios técnicos y de manera particularmente feliz en la amigable colaboración

de vuestra sección de higiene con ciertos países de Asia y de América, en la cual se ve como una clara síntesis de toda la acción internacional. ¿No consiste esta esencialmente por ventura en acercar los varios países mediante un comercio de ideas que a cada uno hace aprovechar de los progresos alcanzados por los otros? De este examen comparativo de los adelantos en el orden nacional, resulta metódicamente el progreso de conjunto más rápido y armonioso que bajo el imperio de la antigua fatalidad de la dispersión de esfuerzos, fuente infinita de miseria humana. Realmente, el genio de la Sociedad de las Naciones hace pasar aliento de colaboración y de concordia al través de los continentes.

Pues que he deplorado el retardo en la limitación de la industria de estupefacientes, no quisiera dejar sin mención los esfuerzos realizados por poner a raya a los traficantes de este comercio ilícito. Formulo la esperanza de que se tomarán medidas análogas contra el tráfico clandestino de armas. La impunidad de los profesionales de este comercio enemigo de la paz interna de las naciones es un deplorable anacronismo perturbador de la cordialidad entre los pueblos.

Debiera hablaros de las nuevas investigaciones sobre facilitar la cooperación de las aviaciones nacionales; del nuevo programa establecido por la comisión de cooperación intelectual; de la obra de vuestro consejo y de sus comités en punto de las tareas políticas y administrativas de coordinación internacional, si así podemos expresarlo, que le están confiados. Pero dos puntos reclaman, ante todo, vuestra atención: la organización de la paz y el problema económico.

En el informe que os ha sido sometido acerca de armonizar el Pacto Briand-Kellogg con el de la Sociedad de las Naciones, hallamos nueva prueba de la unanimidad a que nos aproximamos gradualmente. Surgen allí, como en todos los debates sobre estos asuntos, divergencias ocasionadas por las particularidades de la situación o de la historia de cada país; los propósitos son, sin embargo, idénticos. Y así como se ha

dado un gran paso, este año, hacia la asistencia financiera, más se afirma la convicción de que el deseo y el deber de la paz nos conduzcan a una común interpretación de nuestras obligaciones solidarias.

Habéis compartido todos el inmenso interés provocado por los debates en la conferencia sobre acción económica concertada. Lejos estamos, quizás, de las realizaciones cooperativas que el problema exige, pero ya los gobiernos presentes en la conferencia han reconocido en acto público “la interdependencia evidente entre su propia política arancelaria y la de los otros estados” y la convención establecida alude “a un derecho colectivo de Regard y de negociación en el sistema de los tratados de comercio”. Ha de señalarse también que la acción preconizada para ampliar el intercambio tiende a facilitar las relaciones entre los mercados europeos y los de ultramar, es decir, a la consolidación de la paz económica general. Regocijéme en subrayar esta noble fórmula, la más digna de la Sociedad de las Naciones, que atenta a evitar antagonismos, eleva a regla internacional el principio de que es protegiendo el interés universal como se logra conciliar todos los intereses particulares legítimos.

Con este mismo espíritu es que saludáis el generoso pensamiento de Briand al señalarnos camino hacia la consolidación definitiva de la paz y el acercamiento europeos. Las naciones interesadas, al tratar de definir ese ideal de colaboración amiga, han proclamado, como el autor de la idea misma, su anhelo de acelerar la obra de la Sociedad de las Naciones. La sola enunciación de semejante iniciativa nos da la medida del camino hecho desde 1919. ¡Qué magnífico desplazamiento de preocupaciones y de tendencias en la vida internacional!

Señoras y señores: ¿No sentís el angustioso cerco de silencios que la muerte ha hecho en este recinto? Un año ha subía Stresemann a esta tribuna para reiterarnos su fe en la obra cuyos momentos más decisivos los ha vivido en horas históricas esta asamblea. Patriota, sabía bien que desde 1914 el bien de cada patria está indisolublemente ligado al

bien del conjunto de naciones y le vimos reafirmar y ennoblecer su patriotismo por su viril lealtad a la causa de la concordia de los pueblos. Recordarlo es desatar el fervor del ansia por el coronamiento de la indeclinable labor que abrevió sus días y dilató su gloria. Asociamos a este homenaje la memoria del intrépido soldado del progreso, repatriador y providencia de millones de víctimas de la guerra, el ardiente caballero de las grandes causas de humanidad y de paz que fue Fridtjof Nansen; la de lord Balfour, que, uno de los primeros, aportó sin reservas el apoyo de su inestimable autoridad a la Sociedad de las Naciones, definida por él como “el más grande de los experimentos, la empresa más rica en esperanzas que el hombre jamás haya intentado”.

Ya que quien os habla, señoras y señores, representa un Estado de la América Latina, sabréis excusar, si os recuerdan, que allá nuestros trabajos serán seguidos este año con el especial interés de pueblos que comulgando en el recuerdo de Simón Bolívar, el Libertador, a la hora de conmemorar el primer centenario de su muerte aprecian más el valor de los fraternos lazos que los unen. No olvidan cómo en 1824, Bolívar, al buscar la salud de la democracia en pactos de solidaridad, arbitraje y confianza había previsto, con la precisa intuición del genio, la obra misma de esta institución.

Cuando, camino de su ideal de acuerdo continental hizo convocar el congreso de Panamá, afirmó su deseo de ver los pueblos americanos tratar y discutir, según sus textuales palabras, “en esta Sociedad de Naciones”, “sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo”. Este congreso, agregaba, debía servir de “consejo en los grandes conflictos, de centro de unión en el peligro común, de intérprete fiel de los tratados públicos y de conciliador de sus mutuas diferencias”. En 1920, lord Balfour decía al Consejo: “Si las naciones del mundo entero pudieran reunirse aquí para discutir en lo futuro, con el mismo espíritu de conciliación que ha caracterizado

nuestros debates, no dudo de que los servicios que la Sociedad de las Naciones puede prestar a la humanidad sean casi incalculables”.

Un centenar de años han tardado los pueblos en franquear la distancia de Panamá a Ginebra. Felizmente, el influjo de los tiempos nuevos tiende a disminuir, a anular casi, los intervalos de las nuevas etapas.

Jamás la lección de los siglos idos conmovió tanto mi espíritu, como ante un fragmento de tierra cocida, viejo de cuatro mil años, que lleva grabada una inscripción conforme a la cual cierto rey asiático se declaraba “Señor de los cuatro sectores del mundo”. Si los cráneos de la época en que el hombre político hizo su aparición guardasen huellas reveladoras de su pensamiento, tal vez sabríamos que desde entonces el hombre, a ciegas, impelido por el más imperioso de los instintos, trata de realizar por la fuerza o por alianza la comunidad mundial de su tiempo como condición *sine qua non* de la paz. La historia es, por lo demás, la demostración perpetua de que mientras más se ha ensanchado el mundo más impotente resulta la fuerza hegemónica para enseñorearse de sus cuatro sectores.

La solidaridad fue siempre el móvil; el remedio no puede ser la fuerza, ni otro alguno sino esta Sociedad de las Naciones con sus dos caracteres esenciales de perpetuidad y de universalidad. De ahora en más podrá quienquiera negar su colaboración a la obra de paz pero, ¿cómo eximirse de la solidaridad fatal en el tributo a la guerra? Ya en 1830 lo decía Bolívar moribundo en un testamento político tan corto como inolvidable: “Unión, unión, —dijo a nuestros pueblos—, o la anarquía os devorará”. Para cuántos, desgraciadamente, subsiste aún la teoría de que, en 1930 como en la edad de piedra, la guerra es lo propio del hombre y de que, para suprimirla, sería menester modificar la naturaleza humana. Ignoran simplemente el inmenso camino recorrido por la humanidad desde la época del clan, o de la clava de Hércules, hasta los estados, federaciones y “ententes” contemporáneos.

Desde 1919 las naciones aquí asociadas trabajan juntas porque prevalezca el derecho en sus relaciones mutuas y tratan de realizar por cooperación la alianza de los pueblos todos. Frente a la lentitud milenaria de la evolución hacia la solidaridad, yo vengo a deciros mi fe americana, mi fe bolivariana en el logro de esta empresa en donde lo que se juega es la civilización que esta asamblea representa y cuya fuerza es el espíritu de la Sociedad de las Naciones: la unión de todas las energías constructivas, morales y técnicas, de esa civilización al servicio de la paz, que es la plenitud del derecho.

Declaro abierta la undécima asamblea de la Sociedad de las Naciones.

La historia y los libros

Los nuevos rumbos⁸⁶

Nueva York, 31 de diciembre de 1886.

Señor Gonzalo Picón Febres.

Caracas.

Amigo y compatriota:

Le remito algunos periódicos, en canje anticipado de los que me tiene prometidos.

Escríbame a veces de lo que pase en la Venezuela literaria; dígame si usted cree útil la publicación de tanta cosa nueva y buena que aparece en Europa, en los periódicos de allá. Yo consagraría con mucho gusto mis horas de descanso a traducir o comentar, según el caso, y remitirle lo más notable que produzcan Rusia, Francia, Alemania o Inglaterra.

Digo eso porque yo creo utilísimo para nuestra juventud el conocimiento de los nuevos rumbos que en estos momentos de crisis toman las ideas y señalan los pensadores europeos. Yo sostengo que cada pueblo tiene su literatura especial, como tiene su historia, su carácter, sus

[86]_ Publicado en *El Diario de Avisos*, N° 3.972, Caracas, 14 de enero de 1887. Título nuestro; el del *Diario de Avisos* era: “Carta de Nueva York”. (*N. del E.*)

aspiraciones y hasta su naturaleza peculiares; pero sostengo también que el comercio intelectual con los demás pueblos enriquece tanto a los que lo fomentan, como el cambio de productos materiales beneficia a las naciones.

Nosotros tenemos una barrera formidable entre nosotros mismos y lo que no es latino: el idioma español y los prejuicios españoles de tradición y raza. Estamos a la sombra detrás de ese muro, y cuando todo nos grita que seamos liberales, seguimos indiferentes en nuestras prácticas conservadoras. Nuestro segundo modelo, por afinidad y simpatía, Francia, por cuyo medio hemos creído estar siempre al habla con el universo, ha contribuido a mantenernos en el error, porque Francia deprime cuanto no es francés, e impone condiciones especialísimas a cuanto acoge de las demás gentes, que para ella son bárbaras, como lo eran para Roma sus aliados, súbditos y enemigos. Por eso Sarcey no reconoce a Shakespeare, Coppée corrige a Petoefi, y Bellaigne se burla de Wagner. La luz que nos viene de Francia no es lanzada por un reflector poderoso, sino descompuesta a través de un prisma.

De aquí que Tolstoi y Gogol sean meros nombres para nosotros; que apenas hoy podemos conocer a Heine, y que el gran movimiento filosófico y social de las razas que no son latinas, esa gigantesca evolución que está haciendo cambiar de faz la literatura moderna, sólo nos sea conocida por críticas más o menos parciales de plumas francesas o españolas.

Bien le está a España alimentarse de lo que su edad le permita digerir y el Vaticano haya declarado alimento sano. Francia, segura de su grandeza y de su eterna juventud puede también impunemente cerrar sus puertas a los que cantan y piensan en otro idioma que no sea el de Voltaire y Molière; pero nosotros, pueblo joven, raza nueva, debemos sacudir extrañas preocupaciones y vivir en comunión con la humanidad y con el siglo; el sol que hoy se alza, la idea nueva, es la que debe herir nuestros ojos y bañar nuestras frentes. Y ese sol no está surgiendo de las

encantadas aguas del Mediterráneo; el anciano maravilloso que proclamó el moderno evangelio —“la lucha por la vida”—, le habló al mundo desde el mar del Norte, y la música sabia que eclipsa a la hija de la tiente Italia, es compatriota de Beethoven, hija de Wagner.

Usted está en primera fila entre los jóvenes de quien nuestra patria espera enorgullecerse en el día que comienza ahora a brillar para ella, y eso me mueve a consultarle y a proponerle estos asuntos.

Suyo de todas veras,

César A. Zumeta.

Un libelo oligarca⁸⁷

Refutación al señor Domingo Olavarría

Parece que el mayor número ha hecho voto solemne de faltar permanentemente a la verdad.

DOMINGO OLAVARRÍA.

La oligarquía vive del escándalo y lo promueve artificialmente. Ahora ha publicado con el nombre de historia un libelo, no excelso, a la manera de Courier; no brillante a lo Juan Vicente González, sino astuto y vergonzante, como parido en celda de monasterio o en trastienda de judío arruinado⁸⁸.

Es panfleto como de fraile, como de un Rabelais sin genio con ribetes de Cornelius, Herz o de Arton.

Ese panfleto jesuítico, irreverentemente intitulado historia, está dedicado a la juventud venezolana. La dedicatoria de una historia la honraría; la dedicatoria de un libelo la infama. ¿Qué derecho tiene, ni por su persona ni por su colectividad, el señor Olavarría, para irrespetar la juventud venezolana?

¿Qué idea tiene él del criterio, cuál del carácter y cuál del honor de las nuevas generaciones liberales?

[87]_ Publicado en *Hispano-América*, Nueva York, 1º de marzo de 1894. Archivo del doctor Alberto Zérega Fombona (*N. del E.*)

[88]_ Se refiere a la obra titulada *Historia patria*. Décimo estudio histórico-político..., por Luis Ruiz (Domingo A. Olavarría), cuya edición príncipe se publicó en Valencia, 1893. (*N. del E.*)

Joven, venezolano y liberal, protesto contra lo que de esa dedicatoria me corresponde y contra el propósito reaccionario del apostolado que ha asumido el señor Olavarría.

Perfidia es hacer el recuento de los errores de unos liberales, falsificando a cada paso la historia, para imputárselos al liberalismo, y perfidia es callar deliberadamente al propio tiempo los crímenes de la oligarquía.

Las faltas, los errores y las traiciones de unos liberales no son faltas, errores y traiciones de la libertad. Los traidores son los que, hombres al fin, delinquieron contra ella, y a nombre del principio se les condena, porque la causa liberal no está vinculada en unos hombres sino que, a despecho de ellos y por sobre ellos, crece y se agiganta en el progreso de la idea libertadora y en la expansión de la vida democrática.

Indignidad propia de historiadores reaccionarios es forjar de su partido un tabernáculo y de su jefe un ídolo y hacerlos sobrenadar en el mar de bilis y de sangre en que pretenden ahogar al partido contrario...

El propósito del señor Olavarría está íntegramente contenido en estas líneas: "Sorpréndase el lector; no hemos encontrado retrocesos oligarcas o godos en su legislación. Pues resulta que los llamados oligarcas o godos son cabalmente los que se han conducido como verdaderos liberales cada vez que intervinieron en el poder. Respetaron siempre las conquistas que encontraron realizadas y procuraron aumentarlas, según las necesidades de las épocas. Nunca procedieron, así de ligero, para darse el placer de mostrarse avanzados en ideas escritas y exhibirse luego a luego en la práctica como refractarios a los mismos principios invocados".

De más estaba recomendar al lector que se sorprendiera. Esa profesión de fe, que consiste en conservar lo existente y mirar de reojo el progreso, nada tiene de extraño en esos labios; pero todos se abismarán, inclusive él mismo, ante el incalificable valor necesario para escribir hoy esa frase en Venezuela.

¿Cuáles son los progresos —o conquistas, como dice Olavarría— oligarcas? ¿La creación constitucional de la República de Venezuela? Ese primer

título de gloria del partido conservador es el más trascendental de sus extravíos. Pase que la Gran Colombia no cupiera en razón de invencibles dificultades materiales sino en la mente de Bolívar, pase que la ruptura de la ingente hegemonía fuera una necesidad política; pero jamás será aceptado sino como una ambición mezquina de Páez y de sus consejeros el haber roto por completo lazos que la fuerza de las cosas habrá de ligar tarde o temprano, y cuyo súbito y absoluto desgarramiento ha ocasionado irremediables males a Colombia, a Venezuela y al Ecuador.

La autonomía política y administrativa de cada sección, robustecida por una alianza en lo relativo a las relaciones exteriores de la confederación, habría sido un plan liberal y salvador, mediante el cual la antigua Colombia sería hoy el Estado más poderoso y próspero de la América Latina. Modificado así el pensamiento de Bolívar, que es la fórmula irremediable del porvenir, Guayana no sería nuestra vergüenza, y otra sería la historia de la poderosa confederación. Fue aquella ambición burda y miope la que destruyó sin comprenderla la obra del Libertador y retardó el ímpetu del progreso en tres naciones.

Esa es vuestra primera conquista.

¡Fundación del poder civil! Mentira.

El candidato de Páez en 1834 era el general Soublette, y harto grosera es la farsa de que fueron víctimas Vargas y Narvarte hasta que Páez y Soublette volvieron al poder para no abandonarlo sino cuando se les escapó de entre las manos.

¡Práctica efectiva de las elecciones libres!, reclama para esa época el señor Olavarría. Caracas, con cerca de cincuenta mil habitantes, dio trescientos votos en esos días de la república perfecta; y se expidieron decretos de alistamiento en los días mismos de las elecciones; y fueron suspendidos concejos municipales y reemplazados por otros a fin de anular sufragios; y se cercenó el derecho de reunión en los momentos de la votación, y luego de falsificado

el voto popular se alzó cínica y traidoramente un patíbulo para el elegido del pueblo. ¿Quiénes fusilaron a los electores el 2 de agosto de 1859?

Mientras fueron oligarcas los candidatos; mientras la manada de carneros iba por orden de Páez a elegir a Soubllette, o por orden de este a elegir a aquel, sí fueron efectivas las elecciones libres.

En esa larga enumeración de “conquistas” hay un profundo menosprecio por el sentido común del lector, por la verdad histórica y por la dignidad misma de las cosas. Conquistas llama él la aplicación de ciertas leyes; y el simple, fatal desarrollo de instituciones y tendencias que la república había heredado de Colombia; y la abolición de la clausura monástica para hombres, cuya extinción había comenzado desde 1811 por cédula real y por breve romano, aplicándose la renta a escuelas y colegios; y los censos de población que desde 1772 venían siendo levantados por los extranjeros que nos visitaban y que sólo ordenó la república en 1838, a instancia de Codazzi; y las apoteosis de las cenizas de Bolívar y de Páez que sólo en un cerebro entenebrecido por la necesidad de adorar y por la obsesión de la idolatría pueden aparecer como “conquistas” o progresos.

La Ley de Manumisión es otro progreso oligarca. En 1810 y en 1811 fue decretada la abolición del tráfico, y Bolívar pidió la abolición inmediata o gradual de la esclavitud en 1816, 1818, 1819 y 1821, año en que se dictó la Ley de Manumisión, ligeramente reformada en 1830. Esa ley en la práctica fue casi nula y, a más, ocasión de repugnantes fraudes. Todavía en 1840 era tolerada la inmundicia en el país. En 1830 había veintiocho mil esclavos en Venezuela y Codazzi encontró cuarenta y nueve mil setecientos ochenta y dos en 1839.

Fue el partido liberal en sus comienzos quien abolió la esclavitud, y la oligarquía, como enfurecida, apenas llega al poder encarcela al redentor de los negros y lo libra a misteriosa muerte en sus calabozos, en 1858.

Una sombra evoca Olavarría: la de Salazar. Lo conturba la silueta de un banquillo. Guzmán Blanco acaba de reclamar para él la absoluta responsabilidad histórica del cadalso de Tinaquillo; y aun cuando él no lo hubiera hecho, la historia dirá siempre lo que en las páginas de esta misma publicación ha sido dicho con terrible elocuencia: “Ese muerto es de él. Él lo mató”. Como lo dice de Piar: “Bolívar y Soublette lo mataron. Ese muerto es de ellos”.

El partido liberal ninguna responsabilidad tiene en aquella ejecución, porque él ya había borrado de sus códigos la pena de muerte. En cambio de esa infracción sangrienta, ¿cuántos patíbulos deben cargarse a la oligarquía?

Todos sus hombres se presentan ante la historia destilando sangre.

Setenta cadalsos produjo la revolución de 1836, quince la de 1837, y rebosa el centenar si se le agregan los que produjeron las otras, sin contar los de Herrera y Paredes, que sí fueron un cínico retroceso al 1846.

Entre esas víctimas están Farías, Rangel —cuya cabeza fue traída a Caracas como en los mejores días de Antoñanzas—, y Rodríguez y Calvareño.

Páez, que tenía como página brillante de su historia la visita al campamento de Cisneros; que le debía la vida a ese fanático realista; que lo persuadió a abandonar sus guaridas inaccesibles, no vaciló en fusilarlo, años después, cuando habrían bastado la deportación, la prisión o el confinamiento para castigarlo salvando el honor de la palabra empeñada y el pudor de la gratitud. Fue Páez quien envió como aguinaldo a la municipalidad de Valencia a Canijo moribundo y quien consideraba “escarmiento necesario” el banquillo de Antonio Leocadio Guzmán.

El ministro Ángel Quintero pedía al congreso la cabeza de Andrés Level, y faltando a la fe de una capitulación hizo incluir a Carabaño en el decreto monstruo.

Un muerto tuvo la fuerza del gobierno en la sabana de Payara y seiscientos los contrarios.

Soublette, poniendo el ejecútese a las sentencias de muerte, era el mismo terrible fiscal de Piar.

¿Fue castigado Capó por la carnicería perpetrada dentro del mismo Caracas, a las orillas del Guaire, o protestó siquiera contra él el *integérrimo* don Manuel Felipe de Tovar, cuando aquel bárbaro incendió tres poblaciones en la costa?

Y no hago referencia a la picota, a los azotes, a los letreros infamantes, a la confinación a Omoa, a los destierros en pleno invierno a Liverpool. “No hay duda —dice Luis Ruiz— de que los motivos en que se fundó la acusación contra el presidente Monagas eran de muy poca importancia” y, sin embargo, fueron pretextados esos fútiles motivos para castigar al magistrado generoso que se rebeló a entregarles la cabeza de Guzmán y fue esa salvaje sed de sangre la que provocó las iras del pueblo el 24 de enero de 1848.

Dice Luis Ruiz: “Rige el derecho de gentes, se dijeron (los mandatarios de 1870 en adelante), pues a exterminar al enemigo”. No cita, sin embargo, un solo ejemplo en apoyo de su aserción y olvida la sangrienta hecatombe de Irapa, en donde Ducharme asesinó por docenas a los rendidos e inermes; olvida el reguero de sangre que dejaba a su paso Unceín; olvida que Olivo, último jefe de la oligarquía militante, fue detenido por el general Rafael Carabaño cuando en el hospital de su propio campamento asesinaba con su propia mano los prisioneros heridos.

Olvida, finalmente, el señor Olavarría, que él mismo se declara hoy partidario de la ley de Lynch y lamenta que no se hubiera practicado en los días de la “Genuina”.

No; el Lynch no es práctica democrática, ni ímpetu honrado de los ciudadanos, ni las autoridades toleran ese crimen. El Lynch es una forma degradada de la justicia bárbara de las civilizaciones primitivas; lo mantiene vivo

en el sur de los Estados Unidos el odio de los blancos contra los negros. Es en poblaciones incultas lejanas de los grandes centros en donde florece la vergonzosa institución, unánimemente condenada por todos los ciudadanos honrados y por la prensa de esta república. Suprimirla es uno de los graves problemas del Sur, y cada vez que la celosa independencia del poder judicial permite robustecer con la fuerza armada la autoridad moral del juez, los lynchadores son entregados a la justicia y condenados.

Estáblele reservado al autor de este evangelio oligarca el terrible honor de ser en América y en todo el mundo culto el único apologista del Lynch⁸⁹.

Jamás tuvo el conservatismo venezolano personificación más completa.

Olvida el panfletista, cuando habla del fomento de la instrucción pública en los días de la “república perfecta”, que en 1841 había doscientos cuarenta y seis institutos de enseñanza en el país; que ese número no se había duplicado para 1870, y que en 1889 existían dos mil sesenta y ocho escuelas y colegios en la república; que los trescientos esclavos de la hacienda de Chuao producían veinticuatro mil pesos al año y la Universidad de Caracas sólo recibía del arrendatario, el señor general Páez, ocho mil pesos; que sólo existía en el país una biblioteca, la del antiguo seminario, y hoy tenemos catorce sin

[89]_ “¡La Ley de Lynch! Bien se ve que los señores manifestantes no saben lo que eso significa. Esa es una práctica esencialmente democrática, por popular, en algunos de los Estados Unidos, donde la honradez de los ciudadanos indignados por la impunidad de algunos delincuentes decidió asumir la justicia social, en cierta ocasión, para castigarlos públicamente, lo cual se ha seguido haciendo hasta nuestros días. Mas, como acontece con todo lo humano, muchos abusos se han cometido en esa forma y, sin embargo, a las autoridades constituidas no se les ocurre castigar a ningún *lynchador*. Luego el criterio de aquel pueblo no es adverso a ese procedimiento.

Si realmente se hubiera puesto en práctica —en Caracas— la Ley de Lynch, como lo pretenden los señores manifestantes, ¡cuántos escapados de la vindicta popular entonces habrían quedado incapacitados para denigrar injustamente de sus compatriotas”. *Estudio histórico-político* (Pág. 86)

contar las de las academias y colegios, y que es el partido liberal el que ha introducido la imprenta en las principales poblaciones de dieciséis estados.

Cuando habla de despojos no recuerda, entre otros, que fue Páez quien despojó de sus bienes a Mariño, y que fue Soublette quien lo toleró. . .

Para contestar toda la páfida lucubración de Luis Ruiz se requiere un libro: la historia de Venezuela de 1821 a 1893; la historia, tal como ella debe ser presentada, con la perfecta exposición del medio, de los productos de ese medio, de las transformaciones impuestas por el progreso lentísimo de las ideas en cerebros oscurecidos por la sombra y por el recuerdo de la época colonial, de la casi reacción operada por el exclusivismo atávico de la clase dirigente y por la comparecencia en la vida nacional de la masa que la oligarquía mantenía aherrojada en la ignorancia y alejada de la actividad democrática.

Ese libro no puedo escribirlo yo sin datos, lejos de la patria; pero sí de jo indicadas algunas de las innúmeras falsedades contenidas en el libelo calumnioso que el señor Olavarría ha tenido la incalificable petulancia de llamar histórico.

Sí puedo explicar por qué recuso al pseudohistoriador y rechazo la páfida dedicatoria.

Porque invoca opiniones de banderizos y conceptos provocados por el instante político en que fueron escritos, sin valor histórico inmanente, a fin de calumniar la causa que ha dado gloria y fisonomía nacional a la patria.

Porque ese libelo ha sido lanzado a la faz del país en la creencia de que el aliento del boa oligarca ha operado ya en la juventud liberal, y que dormida puede sorprendérsela y violársela a mansalva: en la creencia de que ha sonado la hora de la reacción y de que la oportunidad perdida en 1878, en 1888 y en 1892 se presenta hoy.

Otros acepten este pliego de cargos mentiroso hecho de orden del partido que reclama para sí la responsabilidad de todos los atentados

contra la paz pública y nos acusa de mantener vivos los odios entre la familia venezolana.

Subordinarse a las mal encubiertas pasiones de los apologistas del Lynch para servirles de ciego instrumento; disfrazarse de “verdaderos liberales” entre declaratorias de centralismo basadas en razones que pueden ser alegadas también en favor de la monarquía; separarse del partido que lleva en sí todos los elementos del porvenir; hacer traición al siglo, a la civilización y a la patria, ese es el consejo de Olavarría a la juventud y otra es la misión excelsa de esa pléyade libertadora.

Disciplinarse dentro del liberalismo; formar en el seno de él, a la sombra de la propia bandera histórica y gloriosa, una agrupación radical; vencer las vacilaciones impuestas por la tradición y por la lucha a los representantes actuales de la causa; compeler al conservatismo a organizarse con nombre propio o bajo cualquiera careta; iniciar las medidas salvadoras que galvanicen y den nueva vida al poder judicial, al municipal y al legislativo: la ley de instrucción laica; la ley de jurados; la aplicación literal del patronato o el desconocimiento de Roma; la autonomía comunal; la extinción del caudillaje en el seno de la paz; el servicio militar obligatorio, he ahí la obra que le está encomendada a la juventud. Ella la realizará.

Los viejos liberales calumniados recogerán ese guante que la oligarquía les lanza, y esquivarán el lodo con que se quiere manchar el oro de sus uniformes y el brillo de sus espadas.

Los jóvenes cumplirán, como cumplo yo, su deber de soldados y pasarán lista de presente en este censo de los partidos que provoca Olavarría.

Partido que devora el insulto lo merece.

Partido que reniega de su nombre, reniega de su existencia y abdica ante la historia.

Notas literarias⁹⁰

Vida del Gran Mariscal de Ayacucho, por el doctor Laureano Villanueva. Caracas, 1895.

Contaba quince años en 1810 Antonio José de Sucre cuando se alistó en las filas patriotas. Cuatro años más tarde se hacía ya notable por la serenidad de su valor y “la gravedad de sus consejos”. Jefe de Estado mayor y ministro de guerra de Bolívar en 1820, celebra el armisticio y el tratado de regularización de la guerra con Morillo; a los 27 años liberta al Ecuador, a los 29 es árbitro del Perú, sella en Ayacucho la libertad del continente, crea a Bolivia y se retira a poco de la vida pública, agobiado de honores, con poco más de mil pesos por todo capital, sabedora la América de que era el más gran capitán de Colombia, que cada una de sus victorias, grandes siempre y siempre decisivas, las había sublimado él con el sello de su magnanimidad, y que nunca antes había sido un guerrero ilustre tan ilustre ciudadano, ni subió al ápice de la fortuna y de la gloria héroe que tuviese mayor desprecio burgués por la gloria y la fortuna, ni carácter tan entero e indómito que se plegase con tal fanático deslumbramiento a su jefe, hasta hacer renuncia de su voluntad,

[90]_ Revista *Hispano-América*, Nueva York. Recorte no fechado. Archivo de Zúmeta. El año de escritura y publicación de estas notas es, sin duda, 1895 (*N. del E.*)

y aun abdicación de su orgullo, por acatar la voluntad y contemporizar con el orgullo de Bolívar, hasta expiar en Berruecos su incontrastable devoción por él, bajo la más dolorosa e innecesaria de las alevosías políticas que se han consumado en América.

El señor doctor Laureano Villanueva, por comisión especial del presidente de Venezuela, general Joaquín Crespo, ha escrito la vida del Gran Mariscal de Ayacucho, y la obra ha sido publicada en los días del primer centenario del gran cumanés.

Pocos venezolanos merecían tan honrosa designación en el mismo grado que el doctor Villanueva, publicista experto, hombre de criterio liberal e ilustrado, biógrafo concienzudo del doctor José Vargas, y ciudadano eminente por sus virtudes probadas en la magistratura, en una larga, azarosa carrera pública, y de que es raro ejemplo su vida toda, especialmente en épocas en que la virtud fue sospechosa, y llevaba no al poder sino a la cárcel o al destierro. Llenaba él, pues, las condiciones intelectuales y éticas requeridas para historiar la vida de aquel a quien tan justamente convienen las palabras que Heine dedicó a Lafayette: “Aún se asombra el mundo de que en esas alturas haya existido un hombre honrado: el puesto ha quedado vacante”.

Fiel al método que la crítica prescribe, no presenta el biógrafo a Sucre, en cada uno de los variados teatros adonde desde Cumaná hasta Oruro lo llevó la suerte de la guerra, sino luego de descrito el escenario y de dibujados los personajes que en él se mueven, paso a paso nos hace seguirle en la brava porfía contra los reveses y los siniestros que en tantas ocasiones habrían aniquilado una decisión menos noble y arraigada; se le ve destacarse en el grupo de sus conmlitones no por razón de su esfuerzo sino por razón de su talla y, en suspenso, cual si temiéramos que resulte superior a sus fuerzas la empresa, le vemos desembarcar en Guayaquil con la misión de libertar al Ecuador, y aun después de

Yaguachi lo seguimos con angustiosa incertidumbre cuando, enfrente del enemigo, agarrándose de las rocas, suspendido casi sobre el abismo, salva, escalándolos, los despeñaderos del Cotopaxi, trepa al Pichincha y por el camino de los cóndores lleva sus soldados a la victoria. Después de Pichincha ya no tememos más por él, y aun viéndolo encerrado en el Callao, casi perdido en Corpahuaico, presentimos a Ayacucho. Páginas magistrales son las que dedica el doctor Villanueva a la descripción de esas batallas, y a la aún más interesante y compleja de cada una de las campañas que las preceden. A medida que él narra parece que viera uno ir moldeándose en bronce, o saliendo de entre el bloque, en mármol resplandeciente, la estatua del héroe.

Al informarnos del estado político del Perú a la llegada de Sucre, al presentárnoslo en Bolivia, en casi toda la obra reina ese criterio des-
embarazado y científico. Adrede hemos dicho casi, porque ese criterio se perturba en el biógrafo cada vez que comparece ante su tribunal la sombra de Bolívar. Entonces la medida con que se mide a los demás hombres resulta inadecuada, las leyes de la razón, de la moral, todo se desequilibra, porque el libertador no es figura que se ajuste a los cánones de la historia, y el más alto privilegio humano, la libre facultad del juicio, por la que tanto ha luchado la humanidad y se ha desangrado América, tiene una limitación: la gloria de Bolívar. Su grandeza constituye fuero único y extrahumano. Juzgarlo es desacato, discutirlo es negra e inconcebible ingratitud.

“Bolívar no cabe en los moldes de la humanidad. Los demás hombres pueden ser juzgados y comparados entre sí, desde Sucre hasta Washington, desde Miranda hasta San Martín, desde Santander hasta Páez. Él no. Él es único, incomparable, magnífico de fuerza sobrenatural por encima de los hombres y de la historia, como los astros por encima de todas las cumbres de la tierra, y por encima de todas las nubes del espacio. Bolívar ocupa un reino aparte entre los hombres y Dios”.

Este párrafo no es traducido de la *Iliada*, no es que se hayan vertido al castellano unos hexámetros homéricos cambiando por el de Bolívar el nombre casi divino de Aquiles: simplemente va copiado de la página 82 de la *Vida del Gran Mariscal de Ayacucho*, por el doctor L. Villanueva. Admirable énfasis en un bello arranque oratorio, buen período para ser intercalado en *Venezuela heroica*, pero vana elocuencia en un libro estrictamente histórico.

No se quebrantan los moldes, ni siquiera se desatan los lazos humanos por más alto que se suba en los caminos de la gloria; no por haber salido de Macedonia a la conquista de Asia dejó de ser Alejandro un ebrio consuetudinario; ni quedaron aquende el Rubicón o en el campo de Farsalia los vicios *contra natura* de César; ni el genio de Napoleón, en quien Taine reconoce un hermano póstumo de Miguel Ángel, que no en mármol, sino en dura y palpitante carne tallaba sus creaciones, hace que el crítico desconozca los crueles egoísmos del hijo de Leticia Ramolino; ni por haber vencido en Boyacá y en Junín el padre de Colombia, puede demostrarse con prosopopeyas y metáforas que el Libertador no era el tío de Juancho Bolívar.

El doctor Villanueva se declara incompetente para el desempeño de su alto cometido de historiador cuando declara que “Bolívar no puede ser juzgado por las leyes de los hombres, porque él no es un general, ni un caudillo, ni un dictador, sino más que todo eso: un genio”.

Bolívar fue un general, fue un caudillo, fue un dictador, y es así como la historia debe estudiarlo: la circunstancia de ser además un genio resultará indudablemente de la crítica estrecha a que se someta su obra en cuanto a los medios de que dispuso para realizarla, de los obstáculos que venció, de la solidez, la extensión, la viabilidad, la trascendencia de su creación.

Divinizado es insignificante: humano es sencillamente grandioso.

En tierras en donde el mal que nos roe las entrañas es la glorificación de los vencedores, y por atavismos antropomórficos van cayendo los pueblos de rodillas ante los hombres llamados providenciales, sancionar

el personalismo incondicional de la gloria es perpetuar el personalismo incondicional del éxito. Cuando las grandes conciencias, los cerebros guiadores colocan a Bolívar por encima de la crítica y de la historia, la masa guiada, el pueblo no vacila en colocar a una mediocridad cualquiera sobre la nación y las leyes. Hubiéramos sido más parcós en ditirambos, y no llenarían nuestra historia de los últimos setenta y cinco años tres o cuatro hombres que gobernaron en no interrumpida apoteosis, más arriba de toda responsabilidad y de toda sanción.

Este error desgraciadamente fundamental reaparece como motivo dominante en el curso de la obra con grave detrimento de muchas de sus más interesantes páginas. Si nuestro eminente compatriota no considerase a Bolívar en un rango superior a lo humano, habría estudiado, como era de su competencia y obligación, el drama de Berruecos.

Sabido es que corren tres versiones respecto al asesinato de Sucre: según unos fue obra del general J. J. Flores; según otros, del general Obando en inteligencia con el general López y, finalmente, que fue puro acto de venganza de antiguos desertores en quienes Sucre había ejercido supuestas severidades durante la campaña de Tarquí, en donde “Sucre tuvo que hacer ejemplares terribles para contener violencias, y aun exponerse a que dos jefes subalternos suyos concibieran el proyecto de asesinarlo en su propio campamento”. El doctor Villanueva, desentendiéndose del método que tan felizmente emplea en páginas que pueden y deben ser consideradas como modelo del género, al describirnos las campañas del Ecuador y Perú, y el estado de estos países para esa época, descuida de hacernos ver cuál era la verdadera situación de Colombia en 1830 a fin de estudiar a esa luz el fundamento de cada una de las versiones apuntadas. Él se atiene al fallo de un tribunal especial militar reunido *ad hoc* en Bogotá, en 1842, doce años después del crimen, y lo acepta no como un documento jurídico-político de grande importancia para el veredicto final de la historia, sino como veredicto definitivo.

Olvida mencionar el carácter político de ese tribunal que actuaba en los momentos en que Obando estaba en armas contra el gobierno constituido; no toma en consideración, para invalidarlas, las acusaciones hechas contra Flores, ni los descargos de Obando, y sus repetidas instancias porque se abriera de nuevo el juicio, ni la doble absolución nacional que a raíz del asesinato y diez años después de la sentencia le elevó a la presidencia de la república. De sus antecedentes y de su conducta ulterior, nada nos dice que lo acuse o lo descargue. Bien sabe él, sin embargo, que el general Obando había secundado en Popayán la conspiración septembrista, y que en 1855 fue juzgado y desterrado por su complicidad en la conspiración de los *draconianos*.

Él sabe muy bien, y nos lo habría dicho a no estar cohibido por la grandeza del Libertador, que el aire estaba lleno de los más extraños rumores, y que había llegado a su colmo la exasperación del sentimiento nacional neogranadino.

Él sabe muy bien que se hablaba de engrandecer a Colombia con el Perú y Bolivia, y de colocar al frente de esa confederación a Bolívar y Sucre; que se hablaba del imperio de los Andes, y Bolívar era el designado para ocupar el trono, que la constitución boliviana señalaba expresamente a Bolívar para desempeñar la presidencia vitalicia, y era Sucre el candidato a la vicepresidencia; que Colombia estaba de hecho fraccionada y se temía que Bolívar, apoyado en el brazo fuerte del Gran Mariscal, intentase la reconstitución de su generoso ensueño, gravitando con todo el peso de su gloria y de su espada sobre los destinos de la Nueva Granada, en donde se creía funesto para los principios republicanos el personalismo boliviano de que era Sucre el más fervoroso sostenedor; que Bolívar mismo había declarado que él constituía un peligro para las instituciones; que con Bolívar y sus tenientes en Bogotá, Flores en Quito, Sucre en el Sur y Páez en Venezuela, la influencia venezolana, fraterna, pero en cierto modo conquistadora, y a todas luces nepótica,

se extendía desde Caracas hasta Chuquisaca y lastimaba la dignidad nacional; que todos los celos, todos los temores, todas las ambiciones iban a dar, derecha e inevitablemente, con ese temperamento de genio a quien las dificultades y reveses exasperaban hasta la ira; que una noche de septiembre esos celos, esos temores, esas ambiciones, ciegas y turbulentas, se entraron a San Carlos, puñal en mano, y otra noche de junio apostaron asesinos en el Paso de la Venta para consumir la obra de Berruecos.

Hasta dónde es exótico el personalismo en la nueva Colombia y cómo se lucha allí por las ideas, lo patentiza la historia de sus partidos, y da vivo ejemplo de ello la actual revolución liberal, cuya absoluta impersonalidad es un fenómeno político digno de ser estudiado en los pueblos carcomidos por el personalismo.

El doctor Villanueva rehuyó desgraciadamente el examen de estas cosas, y nos ha privado de un trabajo que, siendo de su pluma, habría sido elocuente, imparcial y justiciero.

Hechas las dos salvedades que van anotadas, sólo resta decir que la obra en lo demás es tal como la esperábamos y, a no faltarnos literalmente el tiempo, ensayaríamos estudiarla bajo otros aspectos a fin de hacer justicia a sus indiscutibles méritos.

* * *

***Sucre Magistrado*, por S. Llamozas. *Noches del Panteón*, por Eduardo Blanco
Caracas, 1895**

Esta misma premura nos impide hacer más que pasajera mención de la prosa dedicada a la memoria de Sucre en las fiestas centenarias. Leyéndola se da uno cuenta de la monotonía de los viajes a través del Sahara. ¡Qué interminable desierto! Ni cóleras de simún, ni sonrisas de espejismo. Sobre aquel hombre que amaba “la imparcialidad propia

de almas libres y elevadas”, que “detestó las lisonjas, y sólo quería oír la verdad desnuda y sin disfraces”, han caído más períodos de altisonante palabrería que balas llovieron en Ayacucho. El tono ha sido uniformemente apologético, el carácter uniformemente superficial.

La Academia Venezolana abrió a certamen el tema de *Sucre magistrado*, y halló digno del premio el trabajo del señor Llamozas. Lo aguardábamos con ansiedad. Ya íbamos a saber los quilates de hombre de Estado que había en el Gran Mariscal: negociador del armisticio, plenipotenciario en Lima, íbamos a verlo revelar primero, demostrar después su contextura y su conciencia políticas, y luego en Bolivia veríamos hasta dónde iba el magistrado iniciador en los caminos de la libertad y del progreso, cómo entendía y cómo ejercía el arte de gobernar, y sabríamos qué pensaba del plan de monarquía, qué de la constitución boliviana, de política colombiana y de política americana. Esperábamos, en suma, una monografía tan completa como lo permitieran los datos obtenibles. Nada de eso. Por más acostumbrados que estemos a las sorpresas académicas, nunca llegamos a figurarnos que el trabajo premiado eran simples variaciones cuasi biográficas, en mucho inferiores al *Ligero esbozo* de López Méndez, graciosamente ejecutadas alrededor del mismo tema, por el pianista señor Llamozas. La ópera resultó murga.

Ya nos consolarán de esa malaventura las *Noches del Panteón*, pensamos. El mago de la *Venezuela heroica* va a tocar con la punta de su varita reveladora una lejanía cualquiera del horizonte: la luz va a desparramarse en haces multicolores; una explosión de claridades va a iluminar los cielos.

Pérfida así la suerte nos engaña

De no estar en la portada el nombre del autor de aquella *Noche en Ferrara*, habríamos creído que era el mismo señor Llamozas el ejecutor de esta pieza. Es impertinencia pedir a toda hora novedad cuanto a la idea o cuanto al plan, pero en el género a que sigue siendo fiel el señor

Eduardo Blanco, género apellidado por desacato rimbombante, se exige cierta original valentía de estilo, frases de brioso arranque, ímpetus de elocuencia que al arrastrarnos a la admiración produzcan aquel “ligero frío en la espalda” de que hablaba Job. Otras formas literarias basta a redimirlas la armonía, o tal grado de bondad o tal grado de belleza, pero en la epopeya ha de recorrerse toda la escala estética, tocar sus términos y estallar en una como fulguración, en el sublime, que es la culminación de lo bello.

A los tenores se les exige el do de pecho.

La epopeya es difícil.

Esta vez el señor Blanco no estaba en voz. Las *Noches* resultan ser Landaeta Rosales puesto en música. Música y decoración wagnerianas: atambores, clarines, retumbo de cañones, rayos, truenos, escenario sin linderos iluminado como por fantástica pirotecnia, por la flamígera actividad de todos los cráteres andinos, y, en el fondo del cuadro, entre si trota o galopa, la estadística de nuestro laborioso y muy estimado compatriota.

¿No es verdad que ha perdido mucho Bolívar, como orador, de 1830 a esta parte? Porque el discurso que le oyó don Eduardo Blanco en el Panteón es muy malo.

Si de la práctica constante de los maestros no se dedujera, bastaría la lógica a enseñarnos el precepto. Cuando la ficción requiere que el autor ponga ideas suyas en boca de una personalidad ilustre debe ser tan conciso cuanto lo permita la claridad y lo autorice el estilo del personaje cuyo lenguaje imita. Bolívar en sus proclamas y discursos es naturalmente épico. Su frase casi descoyuntada a veces por violentos regímenes vibra por lo numeroso y lo enérgico, por la riqueza del ritmo y del color. En este discurso aparece pedestre, deslustrado, cosa así de discurso de orden, pronunciado por el bachiller Timón el 5 de julio, en Paracotos.

Segundas partes nunca fueron buenas, dijo Cervantes, y si él mismo y Goethe fueron excepciones, el autor de *Venezuela heroica* ha venido a confirmar la regla. Repongámoslo en el alto pedestal de su bien merecido renombre, y convengamos en que los pecados veniales, mortales o académicos que cometa Eduardo Blanco quedan, *ipso facto*, remitidos con sólo el cuadro inmortal de las *Queseras*.

* * *

***Bolívar y Piar. Episodios Históricos (1816-1830)*, por L. Duarte Level⁹¹**

Dícese que al estudiar una obra con ánimo de juzgarla debe prescindirse de la persona del autor, no sea que influyan el prestigio o los prejuicios que él inspire en el ánimo del crítico y lo inciten a parcialidad en pro o en contra del libro y del escritor. En los trabajos históricos especialmente es a la autenticidad de los hechos expuestos y a la justeza de las conclusiones deducidas a lo que debe atenderse el lector y no a examinar quién expuso aquellas y dedujo estas. Pero es el caso que cuando no es la historia tan remota que no interese directa y cuasi personalmente a los coetáneos; y se escribe para un público cuyo rasgo característico es acaso el apasionamiento por las personas; y quien escribe es hombre tan estimado como atacado por razones de bandería (que ahora precisamente renacen en Venezuela), es inútil seguir aquel consejo por óptima que fuere la doctrina que lo informa.

Lo humano y lo corriente, además, es que hombre y libro constituyan una sola entidad, como que este no viene a ser sino un reflejo de las aspiraciones o una como porción del espíritu de quien lo hizo. La criatura resulta siempre ser imagen y semejanza de su creador.

Bolívar y Piar tienen la fisonomía de Duarte Level. Las figuras escogidas para el estudio son las más enérgicas y agresivas de su época; los temas

[91] _ *El Cojo Ilustrado*, N° 130, Caracas, 15 de mayo de 1897 (N. del E.)

aquellos más escabrosos y en que más falta hace la luz de la controversia; el criterio, uniformemente y esencialmente liberal, por un estilo sin pretensiones, en veces rudo, en otras elocuentísimo, impregnado de esa imparcialidad preconizada de tantos y de tantos temida, que consiste en llamar las cosas por sus nombres sin temeridad pero sin vacilación, tan lejos de los distingos de Baralt como de los ditirambos de Larrazábal: imparcialidad sin la cual conviértese la historia en panegírico o en requisitoria y que no lleva otra idea preconcebida sino la de que resulten del tamaño que realmente son las voluntades, los cerebros y los corazones de los personajes presentados y con la amplitud que realmente alcanzaron las épocas juzgadas. Opina él, de consiguiente, que el concepto de hombres providenciales puede a lo más ser admitido como figura retórica y que es de la lucha entre el ideal a cuya realización aspiran y las pasiones y mezquindades que no alcanzan a domar; de la brega entre las previsiones del genio y lo falible de su humana condición que surgen los grandes hombres de entre sus propias sombras y tinieblas a excelsitudes ante las cuales el vulgo de las gentes y aun inteligencias cultísimas se prosternan, doblan e idolatran.

Él no cree en semidioses, sino sabe que lo hondo de la barranca, la cima de la colina, la cumbre de algún monte gigantesco y las distancias a que de nosotros están los cuerpos estelares tienen una medida precisa, que es la realidad.

A fin de situarse en ella la tradición oral y la escrita cuidadosamente recogidas y compulsadas: las historias, memorias y correspondencias; cuanto tiene el carácter de autenticidad requerido por la crítica ha sido utilizado por él para darnos cuenta del episodio que comenzó con la campaña de Guayana y termina en el banquillo de Angostura; y de la extraña curva descrita por los sucesos, o más bien por la estrella del Libertador, desde Carabobo hasta la tragedia de la Quinta de San Pedro, curva rayana a la deificación cuando se proyectó el imperio de los Andes y cuando Páez recibía de manos de Bolívar “la espada redentora de los

humanos”, curva que luego baja hasta el infierno del 25 de septiembre y se hunde en la imborrable vergüenza del decreto de expulsión dictado contra el Libertador.

Sin otro artificio que el de agrupar hábilmente los datos que andan por ahí dispersos y el de desentrañar con rara sagacidad la clave que encierran, arroja él cruda luz sobre esos panoramas históricos tan oscurecidos por la timidez, o la adulación, o por falsa noción del patriotismo. ¡Páginas hay que son semilleros de sorpresas! A través del lente que él nos da, lente que no aumenta ni achica, aparecen Urdaneta, Arismendi, Roscio, Bermúdez, Peñalver, Briceño Méndez, Guzmán, Anzoátegui, Soubllette, Santander, Páez... y la honra de quien la hubo y las triquiñuelas y flaquezas de quienes vacilaron.

* * *

Uno como caso de conciencia asalta al dar cuenta de un libro que sólo ha de ser entregado al público dentro de algunos meses, y es el temor de hacerle injusticia y de cometer indiscreción revelando en síntesis incompletas las conclusiones que de él se desprenden. Pero el deseo de revelarlo es irrepresible.

* * *

Simpática y procera cuanto es trágica, aparece en las lontananzas de la historia la sombra de Piar: ¡sombra egregia! Una implacable fatalidad le infamó antes de nacer engendrándole bastardo en vientre de mujer indigna de ser madre: de mujer que no tuvo el valor de su falta ni el de redimirla con los resplandores de la maternidad aceptada y cumplida en lo que tiene de más augusto, que es el sacrificio sin término ni medida. Esa misma fatalidad lo detuvo un día en el camino de la gloria, lo sentó en el banquillo y le dio muerte infame como fue su cuna. Y por sobre

la miseria de esos pañales y de ese sudario el grande hombre arroja el pabellón de Güiria, del Juncal y de San Félix y envuelto en él se presenta a los pósteros sobre el pedestal del cadalso que ocultan y transfiguran en amontonamiento glorioso sus laureles de inmortal.

Luego que José Tomás Boves cayó en Urica arrastrando en su caída a la república, la odisea de Bolívar fue amarga e infecunda. Los destinos huraños se le enfrentaron. Morillo, señor de la Nueva Granada, dictaba órdenes a la Capitanía General de Venezuela y al virreinato de Quito. La retirada de Ocumare, el desastre de Clarines, el fracaso de Barcelona, la cuasi permanente rebeldía de Mariño y de Bermúdez, apenas dejaban a Bolívar la luz y la esperanza de su genio. Lo constante de sus reveses había aminorado su autoridad entre sus tenientes y acrecentado la emulación de sus rivales. Páez constituía entidad aparte y soberana en la llanura. Monagas y Zaraza poseían precariamente el terreno que pisaban. Entretanto, Piar había concebido un plan y estaba realizándolo contra el dictamen del Libertador. Sólo Piar previo que Guayana era la base, indispensable en lo estratégico e inagotable en lo económico, de la independencia. Formó ejército, venció por la previsión y el denuedo y fue él quien por primera vez asentó sobre fundamento indestructible la patria e hizo posible la organización de la república. Todo cuanto aconteció después data de San Félix. La campaña de Guayana fue la más trascendental y una de las más bellas de nuestro ciclo heroico.

Bolívar fue en busca de Piar con quince compañeros. ¿Qué traía? ¡Un sueño! El venía de Casacoima en donde había realizado en los limbos de profético delirio la redención del continente. Esa visión era su fuerza incontrastable. Sólo él la comprendía, sólo él se sabía capaz de realizarla: cuando él hablaba lo hacía en nombre de prodigios que por entonces sólo existían en su mente; en nombre de Bomboná, de Pichincha y de Ayacucho no nacidas a la historia; por eso su palabra bajaba de tan alto y se imponía. Cuanto repugnaba a su plan o no encajaba en él; cuanto

no ajustaba ordenada y dócilmente dentro de la inmensa órbita de su inmenso empeño debía ser aniquilado y destruido como superfluidad nociva a la empresa colosal que él se proponía.

Piar era un generoso audaz, un gran táctico, un capitán igual al que más talla alcanzara entre sus compañeros de armas. La fe ciega en su espada le hacía juzgarse el más digno de guiar a los patriotas a la victoria y de consumir la obra por él comenzada. Bolívar a sus ojos era un general mediocre. En buena hora que fuera el jefe supremo de la república, pero por qué no había de ser él el brazo de aquella cabeza, el general en jefe del ejército libertador. La discrecionalidad de Bolívar era insoportable a su temperamento por lo que tenía de arbitraria y la estimaba perjudicial a la majestad de las armas republicanas por lo que tenía de falible y malaventurada. Él quería reducir a términos más decorosos la autoridad omnímoda del jefe: hacer de una vez efectiva la república, transformar en simple superior jerárquico a aquel señor omnipotente.

La ambición de Piar, con ser generosa y patriótica, era más personal e infinitamente más reducida que la de su jefe. Le faltaba la amplitud estupenda de los ideales supremos y la cegadora reverberación del genio.

Aquellos dos hombres no se odiaban, pero cada uno de ellos conceptuaba al otro nocivo a la salud de la patria y se tenía a sí propio por más apto para rematar la obra emprendida. Una de las dos pretensiones debía prevalecer. Piar entendió que fuera la de él y recordando promesas anteriores aspiró a limitar la autoridad del jefe supremo. Meses más tarde el congreso de Angostura hará ese deslinde de jurisdicciones conforme a las ideas de Piar; pero cuando él lo propuso, Bolívar lo tuvo por novedad peligrosa.

Desanimado y reducido a la impotencia por la política superior de su rival se retiró del ejército y pensó en volver a la vida privada. Pero lo cruel de su suerte quiso que fuera hartamente temible para ser perdonado. No en pro de ambición menguada pero en aras del ideal según cada quien

de los dos lo entendía debía ser sacrificado el vencido. Piar había pedido y obtenido licencia indefinida y fue, no obstante, juzgado como desertor. Aceptó una comisión de Mariño, quien campaba por su respeto; y mientras Mariño era perdonado fue él aprehendido, cayó a los pies de Bolívar y el carro de la revolución pasó por sobre su cadáver como había pasado por sobre Miranda.

Si no pareciera irrespetuoso, y no es mi intento que lo sea, diría que la sangre de Piar ungió la persona de Bolívar, consagró su contestada omnipotencia y la hizo indiscutible.

Sin reconocer ese cesarismo no se explica la historia de Colombia y es por reconocerlo lealmente por lo que Duarte Level expone y explica con tal claridad los sucesos que de esa fecha al 17 de diciembre de 1830 se verificaron del Guaire al Guayas.

Inmediatamente después de Carabobo, envainados los aceros y salidos los actores de la escena de la epopeya se les mira empequeñecerse. Los héroes de la víspera resultaron al subir al solio de la altura que de ordinario alcanzan los magistrados supremos en las democracias, altura que por ilusión de perspectiva aparece mayor por la majestad de la época. Eran del tamaño de la presidencia de una sección de Colombia, o de una rivalidad antipatriótica como la que provocó los acontecimientos de 1826, o de una conjuración como la de septiembre, o de una infamia como la de 1830.

El vicio de aquel período fue la doblez, porque ese era el pecado negro de los que estaban en el poder.

Bolívar, que había rechazado noblemente los proyectos monárquicos que le fueron presentados en 1825, aterrado más tarde por la inutilidad de sus esfuerzos y la inestabilidad de Colombia y aturdido por el insistente y unánime clamor de todos, llegó a convenir, en fuerza de sus desengaños y con manifiesta desgana y reticencia, en que se estudiara la posibilidad

de establecer la monarquía, y convino seducido, no por el trono que tenía por indigno de él, sino porque en su desaliento creyó que acaso él estaba errado y los demás en la razón, y que esa forma de gobierno convenía más a la existencia de Colombia. Ese instante de vacilación bastó para que le acusaran de aspirar a la corona los mismos que venían hostigándolo y sugestionándolo desde hacía un lustro con la necesidad de establecer el imperio de los Andes.

El maquiavélico incondicionalismo de Páez a Santander: sus rebeldías de luego; lo rastrero de las intrigas monárquicas y separatistas pone de manifiesto las flaquezas de aquellos hombres y demuestra que sólo el Libertador, él no más y Sucre, tenían la conciencia, la dignidad y la talla de su misión histórica.

Si durante la guerra la supremacía de él era y fue inevitable, luego de constituida la república él no abusó de la ley sino por conjurar la anarquía y engrandecer a Colombia. Sin la exigüidad moral de los que fueron sus corresponsales en el poder, la confederación habría descansado sobre basamento más sólido que el prestigio y el querer de un hombre, por excelso que ese hombre fuera; ni habría dependido la forma republicana de nuestras instituciones de la abnegación de él; ni hubiera sido cometido en favor del caudillaje y de los áulicos el error de la desmembración; ni se hubieran cumplido así literalmente la palabras de Páez: “Mañana se pedirá lo mismo (la muerte) para el libertador de Colombia y el Perú. Habrá una república llevando el nombre de usted y un alcalde de barrio lo llevará aquí a la cárcel”. “Mi general, esta no es la tierra de Washington; aquí se hacen obsequios al poder por temor e interés como se le han hecho a Boves y a Morillo; y el fundador de la república será insultado por los hombres más viles el día que volviese al recinto de su casa”.

Así, insultado por los más viles, proscrito y perseguido por los mismos a quienes había engreído y perdonado va el héroe hasta Santa Marta, mientras Sucre se encamina a Berruecos.

Son esas las lecciones que este libro enseña, ricamente documentadas y en compendiosa concisión. Los capítulos relativos a los proyectos de monarquía, a Piar, al proceso separatista pueden ser tenidos por definitivos y reservan más de una sorpresa a quien en estos estudios se interese. El que se refiere al primer congreso de Angostura tiene la sencilla majestad del asunto. *La imprenta*, *La beligerancia*, son ajenos a la índole del libro y el segundo en especial es una disertación por tono y modo distintos del resto. Dos cuadros muy interesantes son los que intitula *Arismendi* y *El Parlamentario*. Aquel, una acuarela; este, un aguafuerte.

Bolívar y Piar responde a una necesidad urgente y presta un ejemplo que es útil seguir. No hay duda en que el tomo lejos de pasar inadvertido provocará controversia y aun polémica. Cuanto a su autor, cierto es que se abre lugar muy merecido en la literatura venezolana.

* * *

***Médicos Venezolanos*, por el doctor José Manuel de los Ríos⁹²**

Enriquecer la literatura venezolana con las biografías de los venezolanos eminentes es no sólo obra meritoria sino oportuna y necesaria. Los materiales con los que deberá escribirse un día nuestra historia están incompletos, dispersos, desfigurados por la tradición y alterados por el sello oficial que llevan las más de las crónicas e historias publicadas hasta el día en el país. La biografía de los hombres que han alcanzado proporciones históricas es el análisis de la influencia ejercida por ellos en el dominio en que culminaron. ¿Qué encontraron, qué dejaron? ¿Qué destruyeron, qué fundaron? Es eso lo que la crítica pregunta y eso lo que el biógrafo está obligado a responder. Ese trabajo no está hecho en Venezuela, ni siquiera respecto a Bolívar, Páez, Piar, Soublette, Falcón, Zamora, respecto a los libertadores y a los fundadores de la república

[92]_ *El Monitor Liberal*, Caracas, 25 de noviembre de 1898 (N. del E.)

y de sus partidos. La obra de Larrazábal es un himno, no un estudio serio del Libertador, que resultará más grande cuando se le estudie como a hombre; cuando la crítica consciente, austera, le retire de entre la polvareda de adulación póstuma en que le envuelve un mal entendido patriotismo, y le coloque sobre el pedestal de sus hechos. Biógrafo tuvo Vargas en Villanueva, lo tuvo Ribas en Juan V. González, que nos legó en ella una de las páginas más intensamente conmovedoras de la literatura americana, Sucre en López Méndez, y Miranda, como general francés, en Arístides Rojas, Vicente Marcano en el libro consagrado por el amor fraternal a su memoria, y algún otro trabajo de mérito existe que no nos viene a la memoria en el instante en que escribimos. La obra de Azpurua, la de McPherson, es en parte de compilación, en parte de simple apuntamiento, y acaso los historiadores que de ella se sirvan tendrá más de una vez que ocurrir a las fuentes en busca de algo más completo y sustancial.

¿En dónde está la rectificación de los juicios erróneos y de los fallos parciales de Baralt, en dónde el complemento a las mutilaciones infligidas a la documentación de O'Leary y de Blanco?

Compleja y grande es la obra del biógrafo. El fondo del cuadro es la historia de la época en que el personaje aparecerá, y ha de ser descrita con tal verdad que se sienta el deseo y se reconozca la necesidad de que comparezca en ese escenario la luz que ha de disipar las sombras del paisaje. Delinease entonces la personalidad, se la mira avanzar demoliendo para construir sobre las ruinas de lo viejo el edificio del porvenir, y cuando el actor desaparece la escena ha cambiado y queda en pie la obra.

El libro del señor J. M. de los Ríos no es una contribución a la historia patria en el sentido que dejamos apuntado. Vargas, Acosta, Michelena, Parras salen intactos de la páginas que a ellos se les dedican. ¿Qué influencia ejercieron, qué escuela fundaron, cuál innovación aportaron, qué rasgos predominantes caracterizaron su obra, qué dicen en sus libros, acertaron siempre, erraron alguna vez, cuál era el estado de la ciencia o de los estudios

científicos para la época de la comparecencia de ellos en la historia y cuál para la época en que desaparecieron? El libro del doctor José Manuel de los Ríos no responde a ninguna de esas interrogaciones. Son biografías en blanco. Ninguna de sus afirmaciones apologéticas va seguida de la prueba documentada o de la exposición lúcida de sus fundamentos. Acaso sea esto debido a la influencia que ejerzan en los métodos del autor sus profundas creencias religiosas. El hábito de creer por la sola misteriosa virtud de la fe, ante la cual cuanto huele a prueba y a documento huele a duda y herejía, debe rebelar a los que están sujetos a él, contra esa tiranía de la razón que pide comprobación plena de cada aserto.

Médicos Venezolanos es simplemente un recuerdo simpático del discípulo y el colega a sus maestros y predecesores. Homenaje de un médico eminente y de un hombre generoso que, como en el prólogo lo dice el doctor Eduardo Calcaño, no piensa sino en la gloria de los demás. Son siempre-vas, no palmas, las que él consagra a la memoria de aquellos hombres.

El aplaude, no estudia; pero acaso su aplauso despierte en otros el deseo de emprender la honrosa fecunda tarea de señalar puesto en la historia a esos varones sabios y justos, cuya verdadera fisonomía nos aparece borrada por el vaho de la peor de las ingratitudes: la del olvido.

* * *

El Doctor Francia, por Tomás Carlyle⁹³

(Traducción del inglés: Luis M. Drago. *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias*. Buenos Aires, 1908)

Realmente es inexplicable que no hubiera una edición castellana del *Doctor Francia* de Carlyle. En América, la tierra más fecunda en dicta-

[93]_ *La Semana*, N° 4. Nueva York, 29 de abril de 1908 (*N. del E.*)

dores, los providenciales debieran haberlo hecho traducir y circular profusamente, desde hace mucho, hasta como texto de escuela, para edificación de los pueblos. Porque ese libro es una canonización solemne de don José Gaspar Rodríguez Francia, dictador perpetuo del Paraguay, y un alegato de legitimación del despotismo en los demás Paraguayes de este planeta. Antes de que Nietzsche los bautizara, Carlyle rindió culto a los superhombres, y entre ellos coloca a su doctor Francia, que no es el legendario y tradicional que anda por el mundo. La primera vez que leí ese ensayo de Carlyle en el texto inglés, pensé en el monstruo prehistórico reconstruido por Cuvier sin más dato que un hueso del animal extinto. Una oración fúnebre, un ensayo histórico de dudoso mérito y unas relaciones de viaje, que él mismo encuentra detestables y vacías, le bastaron para reconstruir la personalidad del déspota taciturno y la fisonomía de su país y de su época. Menos se sabe de ciertos personajes históricos cuyas biografías muy pulidas y redondeadas cursan como moneda esterlina. Menos se sabe a ciencia cierta, al decir de modernos exégetas, del divino Jesús. Arduo sería compulsar datos para darle a este santo del almanaque del ilustre filósofo los retoques y remiendos necesarios por lo que resultare ser la verdad histórica, que al cabo, no se tiene noticia de dónde está. ¿Quién puede asegurar que de cuantos doctores Francia les han presentado a los hombres historiadores y cronistas más o menos verídicos, este de Carlyle no es el más humano, el más exacto al original? Exprimir de una vida y de un nombre, cuyo solo recuerdo produce calofríos de pánico, la esencia de renunciación que los explica, la chispa de sacrificio que los ilumina y consagra, es obra buena del genio. ¿En dónde comienza la perversión de la verdad por el egoísmo, por la ignorancia, o la pasión noble o rastrera? Nadie lo sabe. La calumnia es tan audaz y aleve, tiene tal don de ubicuidad, ejerce tan invencible atracción sobre el noventa por ciento de los hombres que algunas de las más negras reputaciones de la historia y de la vida diaria son pura obra

de Galeoto, de la formidable calumnia omnipresente que todo lo mancha, especialmente lo que es albo, y que proyecta sobre cuanto alumbra, la sombra asesina de su lengua triangular, cuyos tres vértices son mentira, vileza y cobardía. Preferible es aceptar la pintura que un espíritu íntegro hace del doctor Francia proyectando la luz de su piadosa filosofía sobre las más oscuras rugosidades de aquel carácter; preferible es ese bajorrelieve de una virtud macabra, que el doctor Francia de la leyenda corriente, ennegrecido por el vulgo de las conciencias serviles que han barajado su nombre con el de Satanás. Carlyle tiene razón en creer que ese abogado que gobernó por veintiséis años el Paraguay era intelectual y moralmente lo supremo y lo óptimo de su país durante el florecimiento de las dos generaciones que presidió. Si hubiere error de juicio, es más disculpable y quizás más fecundo emblanquecer lo negro que ennegrecer lo blanco. Esto último es la función habitual de la medianía y la nulidad contra todo lo que descuella. Yo, al menos, prefiero el caos de donde un *fiat* mítico o genial puede hacer surgir soles y universos, a esa nube de moscas que en donde se posa mancha y deslustra.

El doctor Francia de Carlyle fue el hijo de un ganadero anónimo, acaso francés de origen, educado por los jesuitas, destinado al sacerdocio, pero salido del seminario a ejercer la abogacía. Gran adepto de las ciencias exactas y de las ocultas, ingeniero y astrónomo, algo más que cuatriborleado porque en el seno de la Compañía de Jesús había adquirido la pecaminosa afición de la astrología y buscó acaso en sus mocedades, entre pleito y pleito, la piedra filosofal. Como abogado, antes prefirió defender al enemigo en una causa justa, que patrocinar siquiera con su inacción al amigo que pretendía desposeer inicualemente a aquel con las mañas de un picapleitos de alquiler y las de un juez venal. ¡Ah, señor don José Gaspar Rodríguez Francia, ruedan por este mundo en el vigésimo siglo de la era cristiana, gentes que te llaman satánico y son incapaces no sólo de no amparar al cliente mañoso sino de no ayudarle

a calumniar en el pretorio al hombre justo, y que creen ejercer profesión honorable en la tenebrosidad de esos abismos! ¡Ah, don José Gaspar! Después de tu muerte, don Domingo Rodríguez encuentra abogados y hasta jueces. Pero, basta de digresiones. Pareciera que la lectura de Carlyle, que en este mismo libro afirma bellamente que “la concisión es el alma del buen decir” (*Brevity is the soul of wit*), me hubiera comunicado su reprochable tendencia a digresionar, quebrantando su propia, acertadísima máxima. Sonó la hora de la independencia de la América hispana y el integérrimo abogado fue a ser secretario de la junta de gobierno presidida por don Fulgencio Yegros, por la voluntad de un congreso de buenos y ricos jinetes, de centauros, que diría un modernista, dorados de por fuera y vacíos de por dentro. Hubo despilfarro y politiquería de manos puercas, voluntario apartamiento del taciturno, un segundo congreso que eligió a don Fulgencio y don José Gaspar cónsules conjuntos, encargados de gobernar el Paraguay. El año siguiente el doctor Francia, que se había dedicado a estudiar el arte de la guerra y a captarse el ejército, obtuvo del congreso la investidura dictatorial por un trienio, y sin cónsul adjunto ni asamblea deliberante, se dedicó a limpiar el establo, a administrar con inaudita pulcritud las rentas, a aislar el Paraguay de la turbulencia que conmovía a la América desde México hasta la Patagonia, hasta prohibir todo comercio con el extranjero sin su permiso expreso, a promover la agricultura, a debelar una conspiración, a contener el clero “a ser, dice Carlyle, la encarnación del único gobierno de que era susceptible el Paraguay”. Promotor de escuelas y de actividad, aniquilador del bandolerismo y el peculado, patriota sombrío que en aras de la paz, según él la entendía, inmoló cuarenta adversarios políticos en los cinco largos lustros de su tiranía, sobrio, frugalísimo, íntegro, estudioso y de acérrima inflexibilidad, he ahí el Francia de Carlyle, consagrada la vida a la creación de una nacionalidad conforme la concebía su ciencia, que era una suerte de ignorancia envainada en la

estrechez de su espíritu, y a su misantropía dura y tristísima de astrólogo cuatriborleado y descreído.

Pobre doctor Francia, cuya fama de sanguinario asombra a la posteridad porque en un tercio de siglo alzó cuarenta banquillos políticos, allá en las fronteras de una época bárbara y de un medio semisalvaje. ¿Qué dirán los pósteros de los dieciséis fusilados a las márgenes del Orinoco en una hora bajo el régimen del restaurador Cipriano? ¿Qué de la veintena de ejecutados en la ciudad de Guatemala, de lunes a martes, bajo el gobierno del muy popular licenciado Cabrera?

El doctor Francia de Carlyle es preferible al otro, al clásico. Quizás es el verdadero. El doctor Drago ha rescatado del inmerecido silencio de las bibliotecas un libro útil a las gentes que hablan castellano, y su muy honrada y fidelísima traducción dará, sin duda, nuevo ímpetu a los estudios históricos acerca del dictador perpetuo y de su época en toda la América hispana.

Del patriotismo⁹⁴

(*A vuela pluma*)

A propósito de recientes artículos de Tolstoi⁹⁵ en los cuales reafirma las ideas ya antes expresadas en libro contra el sentimiento del amor a la patria, publica M. Clemenceau una hermosa página en *Le Journal* en defensa del patriotismo.

El escritor ruso, empecinado dialéctico que se sirve de su poderoso estilo para deslumbrar con brillantes sofismas las conciencias oscuras, no a fin de engañarlas sino de engarzarlas a la propia alucinación de que él es víctima, denuncia el patriotismo como el más estrecho y perjudicial de los sentimientos colectivos contemporáneos. El periodista francés, luego de recordar que Maratón, Salamina y Platea, obra del patriotismo griego, nos salvaron de la “estupefacción del Asia”, de que Jerjes hubiera “asiatizado el Occidente”, defiende el patriotismo como una de las fuerzas primeras de la evolución humana y uno de los más poderosos agentes de la civilización, y pregunta desde cuándo la idea libertadora y benéfica de patria se transformó en reaccionaria y funesta.

Es indudablemente curioso el hecho de que dos claros ingenios nutridos con la médula del león del pensamiento occidental vacilen en

[94]_ Publicado en *El Cojo Ilustrado*, N° 108, Caracas, 15 de junio de 1896 (*N. del E.*)

[95]_ *Revue Blanche* (15 de abril-1° de mayo)

cuestión que, aun cuando de suyo teórica, comporta trascendentales consecuencias prácticas de segura aunque lejana aplicación. El eslavo reniega del patriotismo olvidándose de Moscú y del Beresina; el francés se abraza tenazmente a la idea patriótica olvidando que la Lorena, el viejo Lothringen sajón reconquistado por Prusia es el origen de las recientes y acaso imborrables desgracias de Francia.

Vaga y yerra quien pretende resolver cuestiones de la naturaleza de esta sin recordar que el fundamento de las más altas y bellas aspiraciones humanas es puramente utilitario. Lejos de mí la idea de renegar de tan gloriosa y noble noción como es la de patria, pero fuerza es reconocer que en el estricto sentido histórico la patria, o sea la nacionalidad, es la ampliación de la tribu, del patriarcado, de la familia, es decir, del derecho de propiedad individual, hecho colectivo por las necesidades de la defensa y para los efectos del ataque. Es la vieja parábola que enseña cómo el manojo de varas es más fuerte y resistente que cada vara de por sí. La razón que unió en una sola entidad beligerante las doce tribus de Israel, y en una sola hegemonía las ciudades de la Hélade, es la que a las postrimerías del siglo decimoctavo federa los estados del Norte de la América, y la que junta, primero, las provincias de la Capitanía General de Venezuela y las coaliga luego en una gran Colombia con el Virreinato de Santa Fe y el de Quito.

Es el patriotismo el que ha hecho la historia, y va errado Tolstoi cuando niega el papel capital que ese sentimiento ha representado y representa en los anales del género humano, como va descaminado Clemenceau cuando afirma que el patriotismo es la tabla de salvación de los pueblos modernos.

Entre esas dos exageraciones está la verdad; término medio odiado por los espíritus fuertes, pero no por ello menos digno del respeto universal.

Estúdiese el paso lento, la evolución, como hoy se dice, de la cultura occidental y se verá que es modificando la prístina noción patriótica

como han alcanzado desarrollo y supremacía universal los pueblos modernos. La China representa, por excelencia entre todas las naciones, el viejo patriotismo. El cañón de Occidente abrió sus puertas al comercio, pero en el interior del vasto imperio ni aun la sandalia del misionero ha profanado el suelo reservado a los autóctonos. Y la China está destinada a desaparecer por cuanto ella es una rémora que no consienten en arrastrar los pueblos que marchan en tanto ella permanece estacionaria. Esa inmensa mole informe es la obra del exclusivismo. Ella sabe hoy poco más, poco menos, lo que sabía en los días de Confucio. El Japón, su terrible vecino, ha sacrificado en aras del progreso hasta los privilegios dinásticos de ocho siglos de no interrumpido imperio, y serán estos isleños del Oriente quienes realicen la formidable confederación asiática que tarde o temprano ponga a raya a las depredaciones europeas.

Pero es que el Japón, como los Estados Unidos, como la Argentina, es la obra del cosmopolitismo. No ya como en los antiguos días de la Roma consular son tenidos por bárbaros los hombres que pueblan un suelo y hablan un idioma distinto del suelo y del idioma de la altiva ciudad conquistadora. No ya son u *hostes* o vasallos los extranjeros. Ahora se les admite, se les otorgan privilegios, se les da tierra en propiedad, se les conceden derechos políticos, sin excepción, se les integra en la patria y se universaliza la conciudadanía. En una reunión de electores, es decir, de compatriotas, puede muy bien realizarse el espectáculo inaudito de una multitud babélica cuyos individuos, ligados por un mismo interés procomunal, hablen diversas lenguas al punto de no entenderse los unos con los otros, profesen diversos credos, adoren diversos dioses, se nutran con diversos alimentos y vistan trajes disimilares.

No ya el antagonismo de nación sino que el de raza también se borra en la conciencia de los hombres. La triple alianza hermana a los pobladores del viejo Lacio con los teutones y con los hijos de Atila; los franceses se alían a los eslavos; el Egipto es cuasi anglófilo, y los Estados

Unidos han estado a punto de declarar la guerra a la Gran Bretaña a propósito de la Guayana venezolana.

¿Es esta una extensión o una modificación de la idea de patria? En el hecho es indudablemente una modificación, que en las clases más educadas y en los partidos más avanzados toma decididamente el carácter de negación. ¿Por qué? Porque el patriotismo comienza a sobrevivirse. En el sentido del resguardo de la propiedad existe con no disminuida intensidad y es y seguirá siendo épico del uno al otro polo. Ningún individuo, ningún pueblo digno del respeto de los hombres consiente en dejarse arrebatar tranquilamente lo que es suyo. A la conquista, que ha sido y continúa siendo en reducidos límites, el más poderoso agente civilizador no se someten en paz los hombres en ninguna zona de la tierra. Pero la conquista, razón última de toda guerra internacional, es anacrónica entre pueblos que han alcanzado un grado de civilización idéntico o siquiera aproximado. Negar esto sería desesperar del progreso humano, y sin embargo, desde ese punto de vista el estado de las relaciones de los pueblos cultos es desesperante. Una ambición tan infantil como indecorosa los esclaviza a la política brutal del odio y la rapiña, y por la posesión de un palmo de tierra en cualquier continente se echa a un lado la utópica fraternidad humana y reaparece el salvaje que a la flecha y la honda ha sustituido el fusil y el cañón.

Es ahí en donde a la luz del progreso y del armónico desarrollo de las naciones comienza a ser funesto y reaccionario el patriotismo, porque es ahí donde el amor a la patria provoca el odio a la patria ajena y deja de ser la dulce costumbre del hogar y el noble orgullo de gloriosas tradiciones. En vano lo niega M. Clemenceau. ¿Se aventuraría él a afirmar que, en bien de lo que él llama “el gran patriotismo humano”, Francia debe renunciar a las provincias que la suerte de la guerra le arrebató en 1870? ¡Ciertamente que no! Y, sin embargo, ¿está él bien seguro de que en sólo el cuarto de siglo transcurrido no se ha modificado grandemen-

te el “patriotismo” de los pobladores de la Alsacia-Lorena? ¿Sostendría él que dentro de dos o tres generaciones más seguirían siendo franceses de corazón esos ribereños del Rin? ¿Es Niza italiana? ¿Es polaca Polonia? ¿Y no es la enemistad de Francia y Alemania el factor principal del ruinoso sistema de paz armada en que vive Europa?

El “patriotismo” que engendra esas catástrofes es un sentimiento de exclusión que le viene estrecho al espíritu moderno. Las aspiraciones de los socialistas a una más fraterna y amplia aceptación del cosmopolitismo no son fatalmente ilusorias, y esa ampliación política, profundamente civilizadora, en nada modificará el inmutable amor al nativo suelo, ni el ímpetu misterioso de libertad y de fraternidad que él entraña. Lafayette, al lado de Washington, Garibaldi en la pampa argentina y en la tierra francesa, Miranda frente a los muros de Maestricht, de seguro que entendían así el patriotismo, llevando en el corazón el culto a la tierra y a la raza suyas, y al cinto la espada defensora de los derechos del hombre a fin de extender el imperio de la santa libertad por todo el ámbito de la gran patria humana.

César Zumeta.

Mayo, 1896.

El hombre y la historia

Ensayo de sociología venezolana, por José Gil Fortoul^{96 97}

“El autor circunscribe su ensayo en el campo neutral de la especulación científica y, según la máxima de Spencer, todo autor que considera una teoría como verdadera e importante tiene el deber de propagarla sin preocuparse de sus resultados, cualesquiera que sean”. Esta declaración del doctor José Gil Fortoul al final de la introducción que precede al ensayo ha sido fielmente respetada en todo el libro, y es poseído de idénticos sentimientos como debe procederse a examinar las conclusiones a que él llega. La parcialidad provocada y enardecida por la pasión ha inspirado casi la totalidad de las controversias suscitadas hasta el día presente en el examen de nuestra historia, y el espíritu de partido exaltado por pérfidos ataques ha envenenado la discusión. Subamos, porque es grato, loable y patriótico, al campo neutral en donde el doctor Gil Fortoul sitúa el debate.

* * *

Juzga el autor en primer término que la coexistencia de dos partidos, liberal el uno, conservador el otro, en lucha continua desde los co-

[96]_ Archivo de Zumeta. Este estudio crítico parece haber sido publicado en *El Revisor*, de Caracas, el año de 1896 (*N. del E.*)

[97]_ José Gil Fortoul, *El Hombre y la historia*

mienzos de la Rrepública es una hipótesis nunca comprobada y que el estudio imparcial de la historia demuestra a cada instante que aquellas denominaciones son una verdadera aberración.

Difícil es comprender cómo en un estudio puramente científico se admite la posibilidad de que durante más de medio siglo un pueblo haya mantenido contienda cívica y lucha armada, sin cuartel en ocasiones, sangrienta siempre e incesante a la sombra de dos distintas banderas, hondamente divididos en la defensa entusiasta, heroica, de dos distintas convicciones sintetizadas en dos palabras que llevaban al frenesí a los dos opuestos bandos, sólo por la caprichosa extravagancia de luchar por una aberración y morir por una hipótesis nunca comprobada. Lo científico es desentrañar las causas que bajo esa aparente inconsecuencia y entre esa verdadera confusión de hombres y nombres movieron la masa, la hicieron vibrar, se apoderaron durante más de sesenta años de su conciencia, la impulsaron por un rumbo y le señalaron un ideal.

¿Cuál había sido hasta 1830 el régimen bajo el cual vivió Venezuela?

A las capitanías generales sucedió, porque así lo quiso el generoso anhelo de libertad de los padres de la patria, el código republicano federal de 1811, que gran número de historiadores y Bolívar mismo han juzgado prematuro. Esa constitución tenía que ser y fue la obra de la porción más culta y aristocrática de la comunidad venezolana: fue un don hecho por espíritus magnánimos a un pueblo amañado a la servidumbre colonial y cuyas cuatro quintas partes las constituían gentes de color y el remanente de la raza autóctona.

El ejecutivo quedó autorizado para el ejercicio del poder dictatorial que las circunstancias requerían y del que luego fue investido el Generalísimo. No hubo tiempo de ensayar la ley fundamental de la república. Desde entonces Venezuela fue gobernada por jefaturas militares. La constitución de Angostura quedó virtualmente anulada a su

promulgación misma por discrecionalidad que le fue concedida al Libertador.

Venezuela vivió, pues, regida militar y discrecionalmente hasta 1830.

Reconstituyóse en esa época la república de 1811 con una constitución centro-federal, ejercida por la clase directora constituida por “una oligarquía de grandes propietarios y de jefes militares”⁹⁸. Esa burguesía verdaderamente inspirada en el amor a la patria y en el respeto a las instituciones creyó como el Libertador que “generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallaban en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos, porque carecían de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano, virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos”. Su gobierno fue paternal, de los pocos sobre los muchos, de los pocos fuertes por la cultura, por el prestigio personal adquirido en la lucha emancipadora, o por la riqueza, sobre los muchos débiles por la ignorancia, por lo oscuro de sus nombres o por su pobreza. Las condiciones sociales y políticas dividían al país necesariamente en dos clases: una, reducida, apta para las funciones gubernativas, la otra numerosísima, apta sólo para ser gobernada. El antagonismo de razas, que sí existía en lo social, no se extendía con implacable severidad a lo político, ya que hombres de color figuraron en los congresos y en ciertas esferas oficiales, aunque no las más altas, o por sus luces, o por su importancia militar o por su hacienda, pero siempre excepcionalmente.

Fue después de fracasado el ensayo de gobierno civil cuando un grupo de hombres que se denominó y era liberal intentó la propaganda doctrinaria en el sentido de renovar el personal administrativo, por razones de alternabilidad republicana y de expansión democrática. Iniciada que fue la propaganda, el redactor de *El Venezolano* pronunció la palabra oligarquía, designando con ella a la clase que gobernaba, y le opuso la palabra

[98]_ José Gil Fortoul, *El Hombre y la historia*

democracia, significando con ella al pueblo, que también tenía derecho a entender y a mezclarse activamente en la dirección de sus propios destinos. Esas voces cuadraban apropiadamente a aquel estado de cosas; pero no sólo el personal gobernante las consideró peligrosas para el orden y la buena marcha del país, sino que muchos liberales las juzgaron demagógicas y subversivas. El pueblo entendió, acogió y defendió la doctrina expuesta en *El Venezolano*. En 1846 aristócratas y demócratas violaron la ley, aquellos porque creían hacer obra patriótica conteniendo lo que estimaban funesta novedad; estos por impaciencia y falta de fe en la virtud de los principios. Pero la propaganda de *El Venezolano* “despertó la conciencia nacional ... y abrió la era de las luchas democráticas”⁹⁹.

La masa estaba enfrente de la clase.

Había que hacer una concesión y fue hecha trayendo un hombre nuevo a la casa de gobierno. La elección de Monagas presentó para el pueblo una transacción aceptable porque él era “nuevo”, porque libró a Guzmán del patíbulo, porque la antigua enemiga que entre él y Páez existía, cuasi legendaria, hacía esperar que diera de manos a la “oligarquía”. Cuando los conservadores advirtieron que, en efecto, Monagas trataba de apoyarse en el partido popular intentaron violar por segunda vez la ley encubriendo su intento bajo especiosos y fútiles pretextos. Fue entonces cuando el pueblo, que entre los representantes del antiguo régimen y Monagas prefería a este, consumó el crimen del 24 de enero, obra tan impersonal como nefasta, pero cuya responsabilidad pesa sobre el congreso que la provocó haciéndose partidario y poniendo el prestigio de la representación nacional al servicio de cábalas y pasiones de bandería.

Y sea del caso recordar aquí que no era antojadiza la acusación de severidad, no digamos crueldad, que se le hacía a los padres de la

[99]_ José Luis Fortoul, *ibidem*

república. La pena de muerte por delitos políticos que tan justamente juzga el doctor Gil Fortoul “no sólo atroz sino inadecuada para Venezuela” no era, como nuestro distinguido amigo asienta, una ley a cuya aplicación no podían sustraerse en tanto que existiese ni liberales ni conservadores. Sin hablar de Bolívar, que fue clemente en más de una hora solemne, recuérdese que Vargas, a pesar de lo infame de la conjura de que fue víctima, a pesar del clamor que le pedía las cabezas de los conspiradores, se sustrajo a esa ley conmutando todas las sentencias de muerte que dictaron los tribunales de justicia. ¿Por qué no fue imitado su ejemplo? . . .

El 24 de enero perdió Venezuela el respeto que hasta este día había sido tributado a las instituciones, y el personalismo, consentido por cuanto era tradicional y blando y había venido vinculado en las personas gloriosas de Bolívar y de Páez, apareció sin careta y le fue impuesto al pueblo.

El dominio de Monagas no fue por cierto la realización de las doctrinas preconizadas por los liberales de 1840 a 1864. La dictadura y el nepotismo no eran el ideal de los fundadores del partido; pero debilitar el poder de los Monagas era reforzar el de Páez, caudillo de las dos revoluciones del 48 y el 49 e instigador principal de las que se sucedieron en ese período. Bastaba a las aspiraciones populares de la época el verse representadas en masa en cierta medida en el gobierno por “hombres suyos”, y el alejamiento del poder a que se hallaban reducidos los hombres de 1830 a 1846, en quienes la pasión sectaria creía ver a los enemigos natos del pueblo, los defensores del cadalso y de la esclavitud.

Los hombres que sí se daban cuenta del desprestigio en que caían las instituciones y de la necesidad de velar por ellas, hombres que antepoñían el interés nacional a consideraciones sectarias, convenían entretanto en derrocar a Monagas y lo hicieron mediante la traición de Castro. Procédese al punto a convocar una convención y en ella a dictarse un nuevo código fundamental, de transacción, informado en principios

decididamente liberales. Por un instante pudo creerse que la era constitucional volvía a abrirse tras largo paréntesis. Dos movimientos se hicieron sentir, sin embargo, que disiparon esperanza tan halagadora. Fue el uno la sorda conmoción popular que desde el día mismo del derrocamiento de Monagas se propagó por toda la república, señal cierta de próxima guerra. Era que los antiguos nombres habían vuelto a sonar, era que los hombres de 1846 volvían al poder y la masa hasta ese día indiferente a la marcha de la política despertaba de nuevo recelosa de que Venezuela recayera en manos de la minoría aristocrática. Si la constitución era menos liberal que la de 1858, ese era tecnicismo que la gran mayoría analfabética no se detenía a considerar. Lo que instintivamente la ponía en guardia era que los antiguos oligarcas estaban de nuevo en la casa de gobierno, en las gobernaciones de provincias, en las jefaturas de parroquias.

Era el otro movimiento el que esa actitud popular determinó entre politicastros y doctrinarios en Caracas, a fin de hacer el mayor número de concesiones y de dar el mayor colorido liberal a la administración, por ver de calmar la creciente agitación pública. Intrigas palaciegas, golpes de cuartel, proclamaciones bien intencionadas o falaces, rebatiña de puestos ocurrían en la capital en sucesión caleidoscópica; pero el pueblo, desentendido de tan complicadas maquinaciones; el pueblo, que es simplista, se lanzó a los campos de batalla a la reconquista del poder de que se juzgó despojado: al aniquilamiento de la oligarquía, de la clase que lo mantuvo bajo la tutela en el patriarcado de los primeros años de la república.

Federación. Tal fue el lema. Gobierno del pueblo y para el pueblo, he ahí la convicción profundísima que animaba a cada uno de los soldados de Zamora y de Falcón.

Ese fue el verdadero despertar de la conciencia nacional y de la idea democrática.

¿Procedió de ligero el pueblo venezolano? ¿Eran infundados sus recelos? ¿Habría sido muy fecunda y próspera la evolución lenta del organismo político?

El antagonismo de razas fue entonces cuando se mostró y, a fin de marcarlo bien, los “oligarcas” llamaron desertores a los miembros de familias distinguidas que abrazaron la causa popular. A fin de demostrar que un ciudadano, que una familia debía ser conservadora, se hacía el recuento de sus ascendientes y se exhibían los títulos de su aristocracia.

A fin de demostrar que un ciudadano era liberal por la virtud del credo y de la doctrina democrática se hacía valer el hecho de que, a pesar de ser de pura sangre ibérica o caucásica y de estar entroncado de lejos o de cerca con la antigua nobleza de la colonia, o con la vieja oligarquía, formaba en las huestes “federales”.

Había en las filas conservadoras representantes más o menos claros de la raza que trajo la trata a nuestras playas, pero esos constituían la excepción; había unos cuantos hijos del pueblo entre los sustentadores de esas doctrinas, pero eran o individuos del séquito, de la *gens*, de los grandes propietarios, o la natural salpicadura de advenedizos que se advierte en toda burguesía.

Si a esto nos atenemos hemos de convenir en que el pueblo no erró; que la evolución habría sido lentísima, en tanto que bastaron cinco años para que con el triunfo de la federación se adueñara la idea democrática de nuestro mundo político, y viniera con ella un grupo de hombres nuevos surgidos del fondo de la masa y que la representan en la dirección de la cosa pública.

“No es raro ver los más altos puestos del gobierno ocupados por gente de color, la cual, sea dicho de paso, no se muestra inferior en cuanto a capacidad gubernativa, a los blancos de raza pura”, anota el doctor Gil Fortoul.

Pero, ¿era eso normal antes de 1858 o posible antes de 1846?

“La inmensa mayoría de la población se compone de mestizos, que es la clase social directora”, afirma nuestro amigo, y hemos de significarle que hoy no hay clase social directora de este o aquel color en Venezuela, sino que todo venezolano, fuere cual fuere su rango, su fortuna o su tez, puede aspirar a los más altos puestos y los obtiene si es hábil para alcanzarlos. Lo que sí es cierto es que esa transformación del medio político y del cuerpo social fue la obra de la federación, porque la guerra federal fue la comparecencia del pueblo, de la ‘inmensa mayoría’ en la escena pública.

La propaganda de *El Venezolano* fue la que hizo explosión en 1859 y triunfó en 1864. La federación fue un cambio radical de la sociedad venezolana.

El personalismo, nacido casi con la república, mantenido en vigor por la tradición y por la guerra, subió con Falcón a la casa de gobierno. Los vencidos se rebelaron contra el nuevo orden de cosas. Luego ambiciones, ansia legítima de corregir los errores de la administración y de combatir el personalismo, promovieron la fusión de elementos populares y oligarcas. Había venido tan a menos el respeto a la ley, que ni los “federales” descontentos ni los “oligarcas” opositores intentaron la propaganda cívica. La protesta fue siempre armada y la insurrección fue el modo de ser de la agitación política.

Ese estado anárquico produjo naturalmente la dictadura de 1870 y la minoría aceptó, como se aceptan los hechos consumados, la transformación que hasta entonces había combatido. El predominio de una clase social era definitivamente imposible, y las aspiraciones de esa clase se confundieron ineludiblemente con las de la masa.

De 1874 en lo adelante, aun cuando los nombres subsistieron, las cosas que significaban esos nombres fueron desapareciendo y ya no exis-

ten. El enemigo común ha sido el personalismo; la aspiración nacional el establecimiento de gobiernos impersonales y el imperio de la ley.

Recuérdese, sí, que los progresos legislativos que el doctor Gil Fortoul enumera así: “Abolición de la esclavitud, abolición de la pena de muerte por delitos políticos, desafuero militar, supresión de los conventos, secularización de los cementerios, abolición de los diezmos y de los derechos de exportación, supresión de los peajes, *tratados de comercio*, sufragio universal, *libertad de cultos*, de contratos y *de la prensa* e instrucción popular, gratuita y laica”, han sido todos, salvo los que van subrayados, obra de los gobiernos populares.

Si los partidos no nacen al acaso y por voluntad de un hombre o de un grupo de hombres, sino que son condensaciones de opinión; si el progreso no se desenvuelve a ciegas y las transformaciones de los pueblos no son simples metáforas y farsas, la historia íntima de nuestros partidos es la que dejamos bosquejada en estas apuntaciones.

¿Fue que una clase social quiso acaparar todos los derechos y mantener en sujeción al resto de los pobladores, declarándose por sí y ante sí beneficiaria de la obra de la independencia y heredera de Fernando VII y de la porción venezolana de Colombia?

¡No! Fue que la república surgió a la vida con una masa pobladora diferente a sus destinos y con una clase directora apta para la dirección de los negocios políticos. Fue que el gobierno fatalmente quedó vinculado en aquella aristocracia inconsciente de la forma oligárquica que las circunstancias la compelían a constituir; animada de sentimientos patrióticos, pero fue tocada de quietismo como toda casta dominadora. Espíritus rectos, liberales en cuanto las ideas de la época lo permitían y el espíritu de cuerpo lo toleraba, fueron los directores de aquel período.

Pero el instinto democrático fue en Venezuela más vivo y plástico que en el resto de América y bastó una palabra, una señal, para despertarlo.

La lucha y los odios que ella desencadenó al poner en relieve preocupaciones étnicas dormidas hasta entonces abrió el abismo que por tantos años dividió en bandos sociales y políticamente irreconciliables la familia venezolana.

La calidad se encontró enfrente de la cantidad. Cada quien defendió sus prerrogativas. Triunfó el número y con él la democracia. La ley del progreso fue cumplida.

Gobiernos “liberales” han sido los que se han apoyado en la mayoría y le han dado mayor participación en el manejo de la cosa pública hasta llegar a la igualdad democrática obtenida en 1864 y reafirmada en 1870.

Gobiernos “conservadores” han sido los que se apoyaban especialmente en una clase social directora denominada oligarca, y han juzgado aventura peligrosa la extensión de hecho de los derechos políticos a la masa popular.

¿Por qué le ha sido mantenido a la minoría el calificativo de conservadora? Porque ha sido el factor común de todas las revoluciones hechas contra las dictaduras que sustentaba el partido popular y la aliada constante de los liberales que hicieron armas contra el personalismo, porque se han mostrado intransigentes en su inquina contra la obra de 1864 y 1870. El movimiento nacional de 1891 ha modificado grandemente el temperamento político, y de la gran concentración legalista surgirán los nuevos “pa lante”¹⁰⁰.

[100]_ Publicado en *El Tiempo*, de Caracas, el 23 de septiembre de 1899 (*N. del E.*)

“Pa lante”

A Pedro Emilio Coll

Cavilaba acerca de la identidad de Villabrava cuando leí tus notas a propósito de novelas venezolanas. Y aquí debo decirte que me conmovió tu referencia a *Escrituras y Lecturas*. En punto a letras hago como los adversarios del llamado sufragio universal: peso los votos, no los cuento. Y el voto tuyo tiene la ley de la suficiencia y de la alta probidad intelectual, con la generosidad de los que tienen mucha luz en el cerebro y mucha en el alma.

Dices que es Villabrava una ciudad de “el continente enfermo”. ¡Y yo que la buscaba por las regiones tropicales del Asia y del África! ¿No te habrá sugestionado la nacionalidad del autor cuando sitúas a Villabrava en la Atlántida soñada? Porque, fíjate, es un pueblo que requiere todavía regímenes de satrapía, y que no presenta los caracteres distintivos de las civilizaciones occidentales. Parece hubiera que hacerle el bien a los puñetazos, como opinaba a otros respectos el prudente y sabio Vargas, compatriota nuestro y lírico.

Los habitantes (no cabe decir ciudadanos) son privados de su libertad y vueltos a ella sin intervención de juez alguno, y los interesados acuden a demandar de favor, ante magistrados civiles sin jurisdicción, lo que debieran pedir de justicia ante los tribunales.

En Villabrava no hay jueces, Pedro Emilio.

Los individuos fían la defensa de su causa a los puños o al revólver; de suerte que dado ese orden anárquico, en Villabrava la libertad, la vida y la propiedad deben de ser precarias y estar expuestas a toda suerte de vicisitudes.

A juzgar por el repentino ascenso de Arturito, el servicio civil está desorganizado; y no hay escuela militar, o pasan las cosas como si no la hubiera cuando un coronel, jefe de la policía, dice: *Pa lante*, y sus oficiales repiten en coro la misma síncopa bárbara.

Los militares, de consiguiente, deben de ser por regla general ignorantes e incultos y como no hay jueces, debe de preponderar en Villabrava un militarismo fanfarrón, enemigo de la paz y, por ende, del progreso y de la ley. De suerte que, cuantos aspiren a aquel grado de cultura, en las costumbres villabravenses, sin el cual toda civilización moderna y progresiva es imposible, deben de pasarlo mal si no entran, como Maquiavelo Canelón, al servicio de un general Tasajo o un general Comején, y se complican en el desafuero.

¿En dónde puede estar ese pueblo señero y zancarrón? ¿Crees tú que en el nuevo mundo se esté consumando ese retroceso a la barbarie? Un pueblo falto de cultura física, moral e intelectual.

Piensa que en Villabrava el miedo, animal y servil, debe de haber sustituido al respeto, que es fecundo y enaltecedor. No se respetan allí, de fijo, las instituciones, ni los nobles ideales, ni deben de respetarse a sí mismos los hombres, sino se les teme a los fuertes y a los desalmados. Julián Hidalgo, y con él todos sus coterráneos, claman por el látigo del Tremendo Nivelador.

Las costumbres privadas se resienten de la descomposición pública y afectan el mismo carácter. Susana, acuérdate, cae en uno de aquellos cuartos de hora por los cuales asemejaba Larra las mujeres a los leones; y todos los personajes proceden como animales en celo, en arrebató

incivil de apetitos inmoderados. El color de Villabrava debe de ser el mismo de la novela, que por lo pertinente y por otras razones, tengo, como tú, por una de las mejores entre las criollas. Y se ajusta por tal modo al medio moral que describe, fatalmente zafio y sin altura, que de los personajes, de las situaciones, de la atmósfera del libro, se escapa uno como berrenchín de vulgaridad. Esta parece ser una de las peores plagas de Villabrava.

¿Crees tú que exista dentro de lo que se denomina mundo civilizado? Si fuere así, ahí empieza la selva, *hic sunt leones*, y a los líricos de esa tierra no les queda otro recurso sino emigrar o gobernar. Villabrava, tal como es, puede ir *pa lante*, arreada por propios o extraños, pero no hay forma de que, por ese camino, pueda ir adelante.

Libertad y ensueño¹⁰¹

Desde la *República* de Platón, a un tiempo maravilla de estilo y de cándida utopía, hasta la fugacísima república de Castelar, sobreabundan ejemplos de inferioridad de los hombres de letras en el arte de gobernar pueblos y en las funciones ejecutivas de la política. Nada más instructivo que un estudio crítico de los fracasos sufridos por los hombres de arte en negocios de Estado y, más aún, el análisis que se hiciera del grado en que han sido estorbo y detrimento a la obra de grandes caudillos y magnos estadistas su facultad imaginativa, o el deseo de realizar ciertos ideales de libertad, virtud y justicia, o su docilidad al señuelo de lo abstracto, achaques estos de cuantos por sobre todo lo demás aman el arte. De los imaginativos geniales cuya misión es señalar rumbo y determinar corrientes por las que un día ha de encauzarse la historia, dijérase que sólo póstumas baraterías les están reservadas para sobre ellas reinar en efigie, o que ellos no son útiles sino como levadura de sociedades por venir y disolvente de aquellas en que viven.

Ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que junto con el proceso ascendente de la sociedad hacia la vida del derecho y el desarrollo de la investigación sociológica, ha habido como una revisión de ideales, o

[101]_ *La Semana*, N° 37. Nueva York, 19 de diciembre de 1906 (*N. del E.*)

del concepto mismo de la vida, y como esa revisión de teorías está haciéndose en sentido positivista y se basa en filosofías negadoras de los más caros ensueños democráticos, nos encontramos, de una parte, con que las ideas de los pensadores más revolucionarios informan hoy los programas de partidos políticos radicales, y de otra, con que poetas y filósofos viven dentro de un posibilismo sobrio, ligeramente aristocrático y vagamente reaccionario. Ha habido, pues, acercamiento, en ese campo al menos, entre los hombres de abstracción y los hombres de acción. Estos van hasta preconizar la anarquía como sistema político; aquellos, diríase que tratan de ejercer función moderadora y servir, no ya cual antes de estímulo sino de volante a la máquina social. En la nueva ecuación humana el ideal trata de acomodarse dentro de la realidad, y esta de ensancharse hasta abarcarlo.

Desde este punto de vista todo libro de un hombre de acción es en sí un documento intensamente humano y de raro interés para el crítico. Estos hombres que, según Taine, tallan en carne viva la estatua, son reacios a la abstracción. Pero si ya la imaginación en alguno de sus dominios consiente en disciplinarse, vencida por la ciencia invasora, el ansia de ensueño que agita también el corazón de los cerebrales, hoy como ayer, se expande y en este libro, ante la evocación de un paisaje patrio, de un pedazo de cielo, de monte y valle solariego, libre un instante por magia de remembranza de la coyunda de la lucha pública, lanza este grito tanto más conmovedor cuanto más se ahonda en la íntima tragedia que denuncia: “Dejadme contemplarlo un instante —dice—, gozar en la recreación, dar alimento a mi espíritu, embargar el alma y llenarla de puras, inocentes impresiones”.

De lo hondo de un calabozo para siempre cerrado no salió jamás clamor de tanta angustia, estallido de pena tan incurable e íntima. ¿No es ese el grito del que prisionero en la estrecha y sórdida realidad de la vida pública en nuestras tierras americanas, atado a ella por los mil invisibles

hilos de Gulliver, se asoma a lo azul y clama por alas que lo liberten y encumbren allá donde se sueña y el ensueño alivia del mal de la vida? Ni hay que llamarse a engaño y creer que se escucha la quejumbre de un débil. Es alta voz viril de un enérgico, y lo que demanda es: “Selva inmensa donde el sol radioso le penetra a uno en la sangre, le hace sentirse también grande y libre. ¡Oh!, y cómo es bella la libertad”.

Libro que en casi todas sus páginas contiene revelaciones documentarias de ese género, no por menos intensamente patéticas menos ricas en interés esencial, es libro en que se revela un alma asaz compleja, más clara e ingenuamente que en sedicientes *Concesiones* y *Memorias*; y si no tuviera otro mérito —que sí lo tiene—, ya habría de bastarle este de tan extraña y alta valía psicológica.

Un tomo de siluetas históricas centroamericanas contemporáneas que prepara el señor Bolaños atraerá sin duda con febril curiosidad a otro género de lectores, y revelará en esa desfilada bajo otra luz el carácter del autor; pero la íntima inexpresable biografía, emocionante, clara como alma de manantial que no sabe ella misma que tiembla y susurra bajo la espesura, está en estas páginas para quien sepa y quiera buscarla; y esa alma pide, en tumulto de ondas, como pedía el pueblo-rey *panem et circenses*, dos más bellos e insignes regalos: libertad y ensueño.

La libertad como solución¹⁰²

El señor Enrique Pérez ha tenido la amabilidad de comunicarnos un importante capítulo de su libro en preparación *Causa y Efecto*. En síntesis, por lo que este capítulo y el que anteriormente publicó *La Semana*, indican la tesis de este joven escritor colombiano que briosamente viene a proseguir la labor de su ilustre padre el señor Felipe Pérez y de su ilustre deudo Santiago Pérez, es la misma enunciada por Mr. Godkin: “En la América española la masa es profundamente ignorante y la clase directora muy reducida y profundamente corrompida”. He ahí el problema. ¿Cómo resolverlo? Los libertadores creyeron que lo previo era emancipar a sus pueblos del régimen español y consagraron quince años a esa tarea. Los liberales juzgaron inútil la obra libertadora mientras no se emancipara de Roma la conciencia americana, y a fin de ponernos en condición distinta de la de Rusia, España e Irlanda, probaron a liberalizar América. Tinta está en sangre desde la Patagonia hasta el Río Grande, pero la educación liberal de la masa al cabo de dos tercios de siglo no está más avanzada que en España, Rusia o Irlanda. Poblar es gobernar, dijo Sarmiento, y el clima templado de la Argentina permitió

[102]_ Título nuestro. Se publicó en *La Semana*, N° 53. Nueva York, 10 de abril de 1907 (*N. del E.*)

atraer inmigración europea que cooperara a la transformación de ese país en donde la escuela y el taller están completando la obra del número. En los trópicos la tarea de poblar es más compleja. Porfirio Díaz instituyó en México el cesarismo a fin de tender a su sombra rieles, alzar escuelas y crear sobre la base del industrialismo una *república liberal*, enderezada al progreso; pero la densidad intelectual de la masa no se ha modificado sensiblemente bajo ese absolutismo benévolo. El general Reyes opina que es a la sombra de la cruz como debe ejercerse un bienintencionado despotismo que permita la inmigración de capitales casi exactores y lance el país en inacabable actividad industrial. Y lo curioso es que el grupo dirigente del liberalismo colombiano ha convenido, con el general Reyes, no en estarse tranquilos en sus casas mientras dura el experimento, ni en limitarse a una propaganda de educación cívica que vaya preparando la evolución pacífica del patriarcado a la república, sino a acogerse a la cruz y al presupuesto.

En Panamá y en las Antillas han encontrado más cómodo refugiarse bajo el protectorado camaleónico servido a toda imaginable salsa desde la Casa Blanca.

Y, ¿en dónde el remedio? ¿En la educación? No la tendremos eficaz sino bajo administraciones ricas y progresistas; la otra, la de marras, es una instrucción rudimentaria que no vale los dineros que cuesta. ¿En la inmigración? De Europa no emigrarán a campamentos en donde la propiedad es precaria; a costas envenenadas por el paludismo; a montañas y altiplanicies cerradas al comercio por falta de vías de transporte rápido y económico. ¿En sistemas ferroviarios? Los que debemos construir son aquellos cuya prosperidad esté garantizada por el tráfico actual y por la explotación de la comarca que atraviesen. ¿Pero no están ahí inexploradas las riquezas de los ríos navegables? Si desdeñamos las vías

naturales, ¿qué bienes esperamos de las ferrovías que, merced a inicuas concesiones, colgamos como piedra de molino al cuello de la nación, para estorbo, que no estímulo, de su progreso?

Mientras más pensamos en estas cosas —escribimos en días pasados a un distinguido hombre público con cuya amistad nos honramos—, menos las entendemos, ni nos es dable poner en claro quién tiene razón: si Porfirio Díaz, Rafael Reyes o los venturosos indios que aún campan por su respeto en la selva americana.

La solución está en ensayar honradamente un régimen de libertad, único dentro del cual son posibles la paz y el progreso. Pero ni la masa lo exige, ni los dirigentes lo desean, y el “tirano bueno” de Maquiavelo no acierta a asomar en la casa de gobierno. Nuestro *¡Excelsior!*, nuestro *go ahead* es el *¡P’alante!* de los gamonales, los esbirros y los caporales, y *p’alante* vamos.

Educación popular y revolución¹⁰³

Estudia el *Evening Post* las causas de la revolución en Rusia, y recuerda que las tierras repartidas a los aldeanos en 1861, escasas cuando estos eran apenas sententa y cinco millones, son absolutamente inadecuadas a mantener hoy ciento veinte y tantos millones de labriegos. A esta cuestión agraria se agrega, dice, la propagación de la enseñanza superior que, a pesar de restricciones cada día más severas, ha traído a las universidades más de veinte mil estudiantes en 1907, cuando sólo había seis mil en 1873. Hambre abajo, luz arriba, son pólvora y mecha encendida que bastan a explicar el estallido. En la India, sin embargo, la población es casi estacionaria, alega el *Post*, pero es tan densa que una sequía, una epidemia, determinan un período de hambre, y los cuarenta y cinco mil estudiantes que anualmente se gradúan en las universidades indias promueven la revuelta en la masa famélica. Mr. Morley dice: “Todos, o casi todos los graduados, esperan empleo en el servicio público, y los muchos desahuciados, los que no logran concluir su carrera y los cesantes y desocupados forman en la India el estado mayor de la agitación antiinglesa”. Francia, entretanto, con una población decreciente y

[103]_ Título nuestro. Se publicó en *La Semana*, N° 36, Nueva York, 11 de diciembre de 1907 (*N. del E.*)

rica, continúa siendo el teatro de mayor agitación social y política de Europa, y pareciera esto demostrar que es la idea y no el número lo que provoca el espíritu revolucionario.

No se acierta a ver en las consideraciones que quedan extractadas la demostración de la similitud o el paralelismo de la agencia revolucionaria en los tres países. La escuela es esencialmente revolucionaria en dondequiera que haya un derecho por reivindicar; pero la causa del descontento no es la escuela sino la denegación del derecho. Si desde hace dos años se agita en la India, no es seguramente por sus millares de académicos. En mayor número los tiene anualmente Inglaterra sin que ellos turben, sino antes bien propendan al engrandecimiento de la Gran Bretaña. El coloniaje y el hambre sí despiertan ansias de independencia y de una más equitativa distribución de los frutos de la tierra. Rusia padece de esa misma hambre de equidad y libertad. En Francia la lucha es entre la república y el espíritu monárquico fomentado por la mayoría recalcitrante del clero. En todas partes es la defensa de una posesión legítima o la demanda de un derecho inalienable lo que determina la refriega. Generalmente los usurpadores, hombres o naciones, alegan haber recibido misión del cielo o de la civilización o de otra semejante abstracción inconcretable e irresponsable, para apoderarse de lo ajeno. En cierta ocasión el que escribe fue designado para formar parte de la comisión redactora de la constitución del estado Aragua, en Venezuela. Ese instrumento abría con esta declaración: “La asamblea, en el nombre de dios todopoderoso y por autoridad del pueblo de Aragua, decreta”. Yo me permití observarle a la comisión que, si bien tenía mis dudas acerca de la legitimidad del mandato de los pobladores de San Sebastián, de que era delegado, lo ejercía porque, a más de estar en forma legal, era mi propósito servir en cuanto me fuera dable los intereses legítimos de ese distrito; pero respecto a autoridad alguna para legislar en nombre de dios, declaraba no tenerla, y si mis colegas la tenían era oportuno exhi-

bir las credenciales que lo acreditaran. Los demás miembros de la junta tampoco tenían autorización divina y la constitución fue dictada por autoridad del pueblo de Aragua solamente. La causa de la revolución es que los hombres en el poder suelen arrogarse, a sabiendas o por hábito, facultades que no les han sido delegadas por dios, por la civilización, por el pueblo ni por entelequia alguna otra, y un día llega en que los desposeídos reclaman de esa mentira y de ese abuso. No son, por de contado, los ignorantes los primeros en darse cuenta de las causas de su malestar y sólo cuando se les explica se rebelan contra los responsables del abuso. Por eso la educación popular bajo todo gobierno usurpador es una farsa, y la educación superior abierta a todos un grave peligro para los regímenes providenciales.

Discurso pronunciado en la plaza Petión, de Caracas, el 10 de julio de 1911¹⁰⁴

Ciudadano presidente de la república;

Señores:

Hechos vuestros sentidos al fulgor y al rumor de apoteosis que llenan nuestra ciudad, fuera de temerse que encontraseis modestísimas y sin lustre para la ocasión, esta escena y esta palabra, si al hablar de los tiempos en que vivían los libertadores entre los hombres, como en los días olímpicos los dioses, no lo ungiera todo con unción de luz el prestigio de lo milagroso; siquiera de la milagrosa transformación habida de cuando a los héroes se le decretaban honores divinos, es ahora cuando América le ha agregado nueva prez al antiguo culto y muchos codos a la talla moral de la humanidad, poniendo por encima de aquellos hombres deificados y de aquellos dioses hechizos a los hombres libertadores, para adorar a los cuales no hay que prosternarse sino antes bien que erguir los cuerpos y levantar las almas.

Estamos aquí reunidos porque los plazos se cumplen; porque en este recuento de gloria la república, por ministerio de su actual gobierno, reconoce agotado el plazo de la que le debemos, a nombre de la España americana, a Alejandro Petión.

[104]_ De un folleto impreso en la Tipografía El Cojo, Caracas, 1911 (*N. del E.*)

Era 1815. Reinaba en Nueva Granada y Venezuela la paz de la reconquista, consumada y guardada por veinte mil triunfadores. Sobre los fuertes de Cartagena de Indias lucían de nuevo los egregios colores de Castilla. Daban asilo: las selvas, a los patriotas no reducidos, las Antillas a Bolívar, y nada, sino el tesón invicto de aquel errante vencido a la esperanza de obtener auxilios, en todas partes negados, para reemprender la faena emancipadora. En los últimos días de ese año de prueba llega Bolívar a Haití y pocas semanas después sale con seis buques, millares de fusiles, toneladas de pólvora y de plomo, una imprenta, víveres y dinero, dos centenas de oficiales y el carácter de jefe supremo de la revolución que iba a libertar a Guayana y marchar al Perú, porque a juicio de Bolívar nuestros destinos nos llamaban a las extremidades del mundo americano. Salió a hacer posible la estupenda labor de la democracia en el siglo XIX; labor entonces irrealizable, si no la hubiera estribado del Ávila al Potosí aquel hijo de Caracas, en los flancos y contrafuertes del continente.

Presidía la República de Haití Alejandro Petión. Todo, excepto el sentimiento de las causas solidarias, lo compelió a no auxiliar a Bolívar. España no era hostil ni a su país ni a su gobierno; persistía la rebelión del norte de la isla, y el hecho de cooperar con cuantiosos recursos a extrañas, locas aventuras, cuando apenas renacía la prosperidad para los nacionales, eran razones de monta contra el proyecto del emigrado venezolano. Por fortuna para América, Alejandro Petión no era hombre práctico en el sentido mezquino, sino en el trascendente. Antes de ser llevado a la pila bautismal las leyes coloniales le habían negado, como a hijo de sierva, el nombre paterno: él se buscó uno con que ilustrar su patria y su época. De adolescente quisieron hacerle herrero; pero como él nació y murió en días de primavera, florida con las flores de la tierra y con las empíreas flores sagradas de la libertad, él a la fragua de las herrerías prefirió la forja de más nobles metales, y forjó primero plata y

joyeles, y luego pueblos libres, dando nuevo indicio de que la capacidad para amar el arte va con la aptitud para amar la libertad. De hombre, cuando el primer cónsul requirió sus servicios, él los ofreció a cambio de una promesa de emancipación gradual de los esclavos y, caducado el pacto, procedió él mismo a libertarlos. ¡No! Él no era un hombre práctico; por eso cuando Bolívar le pidió para completar la libertad de un hemisferio recursos superiores a lo que, conforme a las conveniencias, podía afrontar Haití Petión, que no hacía oficios de banca, los dio y estuvo dispuesto a mayores sacrificios, y afirmó por entre el tumulto de los rivales la jefatura suprema de Bolívar en el destierro, porque en la sabiduría de su corazón él había encontrado para aquel venezolano una nueva misión libertadora, y para la humanidad el apóstol de una poderosa fórmula americana de redención integral por el derecho, conforme a la cual deja de ser libre y de merecer la libertad hombre o pueblo que esclavice a otros hombres u otros pueblos.

Señores, reza el Génesis que una época hubo en que la tierra entera hablaba una sola lengua y dice cómo se perdió ese apogeo de cultura en empeño de soberbia. Y bien, como si la obra del progreso debiera medirse por ciclos babélicos, la historia del mundo es la de los esfuerzos de los más grandes de entre los hombres por realizar aquel portentoso mito bíblico. Desde antes del divino Macedonio hasta después del divino Corso se ha llegado a la unidad por la fuerza, pero esa imperial unidad ha resultado, como conquista, precaria; como pretensión, suicida. Sólo una voz se había alzado en el antiguo mundo anunciadora de la unidad por el amor, la palabra de aquel Nazareno que ordenó predicar su evangelio a todas las gentes, palabra con que preambula dieciocho siglos más tarde el insigne Jefferson la constitución de los Estados Unidos, el más noble de los monumentos elevados a la dignidad humana; pero sólo en nuestra América, sólo Bolívar, el único hombre que jamás cruzó fronteras al frente de ejércitos sino para libertar pueblos, proclamó la

unidad de las naciones por y para la libertad, y no creyó que la libertad pudiera ser espada en la mano de unos afortunados y cintarazo sobre las espaldas de otros infelices, sino que al poner pie en suelo de Margarita, criadero de libres, declaró: “No habrá más esclavos en Venezuela que los que quieran serlo”. Y aquí, señores, el portento de estas tierras del lado acá del Atlántico. Esa declaratoria, que es hoy ley en el nuevo mundo y canon de la civilización contemporánea, es la obra decisiva de Alejandro Petión. El más modesto de los jefes de pueblos es quien obliga para siempre la gratitud del continente, no por haberle dado pertrechos a Bolívar, sino por haberle encomendado el imperecedero encargo de hacer que en América sólo hubiera “una clase de hombres: todos ciudadanos”.

Señores representantes de naciones libres de la tierra que al conjuro del nombre de Simón Bolívar estáis congregados frente al Ávila, que es el ensueño de este valle hecho montaña; frente a esa ufanía de nuestra lontananza, ante el sitio que al favor de una tarde avileña estamos consagrando a un prócer de la humanidad, cuya más alta gloria fue querer igualmente el bien de los hombres todos. Señores representantes de la más alta cultura, del anhelo de fraternidad de los pueblos, desentrañad y guardad clara en la memoria la lección augusta de este acto sencillo. Soñó Bolívar en 1815 congregar en América a los representantes de las repúblicas, reinos e imperios para tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo. De entonces a hoy asambleas pacifistas, ensayos de arbitraje, conferencias interamericanas y bolivianas, congresos órbicos de La Haya y vuestra presente reunión aquí, dan testimonio de que el ideal del vidente caraqueño va a realizarse, de que otra vez atormenta al mundo la visión babélica; pero no al modo asiático de las castas, no al modo cesáreo de conquista y señorío, sino al modo boliviano conforme con el cual “la fuerza no es gobierno”; mirífica babel en donde no ha-

blen lengua de soberbia los amos y lengua de protesta los esclavos sino que, señores todos de sí mismos, ciudadanos todos, se entiendan en el prodigioso lenguaje de la unión y la dignidad fraterna, que hablaron a América sus libertadores y, al nacer, proclamó por el águila de su escudo el pueblo norteamericano.

Señores representantes de la república de Haití: Ved cómo Venezuela, por mano del hombre de corazón que la rige, paga en obra de gratitud la gloria que le debemos al hombre de corazón que rigió vuestro pueblo y que, por la bondad, dilató los horizontes de la emancipación, confiando al mundo de repúblicas que entre atroces dolores de alumbramiento salía de la noble entraña española al afán de la vida soberana, el encargo de agregar al concepto político de la ciudadanía, el postulado sabio y humano de la igual dignidad y preeminencia de las razas de la tierra en el gradual proceso de perfectibilidad y vetustez de la cultura sobre el planeta. Ved por qué Venezuela jamás olvidará que de vuestra república, farallón entonces como hoy de la libertad en las Antillas heroicas, salió armada Colombia en el brazo y la esperanza de Bolívar: aquella Colombia ahora dormida del Caribe al Chimborazo, cuyo despertar anuncian grandes augurios; y por qué, armándola, contribuyó Petión a sobrelíricos ritmos de la historia y “al equilibrio del universo”.

Elogio del doctor Cristóbal Mendoza¹⁰⁵

(Discurso pronunciado en Caracas el 14 de octubre de 1913)

La evocación de Cristóbal Mendoza en esta sala en 1913 trae al espíritu el desaliento de pensar que si la elocuencia de aquella vida, toda ella una larga costumbre de sacrificio al bien de los venezolanos, no bastase a conmover de propia eficacia a esta su casi inmediata posteridad, y se borrara en la memoria y el culto de la escasa grey esparcida por el vasto terruño, ¿cuál efecto útil habría de tener el breve recuento de aquella existencia, sorteado el azar de una conmemoración a quien no ha de saber darle imagen el perenne relieve del que, sobre la audacísima frente de la rebeldía, fue y es la imborrable marca del derecho?

La primavera de 1810 encuentra al culminante trujillano, próximo ya a los cuarenta años, en el limbo del hogar numeroso; abogado cuya clientela se extiende con su renombre de Apure a Mérida por Barinas y Trujillo; señor de tierras en donde ha fundado bienes de gran cuantía. Y le encuentra listo; porque aun cuando jamás tuvo él la ambición de gobernar a los hombres no le vino a la mente la consagrada excusa de no ser “político”, excusa invocada por la legión de los que reclaman amparo de la ley, el fuero de la paz o regalías del poder y se están a las

[105]_ Publicado en folleto impreso por la Casa Editora de Herrera Irigoyen & Ca. Caracas, 1913 (*N. del E.*)

fáciles y cómodas, en calidad de meros espectadores, exentos del deber de ciudadanía, sin cooperar nunca activamente a la estabilidad del equilibrio social sino a falsearle con las censuras y esquivaces zánganas de su egoísmo. Él estuvo donde le llamaba la dignidad cívica; fue, en Barinas, alma de la jura de unión y alianza con las demás provincias; hecho por voto unánime secretario de la junta, restablece en la admirable *Instrucción* para organizar los cabildos y departamentos el conculcado poder del municipio; busca en la federación de las comunas los manantiales de la soberanía; ordena el censo y catastro de las poblaciones y decreta la escuela primaria gratuita y obligatoria¹⁰⁶; preside la asamblea provincial en cuya fórmula de promesa consta que “no se reconoce más supremacía que la del congreso general de Venezuela”; asiste al constituyente de 1811, que le nombra miembro del triunvirato ejecutivo y, con ese carácter, se pronuncia el 4 de julio “por la inmediata declaratoria de Independencia”.

De este ápice adonde, conforme a una lógica desusada en las repúblicas, le había encumbrado no más que su mérito, lo despide el fracaso de 1812 y Mendoza, emigrado, es en Bogotá del consejo íntimo de Camilo Torres hasta que el brigadier de Tenerife, el Guamal, el banco y Cúcuta dice en la frontera el conjuro a cuyo son extienden sus alas las victorias en los flancos de los Andes y van alzando de la fosa la rediviva patria. El triunviro proscripto acude; recibe de Bolívar aquel solemne encargo: “Yo iré delante libertando; usted me seguirá, organizando” y, a medida que va incorporándose la república ante el milagro de 1813 Mendoza, gobernador de Mérida libertada, gobernador del estado de Caracas, “con facultades soberanas en todos los ramos” es, por lo activo y probo de la magistratura, el fulcro de la redención y las sanción del triunfo.

[106]_ “Gratuita para los pobres y obligatoria para los indolentes”, reza el texto en la *Instrucción* citada

Entonces, llamado el destino a elegir entre Simón Bolívar o José Tomás Boves, como la turba ante el Pretorio, votó contra el redentor y la catástrofe diseminó por las islas del Caribe los héroes y los apóstoles. Don Cristóbal Hurtado de Mendoza, protector de indios, abogado de cuatro provincias, cosechador de mil becerros al año en 1810, asediado en 1814 por los menesteres del hogar desprovisto, abre pulpería en la isla de la “Souffriére”. Pero como si hasta la naturaleza protestara de tales vicisitudes violatorias de cosas augustas de la eterna equidad, un ciclón avienta a los aires y a la mar aquella inmerecida gallofa de la adversidad, y vuelve el benemérito de la vida al ejercicio de la abogacía en Puerto España, y prospera hasta que de nuevo le invita Bolívar, en 1821, a trocar el bienestar adquirido por el servicio público. Renuncia en 1824 el cargo entre homenajes especiales de la corte superior y del gobierno de Santa Fe; a punto estuvo luego de ser electo vicepresidente de Colombia; declinó ministerios de Estado, y hubo al fin de aceptar, con detrimento de su reposo y de su peculio, la intendencia de Venezuela.

La cima que su virtud consagraba, le fue siempre funesta. Cuando él llegó a la intendencia ya estaban desatadas las fuerzas que destrizaron en tres banderas el iris de la Gran Colombia. Cuando Páez le anuncia el somatén de Valencia y le recuerda que “en las crisis públicas nada es cierto sino lo que ya está hecho”, Mendoza aconseja que a tan grave suceso, precursor del rompimiento entre dos pueblos, se le tenga por mera disidencia entre dos partidos y se someta al arbitraje supremo del Libertador presidente. A Páez le advierte que se propone “salvar a Colombia y salvarlo a él”; a Bogotá previene que, “ante los grandes acontecimientos es necesario pensar en grande y mientras quede medio pacífico de librar la substancia no hay que reparar en accidentes”; a todas las provincias lleva la consigna de la calma; por sobre todas las violencias pone la disciplina de la autoridad; por sobre todas las ambi-

ciones el lábaro de la lealtad a Bolívar. Salva la república, salva a Páez; cuanto a él, apaciguador de tormentas, era su sino atraer el rayo. Él, que se esforzaba “por darle un día de consuelo a Colombia, o sacrificarle una vida vieja y gotosa que ya nada vale”, tuvo que probar en la tribuna que “todavía quedaba un hombre libre en aquesta desgraciada tierra” y otra vez rodó al destierro, de donde vuelve a poco al poder vitoreado por Bolívar en las calles de esta ilustre ciudad. En vano reitera “la única súplica que jamás he hecho al gobierno, la de retirarme a mi casa”. ¿Cómo atender a su ruego si él es símbolo de la unidad de la patria grande y garante del discreto y generoso ejercicio del poder? Pero Colombia y él estaban mortalmente heridos: el mismo artero mal que roía el ser de aquella lo devoraba como por contagio a él, y lo relevó de la intendencia transfigurándolo, por el definitivo exilio del sepulcro, en inultrajable monumento incólume del honor nacional.

Tal fue la obra. ¿Cuál el elogio? Ante este modelo de vidas ejemplares, el comentarista se expone a dar la impresión de que pretende pasar por descubridor de las excelencias del Evangelio o de los fundamentos de la moral cívica, porque Cristóbal Mendoza representa el conjunto de virtudes cuya práctica sustenta los imperios y sin las cuales decaen y se extinguen los Estados.

Señores:

Los padres de naciones son grandes de la historia que desfilan sin detocarse ante los diez mandamientos, y van adelante conquistando, más allá del bien y del mal, hasta confundirse con los mismos dioses en las brumas y fulguraciones de la fábula; son la espada de la arcana justicia; pero estos héroes inermes de la equidad, que les siguen organizando, son la balanza misma juzgadora; tienen a su cargo encontrar el equilibrio entre la potestad de las leyes y la inexorable potestad de los hechos; armonizar la tradición con el progreso, por la firmeza y la tolerancia, y

demostrar que los pueblos no viven de sangre y lágrimas, sino de aquella persistente eficacia de la libertad, que a cada uno asegura, según sus obras, su ración posible de pan y su ración posible de esperanza.

Mártires de holocausto sin pompa y de ignorados calvarios, ellos son la substancia recóndita de la patria, y sólo así se da cuenta el espíritu de que en este propio recinto, el 14 de octubre de 1813, el ciudadano Cristóbal Mendoza, erigido de propio arbitrio en prelado de la Roma ideal y ubicua del derecho, unja y consagre en cabildo extraordinario al ciudadano Simón Bolívar con la investidura única de una majestad desconocida para el mundo, cuya aureola vale más que el cetro de todos los imperios de la tierra, y que desde ese instante hombres y naciones, coetáneos y pósteros, reconozcan la autoridad y confirmen la legitimidad de esa consagración.

Es porque Mendoza fue entraña misma del alma de la nacionalidad y como hostia de su ideal, por lo que en el preciso grado en que empalideciere con la memoria de él la de los patricios dignos de serle equiparados, y se desertase el ara de ese culto, se enturbiaría en la conciencia del pueblo el orgullo de su origen, que le mantiene en comunión con el pasado por la gloria de la libertad, y el orgullo de su destino, que es comunión de fe en el porvenir por la gloria del esfuerzo y la justicia, y por eso honrar a Cristóbal Mendoza es afirmar la inmanencia de lo que él simbolizó y la vitalidad de la república.

Señores.

Carta al doctor Laureano Vallenilla Lanz¹⁰⁷

Nueva York, 3 de septiembre de 1917.

Señor don Laureano Vallenilla Lanz.

Caracas.

Compañero:

Gracias por el envío de la refutación de usted a un libro parroquial. Vuelvo a sentir al leerla en opúsculo, como cuando la leí en el *Diario*, que la única razón por la cual no es deplorable “La Argentinidad” es por haber ocasionado la réplica definitiva de usted. Es apenas concebible que cerebro tan claro como el de Ricardo Rojas se preocupe en darle cuerpo y ser a espejismo de patriotería local acerca “de la conciencia argentina” de 1800 a 1824, cuando urge precisar la situación de América al despertar inminente de una conciencia universal, indispensable a la emancipación de la especie humana en el planeta.

Si fuera Ricardo Rojas un político maquiavelizante empeñado en tramas imperialistas comenzaría uno a explicarse que quisiera fijar mitos

[107]_ Publicada en *El Nuevo Diario*, de Caracas, el 4 de octubre de 1917. El recorte que guardó en su archivo Zumeta tiene ligeras correcciones de puño y letra de este, todas admitidas en el texto reproducido ahora (*N. del E.*)

culturales a propósito del acta de Tucumán o de los argentinos cuernos de la luna; pero si la obra necesaria es la de consolidar la libertad y la independencia en estos países por la triple virtud excelsa de la escuela, el arado y el taller, entonces el deber preciso de cuantos, según la noble expresión de Rodó, tienen “cura de almas en América” es purgarse de ese narcisismo de campanario, enemigo pueril y feroz de los supremos intereses procomunes de la latinidad cisatlántica.

En su inquina contra el viejo Dumas observaba Brunetière que “unos tienen la dicha de ser hijos de sus padres, y otros la de ser padres de sus hijos”. Atendidos a esta última dicha hay quienes se empeñen en que la talla histórica de San Martín crezca con las cifras de la prosperidad porteña y que, para compararla con la del caraqueño Don Simón, se encarama la figura de aquel sobre la montaña de granos y carnes exportados por la Argentina y se sitúe a Bolívar al pie de ese pedestal, en la hondonada que las estadísticas del comercio internacional reservan a Venezuela. El método es malo: los resultados peores. ¿Por qué no estarse a las proporciones establecidas por los mismos héroes argentino y venezolano después de las entrevistas de Guayaquil y, muy especialmente, en las cartas donde al reconocer aquel la jefatura suprema de Bolívar pide servir a las órdenes “del hombre más extraordinario que ha producido la América meridional”, y declina este el honor de considerar a sus órdenes “al Libertador del Sur”?

Pero, si a la hora épica de la América española encarnó el genio de esta a orillas del Guaire y no del Plata, confesemos los del Caribe que en los largos años transcurridos, sean cuales sean las causas, los papeles se han trocado y el proceso de adaptación a la vida internacional ha sido a tal punto más acelerado entre la posteridad de San Martín que entre la de Bolívar, que acá hace apenas un decenio que comenzó el Estado a darse cuenta de que, si la estadística no es índice de la gloria y la gesta de un pueblo, sí lo es de su prosperidad y estabilidad, y que carreteras y

cultivos y pastos tienen hoy más que hacer con el imperio del régimen democrático autonómico que los más claros postulados históricos del ciclo heroico.

Cuando un venezolano oye decir a algún zafio que Bolívar era bueno para escudero del protector del Perú sonríe sin amargura; pero cuando su mirar se pierde en el interminable agolpamiento de mástiles en las dársenas de la metrópoli del sur, cuando la sin par Montevideo le revela la salud de su armonioso desarrollo; cuando, en el deslumbramiento de Río de Janeiro, siente que el lejano Amazonas, a pesar de la supuesta fatalidad del trópico, es aorta de la vida brasilera, arde en sonrojos nuestra protesta contra el caudillismo reaccionario que prolongó nuestra edad feudal y hace que corra aún el Orinoco por entre panoramas precoloniales y retardó hasta ahora la incorporación del más generoso de los pueblos a la marcha de las naciones sudamericanas.

Triste sería que espíritus como el de Ricardo Rojas olvidaran que la necesaria restauración nacionalista ante la alta y baja marea de la migración transeúnte en su país sería al cabo estéril sin la solidaridad continental que aquellos egoísmos locales desquician y estorban.

No son unos odios los que se asesinan en las trincheras europeas; son las razas de la tierra las que están en presencia y al habla por sobre el apocalíptico choque, buscando constituirse en ingentes unidades para salvar en fraterna cooperación, o hundir en discordia, la obra de veinte siglos. Ante semejantes problemas bien hace usted en señalar lo mezquino de los que promueven el libro refutado por usted, porque lo útil y noble es juntar espigas y laureles, espigas de Tucumán y laureles de nuestros ayeres y, en un solo haz, ofrendarle en aras de la nueva divinidad que se entrevé surgir formidable tras el humo y la sangre del holocausto. Ella va a darle a la humanidad, o la gran heredad que juntos han de regar sudorosos, libres y felices, o la anarquía que la consuma y hunda en la noche de su instintiva barbarie primordial. En ambos

casos, acá, en América, juntos laboraremos la misma heredad, o juntos sangraremos por la boca de la misma herida.

Pues que el porvenir, como lo pasado, nos es fatalmente solidario, sumemos glorias y caídas sin disputárnoslas ni enrostrárnoslas.

Suyo,

C. Zumeta.

La cooperación intelectual¹⁰⁸

(Notas leídas en el Salón de Honor de la Universidad de Chile)

En la memoria de todos está el hecho reciente de haberse acudido a cuantos recursos tiene hoy la telegrafía a fin de que de un extremo al otro de América pudieran seguir las multitudes agolpadas ante las pizarras de los grandes diarios, los incidentes del combate que, en ese momento mismo, libraban dos púgiles, uno de los cuales era argentino. Estaba aún por tierra el atleta vencido, cuando se desató simultáneamente en las principales ciudades de este hemisferio el estrépito de la ovación al victorioso.

Pocos meses ha fue publicado en Río de Janeiro un libro que establece las bases de la ciencia positiva del derecho y promueve la sustitución del empirismo jurídico por un sistema racional de doctrina, jurisprudencia y legislación. Fuera del Brasil la gente americana no tiene aún noticia concreta y, en su mayor parte, ni siquiera vaga de la existencia de aquel libro, del nombre de su autor, de la potencialidad de regeneración y progreso contenido en aquel millar de páginas de crítica constructiva de los orígenes fundamentales y fines del derecho.

Los centros de deportes que velan por la difusión del atletismo han

[108]_ Publicado en *Cultura Venezolana*, N° 54, Caracas, enero-marzo de 1924. El título es nuestro; el del autor aparece aquí como subtítulo (*N. del E.*)

alcanzado pues, en América, vigorosa organización capaz de velar por el adelanto de la cultura física: cultura de innegable importancia social aun cuando sólo fuera por el aporte que trae a la ágil y noble prestancia de la figura humana y a la selección de salud, gracia y belleza en la raza. Importa, no obstante, llegar a conmensurable arreglo en lo espiritual, no sea que se hipertrofien el sentido y el valor social del *corpore sano*, hasta darle preferencia en las relaciones interamericanas al circo y al músculo sobre el comercio intelectual indispensable al rítmico desarrollo de fuerzas cohesivas que aceleran la solidaridad de estos pueblos.

Es corriente atribuir la atrofia de los órganos de nuestro sistema nervioso continental a la dificultad de las comunicaciones; pero quizás sea más demostrable la tesis contraria de que la inexistencia del comercio de ideas causa la escasez de medios de intercambio, al servicio de las necesidades comunes de este grupo de naciones.

Ni el aislamiento en que la política metropolitana del siglo XVII mantuvo las colonias cisatlánticas y obstó entre ellas todo trato; ni lo lento y raro de los veleros que navegaban estos mares impidió que de 1795 a 1810 circulara en los espíritus proceros de México a Chile, con el soplo de la revolución norteamericana y el de la francesa, la palabra de pase dada por don Francisco de Miranda a sus discípulos; ni que se formara en breve espacio de años la voluntad emancipadora de los criollos dirigentes a lo largo de dos mil leguas de territorio continuo. Durante la contiendas bastaron la escasa marina ya armada de entonces a tener en cuenta a Buenos Aires de los sucesos de Nueva España. Unos cuantos papeles y libros leídos en dispersos cenáculos de soñadores y desparramados por ellos en haz de doctrina bastaron a la empresa y consumación de la independencia. La libertad de la América hispana fue obra de cooperación intelectual. Pero, realizando el inmediato propósito del conjunto de las antiguas colonias, primaron en cada nueva entidad política fuerzas económicas hasta entonces relegadas a segundo

plano, aun cuando habían determinado el curso del comercio exterior, directamente o por intermedio de los establecimientos europeos en las Antillas hacia los centros industriales trasatlánticos. Por aquellas líneas de menor resistencia y mayor provecho al bien nacional, viajaba a América el pensamiento de la Europa postnapoleónica y, al orientarse por él aquellas generaciones, en cada patria, se alejaron de los demás pueblos del nuevo mundo.

De entonces a hoy saben unos de otros y se conocen los hispanoamericanos, vía Europa. Nótese de paso que, cuando la canción de Darío provocó el acercamiento de los que esa magia trajo a comunión en el credo renovador, fue de París de donde, como en el caso de Miranda, propagaron los discípulos de tierra en tierra la segunda revolución simbolista.

Durante el lapso de adaptación a la vida independiente, la costumbre colonial de apartamiento, bien hallada con la brega de intereses locales y con el persistente instinto de las burocracias, contribuyó a reforzar la política de “contigüidad remota” de que hablaba el ministro Aranda y que entonces ha sido de regla en los más de nuestros países; política análoga, por tantos aspectos, a la que nos rigiera del siglo XVI hasta comienzos del XIX y análoga también a la de la América precolombina.

Bien dice el más joven de los filósofos, que “los pueblos suelen requerir siglos y siglos, para remediar perturbaciones que se realizan en años”.

De ahí que fuera fatal el imperio de la imitación no moderada, las más de las veces, por un criterio de adaptación reguladora.

En punto de letras, las americanas desecharon el consejo de Sarmiento, enérgico como de él y sabio. “Echad —decía— miradas observadoras sobre el propio suelo, el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades presentes y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance o antoje, y será bueno en el fondo: será apasio-

nado; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, aunque rabie Garcilaso, será vuestro, nadie os lo disputará”. Nuestras letras, en vez de ahondar así en la entraña de lo propio, que era en hombres, cosas, asuntos, medios e ideas, decisivamente nuevo y ubérrimo para la creación reveladora de forma y tendencia americanas, fueron a demandarle sucesivamente a culteranos, clásicos y realistas y a cuanta escuela fugaz apareció en ultramar: primero, estilo en que adocenarse; luego, pasiones e hipérboles librescas que en este lado del océano aparecían vacías del íntimo sentido y propagancia y dolor de la vida nuestra; y, por último, temas y modos infinitamente extraños a los que brindan e inspiran acá la choza, el bosque, el arrabal, la casona y la encantadora mujer de la tierrruca. En las cumbres no más fue a guarecerse y vive aún la originalidad; si ha de entenderse que consiste esta en la expresión y fijación verbal o plástica de cada momento y modalidad esencial en la escena, la vida o la gesta de hombre o pueblo. Porque sólo eso delinea su individualidad y señala el plano que le corresponde en las perspectivas del arte y de la historia a hombres y pueblos.

Aquel afán de buscar normas fuera de la observación de la realidad circunstante y de la experiencia nuestra nos desvió en otros caminos. En la gravedad del momento que vivió la América española durante el tercer decenio del siglo fue la influencia extraña la que trajo a la opinión el desconcierto que indujo a algunos de los más altos guías a juzgar aconsejable ora regímenes francamente monárquicos, ora la atenuación del régimen monocrático ajustable a las instituciones que demandaban la índole y circunstancias de las nacientes democracias. Fue aquella influencia la que al disociar estos pueblos, no sólo los inhabilitó para el concertado estudio de su peculiar situación mutua a la luz de criterios americanos sino, como en tremendo apostrofe lo expresaba el preclaro Sarmiento, los llevó “cuando la independencia abría los puertos al comercio”, a buscar “entre nosotros mismos dónde se alzaba un cerro de

por medio, dónde se atravesaba un río, para decir: allá, del otro lado, están los extranjeros que hemos de aborrecer ahora, porque nos ha quedado un fondo de recelo que no sabemos dónde ponerlo para que dé todos sus intereses”. Más fatal que el recelo fue la indiferencia que, en lo social y político, detuvo el trabajo conjuntivo u orgánico hasta crear respecto a la común defensa de los intereses del grupo de naciones el mismo criterio gelatinoso de los autóctonos que un día poblaron la inmensidad americana; criterio que dejó sin más lazos los nuevos países que tuvieron ante Pizarro y Cortés el imperio de los Incas y el de Cuauh-témoc. En realidad una sola idea continental, un pensamiento apenas sobrevivió respecto a la subsistencia de la entidad y una y solidaria del conjunto: el pensamiento de Monroe, reforzado día a día por la avasalladora procesión de los hechos.

En lo institucional los efectos fueron de imponderable trascendencia. En mayor o menor grado cada uno de los pueblos iberoamericanos los sufre aún y busca empeñosamente corregir el daño ocasionado por la práctica, nacida entonces, de adaptar la legislación doméstica no a la necesidad y situación nacionales sino a pandectas, códigos y providencias ajustadas a necesidades e intereses de otros pueblos y razas. Las consecuencias en determinados casos han sido caóticas. Pudieran citarse ejemplos de aplicación de textos de ley italiana o francesa en materia de registro civil que, en fuerza de la diversa densidad de población y, por otros factores, ha estorbado, fuera de los grandes centros, la inscripción de los nacidos, la celebración de matrimonios y ha estimulado, por manera abrumadora, la proporción de hijos extramatrimoniales, con cuantos efectos lleva a los índices de mortalidad y a las condiciones sociales semejante estado de cosas.

Lejos de habernos encaminado a la independencia económica, que por leyes eficaces y concertada cooperación interamericana fuera hoy uno de los fundamentos del equilibrio y la paz del mundo, está aún

comprometida, en tantos pueblos, esa independencia por franquicias, fueros y tributos de hecho y costumbre, cuando no de ley, constituidos en detrimento de la iniciativa y expansión de la industria y el capital domésticos.

No cabe en esta página el cuadro ni aun en sus grandes líneas; ni se traen a ella los anotados esbozos sino en prueba de que la cooperación intelectual de los pueblos americanos es algo más que manía de letrados u honesta aspiración académica; en prueba de que ella es surgente insustituible de salud, resorte de fuerzas creadoras y afirmadoras de la plenitud de la vida patria y cimiento indispensable al ejercicio de la función mundial de cada uno de nuestros pueblos individual y conjuntamente.

En la tercera asamblea de las Naciones una comisión compuesta de algunos de los más iluminadores cerebros europeos, presidida por el profesor Bergson, formuló las conclusiones respecto a agencias de cooperación intelectual que, en el sentir del ilustre filósofo, “crean confraternidad teórica que ha de tener cuerpo tangible; porque esta unión en las altas esferas del pensamiento se extiende gradualmente a las masas, y al realizar por cooperación el confraternal acercamiento de los doctos quedan sentadas, al mismo tiempo, bases de fraternidad entre los pueblos”.

Es este, señores, el empeño y el propósito que les corresponde realizar en América a los doctos y cultos.

Entendieron en Ginebra los eminentes organizadores de aquel movimiento internacional que había de procederse a universalizar el trueque de profesores y estudiantes: al examen de la posibilidad de crear un fondo internacional de créditos y préstamos sobre investigaciones técnicas; a metodizar la información científica, fragmentaria hoy e incompleta, poniendo al alcance de todos los investigadores, ya que no las fuentes

mismas del saber contemporáneo, sí el dato de donde se las encuentra. Es decir, la centralización de la bibliografía universal en dos o tres bibliotecas idénticas en otros tantos centros del nuevo y viejo mundo, provistas, por simple canje, hecho obligatorio, y por el goce de la franquicia postal, de sendos ejemplares de todos los libros útiles del mundo y, por supuesto, del acervo bibliográfico compilado bajo la dirección de expertos y científicos especializados en resumir trabajos técnicos y en clasificar estos resúmenes o extractos; propusieron, finalmente, formular reglas adaptables por los legisladores acerca de propiedad intelectual, muy en especial respecto al derecho de las ideas en lo relativo a las aplicaciones que de ellas se hicieran, y acerca de la conservación y enajenación de hallazgos arqueológicos. De otra parte recomendó la ilustre subcomisión una encuesta sobre la situación material creada en los diversos países al trabajo intelectual, y sobre el estado mismo de esta labor en lo literario, artístico y científico.

Basta enunciar programa tan vasto como armónico para darnos cuenta de que no corresponde al de las posibilidades inmediatas del problema en América, conteniendo más bien, si no en el texto, que refleja la angustia de la mente europea en la prolongada crisis postbélica, sí en el espíritu de la indicación hecha por el profesor Chodzko, cuanto a incluir entre los cursos leídos en las varias universidades por los conferencistas visitantes o viajeros, uno relativo “al estado de alma de los diferentes países, a su mentalidad, sus intereses máximos, de suerte que el conocimiento de donde arrancan y terminan estos facilite el mutuo acuerdo respecto a las concesiones indispensables a la vida de cada país”.

América requiere ya de sus hombres y mujeres de letras y ciencias, de arte y de prensa, que cierren el largo paréntesis de indiferencia recíproca de que apenas despiertan sus hijos, y la rescaten de la ignorancia en que están los más de sus pueblos acerca de la obra realizada en los otros, de los varios órdenes de problemas que los confrontan, de sus aspiraciones,

su esperanza y su pena; de lo que su suelo y su ingenio ofrecen al canje interamericano de cosas y de ideas en que ha de estribar, engrandeciéndolos a todos, la serena y decisiva pujanza de las veintiuna repúblicas.

Es, sin duda, de los altos institutos docentes de quienes hemos de esperar el impulso que expanda los movimientos ya iniciados y, encaminándolos a la unidad deseable, los generalice en el mundo americano. Porque la propaganda ha de ser de espíritu público, avisado y amplísimo, y la mayor fuerza que ha de llevarla a término reside en la juventud académica y escolar, ungida por la ciencia y disciplinada por la generosa impetuosidad que el santo y seña de *¡Excelsior!* inspira a quienes con la gloriosa obligación de la vanguardia tienen la tremenda responsabilidad del porvenir.

Por compleja que sea la empresa, el acometerla se reduce a simple acto de voluntad. A constituir un primer foco de propaganda metódica y sabia que invite a los demás organismos adecuados, primero, a cooperar a la formación del programa definitivo de acción sobre la base que el núcleo inicial formule con carácter provisorio; luego, a constituir centros de cooperación intelectual en las respectivas sedes.

Abierto así el tratado directo entre los institutos de las varias repúblicas, sobrevendría el lapso de preparación informativa, ora mediante cuestionarios a que cada centro correspondería con una exposición formulada por los expertos requeridos, ora promoviendo relaciones epistolares individuales entre alumnos, estudiantes, letrados y científicos, e intercambio de ensayos, estudios y conferencias sobre temas nacionales y locales que fuesen leídos en los demás centros correspondientes.

La creación de bibliotecas americanas repetidas veces propuesta e imperfectamente realizada en algunas repúblicas no exige sino el esfuerzo de los institutos adherentes a fin de obtener de autores y editores la cesión de veintiún ejemplares de cada publicación, destinados a los

veintiún centros nacionales. Ha de tenerse en cuenta que el sacrificio exigido es más aparente que efectivo; porque el montante de esta contribución editorial entraría en el cómputo del costo global de la edición y porque esta difusión del libro le atrae públicos hoy inaccesibles al autor americano.

El solo acercamiento de los técnicos promovería corrientes de desconocida potencialidad en el desarrollo de las relaciones económicas de todo orden y ensayos acaso pasmosos de expansión cooperativa interamericana.

A riesgo de fatigaros quedan anotados estos pormenores, por demostrar con ellos que la obra no demanda, en sus comienzos, esfuerzo alguno considerable fuera del de la arrolladora voluntad del triunfo que ha de inspirar la magnitud del asunto y el ardimiento de las juventudes americanas.

Muda, señores, de continuo el eje de la historia en su marcha al occidente, lentísima como es, según Juvenal, la cólera de los dioses; siéntese ya que ha de cruzar el Atlántico. ¿Están los pueblos ibéricos del nuevo mundo apercebidos a recibir en la medida que les incumbe la poderosa investidura?

Aquellos veleros que nos ligaron a Europa desde que nacimos a la vida libre, ya no nos atan exclusivamente, como en la pasada centuria, con los lazos que la infancia nuestra y la majestad de ella anudaron con nuestra admiración por su atormentadora grandeza y nuestra gratitud por cuanto de la sustancia de ella fermenta y vive en nosotros. Otras naves amarran a los puertos iberoamericanos y otros lazos se establecen, más fuertes aún, con el pueblo que Bolívar llamó único entre todos los de la historia. Del propio modo que, por ver hacia la otra ribera del Atlántico, nos distrajimos hasta el olvido unos de otros, vemos ahora hacia el Norte, con la misma mutua distracción. Sólo que, en la nueva

querencia hay diligente solicitud por parte de la gran república a establecer solidaridad y cooperación con nosotros, en determinadas actividades y que, en verdad, las más de las relaciones que se renuevan entre los pueblos del Caribe y los del Sur ocurren más por moda occidental con ocasión de las iniciativas del Norte que por preciso y claro aproximamiento entre nosotros. Y donde reside el interés de anglo e iberoamericanos es en el natural y necesario contrapeso que, por estrecha cooperación de nuestro grupo, restablezca el equilibrio entre ambas razas, afiance con él los vínculos que, dentro de amplias fórmulas panamericanas, aseguran el prestigio sin ejemplo de las Américas unidas y su pacífica e indiscutible preponderancia para el bien en los negocios del mundo.

Nos amistamos, felizmente, cada vez más con los Estados Unidos y, al mismo tiempo, persistimos en el acostumbrado alejamiento entre nosotros, quizás porque somos de la casa.

Ese estado de ánimo localista gusta, sin embargo, de ver en las fronteras sitio propicio a sembrar suspicacia cizañosa y, en el patriotismo, excusa bastante a presumir amargo el panal henchido allende el propio linde y rico en dulcedumbre el acíbar del terruño; nos encela hasta desconocer la invisible comunidad en la gloria de ayer y la tarea de hoy, hasta regañarnos sobre la talla de los padres egregios cuya memoria es alma de nuestras democracias todas y cuyos errores disueltos en el fulgor de su consagrada alteza son mera proyección de pecados originales hispanoamericanos.

Error fue de Martí ir por hidalguía racial en busca de la muerte en la manigua cubana porque él no era soldado de su isla sino mandatario de los intereses de América y su apóstol; como no es de la Argentina el ínclito Libertador del Sur; ni son de su nativa tierra Sucre o Bolívar. Cada uno de ellos habría ido, de requerirlo la suerte de las armas, al otro confín del mundo americano porque la obra común habría sido incom-

pleta y vana mientras la emancipación no fuera integral, y porque esa era la misión y el temperamento libertador. Ellos son de América y con ajuste a esa medida ha de medirlos la historia que, mientras la oscurezca la miopía local, seremos incapaces de escribir.

“El espíritu casero, cuando es apasionado y fanático, es siempre índice de sociedad en retardo —dice de Miranda—, y el único medio de corregirlo es la práctica de mayor, más fuerte y apretada solidaridad humana”.

Señores: Si la cooperación intelectual es condición ineluctable de nuestra mancomunidad y esta la fianza única del porvenir, no alcanza el ánimo a darse cuenta de que nuestra inacción cimiente la cooperación de las mutuas ignorancias que cupo en suerte a Venezuela denunciar ante la asamblea de las naciones y que es activísima agencia de disociación regresiva en los Estados desunidos de la América ibérica.

La incontenible afición a estos problemas me lleva de continuo a acercarme a ellos hasta donde le es permitido a quien carece de la necesaria preparación para abordarlos, y una de las fruiciones más intensas con que la vida se ha servido regalarme es la de haber visto confirmados más de una vez por la crítica científica pobres postulados empíricos a que había llegado yo en la meditación; pero nunca fue tan honda esta emoción como durante la lectura de la *Suma sociológica* de Pontes de Miranda, ni llegué jamás antes a la convicción de que el cerebro movido por la fe en aquella insuperable armonía que los teólogos, los filósofos y los humildes de todos los tiempos llaman amor y que resumen en sí y en uno los arquetipos de la definitiva bondad y la definitiva belleza; que el cerebro humano movido hacia aquella luz, serena cual la que fluye del mármol en que encarnó la Venus inencarnable de Milo, presiente la verdad, y que la ciencia es la definidora y promulgadora solemne del subconsciente anhelo humano y cósmico de bondad y belleza.

El libro del joven maestro citado pudiera ser el catecismo de la regeneración de América, el texto de pedagogía social de la que, a su juicio, pende el futuro de la humanidad.

Señores: Puesto que hoy están consagrados en esta ciudad los representantes de América y muchos de los más claros representantes de su más clara intelectualidad; pues que la Universidad de Chile se ha dignado honrarme invitándome a cumplir el deber de la palabra en su paraninfo, permitid que os diga que la ocasión es única; que la cooperación de nuestros hombres de pensamiento es obra inaplazable de superior cultura y de creación de una conciencia americana; que todo progreso es fuerza espiritual surgida del ensueño y el verbo de soñadores y pensadores; que la misteriosa sabiduría de oportunidad confiere hoy de pleno derecho, a la ilustre Universidad de Chile, el inmortal encargo de ser el *alma mater* de la cooperación intelectual interamericana; y que el día en que la promueva fijará época en los anales de América y en los de la civilización.

Discurso de recepción en la Academia de la Historia¹⁰⁹

(3 de junio de 1932)

Señores académicos; señoras; señores:

Al medir el puesto que en nuestra historia corresponde al civilista y al poeta que honraron el sillón G de este ilustre instituto, mido atónito, así el honor con que enaltecéis y colmáis en mí la vida de un hombre de buena voluntad, como lo osado del aceptarlo, y vengo hoy a demostraros, en un mismo esfuerzo, el tamaño de mi agradecimiento y el de mi insuficiencia ante vuestra serena labor de verdad y justicia.

No cabe aquí invadir el campo reservado al sucesor de Andrés Mata en la vecina academia castellana. El poeta, con sólo cantar, hace historia y no únicamente como creador de belleza sino porque dentro del traslúcido velo de la forma hace vibrar el dolor y el anhelo de la incontable grey de su día o del alma de la estirpe. Luego, porque en nuestra América, sin olvidar la persistente fidelidad de nuestras musas al limpio decir heredado, lo enriquecen ellas, como con rumores y destellos de aurora, con voces, giros, movimientos y transparencias más firmes y propios que aquellos por los cuales solían ir a París, de tarde en tarde, Madrid y su americana gente.

[109]_ Publicado en folleto. Tipografía Americana, Caracas, 1932 (*N. del E.*)

El tiempo que vivió Andrés Mata fue de clamorosa volubilidad y mudanza. Los funerales de Víctor Hugo sellaban los del romanticismo y de entonces surgen, se esfuman y resurgen modas y modos intelectuales, al obscuro azar del torbellino de tendencias desatadas por el avance de la democracia a través de la vieja Europa hegemónica y de razas que, al sopor del fatalismo, dormían allende los océanos por todo el resto del planeta.

A la apolínea o dionisiaca Psiquis, paloma del Acrópolis tocada de elísea ataraxia, no llegan estos afanes sino *sub specie aeternitatis*. Así llegaron a Caracas los mensajes de entonces, hasta el que, vía el Plata, los Andes y México, envió Darío a Madrid. Encendía *Cosmópolis* sus lámparas a la sombra del Ávila, cuando aún proclamaba Díaz Mirón que “cantar a Filis por su dulce nombre. . . era no ser poeta, ni ser hombre”, y en la propia confluencia, que dice Rodó, de la lírica con la oratoria, exponía Núñez de Arce en nobles versos sus dudas y rebeldías. Pérez Bonalde había volteado ya la arquilla de su imperial pedrería y revelado cómo, en la misma forma que la plegaria huguiana, caben en imperecedero verso castellano las canciones de Heine, las campanas de Poe, y la vencedora, la de Milo, tallada en alabastrina prosa francesa.

De una lira pulsada cada vez con mayor sabiduría álzase, ahora, un grito bohemio, ahora la nueva de que “el cielo. . . es un país lejano que los débiles ignoran que está solo”. Era Andrés Mata arpa eolia que, tañida por la brisa transeúnte, nos dijo en su canción el alma del segundo que pasaba, el modo fugaz de su espíritu, el gesto del día, o el silencio de lágrimas no vertidas que ahogan en el pecho la ilusión propia y la suspirosa sed de ilusión de remotísimos linajes.

El momento que historia acá la obra poética de Andrés Mata es el del fulgor último en el eclipse de los estilos clásico y romántico; eclipse durante el cual se afirma el complejo esfuerzo por acomodar el léxico, la

sintaxis y la retórica a nuevas formas exigidas por este período cinético, púgil, sincopado, einsteiniano, que en el caos de un mundo en ocaso anuncia nueva aurora.

Mata, ante lo felino de la vida, dudó de sus dudas y refugiado en lo más hondo del propio ser prefirió Ovidio y Leonardo a Catón; Dionisio o el archidivino Pan a Zaratustra. El poeta no expresa, sino sugiere en el verso la idea o la sensación que externa. En Mata esta manera de expresión trascendió del poeta al hombre, y lo indujo a cultivar su jardín. Arpa eolia. . .

Periodista, anduvo de avanzada y descubierta por campo en donde todos sus predecesores venezolanos habían fracasado. Constituyó empresa de cuenta, abrió sendas y, sin apartarse en las directrices del modesto programa de la *Gaceta de Caracas* ampliado por la vida nacional, creó diaria enciclopedia de las ideas en curso y brindó escena a nuestra vida intelectual y al recuento de nuestros fastos.

¡La noche al fin, poeta! Porque supiste que “bajo el azul pacífico del cielo, todo humano dolor es poesía”, y sentiste alzarse, “sobre el nido, la piedad del canto”, y arropaste la desesperanza con el renánico iris de que “puede el último amor ser el primero”, la musa tuya, por luengas generaciones, será a la hora del ensueño, confidente y aliento de tristes de amor, y en la noche, poeta, serás, “por cima de los árboles, la luna”.

De las lecciones de Andrés Mata se pasa insensiblemente, en terreno académico, guiado por el recuerdo de Martín José Sanabria, a las lecciones de nuestra escuela cívica, y se aprende que a fines del siglo XVII, cuando Caracas contaba de quince a veinte mil habitantes, había en Santiago de León una o dos escuelas de primeras letras¹¹⁰. Es lícito suponer que la proporción, en el resto de la provincia, fuera en razón

[110]_ Caracciolo Parra. *La Instrucción en Caracas*. Pág. 162

directa del número de vecinos blancos e inversa del de indios, pardos y esclavos y del cuadrado de la distancia al respectivo centro conventual. Aquella enseñanza del leer, escribir y contar tenía que ser cosa casera o convecina, sin posible analogía con la escuela pública actual, por más que espíritu tan culto y alerta y hecho a las cosas de América como el del obispo González de Acuña urgiera a los analfabetos hasta de veinte años a asistir al respectivo plantel parroquial de los dos que proveyó, en Caracas uno, el otro en La Guaira. El no ser gratuita la instrucción explicaría, acaso en parte, la renuencia de los fieles. Era, además, forzoso que en el mejor de los casos el analfabetismo en la Provincia de Venezuela fuese, cuando menos, tanto como lo era en las penínsulas mediterráneas.

No cabe olvidar que había para entonces en esta ciudad¹¹¹ “tres estudios conventuales de filosofía, moral y teología, cuatro cátedras de gramática y retórica y el Seminario de Santa Rosa”, y que “las clases de gramática se miraban como destinadas a rematar en las órdenes. La carencia de clérigos estrechó a los prelados a fomentar los estudios en que aquEllos debían formarse”. No es difícil colegir que si la enseñanza secundaria colmaba la medida de aquel Caracas incipiente era porque cada convento tenía que mirar por la renovación y el progreso de su comunidad y ver de allegarse novicios y adeptos.

Hubiera podido irse *a priori* a estas conclusiones. Pareciera ser de ley que, durante ciertos períodos sociales, las luces todas de la época se asilen en herméticas instituciones, que no las transmiten sino a los iniciados, pero es función de la luz iluminar y ella la cumple. La lumbre que, venida de inaccesibles retiros del Oriente, fulge en la estrella de Belén y aquella chispa que de santuarios egipcios sale a encender, para el Occidente, el milagroso fanal heleno, brotan de los centros de ini-

[111]_ *Ibidem*. Pág. 98

ciación católica a difundirse por el mundo al toque del Renacimiento. Conforme a esta ley, los conventos en la colonia inician a algunos de los criollos que luego la emancipan. Con cíclicas curvas hace la vida caminos rectos.

En punto de escuela popular no cabe, sin embargo, ni la sutil ambigüedad del *sic vos non vobis*. En la tecnología absolutista y en la colonial pueblo significa precisamente el conjunto de los no iniciados o no iniciables. De ahí que, por merced de Felipe II, se paguen las clases de gramática con el precio de la esclavitud del indio, “para mejor convertirlo”, insiste un comentador; del propio modo que se le regaló a estos dominios la Inquisición como “instrumento de ilustración, de piedad y de conquista”.

De suerte que la escuela gratuita y obligatoria marcó la inexorable frontera entre aquella Europa sojuzgadora en nombre de la fuerza, y esta América liberadora en nombre del derecho. Si al revelarse nuestro continente se trasladó el eje de la civilización del Mediterráneo a la costa atlántica bajo la tuición de Roma en lo católico, y se expanden prodigiosamente los términos del mundo y de la idea, la era nueva — porque trae a la conciencia de los hombres el sentido real de la dignidad humana—, no comienza sino con el toque a rebato de la campana filadelfa, proclamador de la voluntad de independencia de las Provincias Unidas, ampliado por el otorgamiento, al vencido en Ayacucho, de capitulaciones dictadas por el magnánimo espíritu de América. El signo de la nueva era es la escuela con que este mundo libre plantea para la humanidad, frente a la costumbre cesárea del derecho de unos hombres, a adquirir ciencia para ejercer dominio, el derecho de todos los hombres a instruirse para ejercer ciudadanía.

En el hondo sentido redentor de aquel que vino “no a destruir, sino a colmar”, pudiera decirse que la distancia inmanente de la provincia

de Venezuela a la república de Venezuela es de grado análogo a la que media entre el Viejo y el Nuevo Testamento, entre la ley del Talión y la del Sermón de la Montaña, sin que el hiato interpuesto menoscabe en lo mínimo la intangible continuidad hispano-venezolana.

Ya en estas breñas importa disipar todo equívoco en punto de orígenes venezolanos¹¹². Ocurre ante todo recordar que España, la altiva siempre e ínclita en su grandeza y sus reveses, no hubo nunca menester de que se recurra a distinguos o a casuísticas atenuaciones de errores, ni a afanosas apologías de aciertos para defenderla de cuanto haya de ominoso en la conquista y colonización de las Indias. Cuando Kant afirma que “con el trato inhumano de indios y de negros bebieron iniquidad como agua las naciones que más alardeaban de piadosas”, desnuda el sabio de Koenigsberg “la avidez imperialista suscitada por la repartición del botín y el ímpetu que esto dio al militarismo desde el siglo XVI”, hasta ahora cuando las potencias buscan su salud en el desarme. Esto es historia de la milenaria pertinacia de la barbarie del Estado, como historian el progreso moral del hombre, para honor de la especie, las leyes de Indias, aun cuando no cruzaron el mar sino para ser desacatadas. Entretanto, la hombría del conquistador, magüer fuera cruel como su siglo y su faena; la inspiradora alteza moral del grupo hispano de pensadores y sabios y de los misioneros y los prelados auténtica y franciscanamente civilizadores, y la médula emancipadora legada a esta recia posteridad de hombres y pueblos americanos, bastan a la radiosa integridad del alma de la Hispania que, de sus albores a su presente resurgimiento, resume y junta el sentido común de Sancho, para lo diario y lo menudo, al hiperhumano sentir, pensar y proceder del más cristiano y heroico de los españoles, de aquel don Alonso de Quijano, de quien al andar de tiempos que ya asoman, han de ser el honor y el triunfo.

[112]_ Véase cita de Ángel César Rivas. *Ibidem*. Pág. 30

Ante esto, ¿quién, ni a qué título habría de reclamarse ufano de la baraja de codicia y burocracia que, infiel al mandante y a la majestad del encargo, empequeñeció hasta disiparlo el imperio que vino a dilatar? No habría sanción ni historia si fuera a buscarse en tanta medianía y nulidad ahondadoras de las quiebras y barrancas coloniales, a quien tributar el profundo respeto debido a los fundadores de esta patria. Por sobre aquel paréntesis un recóndito hilo palingenésico mantiene intacta la perdurable unidad espiritual del hogar y de la estirpe, e indestructible el portento de este mundo de naciones que ya devuelve el mármol, la arcilla y la pizarra fundidos en cristal perenne y que forja, para alzarla sobre el más enhiesto y procerio de los Andes, la visión de la inmarcesible España remozada y transfigurada en el bloque de las democracias ibéricas.

Valga la digresión para mejor recordar que la independencia fue proclamada a nombre de un conjunto formado, en poco más de su cuarta parte, por criollos de ascendencia peninsular y canaria cuyo tanto de iletrado era crecido. El resto lo constituían los rezagos del autóctono a quien “para más ligeramente convertir y traer a la santa fe cristiana” hubo, desde el siglo XVI, licencia “de reducir a cautiverio y venderle” y, con estos rezagos, el rebaño de la trata y de la ergástula y los mestizos de aquellas tres sangres. Con este conglomerado demográfico, a tal punto heterogéneo que “no era dable acertar a qué rama de la familia humana pertenecía” y que hasta entonces había vivido en “infancia permanente”; con este *demos* incoherente y amorfo había que hacer, entonces, patria y después república.

Los padres de la nación venezolana sabían en 1811 “que el hombre, según observó Spinoza, no nace ciudadano, sino hay que adiestrarle a serlo”. Desde julio de aquel año fue iniciada la serie de decretos creadores de escuelas primarias (gratuitas para los pobres, obligatorias para los renuentes) en todas las parroquias. La constitución provincial

merideña de aquel año manda a los cabildos “a cuidar del fomento de artes y oficios mecánicos y de la educación de las familias”. El estatuto de la provincia de Caracas recuerda a todos los maestros de primeras letras que han de leer a sus alumnos aquella constitución y la federal, sobre todo en lo relativo a los derechos del hombre, y pide a los venerables curas que las lean y expliquen a los fieles.

Los mismos constituyentes de 1811 remedian entre otros olvidos coloniales los de emancipar el indio, devolverle las tierras que le están adjudicadas, instruirlo y hacerle comprender que no es menor, sino ciudadano igual a los demás; dar plenitud de soberanía a los pardos y ver de “dirigir con acierto la actividad y talento de la juventud al ejercicio de la agricultura, el comercio y las artes e industrias”.

Pero no era hora de forjar la patria en la escuela. La fatalidad de la época no quiso que “trescientos años de calma fueran bastantes”, e impuso por quince años más, cátedra y ejercicio de exterminio. Cuando surgió Venezuela extenuada y gloriosa, por entre el arco de fuego triunfal de Carabobo, hubo de aguardar dos decenios a que la exportación volviera a las cifras de 1810, y se aguardó uno más aún para reponer la población consumida en el estrago de la hecatombe y, muchos más, casi una centuria, para estancar la sangre que aprendimos a verter en la aborrecible contienda por el mando.

Desde 1821 arbitra Bolívar rentas aplicables a la instrucción pública, sobre todo a la multiplicación de la primaria, con especial ahínco por los indios; pero la escuela, y más que toda otra, la cívica, es algo más que el recinto animado por la lección magistral. Continúa para el niño en el hogar y en la vida ambiente, en donde el ejemplo ha de confirmar, no desvirtuar las reglas de conducta aprendidas. Si reconstituimos en pensamiento aquel medio, surgen del cuadro el vaho de ignara apatía del magma alistable y los confusos elementos de una burguesía en estado nebuloso, más complicada en tendencias morales e intereses que

en matices étnicos. Esbózase el período feudal: las encomiendas han cambiado de mano; agriétase y defórmase el municipio; la mediocridad triunfante, del Pacífico al Caribe, conmueve al furor de su odio ingénito de lo excelso, los sillares del edificio que, con los Andes por bastión, debía asegurar el equilibrio del progreso en América, y las juventudes venezolanas reciben las dos infandas lecciones de Berruecos y de San Pedro Alejandrino.

“Hasta 1830, la escuela primaria no prospera”, dice el ministro del interior, A. L. Guzmán, “por falta de fondos, de maestros, de estabilidad y por la distancia de Bogotá”. El mismo experto agitador recuerda en 1835 que “por la instrucción pública es que puede la generación presente hacer la dicha de las venideras”; pero el año siguiente declara el ministro del interior que “no pudo atenderse sino a salvar la paz y hubo de abandonarse el proyecto de mejora y propagación de la enseñanza elemental”. Por esos años había escuela pública en la cuarta parte de los municipios del país¹¹³.

El plan, irreprochable en teoría, era dotar cada provincia con un colegio cuyas aulas alimentaría la selección salida de los planteles elementales y que, a su vez, prepararía el contingente universitario. Económicamente fracasó el arreglo por falta de rentas. En lo social, la escuela pública tuvo en todos aquellos años un enemigo imponderable y omnipresente, polilla de la democracia: cierto espíritu de casta que, exacerbado por el parroquialismo en la sociedad colonial, persistió latente en la república. Este espíritu cada día más advenedizo y mostrenco rehuía el contacto con la masa, cuidaba del auge de la enseñanza privada y de la instrucción secundaria y obstó la escuela popular por obra de aquella enemiga,

[113]_ Las referencias a documentos oficiales se fundan en las memorias de los respectivos ministerios y en los informes de la Dirección de Instrucción Pública; estos de 1839 a 1854; los primeros hasta 1870.

que la dirección de instrucción pública llamó “de inercia y negligencia, no directa y franca, pero no por ello menos eficaz”¹¹⁴.

En vano uno de los más ilustres ciudadanos de esta república, el incomparable maestro de sabiduría, de modestia y de civismo que fue el doctor José Vargas, libra tenaz campaña porque se reconozca la prioridad de la enseñanza primaria. ¿De qué servirían los medros de unos pocos, pregunta el amplísimo espíritu del humilde sabio, de qué servirían en medio de una inmensa masa ineducada? Y sin duda se contestaba dolorosamente que servirían de muralla bizantina y corruptora entre gobernantes y gobernados. “Es un error pernicioso —agregaba— creer que la ignorancia hace a los hombres obedientes y apacibles”, y pedía remedio para la miseria primaria y freno al lujo académico.

Otro aspecto de la primera enseñanza preocupaba a los hombres de 1840 como había preocupado a los de 1811: el de adiestrar nuestro pueblo en el manejo del mayor instrumento de progreso, de independencia individual y de riqueza de la comunidad, que es la maestría en artes, oficios y medios de trabajo. Ya por los años de 1780 brotó en fecundo surtidor de sentido común, de labios del arzobispo Caballero y Góngora, aquella brava afirmación de que “un reino como el neogranadino, lleno de preciosísimas producciones, de montes que allanar, de caminos que abrir, de pantanos y minas que desecar, de aguas que dirigir, de metales que depurar, ciertamente necesita más de sujetos que sepan co-

[114]_ A este respecto y al de instrucción profesional, es iluminador el Informe del Ayuntamiento de Caracas a S. M. el Rey, en 1795; informe que lamento no haber conocido antes de formular las consideraciones aquí expuestas y allí confirmadas. Cabe citar siquiera estas líneas: “Resulta de esto que ningún blanco se aplica a dichas artes (las mecánicas) por no verse confundido con los pardos; que estos no trabajan en los campos por no mezclarse con los esclavos y, en una palabra, que todos quieren ser caballeros, ocupar empleos, vivir de las rentas públicas, o a costa de la sociedad, sin contribuir a ella”. Documentos Blanco y Azpurua. Tomo I, pág. 269

nocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla, que de quienes entiendan y discutan de metafísicas y entelequias”. Fue la cordura insigne de este obispo la que aprestó la expedición botánica de Mutis, para que fuésemos nosotros mismos los que organizásemos en provecho propio la exploración y explotación de las riquezas nativas.

Setenta y cinco años más tarde, señalaba don Jacinto Gutiérrez, ministro del interior, la urgencia de crear una escuela profesional en cada provincia, con cátedras que correspondan a las necesidades de cada comarca. ¿Nos colocó dios, exclamaba, en región tan maravillosa para ser espectadores inmóviles de sus dones y no para observarlos y utilizarlos en bien de todos, desenvolviendo nuestras fuerzas intelectuales y físicas? “Nos aflige la pobreza —decía— en medio de la abundancia y la república no sale del atraso y la peligrosa debilidad en que se encuentra”, por falta de enseñanza industrial y técnica.

Desde 1840 se pedía una escuela normal de agricultura, “como el más sólido apoyo de la prosperidad y seguridad de la república”, y en 1848 José Tadeo Monagas aboga por la transformación de los colegios nacionales fracasados en institutos de artes y oficios.

Contra esto, a pesar de haber declarado Carlos III que el trabajo no envilece, ni aun obstruía el goce de la hidalguía, protestaba el añejo prejuicio conforme al cual el trabajo mecánico era cosa de ruines y plebeyos, mientras las borlas académicas enaltecían hasta al ocioso y al inepto. Armar al menestral con el alfabeto y la técnica de su oficio, esto es, darle la aptitud de valerse y de valer en sentido cultural, fue una corriente de energía civilizadora que, para mal de la república, incurrieron en descuidar sucesivas generaciones¹¹⁵.

Todavía en 1856 y 1858 señalábase el “sistema injusto de haber descui-

[115]_ Véase nota N° 118

dado, hasta con menoscabo de patrimonios familiares, formar ciudadanos en vez de doctores”. En 1839, advertía el doctor Vargas cómo un proceso de defensa social va eliminando a los indoctos y los deja “casi inútiles en la república, porque embarazados con la vanidad de sus borlas para dedicarse a otra industria útil y honrosa en un país republicano quedan vagando”. Aparte aquellos a quienes el Estado reclama el concurso de su ciencia y eficiencia, como al propio Vargas y a Gutiérrez, quedan “los que la lucha obliga —dice el esclarecido guaireño— a echarse en la carrera de los empleos”. “Quién sabe —exclama— hasta dónde este orden de cosas influya en las frecuentes revueltas de estos países sudamericanos”

El estudio comparativo de las consecuencias económicas y sociales de tan presuntuoso menosprecio del trabajo, con los resultados del ennoblecimiento de artes y oficios mecánicos practicado en otras zonas del continente es, quizás, el más instructivo y doloroso de los capítulos que no pudo escribir Cervantes.

Los anales públicos explican sólo que mientras la escuela fue asunto de resorte municipal, y no de la nación, no hubo rentas con que mantenerla y ampliarla, y que lo inestable y precario de los hombres y las cosas de gobierno en aquellos tiempos no permitió dar consistencia a la institución primaria, ni a la profesional, ni desarrollar lo que la Dirección de Instrucción Pública definía en su admirable Memoria inicial “los gérmenes de una futura generación” para “ir adaptando las costumbres y los hombres a las instituciones, ya que no pudo acertarse a adaptar estas a aquellos”, y “salvar, en fin, la simiente, objeto de nuestras esperanzas, de la funesta cuanto irresistible influencia de una naturaleza moral formada durante tres siglos por las leyes y costumbres del sistema colonial”. De este modo expone el discretísimo maestro la nefasta amplitud del problema.

Así, a lo largo de nuestra breve historia los hombres más eminentes de todos los partidos alertaron a legisladores, concejos y ejecutivos provinciales y nacionales respecto al carácter previo y fundamental del

alfabetismo como “primer instrumento de adquisición de las ideas”. Durante sucesivos decenios fueron continuos los esfuerzos en favor de escuelas de artesanos.

En 1838 diose un paso decisivo al constituir la dirección de instrucción pública porque, aun cuando clamara en el desierto hasta 1854¹¹⁶, ella fue la voz inatenuable de la conciencia nacional que, de año en año, con la doble insustituible autoridad del procerato científico y cívico, demostró que la escuela primaria gratuita es el *alma mater* de la república, y que enseñar a leer y a trabajar es consagrar hombres a la dignidad de la vida libre y redimir pueblos.

No importa que los ciento treinta planteles de 1839, crecidos a ciento sesenta y tres en 1841, se redujeran a un centenar apenas para más de quinientos y tantos municipios, como se les continuaba llamando, aunque habían dejado de serlo. No importa que en unas ínclitas ciudades faltaran “maestros optantes” por lo mezquino del sueldo, o que en otras se cerraran colegios por carencia de alumnos. La tarea de hacer república es más larga, lenta y difícil que la de hacer patria. No importa que, con el agobio de nuestra herencia auestas, hayamos retardado y dificultado el camino a la democracia, tratando de abrirlo en el tejer y destejer a tiros, tajos y lanzadas, la purpúrea tela de nuestros anales. Con el agobio de nuestra herencia a las espaldas hemos marchado, por entre obstáculos y fracasos, hacia la convicción de que la escuela popular es la senda única a la república y hemos marchado a ella tan bravamente como fuimos a La Puerta, Las Queseras y Carabobo.

Decidan los sociólogos si fue simple remate del proceso de gestación, o si fue la comparecencia de la masa triunfante en el teatro político, lo

[116]_ La dirección constaba de tres principales (Vargas, P. P. Díaz, José Bracho), dos suplentes (J. M. Cajigal y M. F. de Tovar) y el secretario (J. A. Fréyre). Véase *José María Vargas*, por el Dr. Rafael Domínguez, páginas 227 a 235

que determinó la coincidencia del advenimiento y afianzamiento del sistema federal y de la escuela federal.

Faustino Sarmiento libraba desde Nueva York su campaña por la difusión de la escuela en Hispanoamérica. Ganado al movimiento el avisado espíritu de Leopoldo Terrero Atienza, vino éste a propagarlo entre nosotros y no descuidó advertir a Sarmiento cómo la guerra civil y la penuria del erario obstaban el logro del plan. “¿Pobreza, guerra?”, replicaba en tan revesado como enérgico estilo la voluntad pugnaz del educador, “esta es una de las causas que son efectos; dándose el efecto por causa para no poner remedio”. Y Felipe Larrazábal, enamorado del empeño, escribía también de Nueva York a Terrero: “Agregue usted a estas causas la apatía, esa otra epidemia de nuestro clima. Cómo tendremos ciudadanos si no se forman; cómo tendremos pueblo si no se educa. La educación de todos es necesaria al progreso de todos”.

Martín José Sanabria, aquel a quien Guzmán Blanco augura que “cuando se vea una escuela gratuita en cada parroquia, sostenida de manera casi insensible, el nombre de usted será ennoblecido por todo buen ciudadano”, Sanabria, ministro de fomento, se incorpora a la revolución escolar, logra resolver el problema fundamental de la renta de instrucción pública y refrenda el 27 de junio de 1870 el decreto por el cual creó Guzmán Blanco la instrucción primaria “universal —reza el documento— en atención a que es la base de todo conocimiento ulterior y de toda perfección moral; obligatoria, gratuita y preferente”.

En estos institutos populares se enseñarían “principios de moral y el compendio de la constitución venezolana”, es decir, a diferencia de la escuela en donde se instruye y no se educa, esta nación educa e instruye a sus nacionales.

Era ya tiempo de que “los intereses permanentes de la sociedad prevalecieran sobre las causas determinantes de las guerras civiles”. Si el de-

creto de 27 de junio de 1870 es consecuencia de las modificaciones que la guerra federal trajo a la estructura política de este país, entonces ese decreto basta a justificar la guerra de cinco años y su calamitosa cauda de errores. Si no lo fuere, complementa de todos modos la declaración del 5 de julio de 1811, porque el emanciparnos del régimen metropolitano no nos libró del yugo de la inconsciencia cívica de la masa.

En síntesis, la independencia política alcanzada en 1821 nos dio patria; pero no pueblo libre, sino como nos lo dijo el caraqueño excelso: “ausente del universo en lo relativo a la ciencia del gobierno”. La grey, por entre las tinieblas de la ignorancia del alfabeto, siguió jadeando bajo la doble carga de la fanática incomprensión a que la traían condenada la servidumbre y las supersticiones de la selva americana y africana. Aquel noventa por ciento de analfabetos cerebrales y espirituales hizo que persistiera en el país el íncubo teocrático feudal que mantuvo encendida la guerra civil porque, nos lo explicaba Bolívar, “no hay ley bastante fuerte a mantener un pueblo, no habituado a la libertad, en sumisión a leyes liberales”. Hubo que crear los elementos de la nacionalidad entre perpetuos combates que nos diezmaban pobladores, salud, riqueza, fuerzas y esperanzas y hubo que marchar bajo los encontrados fuegos, hacia la república, por la escuela, que es la sola y definitiva libertadora.

Esta lucha organizada con un estado mayor de maestros y con filas armadas de la noción del alfabeto, se reabre apenas el 27 de junio de 1870. Si no le fuera vedado al indagador de fenómenos históricos adentrarse en la carne viva de lo reciente, bien pudiera recalentarse la esperanza en el halago de triunfos, o alcanzados o inminentes. Pero no lo ha menester tampoco. Ciertamente es que la escuela ha de vivir sobreaviso porque sus enemigos no la atacan sino por asechanza y emboscada; cierto que la jornada es larga y agrios, difíciles y revueltos los caminos. *Ad astra, per aspera*. Pero la tierra cuyo pueblo tuvo siempre y tiene el culto y el resorte de lo noble y generoso; que tuvo Bautista para mover

al esfuerzo emancipador las gentes todas del Bravo al Plata; y una voz para desafiar hasta a la naturaleza adversa e intimarle porfiada victoria; y una fe para guiar hacia la nacionalidad los pueblos del Guaire al Potosí y congregar para el derecho la América en Panamá, mientras, vía Washington, congregara el mismo empeño a las naciones todas, conforme con el voto de Jamaica; esta tierra que ha dilapidado sangre y genio por contribuir a dedicar a la libertad los pueblos hispanoamericanos convalecía apenas, en 1870, de las heridas y fatigas de sus interminables campañas. Lo generoso y alerta de su índole y su mente anuncian que el tricolor nuestro flameará gozoso, como sobre aras y baluartes de la patria, sobre las escuelas populares, cada día más varias y múltiples, que afiancen y consagren su próspera democracia.

Tuvo un venezolano ocasión de proclamar ante los representantes de más de cincuenta Estados, su fe americana, su fe bolivariana en la unión de todas las energías civilizadoras al servicio de la paz, que es la plenitud del derecho. Séame dado decir en este alto ámbito, modelador de la conciencia de la nacionalidad en las mentes que a él afluyen en perpetuo y brioso latir de juventudes, séame dado confesar aquí el credo bolivariano de moral y luces, redentor aún, redentor siempre, credo patrio de 1810 y 1811, inspirador del ya incontenible triunfo de la escuela primaria y del pueblo que ella genera en esta venerada tierra de nuestro orgullo, nuestro amor y nuestra fe.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprinta de la Cultura

ISBN

978-980-440-050-6

Depósito legal

DC2022000064

Caracas, Venezuela, enero de 2022

La presente edición de
EL CONTINENTE ENFERMO
fue realizada durante el mes
de enero de 2022,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



El continente enfermo Reunidos bajo un título que anuncia la principal inquietud de su autor, los más de 60 textos que aquí se presentan vuelven una y otra vez sobre temas a los que su autor nunca renunció: la apremiante necesidad de la “América ibérica” de unirse y hacerse fuerte, la mirada crítica del legado espiritual hispánico, la preocupación por la educación, la vocación bolivariana y la alerta ante el imperialismo sobre cuyas apetencias no albergaba dudas. Abre este libro con el artículo que le da título y cierra con su discurso de incorporación a la Academia de la Historia, entre los cuales median 33 años de ejercicio político, intelectual y diplomático sin que para nada haya cambiado su convicción de que en el alma venezolana se anima una fe que nos llama a mantener despierto a todo el continente: “una fe para guiar hacia la nacionalidad los pueblos del Guaire al Potosí y congregar para el derecho la América en Panamá”.

Esa visión del sino histórico de Venezuela como una suerte de nación guía no es fruto solo de la ideología positivista de César Zumeta, la cual lo lleva a concebir el posible desarrollo del país como un proceso que debe darse en alianza con los pueblos que cultural y genéticamente nos son afines. Su posición tiene también arraigo en la realidad que le tocó vivir cuando las potencias europeas hicieron causa común contra la nación. Que la diplomacia diera más apoyo a Venezuela que las repúblicas hermanas terminó de convencerlo de que frente a la “unidad próspera angloamericana” vivíamos en “la pluralidad paupérrima indohispanoamericana”, extraviados en la “disociación regresiva en los Estados desunidos de la América ibérica”.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

